



SUN
Sueño
POR CUMPLIR

VIRGINIA V.B.

Copyright © 2017 Virginia V.B.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, noviembre 2017.

Un sueño por cumplir

Diseño y Portada: EDICIONES K.

Maquetación: EDICIONES K.





UN
Sueño
POR CUMPLIR

VIRGINIA V.B.

UN SUEÑO POR CUMPLIR



VIRGINIA V. B.

ÍNDICE

Dedicatoria

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*A mi hermano: porque a medida que iba creciendo y a él pareciese no preocuparle, siempre supe que me cuidaba y estaba allí. Por ser mi súper héroe.
Gracias por creer en mí.
Te quiero hasta el infinito y más allá, bro.*

RUTH



Sabía que era una locura aceptar la herencia de mi amiga Judith. Sabía que aquello me acarrearía enfrentamientos que no buscaba, sobre todo con mi madre y con Unai, dos personas con las que nunca me había llevado bien y que, ya iba siendo hora de poner en su sitio. Por supuesto que sabía que la decisión de quedarme en Los Sauces traería consecuencias en mi matrimonio, y no buenas precisamente. Me dio exactamente igual. Para ser sincera, hasta lo deseaba. Sí, claro que sabía que cumplir el sueño de mi amiga, para bien o para mal, me cambiaría la vida, aun así, firme aquel papel que me pusieron delante de las narices, con todas las consecuencias.

¡Yo no era una cobarde!

UNAI



Nunca olvidaré la cara que se le quedó cuando supo quién era yo realmente. Cómo disfrute al verla sonrojarse y pasar vergüenza después de haberme acusado de cosas tan... tan... deleznable. Como tampoco olvidaré su determinación de seguir adelante con el proyecto de Judith y la rabia que recorrió mi cuerpo de pies a cabeza, por ello. No podía hacer nada para impedir que heredara, según la ley estaba en todo su derecho, pero, como que me llamaba Unai Morales que iba arrepentirse de haber tomado esa decisión. Le había dejado claro que no la quería allí y no me escuchó. Yo no era tan benévolo como mi hermana y, no iba a permitir que la persona que tanto daño nos había causado a ambos se saliera ahora con la suya haciéndose con su proyecto. Además, no estaba dispuesto a correr ningún riesgo con ella, ¡no señor! Apreciaba demasiado mi corazón como para volver a dejar que jugaran con él y lo hicieran trizas. Y, si para conseguirlo, tenía que ser un cabrón sin escrúpulos, lo sería.

1



Ruth

Colgué la última prenda en una de las perchas y con un suspiro hondo, cerré la puerta del armario. Por el tiempo que llevaba colocando mis pertenencias, cualquiera podía pensar que me había traído conmigo el baúl de la Piquer, cuando lo cierto era que sólo tenía cuatro trapos, eso sí, todos de firma.

Vale, sí, lo confieso, estaba muy nerviosa y acojonada y por eso estaba tardando más de la cuenta en acomodar mis cosas. «¿Y ahora qué?», me pregunté sin saber qué hacer.

No era bien recibida aquí, no hacía falta ser una lumbrera para darse cuenta de ello, pero, por si en toda esta semana de espera, para poder instalarme, no me había dado por enterada, mi “amable y queridísimo” compañero de vivienda, se encargó de demostrarlo poniendo cara de ogro en cuanto nos vio a mi padre y a mí aparecer por el sendero de la parte de atrás de la finca, con el coche.

En realidad, debo reconocer que con mi padre él fue la mar de agradable, me atrevería a decir que incluso cariñoso, en cambio conmigo... joder, si las miradas matasen, yo a estas horas estaría criando malvas.

El muy cretino se quedó de brazos cruzados apoyado en el coche observando cómo entre nosotros dos sacábamos mi equipaje del maletero, no nos perdió de vista ni un sólo segundo.

Y, cuando mi progenitor se despidió de ambos, un poco preocupado, dada la situación, me dieron ganas de ponerme de rodillas y suplicar que no se fuera, que no me dejara sola con él. En fin, y ahora allí estaba, preguntándome si salir de la habitación o esperar unas cuantas horas más para hacerlo. Lo sé, más patética no podía ser.

Volví a suspirar y contemplé la habitación con interés. Era grande, espaciosa, y a través de la ventana entraba mucha luz.

Las paredes, pintadas de un tono verde agua, estaban adornadas con acuarelas de paisajes marinos: un faro frente a un mar embravecido, una luna llena reflejándose en el agua, una playa de arena fina y palmeras; un espejo redondo, de forja negra con dibujos de estrellas, haciendo juego con el

cabecero de la cama; Una cómoda, antigua, con los tirador de los cajones de hierro al igual que los del armario y las mesitas de noche; Las cortinas también blancas... Sonreí con tristeza al ser consciente de a quién había pertenecido esta habitación, se notaba en cada detalle la mano de mi amiga Jud, una mujer de montaña que adoraba el mar, los muebles antiguos y la forja.

Cómo la echaba de menos... Me senté en la pequeña butaca que estaba junto a la ventana, porque todavía no me sentía con el valor suficiente para salir de la habitación, y suspiré por tercera vez. Si existiera una Santa que se llamara Suspiros, sería yo, aunque, sinceramente, de Santa tenía bien poco. «¿Qué estará haciendo Unai?», me pregunté muerta de curiosidad.

Al igual que yo, llevaba mucho rato encerrado en su habitación y, por lo que parecía, tampoco estaba muy dispuesto a salir de ella.

Seguro que estaba tramando algo para llevar a cabo su amenaza de ponerme las cosas difíciles, de eso estaba completamente segura, pero ¿qué? Eso era lo que me carcomía, no saber qué esperar. Esa vez resoplé.

Debería darme igual, yo no era una cobarde, aunque por la manera que tenía de estar allí escondida pudiera parecerlo, no, no lo era y, estaba más que preparada y dispuesta a enfrentarme a lo que fuera con tal de cumplir el sueño de Jud.

Por lo visto, a él se le había debido olvidar que, una servidora, sobrevivió sin problemas a la convivencia con una madre muy muy particular que siempre trató de complicarle la vida. Sí, como se solía decir, aunque sonara feo, tenía los huevos pelados de andar en moto y no iba a rendirme. No, no sería para nada fácil hacerme desistir de mi empeño. Y para demostrarlo, en aquel preciso instante, pondría fin a mi encierro voluntario saliendo a darme una ducha, que, por cierto, la necesitaba con urgencia.

Me quedé maravillada en cuanto entré al baño, ¡era una auténtica pasada! La pared de la derecha era de la misma piedra encintada que las paredes del exterior de la casa. En medio de ésta, una ventana grande con molduras de madera y un espejo ovalado a cada lado, de esos envejecidos.

El lavamanos estaba incrustado en una viga de madera de roble, vieja y llena de imperfecciones de la que colgaban perfectamente unas toallas marrones. Junto a éste, una jarra de porcelana blanca y la jabonera a juego, en el rincón, una planta. No había bañera, pero sí una ducha de esas súper modernas con hidromasaje y todo.

¡Me encanto! Si estuviera sola, me hubiera puesto a brincar batiendo

palmas. Estaba todo tan immaculado que no parecía haberlo usado nadie en la vida. Bueno, eso indicaba que el Adán de Los sauces era un poco maniático del orden y la limpieza, ¿no? Bien, eso estaba muy, pero que muy bien.

Cuando terminé de ducharme, vestirme y cepillar el pelo, recogí el baño y fui a la cocina. Debido a los nervios por instalarme, no había probado bocado en todo el día y tenía muchísima hambre. Al pasar al lado de la habitación de Unai, me fijé que su puerta no estaba cerrada del todo y escuché ruidos en el interior. ¿Debería pedirle permiso para hacer la cena? No, descarté en el acto tal cosa, la cocina era tanto suya como mía y no lo creí necesario.

Bajé las escaleras que daban directamente al salón de la casa, e hice lo mismo que en el resto de las habitaciones en las que ya había estado. Mirarlo todo con detenimiento para no perderme ningún detalle.

¿Cómo describir la maravilla que tenía ante los ojos? Y, ¿cómo narices no me había fijado en ella antes al entrar? Pasé la mano con delicadeza por las paredes paneladas con una madera clara, dando la impresión de que éstas estaban hechas con vigas, o, mejor dicho, con troncos de árboles cortados a medida, no sé, nunca en mi vida vi algo así.

En una de las paredes estaba incrustada la chimenea, sobre un escalón y cubierta por una puerta metálica, oscura. Junto a la puerta, un sillón de cuero marrón hacía juego con otro colocado más o menos en frente; y en el medio de ambos, un sofá tapizado en tonos tostados. El suelo parecía un mosaico de piedra y estaba cubierto por una alfombra también oscura, ¡era una preciosidad! Después de haber estado durante una semana y media viviendo en la vieja casa de la abuela de Delia, ahora tenía la impresión de estar en el paraíso, la verdad.

Enfilé el pasillo ancho y entré en una cocina más bien pequeña, con lo imprescindible y poco más y me decepcioné. Después de haber visto la mayor parte de la casa, precisamente la cocina, que era uno de mis lugares favoritos en una vivienda, dejaba mucho que desear.

No es que fuera fea, al contrario, estaba decorada al igual que el resto, en madera y granito, con mucho gusto y estilo, pero, para alguien como yo, que me encantaba cocinar, la estancia se quedaría escasa. Personalmente, a primera vista, me faltaba espacio y muchos trastos para dar rienda suelta a mi vena culinaria.

Lo primero que hice, fue abrir los armarios y cuando los tuve inspeccionados al detalle, hice lo mismo con el frigorífico. «Bueno—me dije

—, al menos tenemos víveres suficientes para unos días».

Saqué los ingredientes necesarios para hacer una buena ensalada y lo dispuse todo en la pequeña isla: cogollos de lechuga, tomates duros, pimientos, cebollas, unas anchoas, un trozo de queso...

¡Dios, me rugían las tripas solo de verlos ahí, esperando a ser preparados! Lavé, corté, pelé y aderecé todo en una ensaladera de cristal, muy mona y, cuando me disponía a preparar la minúscula mesa para ambos, se me tensó el cuerpo al oír pasos acercándose por el pasillo.

El primero en asomar el morro por la puerta fue Trueno que, al verme, meneó la cola encantado y se acercó a mí. En cambio, su dueño... ¡Ay su dueño! A éste sólo le faltaba ponerse a gruñir.

—Hola—saludé prudente.

—¿Qué estás haciendo? —Espetó.

—Tenía hambre y he pensado en hacer la cena, para los dos—comenté señalando la mesa—, ensalada campestre y...

—No tengo hambre, al menos no de comida—dijo socarrón—. Y para lo que tengo en mente tú no me sirves, ya tengo quien me cebe—lo fulminé con la mirada—. ¿De dónde has sacado los ingredientes para eso? —Preguntó haciendo un gesto hacia la ensaladera.

—Pues verás, como no tenía nada mejor que hacer, he ido a la huerta de Casilda y me he puesto a recolectar sus verduras—me burlé.

—No me gusta que cojan mis cosas sin permiso—me interrumpió—, y tampoco mi comida. Estás en mi casa porque no he podido evitarlo...

—Nuestra casa—aclaré poniéndome a la defensiva—, recuérdalo.

—Sí, por desgracia he de compartir contigo el espacio, pero no el resto.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, el que estés viviendo bajo mi mismo techo, no significa que tenga que compartir contigo ni mi tiempo, ni mi comida, ni el agua caliente y tampoco la electricidad. No tengo que compartir nada contigo principalmente porque no lo deseo—caminó con arrogancia hasta donde yo estaba—. Si quieres hacer uso de ello, tendrás que pagar tu parte, a mí nadie me regala nada.

¡Menudo gilipollas! Me soltaba esto como si yo me hubiera planteado vivir de su caridad y aprovecharme de él. Si quería que cenáramos juntos era, principalmente, para asentar las bases de nuestra convivencia, poder hablar e intentar llevarnos bien. ¿Quién narices se pensaba éste que era yo? ¿Una Jeta? Ahhh sí, claro, materialista, interesada... Así que este era su plan, ¿eh?

Pues si se creía que por algo tan ridículo iba rendirme, lo tenía claro el chaval. ¡Dios qué harta estaba de sus memeces!

—No es mi intención vivir de ti—siseé molesta—. Gracias a Dios dispongo de dinero para no necesitar nada de nadie. ¿He de pagar también cuando necesite hablar contigo? ¿Cuándo coincidamos en el salón?

—Mi tiempo y mi compañía no se venden, pero, si estás muy necesitada de ambas, puedo regalarte unos minutos siempre que me avises con antelación—estiró la mano, cogió la ensaladera de encima de la isla y caminó hasta el cubo de la basura.

—¡No me puedo creer que estés a punto de hacer eso! —Exclamé al tener claras sus intenciones.

Su mirada de desprecio y su sonrisa sardónica me hicieron dar un paso atrás, no por miedo, sino porque un escalofrío helador recorrió mi cuerpo de pies a cabeza, dejándome muda y estupefacta.

A cámara lenta, lo vi accionar el pedal del cubo de basura y, sin quitarme el ojo de encima, vaciar en su interior el contenido de la ensaladera y volver a dejarla en el mismo sitio donde la cogió. Se limpió las manos al trapo de cocina que colgaba de una barra metálica junto al fregadero y pasó a mi lado.

—Por cierto—apostilló antes de salir por la puerta—, si más tarde escuchas algún ruido extraño tipo a jadeos o algo así, no te asustes. Probablemente sea Minerva que haya venido a darme el postre.

«¡Cómo si a mí me importase!», murmuré entre dientes. Aunque para ser sincera, sí que sentí un resquemor en el pecho al imaginarlos en plan, «tú come de aquí que yo como de allí» ¡Qué asco de tío! Era lo que me faltaba, tener que soportar escucharlos toda la noche dale que te pego. Sacudí la cabeza para espantar las odiosas imágenes de ella y miré el reloj, era tarde y seguramente Piedad ya hubiera cerrado la tienda, lo que significaba que iba a quedarme sin comer nada hasta el día siguiente que pudiera hacer algo de compra. A no ser que... Salí de la cocina disparada y me frené al llegar al salón y ver a Trueno tumbado en la alfombra.

—¡Tu dueño es un cabrón, Trueno, que lo sepas! —Este, levantó un poco la cabeza y ladró—. ¿Quieres venir conmigo? —El chucho se levantó en el acto—. Ya veo que sí, pero tienes que portarte bien y obedecerme, ¿de acuerdo? —Volvió a ladrar—. Bien, vamos chico, te enseñaré a robar manzanas y ciruelas.

Salimos de la casa y de la finca y enfilamos el camino que llevaba al antiguo

lavadero dejando atrás las últimas casas del pueblo.

Si mis padres llegaran a enterarse de lo que estaba a punto de hacer... Anda que no me habían caído zapatillazos ni nada cada vez que el señor Alfredo llegaba a mi casa quejándose de que yo le robaba las ciruelas y que por mi culpa su mujer no podría hacer la compota de la temporada. ¡Qué mal me caía aquel hombre! Cogí un palo de un arbusto y se lo lancé a Trueno que enseguida se lanzó a por él a la carrera.

Calculé por alto el dinero que tendría que darle a Unai si quería bañarme con agua caliente y demás y me di cuenta de que, hasta dentro de unos días que bajara a la Fócara y sacara dinero en el cajero, no dispondría de efectivo. ¿Admitiría un cheque? Esperaba que sí, de lo contrario iba a pasarlas algo putas, la verdad. Miré a un lado y a otro del camino para cerciorarme de que no había moros en la costa y entré en la huerta del señor Alfredo. Caminé un poco agazapada para no ser vista y, como pude, me encaramé al ciruelo y me senté en una de sus ramas. Trueno empezó a ladrar, brincando de un lado a otro.

—¡Chist! Vas a conseguir que nos descubran, ¡cállate! —Ni caso.

Nerviosa, al igual que cuando era pequeña, arranqué unas cuantas ciruelas y me las puse en el regazo. Aún estaban algo verdes, pero ¡madre mía que pinta tenían! La boca se mi hizo agua y no pude reprimir el impulso de llevarme una a la boca.

¡Estaba deliciosa! Una llevó a otra, y a otra y hasta que no me comí todas las que había cogido, no paré. Con bastante menos hambre me bajé del árbol y sonriendo por mi fechoría, regresamos a casa. Cuando llegamos a ésta, no había luz, ni agua caliente. «¡Cretino!», balbuceé subiendo las escaleras a oscuras.

A la mañana siguiente, me desperté con ganas de comerme el mundo, literalmente. Era tanta el hambre que tenía, que hasta tenía retortijones de barriga. Eso, o que las malditas ciruelas me habían sentado como un tiro por haberlas comido sin lavar. Me apreté el estómago con fuerza. ¡Dios! ¿Y si les habían echado algún pesticida y me había envenenado? ¿Y si me entraba una diarrea de esas que no te dejaban levantarte del baño?

«¡Lo qué me faltaba, enfermarme precisamente hoy que empezaban de nuevo las obras en la casona!», jadeé y miré el reloj que estaba sobre la mesita, eran las siete de la mañana. Salí de la cama y entreabrí la puerta.

Nada, ni un ruido. Bien, si Unai aún estaba dormido, podría escabullirme a la cocina para comer algo sin ser vista y así comprobar si lo qué me pasaba era que estaba muerta de hambre o enferma.

Sin tiempo que perder, recogí la habitación y me vestí, todo ello acompañada por los extraños sonido de mis tripas, que parecían estar bailando una sardana, y bajé a la planta de abajo. En cuanto puse el pie en el último peldaño de la escalera, el olor a café recién hecho inundó mis fosas nasales.

¡Qué olor tan maravilloso y apetecible! Avancé con cautela por el pasillo, con miedo a encontrarme con él, y cuando llegué a la puerta de la cocina, pegué el oído a ésta. Nada, allí dentro no había nadie. «¡Gracias, señor!», dije mirando al techo y saboreando ya ese café. Ansiosa abrí la puerta y...

«¡Me cago en toda su estampa!», exclamé estupefacta. El muy cretino había puesto cadenas y candados a todo; la nevera, los armarios, la puerta de la pequeña despensa...

«¡No me lo puedo creer!», balbuceé, lo de ese tío no tenía nombre. ¡La cafetera! Busqué la cafetera por la cocina rogando en silencio porque estuviera por allí a la vista, pero, mi gozo en un pozo no había ni rastro de ella por ninguna parte. ¡Mierda, mierda y más mierda!

Cabreada a más no poder, bufando como nunca en mi vida, regresé sobre mis pasos y volví a subir a mi habitación. «Cálmate, Ruth, cálmate», me dije frente a la ventana. No podía darle el gusto de verme furiosa como una mona. No, no iba a darle ese placer por más putadas que me hiciera, lo mejor era demostrar indiferencia, a ver si así se cansaba el niño de las narices. Respiré hondo varias veces y decidí ir a la casona para hablar con el encargado de la obra. Quería que me pusiera al corriente y me enseñara los planos del proyecto de Jud, al menos estaría entretenida y, dejaría de pensar en cómo matar a alguien y deshacerme después del cadáver.

—¿Puedo ayudarte en algo, preciosa? —Me preguntó un hombre de unos cincuenta años en cuanto puse un pie en la casona.

—Buenos días—saludé acercándome a él—. Soy Ruth Grier y estoy buscando al encargado, ¿serías tan amable de indicarme dónde puedo encontrarlo?

—Está detrás de esa puerta, reunido con los electricistas—respondió señalándome la puerta cerrada de mi izquierda.

—Gracias—llamé a esta y sin esperar respuesta entré. Automáticamente, varios ojos se posaron sobre mi persona, entre ellos los de Unai—. Buenos días, siento interrumpir—dije evitando su mirada—. ¿El encargado?

¿Por qué me miraban como si fuera un bicho raro? ¿Y por qué no me

respondían? ¿Acaso eran mudos? ¡Hombres!

2



Unai

Contuve la respiración cuando llamaron a la puerta, sabía que era ella antes siquiera de verla entrar. La miré de pies a cabeza, con lentitud; sus preciosas piernas, enfundadas en un pantalón de deporte, corto y ajustado; su vientre plano y sus pechos, cubiertos por una camiseta holgada que, esperaba que también cubriera su trasero, de lo contrario más de uno se pasaría el día babeando. Tenía la respiración algo agitada, y las facciones de su cara, en apariencia, parecían relajadas.

Yo sabía que no era así, la conocía y seguramente estaba conteniendo su furia por haber encontrado todos los armarios de la cocina con candado. Lo sé, me había excedido, pero, ya dije que sería un cabrón. Busqué sus ojos intentando ponerla nerviosa, pero ella esquivó mi mirada.

—¿Es qué nadie piensa responderme? —Preguntó. Estaba a punto de perder la compostura, esa que se esforzaba en aparentar.

—Yo soy el encargado...

—Ya sé que tú te encargas de supervisar todo por aquí, Unai— interrumpió—. Pero no es contigo con quien quiero hablar. Es con el contratista.

—Te lo acabo de decir, soy yo... Chicos—dije intuyendo lo que se avecinaba—, ya sabéis por dónde empezar, así que andando—ordené.

Todos salieron del improvisado despacho sin rechistar, supongo que, por sus miradas, con ganas de saber quién era aquella preciosidad que se presentaba allí a hora tan temprana preguntando por mí. Más tarde les daría las explicaciones oportunas, de momento tenía bastante con enfrentarme a la furia que destilaban los ojos verdes de la susodicha.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante que tienes que hablar conmigo? —Ella cogió aire.

—La semana pasada te pregunté varias veces por los planos del proyecto, dijiste que los tenía el contratista y que no podías mostrármelos. ¿Por qué me haces perder el tiempo, Unai? Cuando dije que quería

implicarme en esto lo decía en serio, y para ello necesito tu colaboración.

Lo sé—dijo alzando la mano al ver que estaba a punto de replicar—, no quieres tenerme aquí, ya lo has dejado bastante claro, pero he decidido quedarme con todas las consecuencias y no vas a conseguir que me rinda por haber puesto cuatro candados en tus armarios que, por cierto, también son los míos.

Cuanto más empeño pongas en que me largue, más tendré yo en quedarme, así que, por favor, deja de comportarte como un crío, ¿quieres?

Tenemos un sueño por cumplir, si no quieres ayudarme, buscaré a alguien que sí lo haga. Por más que te pese tendrás que soportarme aquí—apoyó las manos en las caderas—. O lo hacemos juntos o por separado, tú decides.

Durante un corto espacio de tiempo no supe qué decir.

Sinceramente, su forma calmada de hablarme, como si lo estuviera haciendo con un niño que no paraba de hacer travesuras, me dejó sin palabras y sintiéndome como si en realidad fuese ese niño, aquel de hacía bastantes años que bebía los vientos por ella y se quedaba en la inopia teniéndola delante.

Me sentí mal, no por ella, la verdad. Me sentí mal por mí, por darme cuenta de que a pesar de tener treinta y cinco años y creer superada aquella etapa de mi vida, no era así. Ella era mi cruz, una muy pesada y de la que quería desprenderme a toda costa.

—Vamos, Unai, ni siquiera tenemos que ser amigos, sólo compañeros de trabajo. Hagámoslo por ella.

—Reformar una casa no es jugar a las muñecas ni a las cocinitas, Ruth. No tienes ni la más remota idea de lo duro que es este trabajo

—No estoy aquí para jugar, sino para trabajar. Puede que me resulte complicado los primeros días, pero aprendo rápido, sólo tienes que enseñarme qué es lo que debo hacer y lo haré. Prometo seguir tus pasos al pie de la letra. Déjame intentarlo, por favor...

—Está bien—claudiqué—, no te quejes cuando no puedas ni mover las pestañas.

—Gracias—su sonrisa y el beso que depositó en mi mejilla como signo de agradecimiento fueron directos a mi entrepierna—, puede que después de todo consigamos llevarnos bien.

—Quiero que tengas claro que no voy a tratarte de diferente manera porque seas una mujer, a partir de ahora serás uno más—contesté ignorando a

propósito sus últimas palabras.

—No lo pretendo—dijo ofendida.

—Pues entonces no vuelvas a darme las gracias con un beso—advertí—. No coquetees con mis hombres ni conmigo.

—Yo no...

—En esas cajas de ahí—dije sin dejarla terminar de hablar señalando las cajas que estaban apiladas junto a una de las paredes—, tienes pantalones, camisetas, casco, guantes y botas. Coge un par de cada y ve a casa a cambiarte de ropa.

—Estás de broma, ¿verdad? —Preguntó con cara de pocos amigos.

—No. Si quieres estar aquí dentro, tendrás que llevar la ropa adecuada, casco y botas de protección, igual que todos.

—Pero... Unai, nada de lo que hay en estas cajas es de mi talla. ¿No puedo ponerme unos vaqueros y ya?

—No, no puedes. Haz lo que te mando, Ruth. Intentaré bajar esta tarde a La Fócara y veré si puedo conseguirte algo de tu talla, pero de momento te pondrás eso. Ahora ve a casa y...

—Si soy uno más, ¿por qué tengo que ir a casa? ¿No puedo cambiarme con el resto? —Me provocó la muy arpía—. Sólo era una broma, hombre, no hace falta que me mires así.

Mientras esperaba a que ella regresara, miré por una de las ventanas y vi a Trueno jugando cerca del río. Tal vez este cambio de estrategia que ella misma había planteado funcionara mejor que el mío y se diera por vencida antes de lo que creía.

La iba a hacer doblar el espinazo como a cualquiera de mis hombres. Sí, la iba a hacer sudar la gota gorda.

A ver cómo le sentaba llegar luego a casa y tener que desentumecer los músculos con agua fría, porque, si algo seguía teniendo claro era que, este cambio de última hora no trastocaría el anterior. No, para nada.

—Ya estoy aquí.

Me giré y en el mismo instante que posé mis ojos sobre ella, me di cuenta de que no sería la única en sudar la gota gorda allí dentro. La ropa de trabajo, evidentemente le quedaba grande, pero no por ello la hacía parecer un espantapájaros, al contrario, la palabra sexi la definiría muy bien. Eso, o yo estaba completamente enfermo. ¿Cómo había creído que obligándola a poner ese tipo de prendas iba a perder su atractivo? ¡Jesús! ¿De verdad me estaba poniendo cachondo verla con casco, botas y gafas de protección?

Cerré los ojos un segundo. ¡Aquello iba a ser una puta tortura!

—¿Te encuentras bien? —Asentí—. Vale, ¿por dónde empezamos? — Dio unos pasos en mi dirección y yo reculé—. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Eh... sí, sí. Veamos eh... ¡Los planos, eso es! Empecemos por los planos—¡Mierda! ¿Por qué estaba tan nervioso? ¿Acaso seguía siendo ese niño de quince años? «Venga ya, Unai, que hace mucho tiempo que tienes pelos en el pecho, no muchos, la verdad sea dicha—me dije para mis adentros —, tú puedes con esto sin cagarla, tío».

Tenía colocados, junto a la ventana por eso de la luz y tal, unos caballetes y un tablón, ancho y bastante plano, haciendo de mesa, y sobre ésta, todos los planos desperdigados.

Me situé en uno de los lados, indicándole a ella el lado contrario, marcando una distancia prudente, me incliné sobre el más grande y señalé uno de los dibujos.

—Esto de aquí—carraspeé para aclararme la voz—, eran las cuadras que convertimos en la casa donde ahora vivo, bueno, vivimos—rectifiqué antes de que ella lo hiciera—. Y esto, es el sendero por el que...

¿Qué estás haciendo? —Pregunté al verla moverse hacia donde yo estaba.

—Cambiar de sitio para situarme mejor, desde aquí veo los dibujos al revés y me cuesta un poco. ¿Te importa? —Tenía razón y muy a mi pesar negué con la cabeza.

Pasamos la mayor parte de la mañana allí encerrados. Ella, preguntando cada duda que surgía en su cabeza y yo, con mucho esfuerzo, tratando de disiparlas.

En ese tiempo, me di cuenta de que, en todos los años de experiencia que tenía a mis espaldas, jamás me había resultado tan complicado realizar mi trabajo. Siempre me consideré un hombre de palabra fácil, quiero decir que, después de haber explicado infinidad de veces un plano, podía llegar a hacerlo con los ojos cerrados.

En cambio, ese día, a su lado, me sentí un principiante, nervioso e inexperto. Cada vez que ella se inclinaba para ver mejor algo que yo le señalaba y su piel rozaba la mía, me sobresaltaba haciéndome perder el hilo de la conversación, teniendo que volver a empezar desde el principio.

Y su olor... ¡Joder! El olor afrutado de su piel me volvía loco, para qué mentir.

Sinceramente, y aunque me jodiera reconocerlo, en más de una ocasión

me vi tentado a posar la lengua en el hueco entre su clavícula y su cuello para saborearla. Justo como me estaba pasando en aquel preciso instante. Y ella no parecía darse cuenta, ¡gracias a Dios!

—Jefe—afortunadamente para mí, Paco, uno de los muchachos de la cuadrilla de electricistas irrumpió en la habitación—, viene por el sendero la furgoneta con el material de esta semana, ¿la descargamos ya o nos tomamos el descanso?

—Antes que nada, quiero hablar con vosotros, reúne a los demás en el patio, enseguida salgo—me fastidiaba hacerlo, pero era el momento de presentarles a Ruth—. Vamos—le dije a ella—, es hora de que conozcas a tus compañeros.

Una vez fuera, nos dirigimos a la parte de atrás, lugar que los chicos escogieron para comerse el bocadillo de media mañana, donde aún no daba el sol y corría un poco de aire. Intuí, por cómo se callaron en cuanto nos vieron, que estaban hablando de ella. No me gustó un pelo la forma de mirarla de alguno de ellos, supongo que era normal que sintieran curiosidad, pero no que la desnudaran con la mirada, como en ese momento parecía estar haciendo Agustín, el encargado de la cuadrilla. Me mordí la lengua.

—¿Me prestáis atención, por favor? —Exclamé cortante—. Ella es Ruth y, por temas personales que no vienen a cuento, desde hoy trabajará con nosotros.

—¿Qué experiencia tienes? —Preguntó Agustín con sorna.

—Ninguna, estoy aquí para aprender.

—Pues entonces únete a mí, soy muy buen profesor...—lo fulminé con la mirada y él ni se inmutó.

—Gracias, eres muy amable.

—Ella es cosa mía—siseé sin importarme que pareciera que estaba marcando el territorio—, yo le enseñaré todo lo que necesite saber—alzó las manos en señal de rendición y soltó una risa sardónica.

—Tú mandas, jefe. Encanto—se dirigió a ella—, si no quedas satisfecha con sus métodos de enseñanza, yo estaré más que dispuesto a darte clases particulares.

—Ya... Agustín, ¿verdad? —Él asintió—. Mi nombre es Ruth, no encanto, ni preciosa, ni nena—espetó acercándose a él con lentitud—. Si aprecias algo tus... herramientas de aprendizaje, tenlo en cuenta la próxima vez que te dirijas a mí, de lo contrario no te servirán de nada para esas clases de las que presumes. ¿Te queda claro? —Se oyeron carcajadas

quedas, entre ellas la mía—. ¿Alguien más tiene alguna insinuación, o propuesta que hacerme? —Los miró uno por uno, intimidándolos. Ninguno dijo nada—. Ya me parecía... Bien, espero que a partir de ahora se me trate con el debido respeto o, ya sabéis dónde está la puerta—¡joder, la cara del chaval era un poema! El pobre no sabía dónde meterse y disfruté al verlo tan avergonzado.

El resto de la mañana y del día, pasó sin ningún contratiempo más. Entre todos descargamos el material de la furgoneta y después, lo colocamos en una de las habitaciones que utilizábamos como almacén. Ruth, realizaba el trabajo como el que más, sin quejarse.

Y a pesar de llevar apenas unas horas entre nosotros, y a raíz de haber ridiculizado al memo de Agustín, ya se había ganado a sus compañeros y departía con ellos como si se conocieran de toda la vida.

En cambio, a mí, no sé si consciente o inconscientemente, me ignoraba. Era lo que yo quería, ¿no? Entonces, ¿por qué me molestaba verla riéndose con ellos? ¿Por qué me cabreaba que le gastaran bromas y ella entrara a trapo? ¿Por qué me repateaba que compartieran con ella su comida, su bebida y su tiempo sin pedir nada a cambio? Estaba claro, ¿no? Porque era un auténtico gilipollas, ni más ni menos.

Terminada la jornada laboral, me despedí de los chicos y me encaminé a casa para darme una ducha, ponerme cómodo y bajar al pueblo de al lado a hacer unos recados, entre ellos comprar ropa de trabajo para ella, de la talla adecuada. Además, necesitaba pasar un rato a solas, pensar y tratar de desconectar el reproductor de imágenes en el que parecía haberse convertido mi cerebro que, por lo visto, no se había perdido ningún detalle del día. Moví la cabeza con brío mientras aclaraba el jabón de mi cuerpo e inhalé con fuerza varias veces. Nada, ella seguía allí, plantada en mi cabeza, sonriendo, cuchicheando y.... preciosa. ¡Joder, necesitaba un respiro!

Casi eran las nueve de la noche cuando regresé del pueblo de al lado. Estaba cansado, pero, en lugar de ir a casa, paré en el bar de Pepe a tomar una cerveza y de paso charlar un rato con Minerva, a la que, por cierto, tenía un poco abandonada, dadas las circunstancias. Saludé a los presentes, cuatro gatos que jugaban al dominó mientras sus señoras cotilleaban en la plazoleta de la capilla, y con mi mejor sonrisa, me dirigí hacia la barra.

—Hombre, forastero, buenos ojos te vean—me saludó Minerva poniendo una cerveza bien fría sobre la barra—. Últimamente te dejas ver bien poco...

—Lo siento.

—Tranquilo, no era un reproche. ¿Qué tal todo por allá arriba?

—Bueno, más o menos—respondí sin ganas—. Hoy hemos empezado con la reforma, al fin—puse los ojos en blanco.

—No parece muy entusiasmado.

—Estoy cansado, ya sabes, demasiado tiempo holgazaneando y ahora toca pagar las consecuencias. Además, ha hecho mucho calor...

—Oye, Ruth ha estado por aquí hace un buen rato. Vino buscando a su padre para no sé qué... ¿Todo bien con ella?

—Prefiero no hablar del tema, si no te importa.

—Unai, sabes que puedes contarme lo que sea. Sé la historia, ¿lo recuerdas? Tú mismo me la contaste cuando regresó aquí a Los Sauces.

—Es complicado, Minerva. Sólo hace un día que vive conmigo, necesito tiempo para asimilarlo—le di un trago a la cerveza y esquivé su mirada.

—Está bien, como quieras, pero, si en algún momento necesitas hablar ya sabes dónde estoy—asentí agradecido.

Minerva era mi amiga desde hacía dos años. Prácticamente habíamos llegado aquí a la vez y rápido conectamos.

No éramos novios ni nada por el estilo.

Nuestra relación era más bien de amigos con derecho a roce, de esos que se acuestan cuando les apetece, sin más. Sin obligaciones, sin sentimientos, sólo sexo.

Buen sexo con una buena amiga, eso era. Sabía que ella tenía una relación intermitente con un tío de Santander que, por su trabajo, era soldado, pasaba muchas temporadas fuera y, no me importaba, al contrario, sería injusto por mi parte que lo hiciera cuando en realidad no quería nada serio con ella. No me debía fidelidad y yo a ella tampoco. Los dos estábamos a gusto así, la verdad. Le di el último trago a la cerveza y me puse de pie.

—¿Ya te vas?

—Sí, quiero revisar un pedido de cable y de cajas de conexión para la casona. ¿Te veo luego cuándo baje a dar el paseo con Trueno?

—Vale, ¿a la hora de siempre? —Preguntó con una sonrisa.

—A la hora de siempre—le guiñé un ojo y me despedí.

Lo primero que vi en cuanto enfilé el sendero de la finca, fue la luz de la cocina. Antes de salir de casa esa tarde, me había asegurado de bajar los plomos y cerrar la llave de paso de agua caliente, así como también de llevar

en mi bolsillo las llaves de los candados que custodiaban mi alimentación. Ahora ya sabía para qué había ido Ruth al bar a buscar a su padre... Aparqué la moto y saqué del trasportín de ésta la bolsa que contenía el increíble uniforme de trabajo que le había comprado en la ferretería. Seguro que se quedaba de una pieza en cuanto lo viera. Sí, y yo iba a disfrutar de ello como un enano. Sonreí.

—¿Qué? ¿Cómo? —Balbuceé desde la puerta de la cocina sin dar crédito.

Las cadenas y candados estaban apiladas en una esquina de la cocina y ella sentada a la mesa devorando mi comida, tan tranquila. Se encogió de hombros y masticó con lentitud, observándome con atención.

—Como ves—dijo posando el tenedor sobre el plato—, he quitado los cinturones de castidad de tus muebles, los pobres suplicaban porque les metiera mano y no pude resistirme. Lo hice con una cizalla, ya sabes, esa herramienta en forma de tijera que sirve para cortar metales, entre otras cosas...—se pasó una servilleta por los labios, desviando mi atención hacia éstos—. Te he dejado un cheque ahí—señaló la nevera—, espero que sea suficiente para cubrir mis gastos—se levantó y dejó el plato en el fregadero—. El solomillo que acabo de comerme estaba buenísimo, lástima que no haya sobrado nada para ti. El último trozo se lo di a Trueno, ¿verdad, chico?

—¿Quién coño te crees que eres? —Bramé.

—Soy Ruth Griera, y cuando esta mañana dije que no iba a consentir que se me faltara al respeto, también lo decía por ti. Te guste o no, heredé parte de todo esto y tengo derecho a estar aquí. ¿Querías que te pagase por los servicios que todavía no me habías prestado? —Arrancó con rabia el cheque de la nevera y de un golpe seco me lo de plantó delante de las narices—. ¡Muy bien, pues aquí tienes! Deuda saldada—siseó dejándome allí solo.

¿Había dicho ya que esto iba a ser una puta tortura? Sí, ¿verdad? Y sólo había pasado un día, ¡un día! ¡¡Mujeres!!

*Ruth*

A pesar de haberme metido en la cama agotada, el sueño no parecía dispuesto a hacer acto de presencia y me desesperaba dando vueltas a un lado y a otro, intranquila. Hacía cuatro días de mi ¿cómo llamarlo? ¿Rebelión en la cocina?

Sí, digamos que la palabra rebelión describía a la perfección mi forma de hacerle ver a ese cabezón que por muy difíciles que intentara ponerme las cosas, no se iba a salir con la suya. Evidentemente aquello tuvo consecuencias y, desde entonces, él no me hablaba. No, más bien gruñía cada vez que se dirigía a mí. ¡Por Dios!

Qué comportamiento tan infantil. Para colmo, estaba empeñado en que me pusiera para trabajar aquella cosa tan horrorosa que, según él, era el último grito en moda laboral. ¡Venga ya, hombre!

Que mi padre se ponía una funda de trabajo como aquella, en color azul, todos los días para ir a la huerta. ¿Acaso se pensaba que yo era gilipollas, o qué? Éste lo que quería era que, con el calor que hacía, muriera cocida, asfixiada y deshidratada. ¡Pues no iba a darle ese gusto!

No señor. Y yo que el primer día creí, por esa forma tan intensa de mirarme, que le gustaba un poco y que podíamos llegar a llevarnos bien como cuando éramos niños... ¡Qué ilusa!

Por otro lado, estaba lo sola que me sentía allí arriba.

Si quitaba las horas en las que, junto con los demás, trabajaba en la casona, y, el rato que pasaba todas las tardes con mi padre, que no era mucho, el resto del tiempo mi única compañía era Trueno, y eso cuando su dueño no andaba por allí, de lo contrario, ni las truchas salían saludarme, aunque me acercara a la orilla del río.

Sólo había salido de la finca Las Libélulas para ir al cementerio a hablar con Jud y contarle que, su proyecto ya estaba de nuevo en marcha y, también, para bajar al pueblo de al lado hacer recados. A mi madre, afortunadamente, ni la veía. Era como si hubiésemos firmado un pacto silencioso prometiendo que, ella no iba a asomar el morro por allí arriba, y yo, no lo haría por allá abajo.

A las chicas las tenía demasiado lejos. Hablábamos, no mucho porque ellas tenían su vida, por un grupo que Aina creo en WhatsApp estando allí en Los Sauces y, nos manteníamos informadas. Me animaban, me alentaban y me apoyaban, pero seguía estando sola, esa era la verdad. David, al que había llamado esa semana que pasé en casa de la abuela de

Delia después de que ellas se hubieran ido, como había prometido, tuvo que marcharse a Menorca, por lo que ni siquiera nos habíamos vuelto a ver, porque su mujer estaba de parto. Y de Jean Paul, mejor ni hablar, total, ¿para qué? Ni sabía nada de él ni quería, a no ser que fuera para hablar de nuestro divorcio, cosa que él parecía ignorar y que yo estaba deseosa de formalizar. Así que sí, la soledad era mi única compañera por estos lares.

Era triste lo que iba a decir, pero, lo único que me daba vidilla, eran mis enfrentamientos con Unai, eso y, contemplarlo sin ser vista. Podría llegar a ser un buen entretenimiento si ello no implicara que pudiera morir ahogada con mis propias babas, porque sí, mentiría si dijera que no salivaba con el muchacho, lo reconozco. ¡El hombre estaba tremendo, oiga! Sólo había que mirarlo para darse cuenta de ello. Su cuerpo de infarto me hacía suspirar, anhelar y desear... A veces, trataba de engañarme a mí misma diciéndome que, todos esos sentimientos, sólo eran producto del tiempo que hacía que no estaba con un hombre que me hiciera vibrar. Que me hiciera sentirme deseada. Que me hiciera sentir... mujer. Cuando lo cierto era que, aquella atracción que sentí cuando lo vi por primera vez, sin saber quién era, crecía más y más con cada día que pasaba, asustándome.

Además, no sólo era su físico, era también su forma de ser, no conmigo, evidentemente, pero sí con la demás gente; los compañeros de trabajo, los vecinos del pueblo que, de vez en cuando se pasaban por allí para ver cómo iba la reforma; con Trueno, con el que pasaba la mayor parte de su tiempo libre... Parecía cariñoso, cercano, atento... y yo, quería comprobar en mis propias carnes si sólo lo parecía o realmente lo era. Sí, quería acercarme a él y conocer al hombre que mostraba ser ante todas aquellas personas y que en cambio conmigo, ocultaba bajo una fachada de indiferencia, frialdad y arrogancia. Pero me lo ponía tan difícil...

Cada mañana me levantaba con la intención de llevar a cabo mi propósito, que no era otro que poder llegar a ser amigos, aunque no diría que no a algo más, para qué mentir.

Ese propósito, duraba lo que tardaba en ir de casa a la obra, o sea, dos

minutos, aproximadamente. En cuanto cruzaba el umbral de la casona, me encontraba con su cara de ogro, sus gruñidos y, comenzaba a poner pegas, por cosas que a mi parecer eran absurdas, a todo lo que hacía, buscándome las cosquillas; entonces, mis buenas intenciones se iban al garete y me ponía furiosa. Como aquella mañana, por ejemplo.

Mi trabajo de los últimos dos días consistía en ir marcando, siguiendo el plano que el jefe, así lo llamaba yo también cuando estábamos en el obra, me había facilitado, las paredes de las habitaciones con tiza azul para que los electricistas supieran dónde tenían que romper el ladrillo para meter lo que ellos llamaban el corrugado; una especie de tubo arrugado, flexible y hueco, por el que luego se introduce el cable de alimentación eléctrica, algo sencillo, sin ninguna complicación si me ceñía a la imagen del papel.

Lo que yo hacía porque era muy obediente y principalmente porque no tenía ganas de aguantar al ogro.

¿Pues no va el muy mamón y me dice que estoy haciendo las marcas torcidas?

¿Qué tengo que hacerlo en línea recta para que no haya ninguna equivocación?

¡Hay qué joderse! Como si lo importante fueran las marcas de tiza, cuando en realidad era que los electricistas iban a romper el ladrillo por donde mejor les convenía sin seguir ninguna guía.

¡Pa matarlo! Y si con eso no fuera suficiente, me había amenazado, antes de salir y delante de todos mis compañeros, con no dejarme entrar al día siguiente a la obra si no llevaba puesta la maldita funda.

Si es que con tal de tocarme las pelotas buscaba cualquier excusa, el tío.

¿Cómo iba yo así a seguir con el propósito del buen rollito? ¡Era imposible, leches! Conclusión, si quería que las cosas cambiaran, no tenía más remedio que obedecer sin rechistar. Y por mi forma de ser eso me resultaba tan tan complicado... Debía mentalizarme, sí, no me quedaba otra.

Alargué la mano y encendí la luz. Tenía que dejar de pensar en él, tratar de desconectar, de lo contrario no conseguiría cerrar los ojos y descansar. Pero ¿cómo? No me gustaba ver la televisión, y los libros seguían en la estantería de mi cuarto, en casa de mis padres. Entonces me acordé de haber guardado mi diario en el fondo de un cajón de la cómoda, junto a mi ropa interior.

Decidida, me levanté y lo saqué de allí con intención de pasar un buen rato entre recuerdos bonitos, o eso creía.

3 de agosto de 1996

«¡Odio a ese crío! ¡Le odio con todo mi corazón! ¡No pienso volver a dirigirle la palabra en toda mi vida! Por cómo me observa, a veces pienso que está loco, me sigue a todas partes y, mire dónde mire, allí está él. Si no fuera porque es el hermano de Judith, no dudaría en darle una paliza para que me dejara en paz de una maldita vez. Siempre se lo he perdonado todo, precisamente por ser quién es, pero lo de hoy no se lo perdonaré mientras viva.

Le ha tirado una piedra a David en toda la cabeza con el tirachinas y le ha hecho mucho daño. No, si ya sabía yo que el niño tramaba algo cuando lo vi agazapado en el saliente del río.

Al principio pensé que sólo sentía curiosidad por ver a una pareja besándose y tal, pero cambié de opinión en cuanto su cara empezó a ponerse roja no, lo siguiente.

¡No lo soporto! Ojalá David le hubiera dado su merecido cuando por fin lo atrapó, pero le dio pena de él al verlo llorar y se conformó con zarandearlo. ¡Qué rabia!».

Esbocé una sonrisa al recordar aquel día que por lo visto había olvidado y me sentí mal por lo escrito. Ahora que sabía que, por aquel entonces, los sentimientos de Unai hacia mí eran sinceros y verdaderos y no los de un niño que idolatraba a alguien, me daba cuenta de lo dura que fui con él. Pero ¿cómo iba yo a saber que con esa edad iba a actuar así por celos? Ahora lo tenía tan claro... Seguí leyendo.

10 de agosto 1996

«Faltan cinco días para el cumpleaños de Jud y estamos preparándole una fiesta sorpresa a la que espero que David venga, lo malo es que también se han empeñado en invitar a Unai y, yo no quiero que él esté.

¿Qué pinta un crío de catorce años con nuestra pandilla? ¿Es que no puede dedicarse a jugar con los niños de su edad que siempre tiene que estar con nosotros? Si él viene no podremos beber cerveza ni hacer nada de lo que pueda chivarse, porque es tan idiota que seguro que luego le va con el cuento de todo a su madre y a la mía para que me castigue y por la noche no me deje ir a la verbena.

Esta tarde se lo dije a Delia y Aina y se han enfadado conmigo. Dicen

que ya me vale.

Claro, cómo ellas no tienen que soportar continuamente sus gilipolleces de niño, la mala soy yo. Ayer fui a lavar una alfombra al lavadero y me siguió. Iba detrás de mí, en silencio.

Y mientras enjabonaba la maldita alfombra, estuvo sentado en las escaleras del lavadero, observándome. Le dije que se fuera, que me dejara en paz de una vez y, nada. A veces parece que esta sordo. ¡Qué ganas tengo de perderlo de vista!».

Un escalofrío recorrió mi cuerpo de pies a cabeza al darme cuenta de un dato importante en el que jamás había reparado. Si tan enamorada estaba de David, ¿por qué sólo escribía sobre Unai y sus locuras?

¿Por qué no hablaba de esos supuestos sentimientos que el morenito despertaba en mí? ¿Por qué estaba tan pendiente de él en lugar de en mi noviete? Yo estaba completamente segura de que no me gustaba, joder, al pobre no había por dónde cogerlo, no como ahora que si me dejara...

¿Significaría aquello que, en realidad, Unai era importante para mí y por eso estaba tan pendiente de él? Resoplé.

¡Madre mía! Si alguien hubiera llegado a decirme que a mi edad iba a estar dándole vueltas a la cabeza por cosas que habían sucedido veinte años atrás, y que todos ellos girarían entorno a Unai, me hubiera descojonado. ¿O no? A saber...

Me desperté más temprano de lo habitual, tan cansada o más que cuando me acosté; me dolía la cabeza y estaba de muy malhumor.

Mucho. Abrí la ventana y asomé la cabeza fuera. La neblina cubría parte de Los Sauces, sin duda hoy sería otro asfixiante día de calor.

Oí ladrar a Trueno y lo busqué con la mirada. Como cada mañana, corría al lado de su dueño que ataviado con un pantalón de deporte minúsculo y camiseta de tirantes que, se ajustaba a su torso como una segunda piel, madrugaba para hacer deporte. ¡Dios, menuda visión tan espectacular! Quien fuera camiseta para estar pegada a esa piel que sin ninguna duda estaría húmeda, brillante y caliente por el esfuerzo. O ese pantaloncito que estaba rozando y apretando sus partes nobles... «Ay Ruth, pero que salida estás, hija mía—me dije tragando saliva—. Necesitas una ducha de agua bien fría para rebajar el termostato de tus hormonas calenturientas».

Estaba tomándome la segunda taza de café cuando él hizo su aparición en la cocina. Recién duchadito, oliendo de maravilla y guapo a rabiar. ¡Me cago en su estampa! ¡A tomar por saco el efecto de la ducha!

—Buenos días—saludé.

—Grrrrgrgrg—contestó mientras sacaba una taza del armario.

Trueno, en cuanto me vio, se acercó a mí moviendo la cola. Menos mal que alguien se alegraba de verme.

—Hola, guapo—acaricié su cabeza y me agaché para darle un beso—. ¿Quieres una galleta? —¡Guau, guau! — ¿Sí? —Cogí una galleta de la lata y se la di a la vez que le daba un bocado a mi tostada con miel. Unai salió de la cocina refunfuñando, para no variar—. Tu dueño está para comérselo, chico, lástima que sea tan borde—dije chasqueando la lengua contra el paladar.

¡Guau, guau! —. Lo sé, lo sé, habrá que comprarle un bozal para evitar que nos muerda.

—¿Cómo dices? —Di un respingo al oír su voz justo detrás de mí. «¡Mierda, Ruth, eres una bocazas!», pensé. ¿Habría escuchado todo lo que dije? —. ¿Qué es lo que quieres comprarme, Pecas? —Uff, esa voz ronca y profunda cerca de mi oído y su cálido aliento sobre mi nuca...

El corazón me palpitaba con fuerza contra el pecho y me acerqué más a la isla al notar también el calor que desprendía su cuerpo, intentado poner algo de distancia entre ambos. ¡Jesús! No me atrevía a volverme por miedo a encontrarme con su mirada.

—Hablas con mi perro de comprarme un bozal cuando lo cierto es que estás deseando que te hinque el diente...—contuve la respiración al notar su lengua deslizarse por mi cuello con parsimonia. ¡Dios Bendito! ¡Qué tortura tan deliciosa!

Apoyó una mano en la isla, junto a la mía y con la otra rodeó mi cintura, pegándome a él, con descaro. Ahogué un gemido de excitación.

—No niego que me encantaría hacerlo...—la mano que tenía en mi cintura fue ascendiendo lentamente por mi vientre y mi estómago hasta quedar alojada justo debajo de mis pechos—. Desde luego eres un bocado que deseo y disfrutaría mucho...—acarició con el pulgar uno de mis pezones y no pude evitar jadear—. Sólo hay un pequeño problema...—me giró de golpe y nuestros ojos se encontraron.

Su boca, torcida en una media sonrisa, estaba a escasos centímetros de la mía y sentí el impulso de saborear sus labios, pero a duras penas me contuve.

—Las mujeres casadas no me interesan, ya te lo dije. Vamos, Trueno—dijo soltándome y alejándose hacia la puerta—. Dejemos que Pecas se ponga esa bonita funda que le hemos regalado, de lo contrario hoy se quedará sin

trabajar—masculló con sorna.

¡Cabronazo! Llena de rabia y frustración, por dejarme con las ganas, lancé contra la puerta lo primero que pillé, media barra de pan duro que se estrelló contra la madera.

¿Qué me pusiera la funda, decía? ¡Ja, éste se iba a enterar! No sólo no la puse, sino que, en lugar de dejar la camiseta holgada que siempre utilizaba para ir a la obra, la cambié por una de tirantes, ajustada. Muy ajustada. ¿No quería taza? ¡Pues toma taza y media!

A las ocho en punto, más chula que un ocho, cruzaba el umbral de la puerta de la casona y, decidida, entré el despacho donde estaban reunidos. Todos me miraron de arriba a abajo en cuanto lo hice. Bueno, todos no, Unai estaba de espaldas a la puerta hablando con Paco sin percatarse de mi presencia. Agustín meneó la cabeza de un lado a otro, sonriendo.

—Buenos días—saludé. Unai, sin contestar, me miró por encima del hombro.

—Creí haberte dejado bien claro que sin la funda no te molestaras en venir. ¡Ve a cambiarte de ropa! — Ordenó.

—No.

—Maldita sea, dijiste que acatarías mis órdenes. ¡Ve a cambiarte de ropa ahora mismo, Ruth!

—No acataré una orden tan machista como esa—me mantuve en mis trece.

—¿Cómo dices? —Esta vez sí se giró, fulminándome con la mirada. Allí dentro no se escuchaba ni el ruido de una mosca. Todo el mundo contenía la respiración, incluida yo.

—Lo que oyes. Uno más, ¿recuerdas? Me tratarías como a uno más de la cuadrilla... Ellos vienen con pantalones cortos, con vaqueros, camisetas de tirantes... A veces hasta se la quitan porque hace demasiado calor. Hasta tú vienes vestido como te da la gana. ¿Por qué tengo que vestirme yo con esto cuando aquí todo el mundo va por libre? —Exploté tirándole a la cara la maldita prenda—. ¿Por ser una mujer?

—Porque lo digo yo.

—Bueno, pues esa contestación no me vale.

—¡Póntela!

—No.

—Esto se pone interesante—cuchicheo Agustín.

—He dicho que te la pongas.

—Y yo he dicho que no—apoyé las manos en la cadera y alcé la cabeza, desafiándole.

De dos zancadas estaba frente a mí con la maldita funda en la mano.

Tenía la mandíbula apretada, tanto que casi se escuchaba el crujir de sus dientes.

Estaba tan furioso que por un momento pensé que me estaba excediendo con mi comportamiento.

—Si no te cambias ahora mismo de ropa, rompo los planos, cierro la casona y me olvido del proyecto de mi hermana para siempre. Tú decides.

¿Qué? ¿Lo decía en serio? ¿Era capaz de mandar el sueño de Jud al garete por aquella gilipollez? Nos mantuvimos las miradas durante unos minutos, eternos. ¡Maldito cabezota!

Sin apartar mis ojos de los suyos, di dos patadas al aire y las botas salieron volando, una en cada dirección; me llevé las manos al cinturón, lo desabroché con brío y me quité el pantalón, quedándome en bragas.

—¿Qué narices te crees que estás haciendo? —Bramó.

—Cumplir tus órdenes—siseé.

—Fuera todo el mundo. ¡Ahora!

¡Mierda! Con el cabreo y la ira me había olvidado de que no estábamos solos. ¿Qué narices me pasaba? ¿Es que me había vuelto loca?

4



Unai

—¿Qué pretendes quedándote desnuda delante de todos?!—Grité cuando nos quedamos solos—. ¿Es qué te has vuelto loca?

Caminé hasta la puerta, eché el pestillo y volví a situarme frente a ella que permanecía con la respiración agitada y los ojos cerrados.

¡Joder!

Si llego a saber que su intención era quitarse la ropa no hubiera estirado tanto la goma.

Yo sólo quería... quería... No sé, ponerla contra las cuerdas pensando que con mi amenaza no cuestionaría mis decisiones, pero una vez más me sorprendía, quedándose prácticamente en pelotas sin pararse a pensar en las consecuencias.

—No estoy desnuda—replicó.

—¿Cómo si lo estuvieras! ¡Te has quedado con esa camiseta que... que... y en bragas, joder! —Me mesé el pelo con desesperación y solté el aire con fuerza—. ¿Esto es alguna especie de venganza por lo que pasó hace un rato en la cocina? ¿Es eso? —Di un par de pasos y ella refuló—. ¿Intentas provocarme? Porque créeme, lo estás consiguiendo. Mi paciencia está al límite, Pecas.

—No, esto no tiene que ver con... con... ya sabes—farfulló en voz baja. ¿Era impresión mía o estaba avergonzada?

—Déjame que lo dude.

—¡Te digo que no tiene que ver! —Alzó la voz y también la cabeza, taladrándome con aquellos ojos verdes que me mataban—. Reconozco que estaba cabreada porque, una vez más, tú, prendiste una cerilla encendiendo un fuego que no estabas dispuesto a apagar—esta vez fue ella la que caminó en mi dirección.

Yo no refulé ni un milímetro.

Puso los brazos en jarras y me miró con desdén—. Te encanta desafiarme, excitarme, tentarme... Eres un fanfarrón y un manipulador al que me da la impresión de lo que realmente le gusta es vacilar y quedarse con las

ganas.

Eso o que eres un cobarde que está muerto de miedo—chasqueó la lengua—. Pero, no, esto no tiene nada que ver. Estoy harta de que intentes ningunearme delante de mis compañeros. Harta de que intentes imponer tus reglas por el simple placer de tocarme las pelotas.

Si tú no me respetas, ¿por qué iban a hacerlo ellos?

¿No te das cuenta de lo que haces cuando me obligas a guardarte pleitesía? Haces que parezca que no tengo ni voz ni voto en esto cuando lo cierto es que tengo exactamente los mismos derechos que tú—me dio un golpe seco con el dedo índice en el pecho—. Y eso no se lo permito ni a ti, ni a nadie.

—Así que crees que soy un fanfarrón, un manipulador o un cobarde, ¿eh?

—Acabo de soltarte la parrafada del día y tú sólo te has quedado con ese punto, interesante... ¿Qué pasa, Unai, mis dardos han dado de pleno en la diana?

—¿Qué quieres de mí, Pecas? —Indagué con verdadero interés.

Era ella la que ahora me estaba provocando y juro por Dios que mi contención estaba a punto de saltar por los aires. La tenía frente a mí en ropa interior, hermosa, altiva, desafiante y...

Lo único que en lo que podía pensar era en hacerla cerrar el pico y demostrarle lo cobarde que era empotrándola contra la pared, o tirándola al suelo.

Lo que fuera con tal de sentir el roce de su piel contra la mía.

De degustar el puto sabor de ese olor dulzón que desprendía su cuerpo que, desde hacía días me atormentaba impidiéndome conciliar el sueño, sabiéndola en la habitación de al lado.

Recorrer cada recoveco de su cuerpo con la lengua, con las manos... Saborearla...

Llevarla a ese punto de excitación en el que lo único que pudiera hacer fuera suplicar, rogar y pronunciar mi nombre desesperada por sentirme dentro de ella para, luego, quedarse laxa en mis brazos después de haberla hecho vibrar, gemir y gozar con el mejor orgasmo de su vida.

—Quiero que dejes de empezar algo que no vas a terminar. Quiero que dejes de jugar conmigo porque ya no tenemos edad para andar con jueguecitos de ahora sí, pero no. Quiero que dejes de ridiculizarme delante de mis compañeros.

Quiero que me dejes conocer al hombre en que se convirtió aquel niño de hace veinte años porque quiero recuperar aquella amistad, y, para ello, necesito que dejes de pensar en...

—¿Tu marido? —Terminé la frase por ella.

—No sólo en él, sino también en las circunstancias que una vez no separaron.

—¿Alguna vez le has sido infiel? —Hice la pregunta sin pensar en que pudiera ofenderla, la verdad. No obstante, lo hice, supe que la había ofendido por el rictus y la expresión de su cara. Me arrepentí en el acto.

—Jefe—alguien llamó a la puerta—, hay un señor aquí fuera que pregunta por la canija. ¿Qué le digo?

—Que ahora sale—respondí agradecido de que nos interrumpieran—. Vístete, tu padre alucinaría si te viera salir así y luego me mataría. No—le quité la funda, que recogió del suelo, de las manos—, ponte la ropa de siempre, ésta mejor la quemamos.

Una vez solo, no pude concentrarme en nada que no fueran sus últimas palabras.

Me pedía cosas que no estaba seguro de poder conceder porque, eso implicaría tirar por tierra todas las barreras que había construido a mi alrededor para protegerme de ella y de los sentimientos que pudieran aflorar si le daba la oportunidad de entrar en mi vida. Aunque, para ser sincero conmigo mismo, las putas barreras ya estaban a ras del suelo, y eso que sólo hacía una semana que convivíamos.

Sí, unos pocos días y todos mis esfuerzos se tambaleaban como un castillo de naipes.

¿Qué iba a hacer con ella?

¿Con nosotros?

¿Con todo? ¡Ni idea! Resoplé desesperado.

Por otro lado, la curiosidad me mataba. Que me pidiera que no pensara en él... no sé, me daba qué pensar y me obligaba a hacerme preguntas.

En ese escaso tiempo, no la había oído hablar con él, de él, ni nada por el estilo.

No había ni una triste fotografía de ellos juntos, y tampoco por separado.

Era como si en realidad no existiera el gilipollas ese que una vez tuve la desgracia de ver en París.

¿Qué pasaba con el franchute?

¿Tendrían una relación abierta en la que cada uno pudiera acostarse con quien le diera la gana?

¿O ella era una mujer infiel de esas sin escrúpulos a la que no le importaba nada ni nadie?

Si me basaba en la experiencia vivida con mi hermana y demás, la importancia que ella le daba a lo que aseguraba querer, dejaba mucho que desear, la verdad.

En cambio, teniéndola aquí, viéndola día sí y día también, a veces me daba la sensación de que estaba y se sentía muy sola. Lo cierto era que, no salía de la finca a no ser que tuviera que hacer algo en el pueblo de al lado y, el único que venía a verla, era su padre. ¡Joder! Si seguía así iba a volverme loco de tanto pensar. Quizá la solución estuviera en dejar de hacer precisamente eso, pensar. Puede que si lo hiciera y dejara fluir las cosas...

Me obligué a permanecer el resto de la jornada allí encerrado, en el despacho improvisado, mirando planos, haciendo inventario de materiales, tratando de mantenerme ocupado para no darle vueltas a la cabeza y, mucho menos, para ir a molestarla y, a como ella misma decía, tocarle las pelotas.

En algún momento, hasta escuchando y sonriendo para mí cuando alguno de los chicos le decía algo a ella del tipo: «Eh, piernas, si llegamos a saber que hoy nos deleitarías con un striptease, hubiéramos puesto música para amenizar la actuación». O, «¿Por qué tu padre te llama canija si tus piernas son kilométricas?». Y también, «Eh, Ruth, déjanos una de tus piernas para medir esto...».

¡Piernas! ¡Piernas! ¡Piernas! Esa parecía ser la única palabra que salía en el diccionario, joder, no había dejado de escucharla en todo el día.

Si supieran que la espectacular mujer que tenían con ellos no levantaba dos palmos del suelo de niña... Incluso yo parecía mayor que ella siendo más pequeño. A eso de las cinco de la tarde, a punto de terminar la jornada laboral y mi encierro voluntario y, mientras ellos recogían...

—Eh, piernas—de nuevo la maldita palabra—, ¿qué planes tienes para esta noche? —Era Agustín el que preguntaba. Me quedé con la mano pegada a la puerta, sin abrirla, esperando la respuesta de ella.

—Pues, casi casi el mismo de la ratita presumida—dijo—. Limpiar, comer, dormir y callar—alguien soltó una carcajada.

—Eso de callar... lo dudo mucho—exclamó Paco con guasa.

—Venga ya, pero si hoy es viernes.

—Por eso mismo, Agustín, porque es viernes y estoy molida.

—De eso nada, has currado como el que más aquí y es noche de cervezas, además, hoy empieza en La Fócara el campeonato de dardos y en nuestro equipo hay una bacante. Los chicos y yo hemos pensado en ti para cubrirla. ¿Qué dices? ¿Te apuntas?

—No sé...

—Anímate—reconocí la voz de Manuel—, te vendrá bien desconectar del curro y las risas están aseguradas.

—Está bien, veré si mi padre puede prestarme el coche.

—Yo puedo venir a buscarte—se ofreció Agustín—. Y tampoco tengo ningún inconveniente en traerte después, a la hora que tú quieras.

—Bueno, en ese caso...

—No es necesario que vengas a buscarla—la interrumpí—, yo la llevaré—varias cabezas se giraron a la vez al oír mi ofrecimiento, incluida la de ella.

Sí, así funcionaba yo. Mi cerebro ordenaba y pensaba unas cosas y mi boca iba por libre, qué le vamos a hacer.

Cómo para no volverse loco, pero, es que no podía ni imaginar al mameluco de Agustín más cerca de ella de lo estrictamente necesario. Bueno, ni a él ni a ninguno, para qué mentir.

—Jefe, ayer nos dijiste que no podrías estar en el primer campeonato por cuestiones personales...—A este idiota iba a tener que partirle la cara como no dejara de mirarme con esa cara de recochineo.

—Sé lo que te dije, pero he cambiado de idea, ¿algo que objetar?

—Dios me libre... ¿quiere eso decir que entonces jugarás con nosotros? Porque ya le habíamos dicho a piernas, quiero decir a Ruth—rectificó en cuanto lo fulminé con la mirada—, que podía unirse a nuestro equipo—Asentí—. Eso es genial, chicos, menuda paliza vamos a darle a los Escorpiones esta noche—dijo frotándose las manos.

—¿Puedo objetar yo algo? Porque estáis hablando de mí como si yo no estuviera y eso me molesta.

—No hablamos de ti, lo hacemos del campeonato. Y no, no hay nada que objetar, si quieres ir, irás conmigo, no hay más que hablar.

—Pero vamos a ver—protestó—, si tú ya tenías otros planes, no tienes que cambiarlos por mi culpa.

—Ruth, irás conmigo, punto. Muchachos, nos vemos esta noche en La Lola—me despedí y me fui antes de que ella pudiera seguir replicando nada.

La esperé en el salón, de pie, apoyado en la barandilla de la escalera mientras acariciaba la cabeza de Trueno, con mimo. Después de ofrecerme

para llevarla al pueblo de al lado, al campeonato de dardos, evité encontrarme con ella, más que nada para no arrepentirme ya que, tenía la seguridad de que ella empezaría a darme la cantinela con eso de tener otros planes y tal y acabaríamos discutiendo, fijo. Aunque no sé por qué, pero tenía la seguridad de que, en algún momento de la noche, ese arrepentimiento que había evitado llegaría. La oí moverse por la planta de arriba; la puerta del baño al cerrarse, la de su habitación; un cajón; otra vez la puerta y sus pasos hasta la escalera. Alcé la cabeza para mirarla y el aire de mis pulmones se quedó allí, en la caja torácica, presionando por salir, sin conseguirlo. Llevaba un pantalón negro, ajustado, camisa roja, sin mangas, anudada al cuello, o eso parecía. Una chaqueta, también negra, colgaba de uno de sus brazos. Se había maquillado y sus ojos, de por sí ya impresionantes, fueron los que me dejaron sin aliento. Esa mirada felina iba a partirme en dos si no me andaba con cuidado.

—Es tarde, Ruth, el campeonato empieza a las diez y media y nuestro equipo es uno de los primeros—dije molesto.

—Oye, me sabe mal que hayas dejado tus planes de lado por llevarme al pueblo, puedo arreglármelas, Agustín...—bufé poniendo los ojos en blanco—. Tengo la sensación de que no te apetece nada ir, si es así...

—Mueve el culo de una vez, ¿quieres? Vamos a llegar tarde—espeté dirigiéndome a la puerta.

—¿Por qué lo has hecho? Ofrecerte para llevarme, quiero decir.

—¿Qué más da? —Ahora fue ella la que puso los ojos en blanco—. Vámonos.

—¿En moto? —Exclamó al verme subir a ésta.

—¿Algún problema?

—No, para nada, me encantan las motos.

—Pues sube de una maldita vez, Pecas.

Entramos en La Lola y enseguida vimos a los chicos calentando motores con los dardos en una mano y la cerveza en la otra. Saludamos, pedimos algo para beber y Manuel nos dio la camiseta del equipo, él se había encargado de diseñarlas.

—¿Los Libélulas? —Preguntó sorprendida Ruth.

—Sí, ese es nuestro nombre, ¿te gusta?

—Me encanta, mira—le enseñó a Manuel una de sus muñecas—. Mis amigas y yo nos lo hicimos hace diez años.

—Menuda coincidencia.

¿Por qué mierda me molestaba sentirme ignorado por ella a los pocos minutos de llegar? «Ay, Unai—me dije dando un trago a mi cerveza sin alcohol—, no hay quién te entienda, tío».

Tardé un buen rato en centrarme en el juego. ¿La culpable? Ella. Ella y su risa contagiosa. Ella y sus muecas divertidas a la hora de lanzar los dardos. Ella y su manera de morderse el labio cuando estaba concentrada.

Ella y sus miradas... esas que me volvían loco y aceleraban los latidos de mi corazón.

Ella y su forma de brincar, entusiasmada y feliz cuando nos anunciaron que íbamos los primeros.

¡Era preciosa, joder!

—¿Y ahora? —Preguntó dirigiéndose a mí.

—Ahora tenemos que esperar a ver cómo quedan los otros equipos para saber contra quién nos toca jugar el próximo viernes—asintió—. ¿Te estás divirtiendo?

—Mucho.

La espera se me hizo eterna. Verla bromear con los chicos, bailar, cantar y descojonarse, con ellos, me mataba. Sí, por lo visto el niño de quince años seguía dentro de mí, junto con mis sentimientos, porque, sentí lo mismo que aquella vez cuando a David le tiré la piedra con el tirachinas.

Celos. Unos celos terribles que me carcomían por dentro y me instaban a sacarla de allí, llevármela a casa y tenerla sólo para mí. Cerré los ojos y meneé la cabeza. Para bien o para mal, estaba obsesionado con ella y, me gustase o no, tenía que reconocer que me moría por sentirla de todas las maneras posibles.

¿Y si me olvidaba de todo y sólo por una noche me dejaba llevar?

¿Qué sucedería? Puede que de esa forma por fin lograra quitarme la espinita que llevaba clavada en el pecho.

—Unai—el sonido de su voz muy cerca de mí me sobresaltó—, los chicos quieren ir a tomar la última a no sé qué bar, pero yo estoy muerta y voy a irme a casa. No es necesario que me lleves...

—Despídete y vámonos—de repente me había entrado tanta prisa por salir de allí que hasta me puse nervioso.

Estaba ansioso por llegar a casa y me bebí los pocos kilómetros que separaban La Fócara de Los Sauces como si fuera un muerto de sed delante de un vaso de agua muy fría.

Iba a hacerlo, sí, estaba decidido, me dejaría llevar y que fuera lo Dios

quisiera.

Una vez en casa, en silencio, la seguí hasta la cocina, donde Trueno ya la lamía, meneando la cola y restregándose contra ella. Exactamente lo mismo que yo deseaba hacer.

¡Qué fácil lo tenía él! Me crucé de brazos y contemplé la bonita estampa.

—Pero bueno, mimosón, ¿me has echado de menos? —¡Guau, guau! —. Ya veo que sí...—alzó la mirada y al verme allí parado le murmuró—. Creo que tu dueño está un poquito celoso, ve a saludarle, anda. Lo siento—se disculpó encogiéndose de hombros.

Nos dio la espalda y se sirvió un vaso de agua que se bebió a pequeños sorbos.

Caminé hacia ella, despacio e hice lo mismo que aquella mañana, aprisionarla entre mis brazos y la pequeña isla. Pegué la nariz a su cuello e inhalé. Sí, me gustaba su olor, su tacto... Intentó alejarse.

—Unai, por favor—farfulló—, no deberías...

—No puedo evitarlo. Dios sabe que lo intento, pero de veras que no puedo—su estómago se contrajo con la caricia de mi mano—. Date la vuelta—ordené.

—No lo hagas, no empieces algo que...

—Shhhh—fue lo único que dije antes de posar mis labios sobre los suyos y saborearla.

Sentí lo mismo que la noche de San Juan cuando la besé por primera vez, bajo los sauces.

Un cosquilleo que se fue intensificando a la vez que el propio beso, al que ella se entregó ansiosa, tanto o más que yo.

Sus manos ascendieron despacio, acariciando la piel de mis brazos y enroscándose después alrededor de mi cuello.

Gimió al sentir el contacto de mi lengua en su cuello, su clavícula... Pasé las manos por su espalda con parsimonia, hasta llegar a sus glúteos y estrujarlos con fuerza, presionándola contra mí para que también ella notara lo que provocaba en esa parte de mi cuerpo que, empujaba por liberarse. Jadeé en su boca.

—Unai—balbució en respuesta—, el perro...

De reojo vi a Trueno que, sentado a nuestro lado, nos observaba con la cabeza ladeada y con la lengua fuera. ¡Mierda, me había olvidado por completo de él!

*Ruth*

Por un momento creí que todo se quedaría en agua de borrajas cuando se separó de mí, pero no, lo que hizo fue sacar a Trueno de la cocina y volver a mi lado mirándome con esos ojos que, hacían palpar todo mi ser; alzarme en sus brazos, dejarme encima de la isla y, sin mediar palabra, colocarse entre mis piernas. Sus manos, recorrieron el contorno de mi cara. Sus dedos, el de mis labios.

—Eres preciosa, Pecas...—susurró, entremezclando nuestros alientos. Jadeé.

Su lengua, esa que tenía tan afilada y me sacaba de mis casillas, se enredó con la mía, jugando a buscarse, a rozarse... ¡Dios! Con cada beso, se fueron despertando partes de mi cuerpo que dormitaban desde hacía mucho tiempo, haciéndome sentir viva, deseada...

La ropa me sobraba. La suya, la mía... Necesitaba sentir el tacto de su piel, su calor, su olor...

Como si pudiera leerme la mente, comenzó a desnudarme; primero la camiseta de Los Libélulas que había lucido durante el torneo para, a continuación, enredar sus dedos en la cinta que abrochaba la otra camisa, la mía, al cuello, tirar con delicadeza y, deslizarla por mi torso hasta dejarla caer al suelo.

Me estremecí al notar su lengua, húmeda, posarse sobre mi piel, los pechos, los pezones... Primero mimó uno; jugó con él, lamió, mordió, chupó... Gemí. Jadeó. Luego, con la misma dedicación, pasó al otro.

—Unai...—rogué.

—Lo sé, Pecas, lo sé. Estoy tan impaciente como tú, pero llevo tanto tiempo anhelando este momento que...—Ahogué una protesta ante la intensidad de su mirada—, necesito ir despacio.

Se irguió, sin quitarme la vista de encima y pasó los brazos por encima de su cabeza, quitándose la camiseta de un tirón, dejando su perfecto pecho, moreno, musculado y caliente, desnudo para mí. Me pasé la lengua por los labios resecos. Ese era el efecto que él causaba en mí, dejarme con la boca

seca y humedecer otras partes de mi cuerpo. Recorrí su torso con las manos, sin apartar mis ojos de los suyos y, con cada roce, un nuevo gesto en su cara que me excitaba y me alentaba a seguir.

Desnudos los dos, nos dedicamos a contemplar nuestros cuerpos; como si fuéramos Adán y Eva, en el paraíso y, nos viéramos por primera vez, algo que, hasta cierto punto, era así. Nos habíamos visto, de niños, con poca ropa, pero nunca desnudos y, mucho menos tan excitados ni deseándonos como locos.

—Eres tan perfecta...—farfulló.

Enrosqué mis piernas alrededor de su cintura, pegándome a él y devoré su boca, brusca, con ansia, casi desesperada por sentirlo de una maldita vez dentro de mí; empujando, elevándome con cada embestida...

Al primer contacto de nuestros sexos, me mordí el labio con fuerza y me dejé caer sobre él, obligándolo a penetrarme, al fin. Nos quedamos quietos, acoplados, acostumbrándonos a la nueva invasión en nuestros cuerpos.

Él, se movió despacio. Yo, gemí en su cuello. Sus movimientos cadenciosos, dentro y fuera, dentro y.... fuera, consiguieron que los únicos sonidos en aquella cocina fueran el entrecocar de nuestros cuerpos; respiraciones agitadas; jadeos, resuellos y gemidos que fueron subiendo de intensidad a la misma vez que lo hicieron sus embestidas hasta culminar en un orgasmo demoledor y brutal que nos dejó a ambos desmadejados sobre la isla.

—Joder, Pecas...—gruñó entre mis pechos.

—Sí, opino lo mismo—conseguí balbucear.

—Aún no he acabado contigo—¿Aquello era una promesa o una amenaza? Me daba igual, estaba más que dispuesta a descubrirlo.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, estaba sola en mi cama y, por un instante, pensé que todo había sido un sueño. Las marcas y rojeces sobre mi piel y, ese bienestar que sólo se siente después de haber tenido sexo del bueno, hicieron a un lado esa idea. ¡Señor, menuda nohecita!

¿Quién iba a decirme a mí que mi mejor experiencia sexual, hasta la fecha, sería con Unai? Uff, ¡Unai! ¡Qué hombre, por Dios! No sé cuánto tiempo pasé en la inopia, recreando una y otra vez los tórridos momentos de la noche anterior, pero, por la hora que era cuando me metí en la ducha, debió de ser bastante.

Mientras me enjabonaba el cuerpo, pensé en el tiempo que hacía que yo no...

Cerré los ojos con fuerza ante la imagen de indiferencia de Jean Paul la última vez que descaradamente me insinuó a él.

Lo sé, debería de sentirme mal y culpable por haberme acostado con Unai. No era así. No sentía nada en absoluto.

Bueno, sí, la misma indiferencia con la que, mi todavía marido, me había tratado en el último año. Sí, exactamente la misma. Tenía que hablar de una vez por todas con el abogado Carmona para que iniciara los trámites de divorcio, no podía continuar con aquella historia. Ni podía ni quería, esa era la verdad.

No me extraño ver que, ni Unai, ni Trueno, estaban en casa, probablemente estuvieran dando uno de sus largos paseos y me dirigí a la cocina para tomarme un café. Allí, en uno de los taburetes que rodeaba la pequeña isla, estaba mi ropa perfectamente doblada. No sé por qué, y más después de haber hecho las cosas que ayer hice, me sonrojé sólo de pensar que él me hubiera doblado las bragas.

¡Pa matarme! Suspiré y me senté en uno de los taburetes libre, con la mirada perdida y una media sonrisa dibujada en la cara. Me sentía plena, relajada y feliz. Hacía demasiado tiempo que no me sentía así y eso me asustaba. ¿Cómo se sentiría él? ¿Qué sería lo primero que pasó por su cabeza al despertarse? ¿Cómo iba a ser nuestra relación a partir de ahí?

Recuerdo que, en algún momento de la noche anterior, el repitió varias veces: «quiero olvidarme de todo, sólo por esta noche, y disfrutarte como siempre deseé». ¿Significaba aquello que nunca había dejado de desearme?

¿Qué lo había impulsado a dejarse llevar? Ojalá lo supiera, pero lo cierto era que, con Unai, me resultaba casi imposible adivinar nada.

Era tan voluble... A veces, me daba la sensación, por su forma de mirarme, de que sentía por mí más de lo que él mismo se atrevía a reconocer.

En cambio, otras, me trataba de esa manera tan fría, despectiva y arrogante que, me descolocaba. No saber a qué atenerme con él y cómo iba a reaccionar, me hacía sentirme insegura y continuamente subida a una montaña rusa. En algunos momentos arriba del todo, en otros abajo, y nunca en el medio. ¿Iba a ser siempre así? Probablemente.

Dediqué parte de la mañana a la casa. Recoger aquí y allá, hacer la colada, recoger ropa... Los minutos pasaron convirtiéndose en horas y al no hacer acto de presencia ninguno de los dos, ni el perro, ni el dueño, empecé a pensar que quizá se había ido al pueblo de al lado, o puede que, a Santander, a ver su padre.

Seguí a lo mío, no quería preocuparme más de la cuenta dándole vueltas a la cabeza, seguro que había algún motivo de peso para irse y no decirme nada. Porque, lo habría, ¿no? ¡Mierda, qué difícil era eso de intentar mantener los malos pensamientos a raya! A eso de las siete de la tarde, después de haberme pegado el siestón del siglo, bajé a ver a mi padre y de paso al cementerio para poner al día a Jud. Estaba convencida de que, allá dónde estuviera, ella me escuchaba y, de algún modo, hablar con ella, me hacía sentirme más cerca de ella y menos sola.

La alarma saltó en mi cabeza cuando al pasar por el bar de Pepe, era éste el que estaba detrás de la barra y no su sobrina, como era lo habitual.

La sacudí con fuerza, para silenciarla y seguí mi camino. Saludé a las personas que me encontré en la plazoleta, entre ellas a mi madre, a la que apenas dirigí un gesto con la cabeza, y bordeé la capilla para entrar en el cementerio.

No sé el tiempo que estuve allí dentro, pero sí sé que permanecí parte de él en silencio, escuchando a mi conciencia que, en lugar de despertarse por mi infidelidad hacia Jean Paul, lo hizo al acordarme de la novia de Unai.

No, no había sido la única infiel. Lo de mi marido, aunque sonara fatal lo que iba a decir, me la sudaba, para mí nuestro matrimonio ya era historia, pero ¿qué pasaba con Minerva? ¿Cómo iba a volver a mirarla a la cara después de haberme acostado con su chico? Bueno, tampoco es que la viera mucho, la verdad, pero, la sola ida de hacerle daño... no sé, me hacía sentirme realmente mal y...

—Estás muy pensativa, canija. ¿Sucede algo? —sobresaltada, alcé la mirada del suelo y mi padre estaba a mi lado, mirándome con atención.

—No es nada importante, papá—dije acercándome y depositando un beso en su áspera mejilla surcada de arrugas.

—Si tú lo dices... ¿Todo bien por allí arriba? —Asentí—. ¿Con Unai? —Volví a asentir—. No sé si creerte. El otro día, con el tema de los alimentos, la luz y ese rollo que me contaste, me quedé un poco preocupado. Quise preguntarte ayer cuando subí a verte a la finca, pero al estar rodeados de gente...

—No te preocupes, papá, de verás que todo está bien, al menos mucho mejor que hace dos días—le dediqué una sonrisa, tratando de tranquilizarlo—. Ese asunto ya está olvidado—aseguré—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Me lo dijo tu madre. Tesoro, ¿por qué no vienes a cenar a casa y...?

—No—lo interrumpí negando con la cabeza—. No sería buena idea

dadas las circunstancias, papá, no me apetece para nada discutir con mamá.

—Pasas demasiado tiempo sola, hija, eso no es bueno.

—Ayer por la noche salí con Unai y los chicos. Fuimos a La Fócara, a un bar que se llama La Lola, jugamos un campeonato de dardos.

—Vaya—exclamó sorprendido—, me alegra saber eso. ¿Te divertiste?

—Mucho. ¿Quieres que nos tomemos una cervecita? —Propuse. Aceptó encantado.

Cogida de su brazo, salimos del cementerio y nos dirigimos al bar, puede que, con un poco de suerte, me enterara de adónde había ido ella y si estaban juntos.

—Pepe—gritó mi padre desde la barra—, pon una pinta de Rioja para mí y una cervecita fresquita para la canija, anda.

—Oye, papá, ¿cómo es que hoy está Pepe en el bar? —Pregunté como si tal cosa.

—Pues no estoy muy seguro, tesoro, pero creo que su sobrina tenía un acontecimiento o algo por el estilo. Eh, Pepe—volvió a gritar—, ¿y la chica? —Indagó por mí.

—Está de boda en San Vicente, hoy se casaba una de sus mejores amigas. Unai la recogió por la mañana, temprano, y... ¡Me cago en todo, Eulogio, no tires los huesos de las aceitunas al suelo hombre!

Que luego soy yo el que los tiene que recoger, leches.

Vaya, así que estaban juntos de boda. Pero que idiota era, ¿acaso pensaba que lo ocurrido entre nosotros la noche pasada iba a significar algo para él?

Yo tenía muy claros mis sentimientos hacia Jean Paul, pero ¿y Unai hacia Minerva?

¿Qué clase de persona era que, pasaba la noche conmigo, y no durmiendo precisamente, y después se iba de celebración con su novia? ¿En qué clase de hombre se había convertido para actuar así? Reconocer que estaba cabreada y muerta de celos, me acojonaba. ¿Tanto me estaba colando por el hermano de mi mejor amiga que, imaginarlo divirtiéndose con su pareja me roía las entrañas? Pues sí, para que negar lo evidente, ¿no?

—¿A qué viene esa cara, hija? ¿Algún problema que no me hayas contado? A veces te quedas tan pensativa que me asustas, Ruth. Sabes que puedes contarme lo que sea, estoy aquí para ayudarte.

—Lo sé, papá, no es nada, deja de preocuparte. Sólo estoy casada, eso es todo.

—Cuéntame qué tal ayer en La Lola, ¿participaste en el torneo?

Hice mis preocupaciones aun lado y le conté a mi padre la experiencia de haber participado por primera vez en un campeonato de dardos.

No es que fuera una experta en el tema, pero me gustaba ese juego, y, la verdad, ver la confianza que, en tan poco tiempo los chicos habían depositado en mí, me hacía feliz. También le dijo lo impresionada que me había quedado con el bar que, al ser típicamente andaluz, me había sorprendido gratamente. Con mi cháchara, conseguí que el semblante de mi padre se relajara y, cuando me despedí de él, dos cervezas más tarde, estuviera más tranquilo.

Ya en casa, volví a hacer lo inevitable, pensar, pensar y pensar. Ahora tenía bastante claro que, las palabras: «sólo por esta noche», no guardaban un segundo significado y que había sido simplemente eso, una noche de sexo entre dos personas que claramente se deseaban, pero que, no iba a ir a más por mucho que a mí me pesara. Imagino que, actuar con total normalidad cuando nos viéramos al día siguiente, me costaría un poco, sobre todo porque, nunca fui una mujer de dejarme llevar y, cuando hacía algo, era con todas las consecuencias.

Como lo de haberme quedado allí teniéndolo todo en contra.

No, no era mi intención comerme la cabeza por ello, tenía más que comprobado que, hacerlo, sería una pérdida de tiempo y no servía de nada. Además, era una mujer de treinta y siete años y, como mujer adulta que era, no podía empezar a comportarme ahora como una quinceañera.

El domingo, él no apareció.

Tampoco lo hizo el lunes, ni el martes, ni el miércoles. En cambio, ella sí, la vi en la puerta del bar el martes por la tarde cuando bajé al cementerio a ver a Jud.

¿Por qué Unai no había regresado aún? El lunes por la mañana, ver a Paco, el encargado de la cuadrilla de electricistas, hacerse cargo de todo, me dejó claro que se había puesto en contacto con él y que le había dado instrucciones precisas en cuanto al trabajo.

¿Qué leches había pasado para que ni siquiera se dignara a venir a la obra?

¿El señor Joaquín estaría enfermo?

¿Sería por nuestra “sola noche”? Todas esas preguntas me las hacía el jueves, mientras recogía la herramienta de trabajo en una de las habitaciones, al darme cuenta de que tampoco iba a ir. Para qué engañarnos, estaba que me llevaban los demonios y, toda mi predisposición a no pensar se había ido al

garete. De repente, escuché un ladrido fuera, y otro, y otro más y el corazón se me aceleró. Era Trueno.

Me incorporé despacio, porque estaba agachada cerrando unas cajas, miré con disimulo por la ventana y entonces lo vi bajarse del coche, sonriente y guapo a rabiar. La boca se me secó al instante. Dios, estaba increíblemente sexy con aquel pantalón vaquero, desgastado, y aquella camiseta gris. Joder, se le veía tan tranquilo y relajado... Y yo aquí, llena de polvo, sudando como un pollo, toda guarra, y encima cabreada y furiosa. ¡Qué injusto! Caminó hacia la casona y saludó a alguien que no pude ver, luego entró. Fui consciente de cada uno de sus pasos hasta llegar a la puerta de la habitación donde yo estaba. «Haz como si nada, Ruth. Haz como si nada», me dije para mis adentros, alentándome.

—Alguien debería haberte dicho que esos cables no se recogen así— espetó de malas formas.

Manuel, que estaba conmigo allí, nos miró a ambos y, previendo lo que se avecinaba, nos dejó solos. Mi cuerpo se puso en tensión al instante con su queja. ¡Genial!

No sólo no había vuelto, sino que lo hacía con todas las gilipolleces que pensé haber dejado atrás hacía unos días.

Me giré lentamente y lo miré de la cabeza a los pies con toda la rabia que, a duras penas logré contener. «No lo hagas, chata, no merece la pena. Ni contentes», me dije a mí misma. Tiré la llave inglesa que tenía en las manos en una de las cajas, para evitar la tentación de lanzársela a la cabeza, y con una seguridad aplastante, pasé a su lado sin pronunciar palabra; me despedí de los chicos, me dirigí a casa, cagándome en todo lo cagable, y me encerré en el baño. La ducha no logró calmar mi furia y, para cuando salí de mi habitación, ya vestida, lo hice rechinando los dientes y con ganas de patear su culo; pero él seguía en la casona y, no sería yo la que fuera a buscarlo, evidentemente.

Cené sola, tragándome un poco de ira con cada bocado que metía en la boca, una ira que me perforaba el esófago y se me incrustaba en el estómago. ¿Quién se creía que era para tratarme así? Estaba tan harta... Siempre tratando de ridiculizarme delante de mis compañeros, haciéndome sentir como si sólo midiera dos centímetros. Recogí los cubiertos de encima de la isla y los fregué, bueno, más bien los golpeé con el estropajo, para ser más exactos y, cuando creí que ya no lo vería, a Dios gracias, irrumpió en la cocina con pasos acelerados y vociferando.

—¡La próxima vez que me dirija a ti en la obra y me dejes con la palabra en la boca, no permitiré que vuelvas a poner un pie allí! ¿Me has entendido?

Lo miré y sonreí de medio lado, displicente y, vertí en la copa el vino que quedaba en la botella, sin apartar los ojos de los suyos.

—¡Te estoy hablando, maldita sea! —Gruñó. Bebí de la copa con parsimonia—. Lo estás haciendo a propósito, ¿verdad? Quieres sacarme de mis casillas y...

—Te equivocas, no he sido yo la que se ha ido durante cinco días y ha llegado buscando gresca—volví a beber.

—Ahh, así que es eso, estás enfurruñada porque después de echarte un polvo me largué sin decir nada.

Inspiré hondo varias veces. «No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas», me repetí tratando de calmar toda esa ira que me había tragado hacía escasos minutos y que ahora amenazaba con explotar en mi interior. Pero, al parecer, no fui lo suficientemente convincente conmigo misma y lo hice, exploté. Pero no de la manera que en un principio imaginé.

6



Unai

No supe descifrar lo que vi en sus ojos, puede que una mezcla de ira, rabia y desilusión.

Lo sé, de nuevo me había pasado tres pueblos con mis palabras, pero, por mucho que me empeñara, éstas salían solas, haciéndole daño, una vez más.

Bebió otro sorbo de vino y otro más, sin apartar su felina mirada de la mía.

Me preparé mentalmente para recibir el contraataque que estaba seguro de que no tardaría en lanzar.

Lo que nunca imaginé, fue que éste viniera en forma de carcajadas.

Unas carcajadas estruendosas que rebotaron en las paredes de la cocina y colisionaron en mis tímpanos, ofendiéndome. ¿Se estaba riendo de mí? Mi cabreo aumentó sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—¿Qué te hace tanta gracia?!—Bramé encolerizado.

Ella meneó la cabeza con lentitud mientras se limpiaba las lágrimas producidas por la risa descontrolada.

—Ay, Unai—dijo cuando por fin dejó de reírse—, olvidas un dato muy importante—se pasó la lengua por el labio inferior—. Para que yo me... ¿enfurruñara? Sí, esa fue tu palabra, ¿verdad? ... Por algo tan nimio como el haber echado un polvo contigo, tendrías que importarme.

Créeme, no es así—alzó la copa y contempló con demasiada atención el líquido de su interior—. Recuerda que soy la más zorra del lugar, no tengo sentimientos, ni escrúpulos—se encogió de hombros—. No digo que lo que pasó la otra noche no estuviera bien, sería un hipócrita si lo hiciera, pero, nada más—exclamó con indiferencia.

Yo me quité las telarañas del cuerpo y, tú, mataste el gusanillo que recorría el tuyo desde que me viste aparecer en la finca—su sonrisa de medio lado me dio escalofríos—. Ah, no, perdón, es verdad que ese gusanillo vive contigo desde que me conoces y se te ponía el pito duro cuando me rozabas

en el río.

Su dardo envenenado me llegó directo al corazón, estrujándolo en un puño muy muy pequeño.

Esperaba gritos e incluso insultos, pero esto... Lo que acababa de decir, hacía más daño que si me hubieran dado una paliza unos matones del Bronx. «Donde las dan las toman», pensé. Al fin y al cabo, yo había empezado con aquello, ¿no? Me lo merecía, aun así...

—Tienes razón, al fin conseguí lo que tanto buscaba desde niño, y sabes ¿qué? —Me crucé de brazos—. Me di cuenta de que en realidad no eres para tanto.

Lástima no haberlo sabido primero, porque no hubiera perdido el tiempo con alguien como tú.

Su mandíbula se tensó y apretó el pie de la copa con fuerza, demasiada fuerza, tanta que creí que lo partiría por la mitad.

—Y bien, dime, si no estás enfadada por eso, ¿por qué es entonces? ¿Por demostrar una vez más que eres una incompetente que ni siquiera sabe doblar bien unos cables?

—Te equivocas de nuevo—chasqueó la lengua contra el paladar. Su voz era puro hielo—. Tienes unas obligaciones que debes cumplir, no puedes desaparecer de la noche a la mañana y no decir adónde vas.

—Tú y yo no somos nada, Ruth, ni siquiera amigos. Que nos hayamos acostado, no te da derecho a pedirme explicaciones de lo que hago con mi vida—espeté.

—Lo que hagas con tu vida me importa menos que una mierda, Unai—expresó con demasiada calma—. En cambio, sí que me importa que no cumplas con tu palabra. Ya te he dicho por activa y por pasiva que, te guste o no, estamos juntos en esto. Por lo tanto, si vuelves a desaparecer por varios días sin avisar, serás tú el que no vuelva a poner un pie en la obra. ¿Te queda claro? Yo sí que no estoy aquí para perder mi tiempo—siseó—. De ahora en adelante, me tratarás como a una igual, no como a tu subordinada. Tú eres jefe, yo también. Conmigo se te acabaron las tonterías, no pienso pasarte ni una más, ¿entendido? ¡Ni una más! —esta vez fui yo el que estallé en carcajadas.

—¿Sabes lo que hago yo con tus amenazas, Pecas? Pasármelas por el forro de los cojones, ¿eso hago! —giré sobre mis talones, abrí la puerta y sin mirarla siquiera dije con inquina—. La próxima vez que quieras quitarte las telarañas del cuerpo, llama a tu marido. Ah, no—la imité—, es verdad que, si

las tienes, es porque eres tan poca cosa que ni él toca.

Cerré la puerta tras de mí y me quedé parado en el pasillo, mesándome el pelo, desesperado, frustrado, furioso y arrepentido. «¿Por qué hago esto?», musité. «Yo no soy así, joder. ¡No soy así...!».

—¡Estúpida, estúpida, estúpida! —Oí el cristal estrellarse contra alguna parte de la cocina—. ¡Aug! ¡Mierda! ¡Aug! —Gritó, sollozando al instante.

Estuve a punto de volver a entrar, en cambio, me dirigí al salón sintiéndome un miserable. Pocos minutos después, ella pasó como una exhalación a mi lado, sin mirarme y, corrió escaleras arriba. Estaba llorando. Trueno comenzó a ladrar en la cocina. Lo llamé, para acallararlo, pero no me hizo caso, siguió ladrando desesperado. Me acerqué, extrañado, y cuando abrí la puerta me quedé de una pieza. Cristales en el suelo, manchas de vino, ¿qué coño...? ¿Aquello era sangre? Me acerqué un poco más para verlo mejor. ¡Joder, sí, lo era!

El corazón me latió con fuerza. Salí disparado de allí, subí las escaleras de dos en dos y aporreé la puerta del baño, asustado.

—¡Abre la puerta, Ruth! —Grité a la vez que golpeaba ésta con fuerza.

—¡Vete!

—¡He dicho que abras la maldita puerta!

Nada, ni una palabra, ni un movimiento, sólo el sonido del agua corriendo y sollozos quedos. Me tiré del pelo exaltado e impaciente. «Joder, Unai, haz algo», me apremié. Pero ¿qué? ¿Tirar la puerta abajo? Esa era una opción, ¿no? Entonces, ¿a qué estaba esperando? Imágenes de ella desangrándose invadieron mi mente y me angustié.

—Por favor, Pecas—rogué afligido—, abre.

—¡Lárgate!

—O abres por la de buenas o tiro la puerta abajo—nada—. ¡Maldita cabezota! —Estallé mientras a patadas golpeaba la madera con fuerza.

Tuve que darle varias veces para conseguir que el pestillo saltara, hecho añicos, y la puerta se abriera de par en par, dando un sonoro golpe contra la pared. Ella se sobresaltó. Yo, me quedé inmóvil viendo el lavabo teñido de rojo y su preciosa cara surcada en lágrimas.

—Dios, Pecas—balbuceé poniéndome a su lado—. Déjame ver...

—¡No me toques! —Dijo fulminándome con la mirada.

La cogí con fuerza por la muñeca y la atraje hacia mí. Presioné con el pulgar, y, aunque ella se retorció histérica para que no la tocara, logré que abriera la mano. Joder, era un buen corte, profundo y, no dejaba de sangrar,

impidiéndome examinar la gravedad de la herida.

—Voy a poner directamente la herida debajo del agua, ¿vale? Puede que eso te duela un poco—advertí. Ella cerró los ojos e inspiró con fuerza.

Vi el cristal en cuanto el agua tocó su piel y clareó la palma de su mano. Parecía grande y lo tenía incrustado bien adentro. Vale, tenía que intentar sacarlo de allí, de lo contrario, seguiría sangrando sin parar. La cuestión era cómo iba a hacerlo... «Piensa, Unai, ¡piensa, joder!», me urgí.

—¿Dónde tienes tu neceser? —Pregunté sabiendo lo que debía hacer.

—¿Y a ti que te importa dónde está?

—Ruth... Sólo trato de ayudarte, ¿vale? Deja de comportarte como una niña y dime dónde está el puto neceser. ¿No te das cuenta de que esto es serio?

—En el lado derecho del armario, en el primer cajón—susurró sorbiendo por la nariz.

Corrí a su cuarto y busqué en el lugar que me indicó, encontrándolo de inmediato. Lo abrí y de él saqué unas pinzas de depilar. De regreso en el baño, y antes de hacer nada, cogí el botiquín y lo vacié encima de la madera para tener a mano lo que fuera necesitando. Acto seguido, me hice con un par de toallas. Los nervios y la preocupación hacían que me temblaran las manos, pero, no dudé a la hora de agarrar su mano con fuerza y, con las pinzas, hurgar en la herida.

—Estate quieta, Pecas, de lo contrario no podré sacar el cristal.

—Me haces daño—protestó.

—Lo sé y lo siento, pero esta es la única manera de hacerlo. Aguanta un poco, ¿vale? —Asintió volviendo a sorber por la nariz.

Sabía de sobra que le estaba haciendo daño y me sentía mal por ello, pero no podía hacer otra cosa. Tardé un buen rato en conseguir sacar el maldito cristal y, cuando al fin lo hice, la sangre empezó a brotar con más fluidez.

Me asusté. ¿Y si al hacer aquello había empeorado el corte? Ella, estaba pálida, tenía los ojos apretados y los dientes le chirriaban. No, no pintaba nada bien, a la vista quedaba claro que la única manera de que dejara de sangrar era poniendo puntos de sutura y, yo no tenía ni idea de cómo hacer algo así. El plan A, era quitar el cristal de la herida, limpiar ésta con agua oxigenada, un buen chorro de betadine y vendar la mano, pero, visto lo visto, no tenía más remedio que pasar al plan B. Llevarla al centro de salud más próximo era una opción, pero, tardaríamos una media hora en llegar, eso era demasiado tiempo.

Enrollé su mano con una toalla y la obligué a presionar con fuerza. Dios, la piel de su cara estaba tan blanca que, temí que se desmallara de un momento a otro. Me lavé y me sequé, todo ello sin quitarle la vista de encima y, del bolsillo de atrás de mis vaqueros, saqué el móvil. Busqué en la lista de mis contactos hasta encontrar el número de teléfono que necesitaba y marqué sin dudar.

—¿Qué haces? —Ruth me miraba alarmada.

—Llamar a Rogelio, hay que cerrar la herida con puntos y él es el único que nos puede ayudar.

—¿Quién es Rogelio? ¿El médico de guardia del centro de salud de La Fócara?

—No, es el veterinario...

—¿El veterinario? —Me interrumpió—. ¿Llamas al veterinario para que me cure esto? —Rugió molesta—. ¿Acaso tengo pinta de ser una vaca, una oveja, o un perro? Estás loco si piensas que voy a permitir que un médico de animales me ponga la mano encima.

—¿Adónde diablos vas?!—Grité viéndola dirigirse a la puerta.

—Voy a llamar a mi padre para que me lleve a urgencias.

—Escúchame, Ruth, por favor—supliqué a punto de perder la paciencia—. Es tarde, muy tarde. Tu padre llevará dormido más de dos horas, ¿quieres matarlo de un susto? —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Además, el centro de salud no está cerca, en cambio, Rogelio vive aquí al lado, no tardaría nada en venir. Sí, es un veterinario, ¿y qué? —Me acerqué a ella y acaricié su cara—. No deja de ser un médico, ¿no? Y al contrario que yo, él lleva cosiendo heridas desde hace muchos años.

—Si no puedo llamar a mi padre, llévame tú al centro de salud—respondió obstinada.

—Joder, Pecas, qué cabezota eres...—puse los ojos en blanco y resoplé—. ¿Eres consciente del tiempo tan valioso que estamos perdiendo? Eso no para de sangrar, y en lugar de dejarme ayudarte, estás complicando las cosas.

—Está bien—claudicó—, llámale, pero, cómo me pase algo por ponerme en las manos de un...

—Jamás permitiría que algo te sucediera, Pecas...—Ella asintió y yo reanudé la llamada.

Rogelio no tardó en llegar, portando en una de sus manos su inseparable maletín de cuero marrón. Junto a él, fuimos al baño, donde Ruth nos esperaba sentada en un taburete que anteriormente había subido de la cocina.

Seguía pálida y llorando, pero, de sus labios no salía ni una sola queja.

Hice las presentaciones oportunas, aunque no dudaba de que él supiera de sobra quién era ella y, me hice a un lado para dejarlo hacer.

—Veamos qué tenemos aquí—dijo con calma desenrollando la toalla de la mano—. Vaya, es un buen corte y bastante profundo, ¿con qué te lo has hecho?

—Se me cayó una copa de cristal mientras fregaba—explicó con la vista fija en sus pies—, cuando fui a recogerlo, uno de los cristales se me clavó y... Unai... él... él...—su barbilla temblaba.

—Saqué el trozo de cristal con unas pinzas de depilar—proseguí yo al ver que ella tenía la voz atenazada por el llanto—. Al ver la profundidad de la herida, decidí llamarte.

—Bien, tranquila, Ruth—expresó él—, voy a desinfectar la herida y tendré que darte unos puntos, ¿de acuerdo? Te dolerá un poco, pero, por favor, intenta mantenerte quieta.

Verla tensarse cada vez que Rogelio echaba desinfectante en su mano, me encogía el corazón. Joder, aquello tenía que doler horrores. A la hora de darle los puntos, su gesto se crispó y cerró los ojos a la vez que se mordía el labio inferior con fuerza. Me acuclillé a su lado.

—Eh, Pecas, mírame—murmuré. Lo hizo al instante—. ¿Te acuerdas del día de mi primera comunión? ¿Cuándo me atraganté con la hostia sagrada y la escupí? —Un amago de sonrisa asomó en sus labios. Claro que lo recordaba—. Pues aún me cosquillea la nuca por las collejas que me dio mi padre—su sonrisa se ensanchó—. Y el día que cogí boñiga de vaca y la unté en la manilla de la puerta del bar de Pepe y luego nos escondimos esperando a ver quién era el primero en entrar, ¿lo recuerdas? —Sus ojos brillaron divertidos.

—Sí, mi padre llegó furioso a casa y mi madre puso el grito en el cielo al saber lo que le había pasado con la... con la... mierda de la puerta.

—Aquella noche me llevé unos buenos zapatillazos de mi madre y me castigaron sin salir de casa una semana.

—Es que eras un trasto, Unai, y siempre nos convencías para que te siguiéramos el rollo—nuestros ojos se encontraron y la nostalgia se apoderó de mí. Dios, tenía tantos recuerdos a su lado...

—Bueno, pues esto ya está—exclamó Rogelio—, ahora, te colocaré una venda. No podrás hacer gran cosa con esta mano durante unos días y la semana que viene, si todo va bien, te quitaré los puntos. Necesitarás

calmantes. Unai, muchacho, si me acompañas a casa cuando termine, te daré unos que...

—No pienso tomar ningún medicamento para bichos—nos advirtió—. No, me niego.

—Ruth, los calmantes que te voy a dar, son los que toma mi mujer para las migrañas, sólo es ibuprofeno un poco más fuerte que el habitual.

—En ese caso los tomaré—musitó algo avergonzada.

Cuando llegué de recoger en casa de Rogelio los medicamentos para Ruth, ésta ya estaba metida en la cama, dormida. Me aproximé a ella, despacio, para no despertarla y me quedé embobado mirándola. Parecía tan pequeñita, allí, tapada hasta la barbilla, a pesar de estar en pleno mes de julio, encogida y emitiendo de vez en cuando suspiros profundos y acompasados.

Estiré la mano, con cuidado y la acaricié con delicadeza. Era tan bonita... tan enérgica... tan respondona... tan sorprendente. Y yo me sentía tan mal por lo ocurrido...

Si no hubiera pronunciado mis últimas palabras, ella no habría tirado la copa contra la puerta y no se hubiera cortado.

Si no me hubiera portado como un gilipollas en la casona, no hubiera pasado lo de la cocina.

Y si no me hubiera ido el sábado nada más levantarme, dejándola sola después de haber pasado la mejor noche de mi vida a su lado, tampoco hubiera sucedido lo de la casona... Así que sí, yo era el único culpable de todo. Salí dejando la puerta entreabierta, por si se despertaba durante la noche poder oírla bien y bajé a la planta de abajo a recoger el desaguisado de la cocina.

Más tarde, sólo cuando vi que estaba lo suficientemente agotado como para llegar a conciliar el sueño, subí a mi habitación y me acosté, no sin antes cerciorarme de que ella seguía dormida plácidamente. Cerrar los ojos me resultó imposible. ¿La culpable? Mi mala conciencia, ésa y lo acojonado que estaba. ¿En qué o quién me estaba convirtiendo para comportarme de ese modo? ¿Por qué pensé que, huyendo el sábado, iban a disiparse todos los sentimientos que se agolpaban en mi interior, cuando al abrir los ojos supe que estaba perdido y que, acostándome con ella no había hecho más que complicar las cosas? No tenía ni idea, la verdad. Lo único que tenía claro era que, haber estado en Santander con mi padre estos cinco días tratando de distanciarme del remolino de sensaciones que me atenazaban, no había servido para nada. Me di cuenta de ello al llegar esa tarde y entrar en la

casona. Fue verla y automáticamente, mi mente empezó a evocar imágenes de la otra noche, mi corazón empezó a latir desenfrenado y, mi entrepierna, palpitar deseándola como un loco. Por eso reaccioné como lo hice, porque ser consciente de que, ni los años, ni los sucesos, ni mi empeño, ni nada de nada de lo que hiciera, servirían para que yo dejara de sentir lo que sentía por ella. Pues sí, estaba metido en un buen lío y no tenía la más remota idea de cómo salir de él.

7



Ruth

Me desperté varias veces por la noche debido al dolor de la mano y, en todas ellas, Unai se personó en mi habitación, solícito, atento, delicado...

«¡Qué mala era la culpa!», pensé por la mañana cuando al levantarme, porque el despertador sonó a la hora de siempre ya que me olvidé de desactivar la alarma, vi en la mesita de noche una nota que decía: «Buenos días, Pecas, espero que, a pesar de todo, hayas conseguido descansar algo.

Tómate la medicación que tienes junto al zumo de naranja, en la cocina. Nos vemos luego». Sí, estaba siendo todo lo amable que, nunca, desde mi llegada a Los Sauces, había sido conmigo. Si se sentía sólo la mitad de mal de cómo me sentía yo, entonces, estaría lleno de remordimientos y carcomiéndose por dentro por todas las palabras tan horribles que nos dijimos la noche anterior con la única intención de hacernos daño.

¡Qué idiotas éramos ambos!

Ducharme con una sola mano me resultó la tarea más difícil del mundo, tanto que, al final, no tuve más remedio que desistir de lavarme el pelo y recogérmelo en una cola de caballo.

La cocina estaba impoluta, como si no hubiera pasado nada allí.

Como si no me hubiera vuelto loca y en un arranque de ira, no hubiera tirado la copa medio llena contra la puerta cerrada. Igual que el baño.

Encima de la encimera de mármol, junto al microondas y la cafetera, tenía un zumo de naranja recién exprimido y la medicación. Tomé ambos, me miré el vendaje de la mano y me acerqué a la ventana. Unai se acercaba al trote, con Trueno pisándole los talones. ¡Qué guapo y sexi estaba

con esa minúscula ropa de deporte! ¡Y qué cabrón había resultado ser! Sí, lo sabía, yo tampoco me quedaba atrás, pero, en mi defensa, alegaré que mi ataque fue en defensa propia. Si él no hubiera sido tan despectivo, arrogante y gilipollas, no hubiera pasado nada. Suspiré.

Lo más increíble era que, él, había conseguido hacerme más daño que nadie en toda mi vida. Ni mi madre, ni Jean Paul, jamás, con sus humillaciones, con su indiferencia y demás, me habían hecho sentir como me sentí ayer, nunca. ¿Por qué Unai sí?

¿Por qué una persona a la que hacía tanto tiempo que no veía, que supuestamente no era nadie en mi vida, tenía el poder, con tan sólo unas palabras, de hacerme tanto daño? «Porque lo que él haga, diga o piense, aunque te resulte impensable, es importante para ti», respondió una vocecita en mi cabeza.

Sí, así era, para qué mentirme a mí misma si esa voz de mi cabeza en realidad era yo. ¿Me estaba enamorando de él? ¿Era eso?

—Buenos días—saludó el susodicho entrando en la cocina seguido de Trueno—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele mucho?

Dios, ¿cómo podía alguien estar tan increíblemente atractivo a estas horas y con esas pintas? Con el sudor cubriendo su cuerpo, la respiración agitada, despeinado...

«Ay, Ruth, tienes un problema, querida mía—pensé—. Te has colado por él hasta las trancas».

—Pecas...

—Estoy bien—dije azorada por lo que acababa de reconocerme a mí misma—, y sí, me duele bastante, pero ya me he tomado la medicación, gracias—musité. Él asintió.

—¿Tienes hambre? —Preguntó abriendo la nevera—. Puedo hacer el desayuno ya mismo, pero preferiría ducharme antes, lo necesito con urgencia.

—Unai, no es necesario que...

—Es lo mínimo que puedo hacer, Ruth, además, con esa mano así, no creo que puedas hacer gran cosa.

—La verdad es que no—reconocí—, pero tampoco quiero que te sientas obligado a hacer nada, me las puedo apañar. Llamaré a mi padre y...

—No, ni hablar—dijo tajante—. Yo me ocuparé. Me ducho y bajo, serán sólo unos minutos. ¿Por qué no le pones agua a Trueno mientras tanto?

Me quedé como una boba mirando la puerta cerrada por la que él acababa de desaparecer. ¿Qué narices estaba pasando? ¿Ahora iba a estar

pendiente de mí?

Lo dicho, qué mala era la culpa.

—Ay, Trueno, no sabes en el lío que estoy metida.

Me propuse ser prudente y no hacerme ilusiones porque, como siempre me daba una de cal y otra de arena, pues, ¿para qué?

¿Para llevarme el mazazo luego y volver al principio? ¿A qué dudara de mí, me insultara y me humillara? No, de eso nada. No estaba yo, a mis treinta y siete años, por la labor de permitir algo así por muy colada que estuviera de él. No, ni de coña. Lo mejor era mantenerme distante y limitarme a terminar el proyecto de Jud. Eso iba a hacer, ¡sí señor! Totalmente convencida acaricié al perro y le di de beber sin saber que, aproximadamente media hora más tarde, un hecho histórico se llevaría a cabo allí mismo, complicándome muy mucho eso de ser prudente y distante. Algo que en mi cabeza parecía muy fácil de hacer, pero que él se propuso tirar por tierra al desplegar todo su encanto e invitarme a sentarme a su lado y desayunar juntos mientras él compartía conmigo, como si fuera la cosa más normal del mundo, sus planes del día. Increíble, pero cierto.

—Hoy comenzaremos a poner los puntos de luz en las cinco habitaciones que ya están cableadas y, tengo que llamar para que el lunes a primera hora nos traigan más material. Por cierto, ya he hablado con los albañiles, empezarán en un par de semanas—me decía untándose una tostada con mermelada.

Decir que estaba anonadada era quedarse corta, ese trato tan... no sé, de colegas me descolocaba y me gustaba a partes iguales, la verdad sea dicha. No obstante, algo en mi interior me instaba a estar alerta. Digamos que, la desconfianza no me dejaba disfrutar de este momento que tanto había deseado y que, ahora, era sólo producto de la mala conciencia.

—¿A qué viene esto, Unai? —Inquirí sabiendo de sobra la respuesta.

—A qué viene, ¿el qué?

—Ya sabes, lo de compartir conmigo tus planes para hoy en la obra.

—Dijiste que te tratará como una igual, ¿no? —Asentí—. Pues eso hago. Te informo de los trabajos que se realizarán hoy. Eres el otro cincuenta por ciento del proyecto.

—Qué triste que haya tenido que pasar esto—dije levantando la mano—, para que de una vez entendieras lo que llevaba diciéndote desde que llegué.

—Mira, Ruth, estoy intentándolo, ¿vale?

No dije ni pío. No porque no tuviera nada que decir, sino porque, si soltaba lo que tenía en la punta de la lengua, probablemente volviéramos a discutir y, no merecía la pena volver a pasar un mal trago. Me bebí el café que quedaba en la taza, me puse en pie y llevé ésta al fregadero.

—Muchas gracias por el desayuno, has sido muy amable.

Solté el aire retenido en los pulmones cuando me vi fuera de la cocina y él ya no podía verme. ¿Por qué leches estaba tan cabreada? ¿No era esto lo que yo quería?

¿Qué nos lleváramos bien? Entonces, ¿qué mierda me pasaba? «Pues te pasa que sabes de sobra que, en realidad, sólo lo hace porque se siente mal por lo ocurrido.

Si por él fuera, ni siquiera estarías aquí», me dije a mí misma. Entré en mi habitación y me quedé parada, la cama estaba hecha y mi pijama perfectamente doblado a los pies de ésta. «¡Joder, yo con ganas de bronca y él facilitándome la vida! —Pensé—. Eres una arpía, Ruth Griera».

El resto del día lo dediqué a hacer el vago, jugar con Trueno, caminar a la orilla de río, escuchar música y bajar a ver a mi padre que me regañó nada más verme, como si fuera una niña chica, por no haberlo avisado para que me llevara a urgencias.

Se descojonó cuando supo mi reacción al ver que Unai llamaba al veterinario del pueblo para que me curara y me diera puntos. Lo ayudé, como pude, a recolectar algunas verduras y luego, como mi madre había ido a La Fócara con Casilda, nos tomamos una cervecita en el patio trasero, a la sombra. Cuando subí a casa, Unai estaba afanado en la cocina, haciendo la cena, para los dos.

—Hola—saludé mientras acariciaba a Trueno.

—Hola, no te he visto en todo el día. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, gracias.

—¿Por qué no has ido a la casona? —Preguntó con interés.

—Con la mano así no lo creí conveniente—me encogí de hombros.

—Evidentemente no ibas a hacer nada, pero, no sé, creí que irías de todos modos.

—No me digas que me has echado de menos—dije sin pensar y arrepintiéndome en el acto por ello.

—Pues lo cierto es que sí, pero no sólo yo, los chicos también. Se han pasado el día preguntando por piernas—sonrió—. Además, estaba preocupado por ti.

—¿Preocupado? —Uy, esto era nuevo—. ¿Y eso por qué?

—Porque después de un rato de no verte pasear por el prado con Trueno, vine a casa y no estabas—un cosquilleo fugaz atravesó mi estómago.

—Bajé a ver a mi padre, estuve con él en la huerta ayudándolo a recoger lechugas, tomates, nada complicado. ¿Qué estás cocinando?

—Estoy haciendo una tortilla de patatas para rellenarla. Aún falta un poco, ¿por qué no vas a darte una ducha y te preparas para que en cuanto cenemos nos vayamos a La Lola?

—¿A La Lola?

—Es viernes, Pecas, hoy hay torneo de dardos, ¿lo recuerdas?

—¡Es verdad, lo había olvidado! De todos modos, no voy a ir, no puedo jugar.

—¿Y qué? —exclamó sorprendiéndome de nuevo—. Puedes tomarte algo y animarnos.

Pues sí, era verdad, podía ir, tomar una cerveza sin alcohol, por eso de la medicación y tal, y desconectar. No obstante, lo pensé bien y decidí quedarme en casa, no fuera a ser que, al igual que el viernes pasado, nos liáramos la manta a la cabeza al regresar a casa y termináramos juntos en la cama. No es que la idea no me agradara, al contrario, pero, preferí seguir adelante con mi determinación de ser prudente y mantenerme alejada de él.

—Prefiero quedarme en casa, ayer dormí poco y estoy cansada—aduje.

—¿Estás segura? Porque...

—Lo estoy—ataje antes de que intentara convencerme.

El tiempo compartido durante la cena, resultó agradable, nada tenso. Reconozco que yo apenas abrí la boca, simplemente me limité a escuchar, a asentir y a pensar lo diferente que hubiera sido todo si nuestro trato siempre hubiera sido así.

Habló del trabajo, evidentemente, aunque por lo que yo sentía realmente interés, era por cómo había sido su vida desde aquel día que nos vimos por última vez, o por cómo fueron los días de Jud aquí. No me atreví a preguntar, lógicamente, no obstante, de seguir él adelante con esta tregua, sin ninguna duda lo haría. Lo ayudé a recoger la mesa y, mientras él fregaba los platos, vasos y cubiertos, su teléfono sonó, insistentemente, en alguna parte de la cocina.

—¿Sí? —Preguntó secándose las manos con un trapo que llevaba colgado de las presillas de sus pantalones—. Has cerrado temprano hoy, ¿no?

El corazón se me encogió con esas palabras, no había que ser una

lumbrera para saber con quién estaba hablando.

—En el coche—estaba diciendo—, no, ¿por qué? —silencio—. Sin problema, te paso a recoger en media hora. Sí, de acuerdo, no vemos luego—nuestras miradas se encontraron durante un segundo—. Era...

—Gracias por la cena, Unai—interrumpí—. Suerte en el torneo, saluda a los chicos de mi parte.

Salí de allí antes de que él pronunciara una sola palabra. Sí, lo confieso, estaba celosa y la sola idea de oírlo pronunciar su nombre, me escocía, para qué mentir.

Me puse el pijama, me lavé los dientes y me metí en la cama. Poco tiempo después, escuché el sonido de la puerta cerrarse y el sonido del coche saliendo de la finca.

Clavé la vista en el techo y suspiré hondo, varias veces.

¿Qué estaba haciendo aquí teniéndolo todo en contra?

Un matrimonio al que deseaba poner fin de una maldita vez; una madre con la que hacía días que no hablaba porque le encantaba meterse en mi vida sin importarle lo que yo quisiera o sintiera; mis amigas lejos, cada una con su vida.

Y lo peor de todo, Unai... Me estaba enamorando de un hombre que siempre me quiso y al que siempre ignoré. Un hombre que tenía una relación con otra mujer. Un hombre que me trataba con arrogancia y me humillaba haciéndome más daño que todo lo anterior. Nada me dolía tanto, ni el fracaso de mi matrimonio, ni la relación con mi madre, ni siquiera estar tan sola como estaba. Nada de eso importaba, sólo él. ¿Cómo era posible que en poco más de un mes se hubiera convertido en alguien tan importante para mí?

¿No era una locura? ¿No sería obsesión y, por la necesidad de sentirme querida y deseada lo estaba confundiendo con amor? No, eso sería si él me trataba bien, si fuera cariñoso, atento. Si estuviera pendiente de mí todo el tiempo... «Como hoy», pensé, si su trato hubiera sido, desde mi llegada, como hoy, sí que podría estar confundida, pero ese no era el caso. «Deberías recoger tus cosas y largarte, Ruth—me dije—, antes de que sea demasiado tarde y el daño mayor». Pero no iba a hacerlo, tenía una promesa que cumplir y, como que me llamaba Ruth Grier que cumpliría mi palabra, aunque ésta fuera dada en un sueño o susurrada al viento en las ruinas de un castillo.

Cansada de dar vueltas sin pegar ojo, miré el reloj de la mesita, eran las doce y cuarto. Me levanté a beber agua y volví a acostarme, pero esta vez con mi diario. Si no iba a dormir, tampoco quería comerme la cabeza.

28 de agosto de 1996

«La vida es un asco y me siento como una mierda, David ha venido a despedirse porque las vacaciones se acaban y debe volver a Menorca.

Estoy tan triste... No volveré a verlo hasta el próximo verano. Es demasiado tiempo, espero que no se olvide de mí. Hemos prometido escribirnos todas las semanas para no perder el contacto, lo voy a echar tanto de menos... Las chicas han intentado animarme esta tarde en el río, pero no podía dejar de llorar y el imbécil de Unai ha propuesto hacer una fiesta para celebrar que mi novio se iba. ¡Será gilipollas el niño de los cojones! Ojalá fuera él que tuviera que irse de este pueblo».

Y aquel deseo se cumplió justo un año después, cuando no tuvo más remedio que irse a vivir con sus tíos a Madrid. Sonreí con nostalgia al recordarlo. Dos días antes de su partida, se me había declarado y yo prometí esperarlo.

¡Qué puñetero era el amor que nos tenía siempre pensando por él! Leí un poco más: el fin del verano, el comienzo del nuevo curso en el instituto, el tener que aguantar una vez más a Unai, esta vez en el mismo autobús porque él ya iba a primero de bachillerato.

El nuevo compañero de clase que traía loca a Aina. El asqueroso profesor de mates que aún no se había jubilado y nos tocaba aguantarlo un año más. Estaba partiéndome el culo, precisamente con una anécdota en referencia a ese profesor, cuando escuché el coche entrar en la finca; era la una y cinco de la madrugada.

Automáticamente y sobresaltada, apagué la luz y me arrebujé entre las sábanas. Me hice la dormida cuando poco tiempo después, él entró en mi habitación y estuvo junto a la cama observándome. Luego de eso, sí me dormí de verdad.

A las siete y media de la mañana, al despertarme por culpa del dolor de la mano, fue cuando entonces me di cuenta de que la noche anterior, no me había tomado la medicación. Bajé a la cocina a por la bendita pastilla que me tomé junto con el primer café de la mañana, y subí al baño a ver de qué manera me las apañaba para lavarme el pelo.

Decidí hacerlo directamente en el lavabo. Saqué de mi neceser el champú de mora y el acondicionador. Abrí el grifo y mientras el agua salía hasta calentarse, me quité la camiseta de dormir, quedándome en sujetador.

Comprobé que la temperatura del agua fuera la correcta, y me incliné hasta meter la cabeza debajo de ésta. En esa posición estaba cuando de repente se abrió la puerta del baño, dándome un susto de muerte.

—Perdón, no sabía... ¿qué narices estás haciendo? —Giré la cabeza y miré a Unai que a su vez me miraba a mí, extrañado.

—Intento lavarme el pelo, ¿te importa? —Exclamé avergonzada porque me pillara en esta posición y casi desnuda. Cerró la puerta al instante y respiré aliviada.

El alivio duró poco tiempo, porque, cinco minutos más tarde, volvía aparecer con una silla y una jarra de cristal, pequeña. ¡Mierda!

—Incorpórate—ordenó dándome un golpecito con la cadera y haciéndome salpicar el suelo.

—¿Qué pretendes? —Espeté molesta.

—Ayudarte.

—Por Dios, no es necesario.

—Deja de rechistar, Pecas.

Resignada, me hice a un lado, me puse una toalla por encima y lo dejé hacer. Colocó la silla junto al lavabo, colocó una toalla seca en el borde de éste, la jarra de cristal a un lado y acercó el champú.

—Siéntate.

—Unai, por favor, de verdad que no...

—¿Alguna vez te han dicho que eres una refunfuñona? —Ay, señor, esa media sonrisa me mataba.

¡Joder! Iba a lavarme el pelo, a mí. ¡A mí! ¿Había algo más sensual y erótico que un hombre, sobre todo si era el que te gustaba, te lavara el pelo? Uff, lo dudaba. Madre mía, todavía no había empezado y ya me temblaban las piernas.



Unai

Estaba a punto de cometer una tontería, lo sabía, aun así, cuando ella pareció estar cómoda, volví a mojar su pelo y fundí mis temblorosos dedos en él, masajeando con delicadeza y parsimonia, mezclando el champú. El olor a mora inundó mis fosas nasales y me faltó el canto de un duro para relamerme. Ese era el olor que tan loco me volvía cada vez que aspiraba el aire cerca de ella.

Menos mal que Ruth tenía los ojos cerrados, de lo contrario, se daría cuenta perfectamente de que la deseaba como un loco, y eso que sólo estaba frotando su cuero cabelludo.

Si media hora antes, hubiera sabido que después de correr unos cuantos kilómetros y al subir al baño con intención de darme una ducha, iba a encontrarme con la estampa de ella medio desnuda e inclinada sobre el lavabo, buf, creo que hubiera seguido corriendo hasta llegar a Asturias. En cambio, aquí estaba, empalmándome como un quinceañero con cada ruidito que escapaba de sus labios. Deseando no sólo fundir mis dedos en su cuerpo, sino, degustar también el sabor dulce de su piel. Sacudí la cabeza para deshacerme de las imágenes que la inundaban y me concentré en aclararle el pelo para volver a enjabonarlo.

—¿Estás incómoda? —Pregunté al notar que no dejaba de mover una de sus piernas arriba y abajo, como si tuviera un tic nervioso o algo parecido.

—No—fue su contestación después de carraspear y abrir los ojos de golpe.

Cada vez que me miraba así, tan intensamente, juro que algo dentro de mí se removía, incluso me cosquilleaba la espina dorsal, desde los pies a la cabeza. Igual que cuando era un niño, pero ahora con más fuerza.

—¿Te hago daño? —Negó con la cabeza sin apartar su mirada de la mía—. Si lo hago dímelo, ¿vale?

—Sí—susurró con voz queda.

Cuando volvió a cerrar los ojos, sonreí para mis adentros con regocijo

al comprobar, una vez más, que ella no era inmune a mí, como tampoco yo lo era hacia ella.

Su pecho, ascendía y descendía con la respiración cada vez más agitada y, verla así, me ponía cardíaco, para qué engañarnos.

No obstante, debía mantener la mente fría y no dejarme llevar.

Me había prometido a mí mismo que no volvería a tocarla ni a acostarme con ella y, por mucho que en este preciso instante me muriera por arrancarle la poca ropa que llevaba encima y sumergirme en ella, no lo haría. Aclaré su pelo por segunda vez, se lo enrollé en una toalla y, con mucha, mucha fuerza de voluntad, me separé de ella.

—Dios, Unai, deberías dedicarte a esto, se te da de maravilla—dijo suspirando con deleite.

—¿Tú crees?

—Oh, sí, tienes unos dedos mágicos, me has quitado todo el estrés y me has dejado como nueva—automáticamente se sonrojó por su comentario—. ¡Joder, lo que he dicho ha sonado fatal!

—Tranquila, lo he entendido perfectamente y, que sepas, que ha sido un placer hacerte sentir tan bien. Puedes contar conmigo siempre que quieras... ya sabes, quitarte el estrés de encima—le guiñé un ojo con picardía y salí del baño dejándola sola.

«Genial, Unai—me reproché ya en el pasillo—, primero le dices que la próxima vez llame a su marido para quitarse las telarañas y ahora, prácticamente acabas de insinuarle que estarías más que dispuesto a volver a hacerlo tú». ¡Jesús, de esta iba a terminar en un loquero!

Me mantuve ocupado, fuera de casa, el resto de la mañana para no caer en la tentación de volver a obrar milagros con mis dedos, y lo que no eran mis dedos, en cualquier parte de su cuerpo. Cortando el césped de la finca, reparando el trozo de canalón que se había descolgado del tejado, bañando a Trueno... Aun así, la muy puñetera seguía en mi mente continuamente sin darme un puto respiro. Sí, muy a mi pesar seguía deseando hundirme en ella y que el mundo dejara de existir quedando sólo nosotros dos en él. Necesitaba desesperadamente salir de allí, de lo contrario, acabaría cediendo a mis impulsos y eso, sería una gran equivocación.

Después de comer, di un largo paseo con Trueno y a eso de las cuatro me dejé caer por el bar de Pepe, esperando que Minerva estuviera sola para poder desahogarme un poco.

—¿Puedo pasar? —Pregunté asomando la cabeza por la puerta.

—Adelante, sabes que tú siempre eres bien bienvenido—me sonrió zalamera, como era ella—. ¿A qué viene esa cara? —Indagó dejando el trapo encima de la barra.

—No lo sé, supongo que estoy agobiado—me encogí de hombros y me senté en un taburete.

—Es por ella, ¿verdad? —Dije que sí con la cabeza, ¿por quién iba a ser si no? —. ¿Café o algo más fuerte?

—¿Qué te parece un café doble con un buen chorro de coñac?

—Marchando.

Diez minutos después ambos estábamos sentados frente a dos tazas de café aliñadas, como solía decir mi padre, y en silencio.

—¿Vas a contármelo o tengo que adivinarlo? —Se burló.

—Es que no sé cómo diablos explicarlo para que me entiendas cuando ni yo mismo lo hago. ¡Es una locura, Miner! ¡Me estoy volviendo majareta!

—¿Por qué no empiezas por el principio? —Resoplé.

—A ver... Ayer te conté lo que había pasado la noche del jueves y lo culpable que me siento por ello. No por acostarme con ella, aunque un poco también, sino por lo que pasó después, todo lo que nos dijimos y por lo de su corte en la mano.

—Sí, todo eso ya lo sé, Unai... Y también sé, aunque sabes que para nada estoy de acuerdo, que tomaste la determinación de mantenerte alejado de ella.

—Ese es el problema, que no sé si podré cumplir con eso. Esta mañana, por ejemplo, cuando llegué de correr y fui a ducharme, ella estaba medio desnuda en el baño intentando lavarse el pelo en el lavabo. Fue verla y...

—¿Y?

—¡Desearla, joder! —espeté frustrado.

—¿Qué pasó? ¿Te abalanzaste sobre ella? —Volvió a burlarse.

—No, no pasó nada de eso, le lavé el pelo.

—¿Cómo dices? —Alzó una ceja sorprendida.

—Lo que oyes.

—Joder, siempre he querido que un tío me lave el pelo, es tan erótico... —Suspiró con dramatismo—. Imagino que te habrás dado cuenta, ¿no?

—Dios, ha sido la media hora más larga de mi vida—exclamé rememorándola en mi mente y sonriendo involuntariamente—. Y también una de las más increíbles, la verdad.

—Se te acaba de poner cara de bobo, ¿lo sabías? —Se mofó.

—Que te burles de mí es lo último que necesito.

—Lo siento, ya veo que esto es importante para ti, está claro que sigues enamorado de ella y...—se quedó callada observándome, seria—. ¿A qué tienes miedo, Unai?

—No lo sé—resople.

—No has negado lo que he dicho, lo que significa que tengo razón, así que, no me digas que no lo sabes. No va a pasar nada porque lo reconozcas.

—No quiero sufrir, Minerva, otra vez no. No soportaría volver a pasar por lo mismo.

—Por lo que me has contado, a ella le gustas, ¿entonces?

—¡Está casada, joder! Su marido está esperándola en París, donde tiene una vida perfecta, con un trabajo perfecto, una casa perfecta... Si me dejo llevar y doy rienda suelta a todo lo que siento aquí—me toqué el corazón—, ¿qué va a ser de mí cuando decida volver a esa vida?

—No me puedo creer que estés diciendo eso—me miró incrédula—. Se ha acostado contigo, Unai, ¿de verdad crees que, si su vida y su matrimonio fuera tan perfectos como dices, habría hecho algo así poniéndolo en peligro?

¿De verdad crees que estaría en un pueblo donde viven cuatro gatos, aceptando una herencia y un proyecto que nada tienen que ver con ella, viviendo bajo tú mismo techo y soportando que seas un auténtico cabronazo? ¡Piensa un poco, coño!

—Es lo único que hago últimamente, pensar.

—Pues... qué quieres que te diga, me da la sensación de que estás un poco perdido, bastante, para ser más exactos—espetó—. Puede que la solución a tus problemas no sea alejarte de ella, sino todo lo contrario. Conoces a la niña, a la adolescente a la que te declaraste y prometió esperarte y luego incumplió su promesa, algo totalmente comprensible si te paras a pensar que cuando hizo esa promesa era una niña, igual que tú—dijo vehemente—. En cambio, no conoces a la mujer que está en tu casa, ella ha crecido, ha madurado, ha vivido, como tú. Acércate a ella, conócela, háblale, deja salir todas esas cosas que sientes. Recuerda que el que no arriesga, no gana.

—No puedo hacer eso—susurré.

—¿Por qué? No te tenía por un cobarde, Unai.

—No lo soy, lo que pasa es que no puedo olvidar todo el daño que le hizo a Judith, podría perdonar cualquier cosa, Minerva, pero no eso.

—Eres idiota si dejas que el rencor decida por ti. Además, tu hermana la perdonó, de hecho, la puso en su testamento. Si tan mala persona fue, ¿por qué hacerlo?

¿Crees que sus amigas iban a darle poder sobre su parte? ¿Qué iban a apoyarla? ¿No puede ser que también en esto estés equivocado?

—Vamos a ver—dije molesto—, ¿de qué lado estás? Porque me estas poniendo de muy mala hostia.

—Estoy de tu lado, Unai, soy tu amiga. Pero eso no significa que tenga que decirte amén cuando creo que no tienes razón.

—Lo sé y lo siento—dije tras respirar hondo varias veces.

—Prométeme que pensarás en lo que te he dicho.

—Está bien, lo pensaré—claudiqué—. Ahora, dejemos de hablar de mí y cuéntame que tal te fue ayer con el soldado.

—El soldado tiene nombre...—Puse los ojos en blanco.

—Perdón, ¿qué tal te fue con Matías?

—Pues para llevar casi seis meses sin vernos, bastante bien, la verdad.

—Hablasteis de lo vuestro—asintió—. ¿Y?

—Quiere que nos vayamos juntos de vacaciones en agosto.

Estuvimos hablando hasta que los primeros clientes de la tarde, concretamente el señor Eulogio y Serafín, entraron por la puerta dispuestos a preparar su partida de dominó. Minerva me acompañó a la calle y allí le di un abrazo y besé su mejilla en agradecimiento por ser tan paciente conmigo, escucharme y ser tan buena amiga.

Entonces, al alzar la mirada, la vi. Ruth estaba en la acera de enfrente, contemplándonos.

Parecía triste y decepcionada. Al instante comprendí que había malinterpretado mis gestos y no sé por qué, pero me sentí mal por ello al encontrarse nuestras miradas. No me dio tiempo a cruzar, se perdió callejuela abajo en dirección a casa de sus padres.

Una vez en casa, cogí una cerveza, volví a salir, y me senté a la orilla del río; me quité los playeros y sumergí los pies en el agua que, a pesar de estar en pleno verano, bajaba helada. En frente había varias personas, ninguna conocida y supuse que serían un grupo de excursionistas que estaban aprovechando los últimos rayos de sol del día. Sonreí al ver a unos niños, de unos ocho o diez años, en el saliente que yo utilizaba para impresionar a Ruth, la mayoría de las veces que estábamos aquí arriba. ¡Qué de tonterías puede llegar a hacer uno cuando está enamorado!

Sin poder evitarlo, pensé en la conversación mantenida con Minerva y, llegué a la conclusión de que puede que tuviera razón y estuviera haciendo las cosas mal. Me había acostado con Ruth alegando que, de esa manera me desquitaría y descubriría que estaba obsesionado con ella y nada más.

No fue así. Lo supe a la mañana siguiente, cuando al despertarme me di cuenta de que seguía deseándola como un jodido adolescente.

Sí, me equivoqué, al igual que lo hice cada vez que traté de humillarla delante de los chicos, o cuando puse los candados en la cocina pensando que así conseguiría que se fuera... Puede que, si siguiera el consejo de Minerva y me diera la oportunidad de conocerla, y me dejara de hacer el gilipollas, descubriera que después de todo, era una mujer por la que merecía la pena arriesgarse.

¿Sería demasiado tarde para empezar de cero y, llegar a ser, por lo menos, amigos?

Sólo había una manera de descubrirlo, ¿no?

Terminé la cerveza y entré en casa para preparar la cena con la intención de hablar con ella durante ésta, pero, al ver que el reloj de la cocina marcaba las diez y Ruth no aparecía, cené en compañía de Trueno que, a mi lado, iba devorando su pienso.

Empecé a preocuparme por ella cuando dieron las doce de la noche y seguía sin aparecer. ¿Dónde demonios estaría metida? ¿En casa de sus padres? Lo dudaba... En el pueblo corrían rumores de que hacía días que no hablaba con su madre, así que, no creía que estuviera con ellos. Entonces, ¿con quién? ¿Habría quedado con alguno de los chicos? ¿Agustín?

¿Manuel? Sólo de pensarlo se me removieron las tripas. «Para, Unai —me reprendí—. ¡Para!». Tumbado en el sofá, a oscuras, cerré los ojos, no pensaba irme a dormir hasta que ella no llegara. Poco tiempo después, al darme cuenta de que no iba a conseguir relajarme ni siquiera un poco, salí con Trueno. Estaba a punto de rodear la casa, cuando un movimiento junto al río llamó mi atención. Allí estaba, sentada en una roca, balanceando las piernas adelante y atrás mientras tiraba piedrecitas al agua.

—¿Qué haces aquí fuera? —Pregunté cuando estuve a su lado.

—Tomar el aire.

—Estaba preocupado por ti.

—Pues no lo hagas—me interrumpió—, tengo treinta y siete años, no soy ninguna niña. Entre y salgo cuando me da la gana.

Vale, estaba molesta. No, más bien, por la rabia con la que ahora

lanzaba las piedras, estaba cabreada. Mucho. ¿Connmigo?

—Tienes razón, eres mayorcita, aun así, estaba preocupado—se encogió de hombros—. ¿Has estado en casa de tus padres?

—¿Y a ti qué te importa, Unai? ¿Acaso te pregunto yo dónde has estado toda la tarde? —Me miró con irritación.

—Ya sabes dónde he estado esta tarde porque me has visto. ¿Es por eso que estás tan enfadada? ¿Por qué te he dejado sola?

—¡Ay, por Dios! —Puso los ojos en blanco y resopló—. No digas tonterías, ¿quieres?

—Vale, ¿entonces qué te pasa?

—¿Y desde cuándo te interesa a ti lo que me pasa? Tú y yo ni siquiera somos amigos, ¿recuerdas?

—De eso precisamente quería hablar contigo. ¿Puedo sentarme?

—Estás en tu casa, ¿no? Todo lo que te rodea es tuyo.

—Y tuyo—maticé. Me miró incrédula.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo por el estilo? Ah, no, espera, se trata de una cámara oculta. ¿Es eso? —Sonreí.

—Pecas...

—Mírame, ¿ves alguna peca en mi cara? —Negué con la cabeza—. Pues entonces deja de llamarme así. Soy Ruth, no pecas. Yo no tengo...

—Sí crees eso es porque entonces no conoces tu cuerpo.

—¿Y tú sí? —si ella supiera que me sabía su cuerpo de memoria.

—Esta noche, cuando te vayas a acostar, obsérvate desnuda en el espejo, entonces sabrás porque te llamo pecas.

Abrió la boca y la cerró varias veces, pero de ella no salió ni un murmullo. Sí, por lo visto la había dejado sin palabras, eso o que tenía complejo de pez.

—He estado pensando y...—proseguí aprovechando que estaba en silencio—, verás, quería pedirte perdón.

—¿Perdón? ¿Por qué? ¿Qué has hecho ahora? —Se puso en pie de un salto— ¿Amordazar a los muebles? ¿Comprarme más ropa laboral de esa que, según tú, esta tan de moda? —Se me escapó una carcajada.

—Nada de eso... —me puse serio—. Siento todo lo que hice y lo que dije, Pec... quiero decir, Ruth. Reconozco que mi comportamiento ha dejado mucho que desear—la miré—. Me equivoqué y, de veras que lo siento.

—Cuando dices todo, te refieres también a...

—Sí—atajé evitando que pronunciara esas palabras—. Hace unos días

me dijiste que querías conocer al hombre en que se había convertido aquel niño que un día conociste y fue tu amigo—asintió—. ¿Aún sigues queriéndolo? Me refiero a conocerme—se quedó pensativa durante un rato que se me hizo eterno.

—Sí—balbuceó—. Y yo también siento... todo lo ocurrido—tragó saliva y apartó la mirada.

—Yo también quiero conocerte, pero, para ello necesito que ambos nos olvidemos de lo pasado e intentemos empezar de nuevo. ¿Qué me dices? ¿Crees que seremos capaces de darnos una tregua e intentar ser amigos?

—No lo sé, pero al menos lo habremos intentado—asentí.

—¿Vas a decirme ahora por qué estabas tan cabreada conmigo?

—Hace menos de un minuto que eso ya pertenece al pasado, ya no tiene importancia.

—¿Estás segura?

—Lo estaré—afirmó con énfasis.

—Bien. ¿Entramos?

—Ve tú, yo lo haré enseguida—masculló dándome la espalda.

¿Por qué tenía la sensación de que aquella tregua a ella no la satisfacía? Y, ¿por qué yo no me sentía mejor después de haberla propuesto?

*Ruth*

La semana siguiente pasó volando y, mientras el viernes era yo la que daba un paseo con Trueno, porque Unai había ido a La Fócara a hacer cosas, medité en ella.

Fue una semana rara en la que me propuse, después de que él me ofreciera, por fin, una tregua, aceptar que, entre nosotros, muy a mi pesar, jamás podría haber nada más que una amistad.

Una amistad que yo misma había anhelado desde que me instalé en la casona y que, en realidad, no me satisfacía porque yo quería algo más.

Sí, lo sabía, nuestras circunstancias no eran la más idóneas para insistir o luchar por ese algo más, principalmente porque yo estaba casada, y, él, mantenía una relación sólida con otra mujer, aun así, teniendo claro eso, no dejaba de sentirme molesta y celosa.

Unos sentimientos absurdos si me paraba a pensar que yo era la primera que estaba sujeta a otra persona por unos votos matrimoniales que hacía tiempo que, para mí, ya no significaban nada.

Por eso, ese mismo lunes y, aprovechando que mi padre tenía que ir a Santander a hacerse una revisión médica en el hospital, fui a ver al señor Carmona para iniciar los trámites de divorcio.

Yo no quería nada de Jean Paul; ni la pensión compensatoria que por los años que llevábamos juntos me correspondía; ni propiedades que se habían adquirido durante nuestro matrimonio; ni un tanto por ciento de la galería, nada, no quería de él absolutamente nada, sólo mi libertad.

Entonces, como supuestamente, al menos por mi parte, todo se haría de mutuo acuerdo, y como no quería dilatar mucho más tiempo esta situación, el señor Carmona me aconsejó tramitar un divorcio de esos que tanto se estilaban ahora y que llamaban exprés, y así lo hice. Antes de abandonar su despacho, él me aseguró que, si mi todavía marido no ponía ninguna objeción, en el plazo de un mes y medio, todo habría acabado. Ese día, volví a casa con la sensación de haber empezado a quitarme un gran peso de encima.

A mediados de semana hablé con las chicas por teléfono. Aina estaba a punto de terminar el curso de verano que impartía en el colegio y tendría todo el mes de agosto de vacaciones. Yo le hablé del corte en la mano que me obligaba a estar unos días de reposo, pero, no me atreví a decirle a qué se debía ese corte y mucho menos qué lo había desencadenado.

Sinceramente, me dio vergüenza confesarle que todo había sido producto de un enfrentamiento entre Unai y yo después de habernos acostado y él desaparecer durante cinco días. Ya se lo contaría todo con pelos y señales cuando, más o menos en tres semanas, estuviera aquí conmigo. Al menos eso fue lo que me prometió antes de colgar.

Con Delia, la conversación giró en torno a su embarazo, a lo bien que lo estaba llevando a pesar del calor y las ganas que tenía de que pasaran unas pocas semanas para hacerse una ecografía en 4D y por fin ver la carita de su niña.

Aún no tenía muy claros cuáles serían los días que podría venir y si lo haría en compañía de su familia. A ella tampoco le conté la historia con Unai.

Con mi padre, pasé la mayoría de las tardes en la huerta, ayudándolo a regar y a cosechar, pero, sobre todo, hablando de la mujer que nos tenía algo distanciados por su forma de ser; su esposa y mi madre, doña Emilia.

Sabía que tenía razón al hacerme comprender que no podíamos seguir con esta situación mucho más tiempo, que siendo madre e hija deberíamos solucionar nuestras diferencias, algo a lo que no me oponía en absoluto. No obstante, yo me mantenía en mis trece de que fuera ella la que diera el primer paso. Ella había cometido el pecado, ella debía pedir perdón, ¿no?

Sí, era una cabezota, pero, en esta ocasión, me creía con todo el derecho del mundo a serlo. Al final, como no llegábamos a ningún acuerdo respecto al tema, acabábamos tomándonos una cerveza en el bar de Pepe hasta la hora de la cena. ¡Ay, señor, mi padre era un bendito!

Rogelio, el veterinario del pueblo que tan amable fue conmigo, a pesar de mi reticencia a que un principio me atendiera, me quitó los puntos el jueves por la mañana. Tenía la herida prácticamente curada y ya sólo llevaba un apósito, más que nada por precaución, no porque realmente lo necesitara.

Aun así, tampoco había ido a trabajar a la casona porque, según Unai, era preferible esperar hasta el lunes próximo. De todos modos, y aunque no pudiera hacer nada de utilidad, cada día de esa semana había ido a ver a los chicos, durante el ratito del descanso de la mañana, para echarme unas risas con ellos. Habíamos quedado en vernos a las diez y media en La Lola, se

jugaban las semifinales del torneo de dardos y no pensaba perderme por nada del mundo.

Con Unai, el gran quebradero de mi cabeza, todo iba como la seda. Después de haber fumado la pipa de la paz hacía una semana, el buen rollito entre ambos perduraba. Desayunábamos juntos, comíamos juntos y cenábamos juntos. Aunque hablábamos mucho, todavía no nos habíamos atrevido a adentrarnos en temas personales, y eso que yo me moría por hacerlo.

Lo cierto era que, a veces, tenía la sensación de que tanto uno como otro, evitábamos, por mucho que lo deseáramos, hablar de ciertas cosas. Puede que, por respeto, por timidez o incluso por miedo. Me atrevería a jurar que más bien por esto último, la verdad. Al menos en mi caso que, sólo pensar en que me hablara de su relación con Minerva, se me ponía un nudo en el pecho que me impedía hasta respirar. Sí, estaba siendo una semana bastante... El teléfono vibró en el bolsillo de atrás de mis pantalones insistentemente, sacándome de mis cavilaciones.

—Jean Paul—dije soltando poco a poco el aire que retuve en mis pulmones al ver su nombre en la pantalla.

—Chérie—saludó a su vez—, Bonhomme, me ha llamado hace unos minutos... Acordamos que te tomarías un tiempo. Vale, esto quería decir que el Señor Carmona ya había enviado, vía burofax, la demanda de divorcio.

Y, por el tono de voz de mi todavía marido, esta llamada no auguraba nada bueno.

—Estoy bien gracias, ¿y tú? —Pregunté con ironía.

—¡Pues en estos momentos muy cabreado! Hablamos de...

—Sé perfectamente lo que hablamos, Jean Paul. Yo te pedí el divorcio y tú decidiste que lo mejor era que me tomara un tiempo para recapacitar.

—¿Entonces?

—No necesité dicho tiempo porque, como te advertí, la decisión estaba tomada.

—¡No entiendo a qué viene esto! Antes de que tu amiga muriera estábamos bien.

—¿En serio lo crees? —Incrédula miré el aparato—. Dirás mejor que tú estabas bien, no hables por mí.

—¡Venga ya, Ruth! Ha sido poner un pie en ese pueblucho de mierda y dejar que te lavaran el cerebro. Tú madre tenía razón respecto a tus amigas,

ellas no...

—¡Ni se te ocurra nombrar a mis amigas! —Vociferé—. Ellas no tienen nada que ver.

Indignada por lo que estaba insinuando giré a la derecha, en dirección al lavadero, camino que Trueno había tomado sin esperarme.

—No lo entiendo, hasta hace un par de meses me querías, era el hombre de tu vida.

—No es cierto, Jean Paul, hace mucho tiempo que no siento nada por ti. Cuando me fui de París, sí te quería, pero como amigo, ahora ya ni siquiera eso.

Resoplé—. Y de haber sabido antes todo lo que hiciste a mis espaldas, aconsejado por mi madre, nuestro matrimonio no hubiera durado un suspiro, qué lo sepas—cerré los ojos—. Por favor, firma los papeles del divorcio y no lo hagamos más difícil—rogué.

—No, no pienso firmar nada. No pienso concederte el divorcio así porque sí, y mucho menos ahora—masculló.

—¿Qué quieres decir con ese “y mucho menos ahora”?

—¡Lo qué oyes! Estamos a punto de abrir otra galería en Londres y no necesito que un divorcio manche mi buen nombre, ¿lo entiendes?

—¿Estamos?

—Sí, Pierre y yo. Tú sólo tendrías que hacerte cargo de la galería de París, ni siquiera...

—¡No me jodas, Jean Paul! ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Ni siquiera quieres que vuelva porque me echas de menos o me quieras. ¡No, es porque el señorito quiere a su mujercita en París para que nadie sepa que te has vuelto tan sumamente egoísta que prefieres que nuestro matrimonio sea infeliz a que tu nombre sea emborronado! ¡Esto es el colmo! —Grité junto al lavadero.

—Es lo qué hay, chérie, regresaré de Londres en un par de semanas, espero que para entonces hayas recapacitado y estés de vuelta—y sin más colgó.

—¡Cretino hijo de puta! —Bramé a la nada.

Bueno, a la nada no, porque cuando me giré para bajar al lavadero, fue cuando me percaté de que no estaba sola allí.

Mi madre me miraba horrorizada y paralizada con el jabón en una mano y un cepillo en la otra.

«¡Oh, señor, lo que me faltaba!», exclamé mirando al cielo y dando

media vuelta para irme.

—Ruth...

—Ahora no, mamá. Ahora no—dije hastiada de todo.

—Por favor, quiero hablar contigo.

Me giré y la miré, parecía preocupada, ¿sería por mí o por Jean Paul? Claudiqué ante su ruego y me acerqué con sigilo.

—¿Qué quieres? —Indagué sin interés. Conociéndola a saber por dónde me salía.

—Hija, estás más delgada desde que vives allí arriba.

—Es que llevo muy mala vida, madre, ya sabes cómo soy. Según tú...

—No quiero discutir contigo, así que no te molestes—exclamó—. Me preocupas.

—¡Ja! Esta sí que es buena, ¿y desde cuándo te preocupas por mí? —Me crucé de brazos y la miré.

Lo cierto era que su semblante lucía diferente; triste, algo demacrado e incluso me atrevería a decir que ella también estaba algo más delgada. No obstante, me costaba creer en esa preocupación que aseguraba tener por mí cuando nunca la había tenido o, por lo menos, demostrado.

—Hija, no seas impertinente, ¿quieres? ¿Qué pasa con Jean Paul? —Respiré con fuerza e, inevitablemente me puse a la defensiva.

—Pasa que ya no quiero estar con él. Pasa que ya no lo amo, no lo quiero y esta mañana le ha llegado la demanda de divorcio.

—¿Y?

—Se ha cabreado y se niega a firmar, no quiere divorciarse. Pero es que... ¡Joder! Es que ni siquiera alega quererme, amarme, echarme de menos, ¡no! Dice que me necesita a su lado para que su reputación de gran empresario no se vea perjudicada. ¡Es absurdo! —Gemí desesperada—. ¿Te lo puedes creer?

—Seguro que se ha explicado mal, hija...

—No, mamá, se ha explicado de puta madre, te lo aseguro.

—Esa boca, Ruth, tengo el jabón en una mano y el cepillo en la otra, no me obligues a utilizarlo contigo—amenazó y con razón. Últimamente era muy malhablada.

—Perdón—dije de mala gana.

—Mira, sé que no he sido la mejor madre del mundo.

—No, la verdad es que no. Nunca te harías con un premio a esa categoría, para qué engañarnos—espeté mordaz.

—Vale, me merezco tu desdén y lo asumo. ¿Puedo ahora continuar con lo que estaba diciendo?

—Adelante, soy toda oídos.

—Bien, como te iba diciendo, sé que no he sido la mejor madre del mundo y que, en ocasiones, no te traté todo lo bien que te merecías—bufé—. Tal vez me haya equivocado al pensar que lo que hacía era por tu bien y, siento muchísimo haberte hecho daño. Eres mi hija y aunque no lo creas te quiero. ¿Estás segura de que quieres divorciarte de Jean Paul? ¿Estás completamente segura de tus sentimientos hacia él?

—Sí—afirmé sin dudar.

—Pues entonces no dejes que se salga con la suya.

Lucha por lo que quieres, tu padre y yo te apoyaremos en todo—manifestó para mi asombro.

—¿Puedo saber a qué viene este cambio de actitud en ti, madre? Lo siento, pero es que estoy muy sorprendida y no me lo esperaba.

—Aunque tarde, he comprendido que nadie puede buscar la felicidad de otra persona, sólo uno mismo. Me arrepiento enormemente de haber hecho muchas cosas y...

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué fuiste así conmigo? ¿Qué hice mal? —Me atreví a preguntar.

—Nada, tesoro, tú nunca hiciste nada para merecer algo así. Yo...

—Qué estaréis tramando vosotras dos...—Eugenia apareció con un cubo lleno de ropa, interrumpiendo nuestra conversación, y se puso a nuestro lado.

—Nada bueno, ya lo sabes—respondió mi madre con sorna—. Ve a comer a casa el domingo, Ruth, allí seguiremos trazando el plan para robar la caja de ahorros de La Fócara.

—Sí, allí estaré mamá—antes de que me diera cuenta de lo que hacía, le estaba dando un beso en la mejilla. Ella se sonrojó y sonrió—. Hasta luego —me despedí.

Sin dar crédito a lo que acababa de suceder, volví a casa con Trueno. Mi madre, ¡mi madre! A su manera me había pedido perdón y dicho que luchara por lo que quería. ¡Inaudito, pero cierto! La incredulidad me duró el resto de la tarde, y también el cabreo por la llamada de Jean Paul.

Por la noche, después de cenar, Unai y yo nos subimos a su moto y pusimos rumbo a La Fócara. Se enfrentaban a los temidos Escorpiones y él parecía algo nervioso. Yo, muy a mi pesar, seguía pensando en la

conversación telefónica. Dejamos la moto aparcada en una calle paralela a La Lola y caminamos hasta allí.

—Estás muy callada, ¿va todo bien?

—Sí, no es nada.

—¿Seguro? —Afirmé con la cabeza.

—Sabes que ahora que volvemos a ser amigos puedes contarme lo que sea, ¿verdad?

¡Dios, cada vez que pronunciaba esa palabra me mataba! No contesté, preferí mantenerme prudentemente callada, no fuera que, debido a todo lo ocurrido esa tarde, dijera algo de lo que luego me arrepintiera.

Los nervios también estaban en el ambiente del bar.

Se notaban en los chicos que no paraban de hablar algo acelerados y en las miradas que se dirigían unos a otros, de ambos equipos.

Nos pedimos unas cervezas y nos las tomamos hablando de estrategias, de posiciones y de la cara de pocos amigos que tenía el capitán del otro bando.

Sí, estaba rodeada de hombretones hechos y derechos y actuaban como niños. Sonreí para mis adentros.

¡Hombres!

La siguiente hora y media, la pasé observando con absoluta fascinación a Unai. Juro que verlo posicionarse, concentrarse, morderse el labio inferior y respirar hondo, para lanzar los dardos, era un espectáculo digno de venerar.

De hecho, estuve a punto de hacerle una ola en varias ocasiones, a duras penas me contuve, más que nada por no hacer el ridículo, no porque no se lo mereciera.

¡Dios, cómo estaba el menda! Le quedaban tan bien aquellos pantalones negros que marcaban a la perfección su firme trasero; aquella camiseta que se ajustaba a su torso como una segunda piel; y ya si me ponía a hablar de su mirada, ¡uf! Apaga y vámonos. Y sólo éramos amigos... ¡Ay, señor, qué lástima! ¡Qué palabra tan horrorosa!

Pegué un brinco y salté del taburete cuando Manuel dio de lleno en el centro de la diana con el último dardo, justo el que nos dio la victoria y que nos daba la oportunidad de jugar la final el próximo viernes, y me puse a gritar como una loca, uniéndome a la algarabía del equipo, vitoreando: ¡Libélulas! ¡Libélulas! ¡Hurra! Hubo entrechoques de manos, palmadas en la espalda, griterío y, cuando me quise dar cuenta, tenía los brazos alrededor del cuello de Unai y ambos pegábamos botes felices tras

la victoria.

El beso espontáneo que vino a continuación, supongo que, debido a la euforia del momento, no me lo esperaba. Fue mi “amigo” el que dio el paso, yo sólo me dejé llevar.

Y lo disfruté. Lo saboreé como el mejor de los manjares durante los dos segundos que duró.

«¿Qué había sido aquello?», me pregunté un buen rato después, mientras metía las manos debajo del agua fría en el baño y me las pasaba por la nuca, para refrescarme.

¿Un beso de amigo o, me estaba dando pie a algo más? Sonreí como una idiota frente al espejo, haciéndome ilusiones. La noche prometía, me estaba divirtiendo y él parecía abierto a ampliar el término de la amistad. Salí del baño frotándome las manos, dispuesta a todo. Mis ilusiones y esperanzas se hicieron añicos pocos minutos después, cuando ella, Minerva, entró en el bar y oteó la sala con la mirada hasta encontrarlo, a unos metros de mí. Se miraron, ella sonrió, él también y luego corrió a su encuentro, abalanzándose en sus brazos. Le susurró algo al oído, la sonrisa de él se ensanchó y... Aparté la mirada muerta de celos y les di la espalda. Aquella escena inesperada acababa de dar al traste con la gran noche. Mi gran noche.

—¿Qué te pasa, piernas? Tienes mala cara.

—Ay, Agustín, parece que el último chupito me ha sentado mal, y me duele la cabeza una barbaridad. Creo que voy a irme a casa... ¿Me dices dónde puedo coger un taxi?

—Yo te llevo.

—Gracias, pero no es necesario. No quiero fastidiarte la celebración.

—¿Segura? —Asentí.

—Está bien, como quieras, entonces te acompañaré a la parada de taxi.

Le dije adiós a los chicos y antes de salir por la puerta, miré por encima del hombre hacía donde Unai se encontraba. No me despedí de él.

De haber sabido lo que mi huida iba a provocar, hubiera rezado para que ella apareciera antes. Mucho antes.



Unai

Por el rabillo del ojo vi que Ruth y Agustín salían del bar. En un principio pensé que quizá ella necesitara tomar un poco el aire porque no tenía muy buena cara, pero, veinte minutos más tarde, al ver que no regresaban, comencé a impacientarme. ¿Adónde demonios habían ido juntos? La impaciencia pasó a cabreo en cuestión de segundos al imaginarlos solos haciendo sabe Dios qué. No obstante, como le había prometido a Minerva, esperé a que Matías, ahora oficialmente su novio, hiciera acto de presencia para que lo conociera.

—Ah, ya estás aquí—oí que ella decía—. Ven, quiero presentarte a un buen amigo.

Un tío rubio, del tamaño de un armario de cuatro puertas, se acercó sonriendo.

—Matías, él es Unai, mi gran amigo desde hace un par de años. Unai, él es...

—El soldado—atajé yo extendiendo la mano—. Encantado de conocerte, he oído hablar mucho de ti—comenté.

—Lo mismo digo. Menudo ambientazo hay aquí, ¿no?

—Sí—mi amiga lo miró embobada, se la veía muy contenta—, es que hoy se han jugado las semifinales del torneo anual de dardos, Unai y su equipo han pasado a la final.

—Felicidades, hombre—dijo dándome una palmada en la espalda.

Los ojos se me iban a la puerta cada vez que ésta se abría, estaba deseando largarme de allí y no sabía cómo hacerlo sin que pareciera un desplante.

—¿Me perdonáis un momento? —Sin esperar respuesta me dirigí a la barra de bar, donde estaban los chicos celebrando la gran victoria—. ¿Dónde está Pecas? —Indagué.

—¿Y quién es esa, jefe? —Manuel me miró extrañado—. No conozco a nadie con ese nombre.

—Ruth, me refería a Ruth—enarcó una ceja y me miró perspicaz.

—Hace rato que ella y Agustín se fueron...

—¿Adónde? —Interrumpí.

—Ella dijo que a casa.

—¡Joder! —Exclamé sin pensar.

Lo sabía, y seguramente ahora estuvieran retozando en algún rincón de la casa. Noté el sabor de la bilis subir por la garganta e inconscientemente apreté los puños. No tenía ningún derecho a estar celoso, ella y yo sólo éramos amigos, pero lo estaba y, mucho. «¡A la mierda!», me dije a mí mismo. Me disculpé con mi amiga y su novio, me despedí de los chicos y salí de allí zumbando.

El trayecto hasta casa lo hice más rápido de lo habitual y, cuando quise darme cuenta, estaba plantado en la puerta sin atreverme a entrar.

¿Y si los encontraba en el salón en un arrebató de pasión y en plena faena? Pegué la oreja a la puerta esperando escuchar algún tipo de sonido. Nada, no se oía nada.

Contuve el aire en los pulmones y abrí ésta con sigilo. El salón estaba a oscuras y vacío. Miré hacia las escaleras. ¿Estarían encerrados en la habitación de ella? Si era así, debían de ser muy silenciosos al dar rienda suelta a... Sacudí la cabeza con fuerza y subí los escalones con cuidado de no hacer ruido para no alertarlos de mi presencia. Una vez frente a su habitación, no dudé en hacer lo mismo que antes, pegar la oreja a la puerta y prestar atención. Oí un crujido leve, y otro más... Una respiración seguida de una exclamación estrangulada y...

—¿Puedo saber qué coño estás haciendo ahí pegado? —Me giré sobresaltado.

Pecas, ataviada con una camiseta que apenas cubría sus muslos y con los brazos en jarras, me miraba con el ceño fruncido. «¡Mierda, menuda pillada!», pensé mirándola avergonzado.

—Unai...

—¿Estás sola? —Entrecerró los ojos.

—Pues la verdad es que no—contestó después de un silencio que me pareció eterno. ¡Joder, lo sabía! —. Acabo de dejar a George Clooney en la cocina y Brad Pitt me espera ahí dentro—señaló la puerta con guasa—. ¿Con quién iba a estar, Unai? Solo Trueno... Un momento—sus ojos se abrieron como platos—. ¡Ay, Dios! Dime que no pensabas que Agustín y yo...

—Os fuisteis juntos—fue mi contestación.

—¡No me lo puedo creer! —Bufó—. ¿Nos viste irnos juntos y pensaste que me lo estaba tirando? ¿En serio? —La furia refulgió en sus ojos con intensidad—. ¿Pero qué clase de mujer te crees que soy? ¡No, no me lo digas, ya lo tengo claro!

—Pecas... Yo no...

—¡Cállate! —Gritó—. No estoy acompañada, pero si lo estuviera, ¿qué? ¿Qué ibas a hacer? —Alzó la cabeza y me taladró con la mirada—. ¿Irrumpir en la habitación? ¿O ponerte cachondo oyéndome gemir? —.

Una buena pregunta para la que no tenía respuesta.

—No lo sé—admití—, yo no...

—¡Tú nada! ¡Nada! —Me apartó y entró en la habitación maldiciendo.

—Cuando vas a algún sitio con alguien, lo mínimo que puedes hacer, si vas a irte, es avisar, no desaparecer sin más.

—En aquel momento estabas muy ocupado, no quise molestar. Además, tampoco creí que echaras en falta mi presencia allí, la verdad. Tu atención estaba en otras cosas, en otra persona—escupió con rabia.

—¡Eso no es verdad! —Me defendí.

—Claro que sí, fue llegar ella, ponerte en un rincón a parte y olvidarte de que los demás también estábamos allí. ¡Nos diste de lado a todos!

—¡No digas gilipolleces! Manuel estaba hablando con la camarera, Agustín fumándose un cigarro fuera, el resto bailaban esa ridícula canción que está de moda y tú salías del baño. Dime, ¿a quién coño dejé de lado? — De repente me di cuenta.

—A mí, me dejaste de lado a mí, Unai.

—¿Por qué te fuiste exactamente, Pecas?

Intuía la respuesta, pero quería que ella misma me lo dijera. Supongo que mi vena masoquista estaba en pleno auge porque, ¿para qué quería yo saber nada? ¿Para martirizarme?

¿Para hacerme sentir mejor? ¿Acaso no estaba yo allí por el mismo motivo? Ella, que paseaba de un lado a otro, se paró de golpe, se pasó las manos por la cara, resopló varias veces y finalmente me miró.

—¿La verdad?

—Sí.

—Está bien. Puede que lo que vaya a decir a continuación estropee de nuevo las cosas—su continuo ir y venir entre aquellas cuatro paredes empezaba a ponerme nervioso—. Tengo claro lo que hablamos, que ambos estábamos arrepentidos por lo ocurrido, pero es que yo... yo...—dudó—. Es

que yo... yo...

—¿Tú qué, Pecas?

—¿Te mentí, ¿vale?! ¡Te mentí! —entrecerré los ojos sin comprender—. Yo no siento en absoluto haberme acostado contigo, Unai. Nunca podría arrepentirme de algo que he deseado desde que puse un pie en Los Sauces—mi corazón latió con fuerza—. Aquel día, sin saber quién eras, deseé ser la pastilla de jabón que acariciaba tu piel. Luego, cuando os vi en el río a ti y a... ya sabes, deseé ser yo la que estuviera enroscada en tu cintura, deseé que fuera a mí a quien lamieras las gotas de agua del pecho. Deseé que todo desapareciera a nuestro alrededor la tarde que, preparando la hoguera de San Juan, te acaricié—suspiró—. Y te deseé esta noche cuando, debido a la euforia de la victoria, me diste ese beso que me supo a gloria. Entonces apareció ella y... ya sé que es una locura, pero, cada vez que os veo juntos, siento unos celos terribles que me consumen y no me dejan respirar. Por eso me fui, porque no soporto verte con ella—el silencio inundó la estancia.

Mentiría si dijera que sus palabras no me afectaron, porque sí lo hicieron. Todas y cada una de ellas retumbaban en mi cabeza haciendo que me sintiera exultante y, a la vez, muerto de miedo. «Y ahora, ¿qué?», me susurró una vocecita en mi interior.

—¿No vas a decir nada? —Farfulló.

—Sí, que tenías razón y todo se va al traste. Después de lo que acabas de decir, creo que será imposible siquiera intentar ser amigos.

—Eres un hipócrita, Unai. Me viste irme con Agustín y fueron tus celos los que te trajeron aquí, no sé con qué intención, la verdad. Pero estás aquí y eso es lo que cuenta. ¿Por qué negar lo evidente?

—Lo siento, pero no puedo—dije antes de salir por la puerta.

Me quedé allí quieto, en el pasillo, con la respiración agitada, con sus palabras resonando en mis oídos, con la cabeza hecha un lío. Me mesé el pelo con desesperación. ¡Claro que yo estaba allí por el mismo motivo! Joder, no soportaba verla con nadie que no fuera yo. Si ella me deseaba desde hacía poco más de un mes, yo la deseaba y la quería a ella desde hacía veinte putos años, ¡veinte! ¿Por qué estaba luchando contra algo que me tenía ganada la partida desde siempre? ¿Por qué?

Cerré los ojos. «¡No puedo más! ¡Se acabó!», me dije girando sobre mis talones y entrando de nuevo en su habitación. Ella, que no se había movido del sitio, alzó la mirada del suelo con lentitud hasta encontrar la mía. Estaba llorando.

—Me rindo, Pecas—dije aproximándome hasta quedar casi pegado a

ella—. Me rindo—repetí antes de atraerla hacia mí y devorar su boca con avidez.

Nuestras lenguas se enroscaron ansiosas por sentirse, por saborearse, por acariciarse. Con urgencia, como si el mundo fuera a acabarse en ese preciso instante y no nos quedara tiempo. Mis manos subieron por sus brazos hasta enmarcar su cara con ellas. Dios, aquello era una locura, pero, bendita fuera, para qué mentir.

—Yo te deseo como un loco, todo el tiempo—susurré contra sus labios—. A veces creo que nací deseándote, Pecas—dejé caer los hombros, resignado, aceptando la realidad—. Siempre has sido tú, sólo tú...

—Unai...

Volví a besarla con desesperación, bebiéndome su respiración agitada, llenándome de ese sabor que, con sólo haberlo probado una vez, me tenía totalmente enganchado. Sí, era un puto yonqui adicto a una droga que apenas había consumido. Ella. Siempre sería ella. La única capaz de hacerme subir al cielo, y, al mismo tiempo, descender a los infiernos.

Mis manos fueron subiendo por su espalda, y con ellas, su camiseta. Sin que yo se lo pidiera, subió los brazos facilitándome la tarea de pasar ésta por encima de su cabeza y dejarla sólo vestida con unas braguitas de encaje azul celeste que no tardarían en correr la misma suerte.

—No quiero seguir con esto si mañana vas a desaparecer...—murmuró buscando mis ojos—, no podría soportarlo de nuevo.

—Shhhh—la acallé—. Estaré aquí, pecas. Cuando te despiertes estaré a tu lado. Te lo prometo.

Reseguí con mi lengua, húmeda y caliente, el contorno de sus labios, haciéndola gemir y arquearse, buscando el contacto con mi cuerpo. Acaricié sus pechos, primero con los dedos, y, después, de nuevo usé mi lengua para que sus pezones, ya duros y erectos, se inflamaran un poco más con el contacto de ésta. Chupé, lamí, saboreé y mordí cada uno de ellos con total dedicación. Seguí descendiendo por su estómago, su vientre plano, entreteniéndome en su ombligo, dibujando un camino húmedo y brillante allí donde se posaba mi boca.

Dios, estaba duro como una piedra, nunca me habían dolido tanto los testículos como hasta en ese momento en que, mi miembro, empujaba contra la bragueta de mis pantalones rogando ser liberado.

—Desnúdate—rogó con la voz cargada de necesidad—, quiero sentirte, tocarte...—Obedecí en el acto, sus deseos eran órdenes para mí.

Me deshice de la ropa en un santiamén, quedando totalmente desnudo y expuesto ante ella que, con los ojos centelleantes de deseo, me contemplaba haciéndome notar todo lo que sentía en cada poro de mi piel. Cerré los ojos y gemí cuando su mano, pequeña y delicada, se posaba en mi torso desnudo y me acariciaba con veneración. Volví a gemir cuando, con parsimonia, enredó sus dedos alrededor de mi pene, endureciéndolo aún más, si cabe, y comenzó un cadencioso movimiento, arriba y abajo. Arriba y abajo. Resollé con fuerza al primer contacto de su boca ahí, en el foco de mi necesidad, acelerando mis pulsaciones, poniéndolas al límite, obligándome a coger bocanadas de aire como un loco para poder contenerme y no correrme como un adolescente.

—¡Oh, joder! —Exclamé cuando su lengua dibujó círculos en el glande —. Me matas, Pecas. Me matas... ¡Dios, qué bueno! ¡Oh, sí, joder, sí!

Me retiré de su boca estando a punto de caramelo y, ayudándola a ponerse en pie, la alcé cogiéndola en brazos hasta dejarla anclada a mi cintura, rodeado totalmente por sus increíbles piernas, y, literalmente, la empotré contra la pared, ensartándome en ella con un sólo movimiento de mis caderas. Nos quedamos quietos, reconociéndonos. Yo, notando ese temblor que, sólo sentía con ella, recorrer mi espina dorsal. Era una sensación tan inexplicable que, aturdía y enardecía todos mis sentidos, a la vez. Era una sensación deliciosa, placentera e increíble. Adelanté mis caderas con lentitud y las moví en círculos, varias veces.

Ella gimió contra mis labios, yo busqué el hueco de su clavícula e inhalé su olor.

Seguí moviéndome, sin prisa, alargando lo máximo posible la percepción de plenitud que me embargaba estando dentro de ella. Deseando dejar mi huella tan adentro que, nunca, jamás, pudiera olvidarla y, muchos menos, volver a sentirla con nadie, sólo conmigo. Ella, empujaba hacia mí con tanta entrega, con tanta pasión que, sin quererlo, mis embestidas se fueron haciendo más bruscas, más profundas. Golpes secos que la bamboleaban entre mis brazos y que nos acercaban a ambos a la cima del éxtasis anhelado.

—Más fuerte, Unai, más fuerte—suplicó con la voz entrecortada por los jadeos.

Sujeté con fuerza sus caderas. Tanta que, probablemente al día siguiente, tuviera esa zona con algún morado y, aceleré mis acometidas. Dentro, fuera. Dentro, fuera. Una, dos, tres... Siete, ocho, nueve...

—¡Sí, sí, oh, señor, sí, no te pares! ¡No te pares! —Farfulló con la

respiración tan agitada como la mía.

No lo hice, al contrario. Me moví con tanta urgencia, con tanta necesidad de ella, con tanto ímpetu que, poco después, cuando la oí gritar mi nombre y temblar entre mis brazos, disfrutando de su orgasmo, yo, con una última arremetida, me corrí también, uniéndome a sus temblores y gruñendo como un animal contra su cuello.

—¿Estás bien? —Pregunté poco después al verla con la cabeza pegada a la pared y los ojos cerrados.

—Mejor que bien—respondió pasando la lengua por sus labios hinchados y enrojecidos—. Aún te siento palpitar en mi interior y lo estoy disfrutando—sonreí con deleite y roté las caderas con suavidad—. ¡Mmmm!

Nos separé de la pared y, con ella en brazos, caminé hacia la cama, donde nos dejé caer sobre ésta con delicadeza.

—Ha sido increíble, ¿verdad? —Murmuré saliendo de ella y acomodándome a su lado sin desenredar nuestras piernas.

—La palabra increíble se queda corta.

—Sí, tienes razón. Pecas...—busqué su mirada—, Minerva es sólo una amiga, no he vuelto a estar con ella desde que tú estás aquí. No podría—asintió.

—Y yo nunca le he sido infiel a Jean Paul hasta que llegué aquí. Tú eres el único hombre con el que me he acostado en el último año y medio, yo...

—¿Y él? —Indagué extrañado a la par que sorprendido por su confesión.

—Es una larga historia de la que ahora no tengo ganas de hablar—suspiró—. De todos modos, quiero que sepas que lo estoy solucionando y pronto seré una mujer libre—esta vez fui yo el que asentí.

—¿Me lo contarás?

—Sí—contestó medio adormilada—, lo haré.

Nos tapé a ambos con la sábana y la contemplé durante un buen rato.

Dormía profundamente.

Tenía la boca ligeramente abierta y su respiración, ahora acompasada, hacía ascender y descender su pecho con total armonía. Era tan bonita... tan maravillosa, tan todo que, sería un idiota si la dejaba escapar.

Si era verdad lo que decía, y estaba a punto de poner fin a su matrimonio con el franchute de los cojones, ya nada impediría que ella y yo estuviéramos juntos. Aunque, sí había algo que a mí seguía resquemándome,

su actitud para con mi hermana cuando ésta se empeñó en ir a París a verla. Muy a mi pesar, eso seguía haciéndome mucho daño y me carcomía por dentro. No obstante, si de veras deseaba que lo nuestro funcionara, debería intentar hacer caso a Jud y darle el beneficio de la duda. Puede que, lo mejor que podía hacer para liberarme de una maldita vez de este rencor, fuera hablar claro con ella... «¿Y qué harás entonces si ella confirma que hizo lo que, supuestamente tú crees que hizo?», me pregunté en silencio a mí mismo.

¿Podría perdonar tal cosa? No lo sabía, esa era la verdad, y pensar en ello me dolía porque, amaba a Ruth. Sí, la había amado y la seguiría amando toda mi vida porque la llevaba grabada a fuego en el corazón, la mente y el alma. Ella era un miembro más de mi cuerpo y estaría conmigo hasta la muerte, incluso más allá.

Me desperté antes del amanecer con ella pegada a mi espalda y con uno de sus brazos rodeándome la cintura. Me giré de medio lado y sonreí.

El calor de sus pechos en mi piel, su aliento rebotando contra mi cuello y mis ganas de ella, desvelaron a la bestia insaciable que hay en mí. Comencé a acariciar sus costados y el resto de su cuerpo desnudo hasta conseguir despabilarla por completo. Volvimos a hacer el amor, pero esta vez sin prisa, con calma. Disfrutándonos con cada caricia, con cada beso, con cada penetración. Me entregué sin ningún tipo de reservas, demostrándole con mi cuerpo lo que no era capaz aún de decir con palabras. Sin pensar en el mañana; sin pensar en los «¿y si...?»; Sin pensar en los «¿Por qué?» de tantas cosas que me atosigaban. Un nuevo orgasmo casi al unísono nos dejó satisfechos, exhaustos y completamente relejados. Las luces del alba ya clareaban el cielo con colores morado y gris cuando la miré por última vez. Me dormí sintiéndome, por primera vez en mucho tiempo, feliz.

*Ruth*

Abrí los ojos poco a poco, la luz del sol entraba a raudales por la ventana, motivo de haberme despertado y, me desperecé lánguidamente. Había dormido bien, muy bien para ser exactos, y una sonrisa bobalicona se dibujó en mis labios al recordar el motivo de tan placentero descanso. Alargué el brazo para tocar al causante de mi dicha matinal y postcoital y ahogué una exclamación al no encontrarlo a mi lado. «Otra vez no, señor», rogué a la vez que se esfumaba mi sonrisa y mi buen ánimo. Me incorporé, refunfuñando para mis adentros y entonces lo vi. Estaba sentado en la butaca, junto a la ventana. Su escultural cuerpo, desnudo, y el brillo de sus ojos, observándome, fue en lo primero que me fijé. Tenía los brazos apoyados sobre las rodillas, y su cara, hermosa y relajada, reposaba en sus manos.

—¿Qué haces ahí? —Pregunté en un murmullo apenas audible.

—Contemplar las vistas—una sonrisa pícara asomó a través de sus labios.

Tímida, al ver hacia que parte de mi cuerpo se dirigían sus miradas, me cubrí con la sábana. Estaba completamente desnuda y de repente me daba vergüenza mostrarme ante él como Dios me había traído al mundo. Sí, lo sabía, era una auténtica gilipollez después de los tórridos momentos compartidos anoche, pero qué le iba a hacer.

—Eh, estás fastidiando la bonita panorámica, no te tapes—protestó con sorna.

—Unai...

—Pecas, no irás a decirme que te da corte que vea tus lindos atributos a la luz del día, ¿verdad? —Se puso en pie y con parsimonia caminó hasta donde yo estaba.

—Ni se te ocurra—advertí sujetando la sábana con más fuerza al intuir sus intenciones.

Evidentemente me ignoró por completo ya que, no tardó en abalanzarse sobre mí y de un tirón brusco, mandar la tela al carajo y dejarme totalmente a su

merced, expuesta, sonrojada y muy, muy acalorada.

—Serás...

—¿Qué soy, Pecas?

Su voz ronca y cargada de deseo, me excitó al instante. ¿El muchacho tenía ganas de jugar? Bueno, pues no sería yo la que dijera que no, tendría que sacrificarme un poco por la buena armonía, ¿no?

No obstante, me hice la remolona e intenté escabullirme por el otro lado de la cama, consiguiendo con ello que atrapara con fuerza uno de mis pies y me empujara contra el colchón. A horcajadas se sentó sobre mí y comenzó a hacerme cosquillas, algo que, por cierto, no soportaba. Aun así, me descojoné viva.

No recuerdo haberme reído tanto en mi vida, hasta se me saltaron las lágrimas y todo. Así estuvo durante un rato, haciéndome sufrir, el muy canalla. De repente, sus manos dejaron de presionar mis costillas y, fue su lengua, húmeda y cálida, lo que sentí sobre mi cuerpo.

Contuve la respiración. ¡Ay, Jesusito de mi vida! Ahora sí que se ponía interesante el juego.

Un sonoro jadeo escapó de mis labios cuando, esa lengua tan traviesa y atrevida, fue descendiendo por mi vientre hasta llegar a mis caderas, donde se entretuvo, lamiendo primero una y luego la otra, con entrega y dedicación.

Arqueé la espalda y volví a jadear.

—Dime, Pecas, ¿ya has descubierto por qué te llamo así? —Ante la imposibilidad de articular palabra alguna, negué con la cabeza—. Incorporate un poco.

Apoyando los codos en la cama, hice lo que me pidió. Verlo arrodillado entre mis piernas, relamiéndose y, con los ojos refulgiendo de deseo, licuó mi sangre y me encendí como una mecha. Cerré los ojos al sentir un nuevo lametazo sobre mi cadera derecha.

—Abre los ojos y mira aquí, Pecas—a regañadientes obedecí—. ¿Las ves?

—¿El qué? —Pregunté sin saber a qué se refería.

La punta de su lengua trazó un círculo ahí, cortándome la respiración de golpe. ¡Joder, era tan sexi ver lo que estaba haciéndome...! Extasiada, me incorporé un poco más para verlo mejor. Sí, me ponía como una moto, para qué negarlo.

—Estas son las culpables de tu mote—estaba diciéndome con la voz entrecortada.

—¿Me llamas Pecas por esos lunares de nada? —Indagué asombrada al comprender al fin a qué se refería.

—Esos lunares de nada, como tú los llamas, me han vuelto loco desde los doce años—confesó—. No tienes ni idea de las veces que me imaginé justo en esta misma postura, adorando tus pecas mientras tú acariciabas mi cabeza.

—Pero... pero, apenas se ven, Unai...

—Te he observado durante tanto tiempo sin que repararas en mí, que me sé tu cuerpo de memoria, Ruth—¡Ay, Dios! Nunca me había dicho nada tan bonito y tan tierno.

Sin pensarlo ni un segundo, me lancé a sus brazos y lo besé con desesperación.

—Lo siento, siento haber estado tan ciega respecto a ti, Unai. Y siento haberte hecho tanto daño con mi indiferencia, yo no...

—Lo sé—dijo juntando su frente con la mía—. Lo sé.

La manera de hacerme el amor, después de ese momento tan especial para ambos, fue demoledora, en el buen sentido de la palabra. Nuestros cuerpos se acoplaron en perfecta armonía. Nuestras manos y nuestros pies se enredaron en un nudo, al igual que lo hicieron nuestras lenguas.

Gemimos, jadeamos y entre susurros, pronunciamos nuestros nombres, como si estuviéramos haciéndonos confidencias que nadie más podía saber.

Sus penetraciones y mis empujes de cadera se acompasaron al ritmo de una música silenciosa, de ritmo lento y vibrante. Caliente y delicioso, muy delicioso. Y el orgasmo... ¡Dios! El orgasmo fue largo, liberador, catártico y sencillamente maravilloso.

—¿Recuerdas lo que hacíamos muchas tardes de verano cuando éramos niños? —Preguntó con la respiración aún algo agitada.

—¿Ir al río?

—No.

—No lo sé, hacíamos tantas cosas...—dije pensativa.

De pronto, nos visualicé a todos en las ruinas del castillo, sentados en una gran manta, comiéndonos un bocata y contándonos historias de miedo.

¡Qué buenos tiempos aquellos!

—Íbamos a merendar a las ruinas del castillo—sonreí ante ese nostálgico recuerdo.

—Eso es... ¿Por qué no lo hacemos? —Propuso.

—¿El qué? ¿Merendar a las doce de la mañana?

—No, lista. Hacernos unos bocatas y subir a comerlos arriba, como en los viejos tiempos. Qué me dices, ¿te apetece?

Lo vi tan entusiasmado por la idea que me dio cosilla decirle que lo único que realmente me apetecía, era seguir en la cama disfrutando de todo él. Sí, de repente me había vuelto insaciable, era lo que tenía llevar tantos meses de sequía y encontrar un manantial como Unai, que todo te sabía a poco.

—Está bien—contesté finalmente—, pero antes necesito un café y una ducha, por ese orden.

—Café y ducha—exclamó pensativo—, vale, puedo con eso. ¡Arriba!

Cuando tres cuartos de hora más tarde salimos de casa, seguidos de Trueno, talmente parecía que nos habían sacado de un anuncio de Decathlon.

Ambos llevábamos pantalón corto de deporte, camiseta básica, playeros y una gorra para protegernos del sol, Unai con la visera hacía atrás, como era su costumbre desde que lo conocía.

Yo llevaba una pequeña mochila termo con un par de botellas de agua, y él, otra un poco mayor con la comida y la manta.

Sí, estábamos de foto, pero no, no nos la hicimos, más que nada porque, gracias a Dios, aún me quedaba algo de vergüenza por ahí escondida y no me atreví a inmortalizar el momento.

¡Maldita ella, que aparecía siempre inoportunamente!

El resto del día fue mágico, distinto, relajado y placentero. Por primera vez desde mi llegada a Los Sauces, había disfrutado, con la ropa puesta, de la compañía de Unai. Sin comentarios sardónicos, sin indirectas, sin miradas inquisidoras... Hablamos de su padre, de su trabajo, de cosas que hizo cuando vivía en Madrid, pero, sobre todo, recordamos anécdotas de la infancia: travesuras, juegos, el colegio, compañeros de entonces, fiestas de cumpleaños. No hablamos de Jud, lo intenté, pero se hizo el tonto. Supongo que, para él, aún era un tema delicado que prefería mantener en cuarentena. Lo respeté, ya llegaría el momento de hablar de ella. Quitando eso, fue un día perfecto que se quedaría grabado en mi memoria mientras viviera.

—Mañana por la mañana bajaré a Santander a ver a mi padre—comentó mientras en perfecta armonía hacíamos la cena—. ¿Te apetece venir conmigo? Podemos comer con él, y después ir un rato a la playa.

Que me incluyera en sus planes de domingo me sorprendió gratamente, pero yo ya tenía otros planes.

—Me encantaría ir, tengo muchas ganas de ver al señor Joaquín y darle

un achuchón enorme...

—Ya verás que contento se va a poner cuando te vea—me interrumpió.

—Mañana no puedo ir contigo, Unai, mi madre me ha invitado a comer. Supongo que ya habrás oído por el pueblo que últimamente las cosas entre nosotras no están bien. Bueno, en realidad nunca lo estuvieron y creo que por fin ha llegado el momento de saber por qué.

—Ya era hora, ¿no?

—Pues sí. Hace demasiado tiempo que espero esta conversación.

—Puedo acompañarte si ves que...

—Te lo agradezco, pero esto es algo que debo hacer sola.

Esa noche caímos rendidos en la cama, aun así, me costó mucho trabajo conciliar el sueño. Estaba algo nerviosa pensando en lo que me depararía al día siguiente en casa de doña Emilia y eso me agobió un poco, para qué mentir. Después de tanto tiempo esperando ese momento, iba a resultar que ahora me daba miedo saber las respuestas a tantas preguntas que llevaba haciéndome desde que tenía uso de razón.

Suspiré y me arrimé un poco más a Unai que, como un tronco, dormía a mi lado. No sé si fue el calor que emanaba de su cuerpo o su respiración relajada y acompasada, pero, fue abrazarme a él y dormirme.

Unai se fue temprano a la mañana siguiente y, una vez sola, ya que Trueno había ido con su dueño, y después de haber recogido un poco la casa, me dediqué a holgazanear, porque bajo ningún concepto tenía pensado ir a la misa dominical, hasta la hora de la comida, momento en que tendría que ponerme una gran coraza, armarme de valor, y bajar a comer a casa de mis padres.

¿Con qué me sorprendería la señora Emilia?

¿Qué sería eso tan grave que hice para que ella tuviera ese comportamiento conmigo?

¿Mi padre estaría al tanto de nuestra cita de hoy? Suponía que sí, pero, como desde hacía un par de días no lo veía, concretamente desde el viernes antes de bajar a La Lola, no lo tenía muy claro.

A eso de la una de la tarde, cogí el teléfono, las llaves que Unai me había entregado a los pocos días de mudarme allí, y me dirigí a cruzar el puente del río para atajar un poco.

Bajé tranquilamente, sin darme prisa alguna, alargando el momento de tener a mi madre frente a frente.

Al pasar por el bar de Pepe los vi a ambos con más vecinos, tomando el

aperitivo o, como decía mi madre, un pisco.

Saludé a los que estaban en la puerta, y, entonces, mi padre que me vio me hizo señas para que me acercara.

—Hola—dije acercándome a ellos—, ¿de vermuteo? —Le di un beso a mi padre y otro a mi madre.

—Claro, canija, las buenas costumbres nunca se pierden. ¿Quieres tomar algo, hija?

—Sí, una cañita...

—Minerva, guapa, ponle una cañita fresquita a mi hija, anda.

—Pensé que vendrías a misa...—puse los ojos en blanco al escuchar a mi madre.

—¿Es que la invitación a comer incluía ver al sacerdote buenorro, mamá?

—No seas grosera, Ruth, por favor—papá me guiñó un ojo y sonrió, se lo veía feliz, contento.

—Perdón, madre.

No nos quedamos mucho rato allí, lo justo para que yo me tomara la cañita y mi padre su vinito. Conociendo a doña Emilia, que era muy estricta con los horarios de las comidas, estaría intranquila, aunque no se le notara, porque ya nos pasábamos de la hora.

Comimos arroz montañés, con su carne, sus setas, su cebollita, pimienta... estaba cojonudo, la verdad, y así se lo hice saber a mi madre.

—Ay, Ruth, hija, ¿no puedes simplemente decir que está bueno o rico que tienes que utilizar palabrotas?

—Sí, claro que podría, pero entonces no se te habría puesto esa cara de satisfacción y orgullo cuando la has oído.

—No tienes remedio—exclamó meneando la cabeza de lado a lado.

Después del postre, el café y el chupito, como era domingo teníamos el menú del día completo, ayudé a mi madre a recoger la cocina.

Cuando terminé y mi padre nos dijo que se iba al sofá a ver los deportes, aunque la realidad era que iba a dormir, comencé a ponerme nerviosa.

Sí, había llegado el ansiado momento.

—¿Quieres otro café, Ruth?

—¿Tú te vas a tomar otro?

—No, de lo contrario por la noche no podré pegar ojo, prefiero una infusión.

—Pues que sean dos.

—¿Y bien? —Murmuré cuando las dos estábamos sentadas de nuevo a la mesa.

—Directa al grano, ¿eh?

—Bueno, pienso que es tontería alargar más esto, ¿no crees? Cuanto antes me lo cuentes, antes te quitaras un peso de encima y yo por fin tendré respuestas—asintió. ¿Ella también estaba nerviosa o eran imaginaciones mías?

—Antes que nada, quiero que sepas que te quiero con toda mi alma y que, lamento muchísimo haberte hecho daño—me miró durante unos segundos y continuó—. Verás, como ya sabes, tu padre y yo nos criamos aquí, en Los Sauces. De niños no nos podíamos ver, él se pasaba todo el tiempo haciéndome trastadas y yo no lo soportaba. Eso cambió cuando cumplí los quince años y empecé a verlo de otra manera. Él tenía dieciocho, era apuesto, trabajador, y tenía una sonrisa preciosa que me hacía cosquillar el estómago. Yo notaba, por sus miradas, que también le gustaba y, ese mismo año, en la verbena del pueblo, me pidió ser su novia. No dudé en decirle que sí—sopló el líquido parduzco de la taza y dio un pequeño sorbo—. Tres años después tuvo que irse a hacer el servicio militar a Melilla. Por aquel entonces era obligatorio y pocos eran los que se libraban. El día de la despedida fue terrible para todos, se iba lejos durante demasiado tiempo y, no sabíamos cuando volveríamos a verlo.

—Tuvo que ser duro—musité.

—Mucho—se quedó pensativa unos segundos y luego continuo—. Pasaron unos meses y, de repente, las cosas en casa empezaron a ir mal. Los animales de tu abuelo: las vacas, los cerdos, las ovejas, enfermaron de una epidemia rara y se morían sin que nadie pudiera hacer nada. Tu abuelo estaba desesperado y en casa apenas entraba dinero, por eso la tía Asunción me propuso irme a Barcelona.

Ella me encontraría una buena casa donde servir y así podría ayudar a mis padres. Al principio me negué, irme significaba no ver a tu padre si venía de permiso, pero, cuando fue pasando el tiempo y la ausencia de noticias tuyas cada vez aumentaba más, llegué a imaginar que ya no volvería y, me animé a marchar.

—No tenía ni idea de que hubieras vivido con la tía Asunción.

—En realidad, sólo estaba con ella los fines de semana, el resto de los días vivía en una casa de sirvienta. Los señores me trataban bien, aun así, me

costó adaptarme a la gran ciudad, no obstante, lo hice. De hecho, disfrutaba de la poca libertad que tenía, que para aquella época era mucha, y cada vez que tenía que regresar al pueblo, me costaba horrores. No sé por qué, pero llegué a odiar Los Sauces. La ciudad era mucho más divertida, tenía amistades con las que pasear, iba al cine, a bailar... El pueblo se me quedó pequeño.

—¿Y qué pasó, mamá? —Ella suspiró.

—Pasó que tu abuela se rompió una cadera y yo tuve que volver para cuidar de ella. Mi intención era quedarme sólo hasta que se recuperara, pero, tu padre también regresó y, bueno, aunque me dolía verlo, pasó lo que no tenía que pasar—me miró con timidez—. Me acosté con él en el pajar del abuelo.

—¡Mamá! —Exclamé sorprendida.

—Sí, hija, sí, lo sé, eso estaba muy mal visto en aquella época, pero es que tu padre me nublaban los sentidos...—Reprimí una carcajada. ¡Vaya con la señora Emilia! —. Lo hicimos una sola vez y después le dije que me iría a la ciudad, digamos que fue como una despedida.

—¿Y?

—Una semana antes de mi partida supe que estaba embarazada de ti y todos mis planes se fueron al traste. Nos casamos dos meses después.

—¿Y por eso me has tratado así? ¿Me culpaste por echar tú misma a perder tus planes, tu futuro? —Dije indignada.

—Sí y no—murmuró avergonzada.

—¡Joder, mamá! No me lo puedo creer.

—Entiéndeme hija, yo estaba enamorada de tu padre cuando él se fue a la mili, pero luego mi vida cambió, yo no.... no....—suspiró—. Al principio te culpé a ti, cierto, no obstante, con el tiempo comprendí que eras una gran bendición y que, gracias a tu existencia, yo estaba al lado del hombre más maravilloso del mundo. Me costó adaptarme a vivir de nuevo aquí, aun así, lo hice porque os quería a los dos. Eras mi vida.

—Pues perdona que te lo diga, pero a mí me lo has demostrado bien poco—solté con desdén.

—Lo sé y lo siento en el alma. Yo siempre quise lo mejor para ti, Ruth y, aunque sé que me equivoqué, hice lo que hice pensando en tu bien.

—¿En mi bien, dices? Humillarme, ningunearme y más cosas que no pienso decir, ¿eran por mi bien? ¡Explícamelo porque no lo entiendo!

—Quería para ti una vida diferente a la mía. Quería que tú vieras el

mundo que yo no pude ver, que no cometieras los mismos errores que yo cometí, y, si para ello, tenía que hacer que me odiaras, lo haría. Era preferible eso a ver que te quedabas anclada a este pueblo para siempre.

—Sabes perfectamente cual era mi sueño, irme a estudiar fuera, buscarme la vida. No sé por qué diste por hecho que haría lo mismo que tú. Lo siento, pero no lo entiendo.

—Me daba tanto pavor que te casaras joven... Cada vez que te veía con él; como le buscabas con la mirada; cómo estabas pendiente continuamente de él... no sé, os observaba a los dos y nos veía a tu padre y a mí cuando teníamos vuestra edad.

—Pero ¿qué dices? El nieto de la señora Concha empezó a gustarme cuando teníamos quince años, lo que dices es imposible.

—No me refiero a ese muchacho, me refería al hijo de Joaquín. A Unai.

—¿A Unai? Eso es absurdo, madre, él ni siquiera me gustaba. Es más, lo odiaba con todo mi corazón.

—Sí, igual que yo odiaba a tu padre y míranos, llevamos juntos casi cuarenta años. Lo siento, pero estoy convencida de que si yo no hubiera actuado como lo hice, jamás hubieras ido a estudiar fuera, ni hubieras ido a París, ni hubieras disfrutado de la vida como lo hiciste.

La miré sin saber qué decir. Estaba loca, la mujer que tenía frente a mí estaba completamente loca. Lo que decía no tenía sentido, y, aunque lo tuviera, ¿quién narices era ella para decidir cómo teníamos que vivir la vida los demás? La ira fue ascendiendo desde el dedo gordo de mi pie hasta el último pelo de mi cabeza. Y no, no iba a hacer nada por contenerla.



Unai

De camino a Santander, no pude evitar pensar en el semblante de Pecas cuando la dejé en la puerta diciéndome adiós. Aunque ella disimuló y yo no dije nada, sabía por el temblor de sus labios y su manera de gesticular que estaba nerviosa y, probablemente, muerta de miedo por la conversación que mantendría con su madre más tarde. Hubiera preferido quedarme a su lado y pasar con ella ese trago, pero, entendía perfectamente que aquello era algo que tendría que afrontar sola, muy a mi pesar. ¿Qué explicación le daría doña Emilia para justificar su forma de tratarla todos aquellos años? ¿Habría algún motivo real o a la señora se le había ido la pinza? Recuerdo perfectamente la de veces que aquella mujer la humilló. La de veces que sin ton ni son se presentaba en la plazoleta de la capilla, donde tranquilamente jugábamos y, sin venir a cuento, le pegaba la bronca del siglo. La de veces que la castigó sin motivo por el placer, creo yo, de hacerle daño e infeliz. La de veces que yo mismo había contribuido, por mis estúpidos celos de niño, a aquellos castigos. ¡Qué imbécil había sido! Y, por supuesto, recuerdo más que bien la de veces que oí a Ruth, sin que ellas lo supieran, hablar del tema con mi hermana, con Delia y con Aina. Aún se me encogía el corazón por aquel llanto y sus deseos de tener una madre que la quisiera, sin más. No, doña Emilia no había sido una buena madre y, a mi parecer, puede que fuera demasiado tarde para remediarlo. ¿O no? Sinceramente, no me gustaría nada tener que estar en el pellejo de Ruth. Pasara lo que pasase, no iba a ser un buen día para ella y, por eso deseé que las horas volaran para poder volver a su lado, prestarle mi apoyo, mi hombro y lo que hiciera falta.

Por otro lado, y ya pensando en mí mismo, tenía que reconocer que, el que mis sentimientos por ella, esos que creía, tras mucho esfuerzo y todos aquellos años, muertos y enterrados, hubieran vuelto a la vida de un plumazo, me acojonaba y, las dudas me atormentaban cuando no la tenía junto a mí. Sí, la otra noche me había planteado intentarlo, incluso me había convencido de que todo era posible entre nosotros. Que una vez que su divorcio estuviera

finiquitado, no habría nada que se interpusiera en nuestra relación. ¿De veras lo creía así o de nuevo estaba haciéndome pajas mentales? ¿Qué pasaba con todo ese rencor que tenía acumulado hacia ella? Su indiferencia y su desplante en París le habían hecho tanto daño a Jud en sus peores momentos que, no me veía capaz de olvidarlo, por mucho que me lo propusiera. Aquel día, de no hace mucho tiempo, estaba tan grabado en mi mente que, con sólo recordarlo, me encolerizaba. En cambio, cuando estaba con ella, me esforzaba tanto en no pensar que hasta lo conseguía. Luego, volvía a quedarme solo y allí estaba de nuevo el maldito recuerdo haciéndome señales de humo para hacerse notar. No, su matrimonio ya no se interpondría entre nosotros, pero mi rencor sí y, la única manera de deshacerme de él de una maldita vez era siendo sincero con ella y, rogar porque hubiera una explicación creíble para que hiciera lo que hizo. Aunque lo dudaba.

Dejé el coche aparcado en un hueco que encontré cerca del portal donde mi padre vivía ahora con mi tía y me encaminé al quiosco de la esquina para comprar el periódico.

Era un ritual que solía hacer los domingos cuando bajaba a visitarlos, eso y comprar unas porras o unos churros para el desayuno.

Con todo ello metido en una bolsa, desanduve mis pasos, de nuevo hasta el portal, y llamé al portero automático.

Mi tía ni siquiera se molestó en preguntar quién era, ya que sabía de sobra que era yo, y abrió la puerta.

El olor a café recién hecho, mezclado con los olores típicos de aquella casa, lavanda y romero, me dieron la bienvenida.

Fui directamente a la cocina, donde ella, tarareando una vieja canción que en aquellos momentos sonaba en la radio, trasteaba con los fogones preparando la comida del mediodía.

—Buenos días, madrugadora—saludé al entrar—, ¿qué tal todo por aquí? —le di un beso en la mejilla y dejé la bolsa sobre la encimera de granito.

—Hola, cariño mío, hoy llegas antes, aún no tengo listo tu chocolate— me sonrió con esa dulzura que la caracterizaba, y siguió removiendo en la cacerola que tenía puesta al fuego—. Todo está bien, tesoro, tu padre está en la ducha.

Mi tía Florinda, Flor para los allegados y familia, era una mujer regordeta, con el pelo corto y cubierto de canas que, en cuanto te miraba con aquellos ojos cargados de ternura, caías rendido a sus pies, sin remedio. Era

la hermana de mi padre y llevaba viuda casi veinte años.

Con lo joven que era, debía de rondar los sesenta años, nunca entendí que no hubiera vuelto a casarse o a tener pareja. Llegué a preguntárselo varias veces y ella siempre respondía lo mismo: «Ay, sobrino, cuando alguien ha estado enamorado de verdad y ha querido con toda su alma y con todas sus fuerzas, jamás encontrará a la persona que reemplace esos sentimientos ni llené ese vacío que atenaza todo tu ser al perder a dicha persona. Al menos es lo que a mí me ha pasado con tu tío Braulio».

¿Significaba aquello que yo no había encontrado a la mujer que me acompañara en la vida porque ya había amado a una con toda mi alma, todas mis fuerzas y todo mi corazón? Yo no había perdido a Ruth. Bueno, pensándolo bien, en cierta manera sí. ¿La vida, o, mejor dicho, mi hermana, me estaba dando una nueva oportunidad para ser feliz? ¿Para tener, por fin, el amor que había anhelado desde niño?

—¿Te ocurre algo, cielo? —Negué con la cabeza y traté de sonreír—. Te has quedado tan callado de repente...

—No es nada, tía, no te preocupes. ¿Os han dado ya los resultados de los análisis del viejo?

—Tu viejo está como un toro, hijo—dijo el susodicho entrando en la cocina—. Azúcar bien, colesterol bien, triglicéridos...

—Joaquín, estás mintiendo, el colesterol está un poco alto.

—¡Bah, paparruchas! El doctor dijo que estaba compensado con el bueno, así que está todo perfectamente.

—¿Todo? —Pregunté acercándome a él.

—Todo no, hijo, todo no. El mal que me aqueja no se cura de la noche a la mañana, de hecho, no creo que se cure nunca. Tu hermana... —su voz se quebró y lo abracé.

—Tiempo al tiempo, papá. No se curará, pero se mitigará, igual que ocurrió con mamá.

—Lo sé, hijo, lo sé. Es ley de vida y hay que continuar, no nos queda otra.

Desayunamos allí mismo, en la cocina. Él, enfrascado en la lectura del periódico, y mi tía y yo tratando de arreglar el mundo, que parecía haberse vuelto loco de unos años a esa parte.

A eso de las once, cuando terminamos el delicioso desayuno, propuse a mi padre salir a dar un paseo.

Llevaba enclaustrado en casa, sólo saliendo lo estrictamente necesario,

desde el fallecimiento de mi hermana, y por eso me sorprendió, gratamente, que su respuesta fuera un «sí» rotundo.

Mi tía, que estaba igual de sorprendida que yo, me miró, sonrió y mientras él se ponía los zapatos en el salón, susurró apretando mi mano con cariño:

—Es la primera vez que sale de casa sin verse obligado, es un gran paso, tesoro.

—Lo sé tía, hay que darle tiempo. Nada me gustaría más que regresara conmigo a Los Sauces, pero entiendo que aún sea demasiado pronto para eso.

—Ten paciencia, Unai, regresará, no lo dudes. Aquello es su vida y, poco a poco volverá a ella.

—Estoy listo—anunció éste desde el pasillo.

Caminamos en silencio hasta un parque cercano a la casa y nos sentamos en un banco.

Allí contemplamos durante un rato, sin decir nada, a un grupo de niños muy madrugadores que jugaban a la pelota vigilados por sus madres y, pensé en Ruth.

«¿Por qué después de llevar tantos años casada no tenía hijos?», me pregunté a mí mismo. Bueno, quizá no le gustasen.

O quizá su vida en París era tan ajetreada que los niños no entraban en sus planes. ¿Sería grosero por mi parte preguntarle al respecto?

—Estás muy pensativo, hijo. ¿Qué pasa ahí dentro? —Indagó mi padre poniéndome un dedo en la sien—. ¿Problemas?

—Nada de eso, viejo...

—No le mientas a tu padre, muchacho. Algo te ronda la cabeza, te he notado demasiado ensimismado desde que has llegado. Que no diga nada no quiere decir que no me dé cuenta de las cosas.

—Pensaba en Ruth.

—Ahhh, así que se trata de una mujer, interesante... ¿Es la hija de mi buen amigo Aníbal? ¿La que heredó parte de la posada junto a las otras dos muchachas amigas de tu hermana? ¿La que fuisteis a ver a París y no os recibió?

—Sí, la misma.

—¿Y qué pasa con ella?

—Pues no lo sé, no lo tengo claro. Han pasado cosas entre nosotros y estoy hecho un lío, papá.

—Comprendo...

—¿De veras?

—Sí. Sigues teniendo sentimientos por esa muchacha a pesar de lo sucedido y, crees estar entre la espada y la pared. Por un lado, sientes la necesidad de hacerla pagar por el daño que causó a tu hermana cuando no quiso verla y, por otro, te gustaría dar rienda suelta a todo ese amor que llevas acumulando desde que eras un crío—me miró y asentí.

—Joder, yo no lo hubiera explicado mejor... ¿Cómo...?

—Ay, hijo, sabe más el zorro por viejo que por zorro. ¿Quieres saber mi opinión?

—Adelante, soy todo oídos.

—Pues creo que no deberías de pensar tanto y dejar que ese tiempo del que antes me hablabas, haga su trabajo. También creo que vengarte por lo que ocurrió con tu hermana no tiene sentido. Más cuando ella la perdonó y la incluyó en su testamento. El amor es más bonito que el odio y el rencor, hijo. La persona que no es capaz de perdonar y olvidar nunca es feliz.

—Supongo que tienes razón—suspiré—, debería dejar que las cosas siguieran su cauce, ¿no?

—Escucha a tu corazón y haz lo que este te dicte, Unai. Conociéndote, no creo que pudieras perdonarte hacer daño a la mujer que amas. Porque la amas, ¿verdad?

—Sí, nunca he dejado de hacerlo. Aunque yo pensara lo contrario.

—Pues entonces ya está todo dicho.

El viejo tenía más razón que un santo, estaba convencido de ello. No había una persona en el mundo que me conociera mejor que él, no obstante, a pesar de tener la certeza de que era yo el equivocado, seguía teniendo miedo y no confiaba en ella.

¿Cómo hacerlo si su vida, antes de regresar a Los Sauces era un misterio para mí? ¿Cómo hacerlo si ella omitía hablarme de su matrimonio, su todavía marido y, del motivo de su divorcio? ¿Por qué callar aspectos tan importantes de su vida? A no ser que tuviera algo que ocultar, en ese caso...

—Déjalo ya, hijo, no le des más vueltas. Venga, cuéntame cómo van las obras de la posada, anda.

Obedeciendo al mandato de mi padre, hice a un lado los pensamientos que me torturaban, sin darme tregua, y comencé a hablar. Le conté que la obra iba viento en popa y a toda vela. Que la cuadrilla de electricistas estaba haciendo un buen trabajo y que, en cuestión de un par de semanas, los albañiles empezarían con su parte. En cuanto estos terminaran, les tocaría el turno a los

pintores y decoradores. Si todo iba según lo previsto, que hasta el momento así era, la Posada de las Libélulas estaría lista en cuestión de dos meses, más o menos.

—Está quedando preciosa, papá.

—No lo dudó, tu hermana lo dejó todo dispuesto y planeado. Y tú eres un manitas en lo tuyo, sabes cómo hacer que la gente se comprometa y cumpla—presioné su rodilla como signo de agradecimiento por su cumplido

—. ¿Ella también colabora?

—¿Te refieres a Ruth?

—No, que va, me refiero a Casilda. ¿Tú que crees?

—Creo que tu sentido del humor ha regresado para carcajearse de mí, y me alegro por ello.

—No has contestado a mi pregunta.

—Bueno, ella desde el principio quiso formar parte en todo, mentiría si dijera que no se interesó por el proyecto.

—Pero...

—Pero yo no le puse las cosas demasiado fáciles, la verdad. Estaba tan cabreado con ella que me avergüenza admitir que fui un poco cabroncete.

Muy cabroncete, para ser más exactos.

—Si es la mitad de como que yo la recuerdo, te lo habrá hecho pagar—solté una sonora carcajada. Pues sí, lo había pagado, sí.

—Ya te dije que sucedieron cosas entre nosotros... Afortunadamente para ambos, ahora todo está tranquilo. Ella trabaja como el que más en la casona y está totalmente integrada en el equipo. Lo cierto es que los chicos la adoran—y yo también. Eso último me lo callé, aunque no creo que le hubiera sorprendido.

—Eso tengo que verlo con mis propios ojos.

—¿Qué quieres decir, viejo?

—Por Dios, Unai, pareces tonto, hijo. ¿Qué voy a querer decir? Pues que quiero volver a Los Sauces, a mi casa y, ver con estos dos—se señaló los ojos—, la posada de mi hija y la mujer que parece haberte idiotizado.

—¿Estás seguro? ¿Te ves con ánimo suficiente para enfrentarte a...?

—Sí, será duro regresar, pero debo hacerlo. Todo lo que tengo está allí. Además, pronto será la fiesta del pueblo y las amigas de tu hermana se encargarán de cumplir con su última voluntad... quiero sentirme fuerte para enfrentar ese día, y sólo lo lograré cogiendo al toro por los cuernos.

—Me alegra oír eso, papá. Esta semana adecentaré tu casa y el viernes

que viene vendré a buscarte, ¿te parece?

Más tarde, cuando ya habíamos terminado de comer y tomado el café, mientras jugábamos una partida al tute, el estómago se me encogió de angustia, sobresaltándome.

Automáticamente pensé en Ruth. No sé cómo fue, ni por qué, pero sentí su rabia y su dolor en lo más profundo de mis entrañas, y lamenté no estar a su lado.

*Ruth*

—No tengo ni idea de lo que hubiera pasado o lo que hubiera hecho hace veinte años, ni diez, ni cinco porque, por suerte o por desgracia, no heredé tus dotes de adivinación, madre—espeté con rabia dando un golpe en la mesa, que la sobresaltó—. Lo único que sé con total seguridad es que, quería, no, más bien rogaba, tener una madre normal. Una madre que me apoyara me quisiera, me alentara. Una madre que escuchara las preocupaciones de una adolescente, que me consolara cuando lo necesitaba, que me dijera que, por muy mal que se pusieran las cosas, todo saldría bien porque ella estaba allí—gimoteó—. En cambio, me tocó tener una madre que todo lo que hizo por mí, fue tratarme con indiferencia, humillándome, ninguneándome, ridiculizándome... Y todo porque creía que tarde o temprano cometería sus mismos errores.

—Lo siento, Ruth, lo siento de veras, hija. Reconozco que me equivoqué, que...

—Todos tenemos derecho a equivocarnos y si es nuestro deseo rectificar. Pero claro, a mí se me negó ese derecho. Tú me negaste ese derecho. ¿Sabes?

—Me puse en pie—. Con tus actos, esos que dices haber hecho por mi bien, lo único que has conseguido es que no te soportara y que me perdiera cosas maravillosas de la vida lejos de las personas que más amaba.

Mi padre, mis abuelos, mis amigas... No, no te voy a culpar por haberme casado con Jean Paul, evidentemente ese es un error mío. Sí, mi primer y gran error, hasta la fecha. Gracias a Dios y, por qué no decirlo, también a mi amiga Judith, que en paz descanse, estoy aquí con las fuerzas y las ganas suficientes para remediarlo.

—Ruth...

—Es más—continué sin dejarla hablar—, no tenía pensado decirlo, pero ya que estamos, puede que te interese saber que, a pesar de todas las cosas que has hecho para mantenerme alejada de Los Sauces y de Unai, no te han servido de nada porque estoy enamorada de él. Sí, madre, vivo con él,

desayuno con él, como con él, trabajo con él, y también duermo con él. Así que ya ves, después de todo, es el tiempo el que pone las cosas en su sitio y no tú. Y yo ahora, estoy donde siempre he tenido que estar. Era eso lo que siempre trataste de evitar, ¿no? —Asintió con pesar—. Pues te ha salido el tiro por la culata—manifesté con regocijo.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones, hija?

—¿Perdonarte? —Inquirí con desdén—. ¿Tienes idea de lo sola que me sentí estos últimos años? ¿Tienes idea de las veces que te necesité en todo este tiempo? He tenido tres abortos, mamá, ¡tres! He tenido que escuchar a mi marido, ese al que manipulaste para que me alejara de mis amigas, ese que para ti es tan maravilloso, decirme que ni para traer niños al mundo servía. He tenido que soportar sus desplantes, su indiferencia, su soberbia y todo en lo que se convirtió por miedo a que tú me llamaras fracasada.

Por miedo a que, si me separaba de él y me largaba de París, no tener a nadie a quien recurrir porque, ¿qué me quedaba después de él? ¡Nada! Sin yo saberlo tú te habías encargado de alejar a las únicas personas que se habían preocupado de mí desde que tengo uso de razón, mis amigas—me limpié con rabia las lágrimas que resbalaban por mis mejillas—. No te culpo por toda la mierda que llevo vivida, te culpo por no haber sido una madre para mí. Te reprocho el no haberte tenido cuando más te necesité. Ponte en mi lugar, ¿cómo perdonarías algo así?

—Ay señor—hipó—, he sido lo peor para ti, tu peor enemiga y, siempre pensé que estaba haciéndote un gran favor al tratarte así, al alejarte. Antes has dicho que todos tenemos derecho a equivocarnos y a rectificar, yo he tardado mucho tiempo en darme cuenta de mi error, hija, y quiero rectificar, quiero ser esa madre que mereces, quiero...

—¿No crees que es un poco tarde para eso? Estoy tan acostumbrada a no tenerte que he dejado de necesitarte.

—Por favor, Ruth—imploró—. Por favor, hija, me siento tan mal por todo. Dame una oportunidad, te lo ruego...

—¿Te sientes mal? ¿De veras? —Asintió—. Pues así llevo sintiéndome yo desde que tengo uso de razón. Lo siento, pero no creo que pueda perdonarte. Tú has tardado más de treinta años en darte cuenta de tu equivocación, si aplicamos el ojo por ojo, tendrán que pasar otros treinta para que el perdón que ruegas llegue—salí de la cocina sin mirar atrás, con su llanto desgarrador perforándome los tímpanos.

Decidida a salir de aquella casa de una maldita vez y convencida de que

estaba haciendo lo correcto, enfilé el pasillo para darme de bruces con la figura de mi padre que, con los brazos caídos y semblante descompuesto, meneó la cabeza de lado a lado, negándome el acceso a la puerta de la calle.

—Sube a tu habitación—ordenó.

—No pienso quedarme en esta...

—He dicho que subas a tu habitación, canija, por favor. Yo iré enseguida—hice lo que me ordenó y subí los peldaños de la escalera de dos en dos, haciéndome notar, manifestando así que no estaba de acuerdo en quedarme allí.

Una vez en mi habitación, cerré la puerta con fuerza y me aproximé a la ventana para abrirla de par en par. Me asfixiaba y necesitaba urgentemente que el aire entrara en mis pulmones, o de lo contrario me ahogaría. Estaba tan enfadada, tan dolida, tan... ¿Quién demonios se creía que era esta mujer? ¡Dios, era... era... Dios! La falta de oxígeno en el cerebro ya debía de estar afectándome porque no encontraba las palabras que la calificaran. Respiré profundamente varias veces, muchas veces, para ser exactos. Hasta que fui notando que el pecho se liberaba de esa losa que desde hacía rato lo aplastaba. Cuando noté que me tranquilizaba, me tumbé en la cama, mirando al techo sin dar crédito aún a lo que había escuchado salir de la boca de mi madre. ¡Por favor! ¿Qué culpa tenía yo de que ella retozara con mi padre en un pajar y se quedara embarazada? ¡Ni que el espermatozoide del que salí la hubiera estado apuntando con una pistola!

Pasó casi una hora antes de que mi padre subiera a verme. Tiempo más que suficiente para que me diera por divagar e, imaginar, cómo sería mi vida si nada de esto hubiera sucedido. Tiempo más que suficiente para que me diera cuenta de que, dejarme llevar por la imaginación era absurdo y patético. Cuántos años tenía, ¿quince? Las cosas habían sucedido así y punto, ya no había nada que hacer, salvo lamentarse.

—¿Puedo pasar? —Preguntó mi padre desde el quicio de la puerta.

—Adelante, estás en tu casa—respondí más borde de lo que pretendía.

—No te pases, canija. No te pases...

—¿Lo sabías? —Me senté en la cama y lo observé—. ¿Sabías por qué ella me trata así?

—Lo supe hace unos días, cuando llegó del lavadero y me dijo que hoy vendrías a comer. En aquel momento me explicó las cosas, estaba muy avergonzada.

—Sí, claro.

—Hija, conozco muy bien a tu madre y no miento cuando digo que está muy avergonzada.

—Yo también lo estaría si estuviera en su lugar. Lo que ha hecho no tiene nombre, es... es...

—Ruth, no estoy aquí para despotricar en contra de tu madre, al contrario. Estoy aquí para tratar de hacerte ver que tu postura, aunque la entiendo, no la comparto.

—¿Te das cuenta de que mi vida podía haber sido diferente si ello no hubiera manipulado mi entorno? —Ahogué un sollozo.

—¿Y de qué te sirve pensar eso ahora?

—Tienes razón, como siempre. Pero, no puedo evitar comparar mi vida con una mala película de terror en la que mi propia madre es el monstruo.

—Tu madre hizo las cosas mal, lo reconozco y lo desapruebo. No obstante, creo que merece una oportunidad. No me mires así—dijo cuando lo fulminé con la mirada—. En el fondo todo es culpa mía, si yo no la hubiera convencido para ir al pajar de tu abuelo no...

—¡No, no, no! Por ahí no paso, papá. Ambos lo hicisteis por propia voluntad y se quedó embarazada, es el riesgo que se corre cuando se practica sexo sin protección—espeté—, así que no me vengas ahora con que tú eres el culpable—nos quedamos en silencio durante un tiempo que a mí se me hizo eterno.

—Me enamoré de tu madre siendo un niño, hija. La seguía a todas partes y la importunaba sólo por el placer de tener su atención puesta en mí—sin poder evitarlo me acordé de Unai—. Era una mujer impresionante: hermosa, voluptuosa; con un carácter fuerte, con una personalidad arrolladora que me volvía loco. El día que aceptó ser mi novia, me hizo el hombre más feliz del mundo. Ella, que podía haber tenido al muchacho que quisiera porque todos le iban detrás, me eligió a mí. Me sentí importante y afortunado—sus ojos y su boca sonreían, recordando—. Cuando me llamaron para hacer el servicio militar, mi corazón se quedó aquí, en Los Sauces, con ella. Lo pasé tan mal estando tan lejos, canija... El viaje para venir de permiso era muy largo, no tenía dinero y las cartas tardaban en llegar, fue muy duro. Sufrí cuando tu abuela me dijo que ella se había ido a vivir con una tía a Barcelona porque estaba completamente seguro de que la perdería. Si su madre no se hubiera roto la cadera, ella no habría regresado al pueblo. Le gustaba demasiado la vida de la ciudad.

—Lo sé—susurré—, me lo contó. Ella también lo paso mal con tu

ausencia, papá—asintió con pesar.

—Cuando regresé y supe que estaba aquí cuidando de tu abuela, le di las gracias a Dios por ello. Estaba muy enfadada conmigo, apenas me dirigía la palabra. Me trataba como a un felpudo. Pero ya sabes lo que se dice, donde hubo fuego...—me guiñó el ojo—. El resto de la historia ya la sabes.

—Sí.

—Amé, amo y amaré a esa testaruda mujer el resto de mis días. No podría vivir sin ella. Entiendo que estés cabreada y decepcionada, pero es tu madre, hija, y, lo hecho, hecho está. Lo único que conseguirás guardándole rencor, es que el día que ella falte, tu conciencia te lo haga pagar, y lamentarás el no haberla perdonado. Sólo voy a decirte una cosa más y te dejaré sola para que pienses bien lo que vas a hacer—limpió con sus pulgares mis lágrimas—. El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra—dicho esto, me dio un beso en la mejilla, y salió de la habitación dejándome sola con mi llanto.

«¿Y ahora qué, Ruth? ¿Qué vas a hacer?», me pregunté. Sabía que mi padre tenía razón respecto a cómo me sentiría si no perdonaba a mi madre. Me conocía bien. Yo nunca había sido una persona rencorosa ni vengativa, pero ella me había hecho tanto daño...

Repasé una y otra vez la conversación mantenida, por separado, con mis progenitores, y mi mente voló a las páginas de mi diario, esas que había leído y en las que continuamente ponía a parir a Unai porque no me dejaba en paz y no lo soportaba. Sí, su comportamiento y el de mi padre, en sus años mozos, seguían un mismo patrón, el mismo modus operandi que, en lugar de atraer, repelían. Qué manera más tonta de enamorar a alguien, por Dios. Bueno, en el caso de mi madre, con el tiempo dio resultado. ¿Me hubiera pasado a mí lo mismo de haberme quedado en Los Sauces? ¿Hubiera caído rendida a los pies de Unai como era su propósito? Lo dudaba mucho. Primero porque, por más vueltas que le daba, no veía ningún indicio de que yo sintiera algo por él aparte de indiferencia, así que, por más que lo intentaba, no tenía ni idea de dónde sacó mi madre que yo estuviera enamorada de él. Vale, sí, en mi diario salía él casi más que yo misma, pero eso no significaba que fuera amor, al contrario. Si escribía sobre Unai, era solo porque su presencia me irritaba y, todos los días me sacaba de mis casillas. ¿O no? Empezaba a tener mis dudas. Y segundo porque, con quince años, él tuvo que marcharse, cuando su madre enfermó, a vivir con sus tíos a Madrid. Por lo tanto, doña Emilia estaba completamente equivocada en sus predicciones de futuro. Las

circunstancias de la vida nos habrían separado quisiéramos o no. En fin, ¿por qué seguía perdiendo el tiempo dándole vueltas a lo que podría haber sido y no fue? Estaba claro, porque me encantaba martirizarme.

Lo que sí tuve cristalino, fue el daño que, con mi comportamiento y mi forma de hacer las cosas, o dejar de hacerlas, causé a Unai, a Judith, a Delia y a Aina. Con Jud había llegado demasiado tarde, pero, con los demás, y gracias a la oportunidad que me brindaban, podía enmendar mis errores. No, yo no estaba libre de pecado y no podía lanzar la primera piedra. Y no, tampoco quería que mi madre sufriera al negarle mi perdón. Al fin y al cabo, ¿quién era yo para juzgar a nadie? ¿No se suponía que eso lo hacía Dios? Pues entonces, que fuera él el que se encargara de ello, yo me conformaba con tener la conciencia tranquila y poder dormir a pierna suelta sin remordimientos.

Antes de bajar a la cocina de nuevo, pasé por el baño para lavarme la cara y adecentarme. La verdad que, después de echar un ojo al espejo y ver mi reflejo en él, necesitaría algo más que un poco de agua para recuperar mi aspecto normal. Descendí las escaleras despacio y, ya junto a la puerta de la cocina, me quedé quieta al escuchar lo que mis padres hablaban:

—No va a perdonarme nunca, Aníbal...

—No digas eso, mujer, claro que lo hará. Venga, deja de llorar.

—Lleva mucho rato encerrada en su habitación.

—Cariño, es normal, necesita tiempo para asimilar las cosas.

—Ay, Aníbal, soy lo peor, ¡lo peor! Me moriré sin tenerla a mi lado.

Estoy tan arrepentida de todo lo que dije e hice... No entiendo como tú, con lo bueno, atento y cariñoso que eres, sigues aquí junto a mí. No te merezco, Aníbal. No os merezco a ninguno de los dos.

—Emilia, llevamos juntos casi cuarenta años, ¿qué iba a hacer yo sin ti, mujer? ¿Todavía no te has dado cuenta, después de todo este tiempo, que eres la luz de mis ojos? Yo siempre estaré a tu lado, no lo dudes. Y ahora tranquilízate.

Estuve detrás de la puerta unos minutos más, llorando en silencio para que no me oyeran. Rogando porque algún día alguien me quisiera a mí así, con mis defectos y virtudes. Un amor entregado e incondicional como el que mi padre le profesaba a mi madre. ¿Sería posible? Inspiré con fuerza y entré en la cocina. Ambos se volvieron a mirarme, y sentí lástima por los dos.

—Hija...

Caminé hacia mi madre y me arrodillé frente a ella. Cogí sus manos,

temblorosas y frías, entre las mías.

—Te perdono mamá—musité sin apenas voz—. Te perdono.

Nunca me había abrazado con tanta fuerza como en ese momento y tampoco nunca me había besado como lo hizo, susurrando una y otra vez: «gracias, hija, gracias».

Esa tarde les conté como había sido mi vida en los últimos tres años, sin omitir nada. Los tres lloramos. Los tres nos abrazamos. Y los tres prometimos que todo sería diferente a partir de ahí. Por fin parecía que iba a tener una familia de verdad.



Unai

Comenzaba a atardecer cuando aparqué el coche en la finca. El sol se ocultaba tras las montañas, dándole al cielo un color amarillento que pronosticaba una tormenta de verano. Ruth ya debería de estar en casa y, me moría por verla. Pero no estaba allí, tampoco en la casona y me preocupé. Estaba completamente seguro de que la conversación con su madre había sido dura y dolorosa, por eso tenía tantas ganas de estar con ella.

Dependiendo de la expresión de su cara, sabría cómo había ido todo. Trueno, que por lo visto necesitaba urgentemente evacuar su vejiga, corrió por el prado hasta la orilla del río. Allí olfateó la hierba, calmó su sed, y luego se alejó un poco para hacer sus necesidades. Con paso lento, caminé en pos de él, si ella no estaba por allí, no tenía prisa por entrar en casa. Cuando me di cuenta, estaba cruzando el puente y dirigiendo mis pasos hacia los árboles que daban nombre a este maravilloso pueblo.

Como si una cuerda invisible tirara de mí y me arrastrara hasta allí. Entonces caí en la cuenta de que, si ella estaba pasando un mal momento y necesitaba reflexionar sobre algo, sin ninguna duda, ese sería el lugar escogido por ella. Un lugar donde estaría protegida por el ramaje de los sauces y nadie pudiera verla.

—Eh... —dije adentrándome entre las ramas.

Estaba sentada en el suelo, la espalda apoyada en el grueso tronco, las rodillas flexionadas contra el pecho, su barbilla apoyada en estas, y la mirada perdida al frente, observando algo que sólo ella podía ver.

Fui consciente del rastro de las lágrimas secas sobre sus mejillas cuando me miró y, se me encogió el corazón.

—Hola—saludó con voz monótona.

Me acuclillé frente a ella y tomé su rostro entre mis manos. Sus ojos, tristes, se clavaron en los míos e intentó sonreír. Incliné la cabeza hasta apoyar mis labios sobre los suyos con delicadeza, y la besé. Un beso tierno y delicado que me supo a gloria.

—Hola—susurré—, te he echado de menos.

—Y yo a ti...

—Ha sido duro, ¿eh?

—Bastante—afirmó sin dejar de mirarme a los ojos—, pero ha merecido la pena.

—Me alegro, ¿quieres hablarme de ello? —Asintió—. Bien...—Me senté a su lado y entrelacé mis dedos con los suyos.

Pasaron unos silenciosos minutos antes de que se decidiera a hablar. La escuché durante un buen rato, sin decir palabra, sólo prestando atención a los gestos de su cara que, cambiaban según fuera su relato.

Tan pronto sonreía con tristeza, como sollozaba con rabia. Lo único que yo hice, aparte de escucharla, fue presionar con fuerza nuestros dedos, alentándola a seguir cuando sus palabras se quebraban o su llanto se desgarraba.

—Al final la perdoné, Unai, no podía no hacerlo. Al fin y al cabo, es mi madre y, a pesar de todo, la quiero. También lo hice por mi padre, ¿sabes? Para él ha tenido que ser muy duro todos estos años convivir con nosotras. Es un bendito.

—Has hecho lo que tenías que hacer, Pecas.

—Dime la verdad, ¿no te parece absurdo lo que hizo?

—No lo sé, las madres son muy perceptivas. Les basta una sola mirada para darse cuenta de lo que nosotros ignoramos. Y si las cosas con tu padre fueron como me las has contado, es lógico que pensara eso sobre nosotros. Sobre ti. ¿Estabas secretamente enamorada de mí? —Indagué con un toque de humor.

—Por aquel entonces creía que no, pero ahora, después de esto y, de leer mi diario, empiezo a dudarlo.

—¿Por qué?

—Porque no hay una sola página en la que no aparezca tu nombre. Para bien o para mal, siempre te tenía presente. Ella dice que continuamente te seguía con la mirada y, creo que es verdad. Reconozco que me molestaba horrores tenerte cerca, molestándome e incordiándome, pero, para ser sincera con ambos, también te extrañaba cuando no lo hacías.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa para mí, una muy agradable, después de todo.

—De todos modos, aunque ella estuviera en lo cierto, no tenía ningún derecho a hacer lo que hizo. Manipuló mi vida y mi entorno para que no cometiera su mismo error. Un error que, según ella misma dice, la hizo feliz.

Mi padre la adora...

¿Por qué me quitó la posibilidad, equivocada o no, de ser feliz contigo si ese era nuestro destino? Las cosas podrían haber sido tan diferentes para todos... Tú y yo podríamos llevar años juntos...

Sí, probablemente tenía razón y todo hubiera sido distinto. Y sí, podríamos llevar un montón de años juntos, pero prefería no pensar en ello. ¿Qué sentido tenía hacerlo? Ninguno, la verdad.

—Bueno, estamos juntos ahora...—murmuré inseguro.

—¿Lo estamos? —Preguntó con voz suave. Asentí con la cabeza—. Entonces, tal vez, lo único que consiguió mi madre fue retrasar lo inevitable y, puede que nuestro destino sea este. Los Sauces, la posada de las Libélulas, tú y yo, y no lo que ella creía.

—Sólo hay una manera de averiguarlo, ¿no crees?

—Sí—musitó sentándose ahorrajadas sobre mí. La abracé, afianzando mi espalda contra el tronco del árbol, y nos miramos a los ojos—. Me gusta estar contigo, Unai, tú...

No la dejé terminar la frase. La besé. La besé porque necesitaba hacerlo. La besé para acallar mis dudas, esas que no me daban un puto respiro.

Pero, principalmente, la besé porque estaba loco por ella y, me moría por demostrárselo.

Mis manos, ávidas del contacto con su piel, ascendieron y descendieron con lentitud por su espalda, arrastrando a su paso la fina camiseta de tirantes para, poder así, sentir la tibieza de su cuerpo contra el mío, del que ella ya se estaba encargando de desnudar.

Estaba claro que ambos nos necesitábamos hasta el punto de no importarnos que estuviéramos al cobijo de unas pocas ramas.

La suerte que teníamos era que, afortunadamente, ya había oscurecido lo suficiente como para que cualquier ojo curioso que pasara por allí, que era poco probable, no pudiera vernos.

A lo lejos, se escuchó el sonido del primer trueno de aquella tormenta que amenazaba con descargar de un momento a otro.

El arrullo del agua, el canto de los grillos, una brisa suave y, nuestros jadeos apagados, de momento, se encargaban de poner la banda sonora a nuestro deseo.

Con habilidad, y sin separar mis labios de los suyos, le desabroché el sujetador y lo lancé hacia atrás, con la cabeza ya inclinada para no perder el

tiempo y, así, apoderarme de sus pezones y lamerlos a capricho. Jadeó al contacto de mi lengua en estos y, enarcando la espalda, echó la cabeza hacia atrás, dándome mayor accesibilidad. Lamí, chupé, soplé, volví a lamer y mordí con delicadeza. Ella protestó, gimió y me tiró del pelo con fuerza, señal de que quería más.

—Quítame los pantalones, Unai...—ordenó.

—¿Segura?

—¿Estás de coña? —Me fulminó con la mirada y sonreí.

—Tus deseos son órdenes para mí, Pecas.

Ya desnudos, del todo, y de nuevo en la misma posición; yo sentado en el suelo, con las malditas hierbas haciéndome cosquillas en ciertas partes; la espalda apoyada contra el sauce, y ella a horcajadas sobre mí, no perdimos el tiempo.

Volvimos a besarnos como posesos, como muertos de hambre frente a un gran banquete; siguiendo el ritmo desenfrenado de nuestras lenguas al tocarse, al reconocerse, al anhelarse.

Sólo necesité empujar un poco hacia arriba para empalarme en ella por completo. Al principio nos quedamos quietos, a los dos nos gustaba esa primera sensación al sentirnos con la primera penetración. Esa sensación de calor, humedad y fuego. Un fuego que comenzaba en la punta del dedo gordo del pie, y explotaba en el centro del estómago. Nos balanceamos al unísono. Ella hacia delante, yo hacia arriba. Suave, muy suave.

Con nuestras miradas clavadas en los ojos del otro. Con nuestros dedos entrelazados a los costados de nuestros cuerpos. Con nuestras respiraciones agitadas por el esfuerzo de contenernos para no dejarnos llevar. Estalló la tormenta y, con ella, también lo hicieron nuestros cuerpos, nuestra pasión y nuestros sentimientos, haciendo que todo a nuestro alrededor dejara de existir, quedando sólo ella y yo. Sintiendo en lo más profundo de nuestro ser, que todo era posible.

Bastante rato después, no sabría decir cuánto exactamente, y sólo cuando la lluvia empezó a amainar, nos vestimos y volvimos a casa cogidos de la mano, mirándonos de tanto en tanto y, sonriéndonos con complicidad.

Se acercaba el cumpleaños de mi hermana y las fiestas patronales de Los Sauces, la fecha señalada por Jud para llevar a cabo su última voluntad.

Pecas pasaba parte de las tardes en casa de sus padres, planeando con doña Emilia, con la que parecía estar recuperando el tiempo perdido, el catering del picnic anual.

Varios días después de que ellas se reconciliaran, su madre me invitó a comer.

Según me contó Ruth, ella había prometido no volver a inmiscuirse en su vida y, aunque no le parecía lo correcto, ya que aún seguía casada, que mantuviera una relación conmigo, me invitó a casa. Fue una comida agradable en la que, por respeto, no se mencionaron ciertas cosas. Y me sorprendió gratamente ver que doña Emilia parecía otra mujer, sobre todo con Ruth. Había pasado de ser arisca, indiferente, maleducada y una auténtica bruja, para ser, por fin, la madre que Pecas siempre había anhelado. La primera vez que la vi dedicándole una caricia tierna, y una sonrisa cariñosa, casi se me abrió la boca por la impresión. Era lo que tenía no estar acostumbrado a ver este tipo de muestras de afecto por parte de la mujer hacia ninguna otra persona que no fuera don Aníbal.

Por otro lado, mi padre ya llevaba pululando por Los Sauces algunos días. No voy a decir que había sido coser y cantar porque mentiría. Su semblante seguía siendo triste y en ocasiones apagado, pero, reencontrarse con sus amigos de toda la vida, le vino bien. Poco a poco iba haciéndose, de nuevo, con la rutina dejada de lado tras la muerte de mi hermana. En apenas diez días, ya se reunía en el bar todas las tardes para echar la partida con los demás. Empezaba a estar bien, al menos lo intentaba, era un gran paso por su parte.

El día que, por primera vez, después de su regreso, puso los pies en la finca, lloró como un niño abrazado a mí. Sí, era muy duro para él ver que el proyecto de su hija seguía su curso cuando ella ya no estaba en este mundo para verlo.

Pero la vida continuaba, y con ella, lo hacíamos nosotros. Aquel día, fue el día que también vio a Ruth después de una montonera de años.

Temí que volviera a echarse a llorar al recordar, pero no lo hizo:

—¡Santo Cristo! —Exclamó en cuanto la vio—. Estás hermosa, muchacha, mírate.

—Ay, don Joaquín, con que buenos ojos me mira usted—ella lo abrazó y lo besó.

—¡Paparruchas! Eres una joven muy hermosa, no me extraña que mi hijo no quiera salir de este pueblo.

—Papá...

—¿Acaso estoy diciendo alguna mentira, hijo? Porque antes de que ella apareciera por aquí, bajabas a Santander a verme muy a menudo... —Miré al

cielo meneando la cabeza, este hombre no tenía remedio—. Ya eras bonita de niña, pero ahora...

—No lo recordaba tan zalamero, don Joaquín—dijo riéndose con ganas—. Gracias por sus cumplidos, así da gusto.

—¡Bah! Qué zalamero ni que leches, tengo ojos en la cara, y todavía sé apreciar una buena hembra cuando la tengo delante.

—¡Papá!

—Tranquilo, muchacho, tranquilo, ¿no tendrás miedo a que tu viejo te levante...?

—Se acabó, no pienso escucharte decir ni una tontería más, viejo. Vamos dentro para que te muestre cómo está quedando la casona, anda.

—Jefe, ¿tienes un minuto? —La interrupción de Manuel me obligó a volver al presente.

—¿Qué pasa?

—Aquí fuera hay una mujer que pregunta por ti o por piernas.

—Manuel, te he dicho cientos de veces que no la llames piernas, es Ruth, ¡Ruth!

—¿Me llamabas? —Preguntó la susodicha asomando la cabeza. Resoplé.

—No, el jefe sólo estaba recordándome que tu nombre no es piernas, sino Ruth—contestó Manuel con guasa.

—¿En serio?

—Ruth...—advertí—. Manuel dice que hay una mujer fuera preguntando por nosotros, vayamos a ver quién es—hice un gesto con la cabeza señalando la puerta.

La señora Emilia estaba del otro lado de la portilla custodiada por Trueno que, moviendo la cola a un ritmo desenfrenado, se movía a un lado y a otro sin dejar de ladrar. La pobre mujer lo miraba con cara de susto, temiendo que el perro se abalanzara sobre ella en cualquier momento. Lo que la madre de Ruth no sabía, era que el pobre animal, lo que en realidad quería de ella, era la enorme bandeja que portaba en sus manos.

—Parece ser que tu madre se ha tomado muy a pecho eso de recuperar el tiempo perdido y mimarte—bromeé mientras nos aproximábamos—. ¿Qué crees que trae en esa bandeja?

—Hummm, pues tiene pinta de ser una de sus deliciosas empanadas...

—Entonces no la hagamos esperar y dejemos que pase.

—¿Podéis llamar al chucho este del demonio para que pueda entrar? —

Gritó desesperada.

Disimulando las carcajadas que estaban a punto de estallar en mi garganta, me acerqué y sujeté a Trueno mientras Ruth abría la puerta a su madre.

—Eso huele delicioso, señora—exclamé.

—Pues espera a probarla, hijo, se te van a poner los ojos en blanco del gusto. Es una empanada de carne que hice esta mañana temprano para que pudierais comerla ahora. Toma—dijo poniéndola en mis manos sin más—. Pesa una tonelada.

—No tenías que haberte molestado, mamá. Y mucho menos subirla andando hasta aquí, nosotros...

—No es ninguna molestia, tesoro, sé cuánto te gustan mis empanadas, por eso la he hecho. Además, con todo el trabajo que tenéis por aquí...

—Gracias, señora, es muy amable por su parte querer alimentarnos.

La señora Emilia se fue poco tiempo después, no sin antes hacer un tour por la casona con su hija y un servidor como guía, quedando impresionada con el trabajo que estábamos desarrollando allí arriba.

Aunque en realidad, los impresionados éramos Pecas y yo, sobre todo ella. ¿Quién nos iba a decir que esta mujer iba a cambiar tanto de la noche a la mañana? Joder, daba gusto estar con ella. Y no mintió cuando dijo que se me pondrían los ojos en blanco en cuanto probara la empanada. Se me pusieron a mí y al resto de muchachos que no pudieron resistir la tentación de coger un pedazo al pasar junto a la bandeja. Total, que, la mujer se fue más contenta que un ocho con tanto elogio recibido por nuestra parte, prometiéndonos que al día siguiente nos traería alguna cosilla más.

—Si dejamos que mi madre nos cebe a su antojo—comentó Ruth esa noche antes de meterse en la ducha—, dentro de un par de meses podremos bajar rodando a misa los domingos, ya lo verás.

Muerto de risa por su comentario, seguí recogiendo los restos de la cena y hablando con Trueno que me ignoraba totalmente. No hacía ni diez minutos que Pecas se había encerrado en el baño, cuando escuché el sonido de su teléfono en el salón. La primera vez no le hice caso, ni la segunda, pero después de tanto insistir, pensé que podría ser algo importante y contesté sin pararme a mirar quien era la persona que llamaba.

—¿Sí? —Pregunté.

—¿Dónde está mi mujer? —«Mierda», pensé al escuchar al franchute al otro lado de la línea. «Acabas de cagarla, pero bien, Unai».

—Ella no puede ponerse en este momento—carraspeé—. ¿Quieres...?

—¿Quién diablos eres tú? —Exclamó molesto.

—Un amigo, yo...

—Ya, claro, un amigo—su tono de voz era despectivo—. Dile que me llame, es urgente—y sin más colgó.

—¿Quién era? —Pecas bajaba por la escalera secándose el pelo con una toalla.

—Era... era...—no me salían las palabras.

—Me estás asustando—resoplé.

—Era tu marido.

—¿Jean Paul? —Preguntó horrorizada.

—¿Acaso tienes otro marido al que no tengo el gusto de conocer? —

Gruñí.

—¿Por qué coño le has cogido el teléfono si era él?

—Yo no vi... Da igual, ha dicho que lo llames.

—No da igual, joder, ¡no da igual!

¿Por qué mierda estaba tan cabreada conmigo? ¿No se suponía que se estaba separando de ese gilipollas?

Sí, vale, la había cagado, pero ¿era necesario taladrarme con la mirada? ¿Era necesario gritarme de aquella manera? Por supuesto que no. A no ser que creyera que lo había hecho adrede... ¡Mierda, Unai! ¡Mierda!

*Ruth*

—No lo hice a propósito, Pecas, simplemente respondí la llamada sin mirar.

—Ya, claro, sin mirar... ¡Qué mierda voy a decirle ahora cuando me pregunte por ti, ¿eh?!—Vociferé desesperada.

—Que soy un amigo, un vecino, el cura... yo qué sé, ¡dile lo que te dé la gana! —Me miró con furia contenida.

—Cómo si fuera tan fácil...—tiré la toalla a un lado y cogí el teléfono de sus manos.

—Se supone que te estás divorciando, ¿no? ¡Entonces qué importancia tiene lo que le digas, joder!

—A mí me importa, Unai, mientras no haya una sentencia que diga lo contrario, sigo siendo su esposa y se lo merezca o no, le debo un respeto. ¡A mí me importa!

—Pues haberlo pensado antes de meterte en mi cama, Ruth—dijo con desprecio—. ¡Haberlo pensado antes! —Fue lo último que oí salir de su boca antes de cerrar la puerta de la calle tras de sí.

No tenía ningún derecho a ponerme así con él, lo sabía, pero, el cabreo que tenía era tan grande que no pensé, abrí la boca sin más. Por supuesto que la culpa era mía, sólo mía.

Y él tenía razón, si tanto temía decirle a Jean Paul que a esas horas de la noche estaba en mi casa acompañada por un hombre, ¿qué hacía allí?

Además, no sé por qué leches dije que le debía un respeto cuando en realidad no lo sentía así.

Sobre todo, sabiendo a ciencia cierta lo que hizo a mis espaldas para apartarme de mis amigas y de mi vida anterior a él. Sinceramente, no entendía el motivo de mi histerismo. Supongo que, después de todo, quería que las cosas entre mi todavía marido y yo, terminaran de la mejor manera posible, algo poco probable si él se enteraba de que yo era una adúltera y ya compartía mi vida con otro hombre.

No lo llamé, estaba demasiado disgustada por mi discusión con Unai

como para ponerme a hablar con él y escuchar sus amenazas para obligarme a volver. ¿Qué iba a hacer? ¿Denunciarme por abandono de hogar? ¡Ja!

¡Qué lo hiciera! Seguro que el juez me daba la razón y me regañaría por no haber tomado esa decisión mucho tiempo antes. Recogí la toalla del suelo y fui a la cocina a prepararme una infusión que me calmara un poco.

Me la tomé allí mismo, mirando por la ventana, esperando a que él regresara y así pedirle perdón. No lo hizo, al menos no mientras yo estuve despierta.

Apagué la alarma del despertador en cuanto sonó y me levanté de un brinco al darme cuenta de que estaba sola en la habitación. La noche anterior esperé a Unai durante horas, pero no dio señales de vida. Finalmente, y aunque lo dudé, me acosté en su cama con la esperanza de hacer las paces cuando regresara.

Dormí sola. Ni siquiera sabía si había regresado a casa, por eso me apresuré a levantarme. Cuanto antes lo viera, antes podría pedirle perdón. Me vestí, me lavé, me peiné y bajé a la planta de abajo. En el sofá había una almohada y una sábana revuelta.

«Bueno, me dije, por lo menos ha dormido aquí y no en cualquier otra parte». Suspiré y, como sabía a ciencia cierta dónde iba a encontrarlo, me dirigí a la casona. Les di los buenos días a los chicos, acaricié a Trueno que estaba trasteando por allí, y entré en la habitación que hacía de despacho de Unai.

—Hola—saludé al verlo.

Estaba inclinado sobre la mesa mirando concentrado unos planos. No me contestó, ni siquiera se molestó en alzar la mirada.

—Anoche te esperé durante mucho rato... ¿Has... has dormido en el sofá? —Nada, como si no existiera—. Unai...—ni un gesto—. Mira, siento muchísimo lo que dije ayer, yo no...

—¿Qué tal tu marido, hablaste con él? —Espetó mirando el reloj—. ¿Qué crees que diría si supiera que su mujer después de hablar con él volvió a meterse en mi cama?

—He venido a disculparme, Unai, no a discutir contigo.

—Estoy muy ocupado.

—¿Podrías al menos dignarte a mirarme cuando te hablo?

—Lo siento, tengo trabajo que hacer, y tú también. Ya sabes dónde está la puerta, ciérrala al salir.

—¡Idiota! —Le grité antes de abandonar la habitación.

Pasé media mañana maldiciendo, bufando, despotricando e incluso golpeando cosas con demasiada fuerza para eliminar la rabia y la frustración.

No sirvió de nada porque la muy puta en lugar de menguar, iba en aumento.

Vale, reconocía que me merecía aquello, pero coño, ¡qué había ido a disculparme!

Acaso no tenía derecho a.... el móvil me vibró en el bolsillo de los pantalones y me cagué en todo al ver quien llamaba.

—Jean Paul...

—¿Tan ocupada estabas ayer con tu amigo que no tuviste ni un minuto para llamarme? —Vociferó—. ¿Quién era ese, Ruth?

—No te llamé porque no me dio la gana, ¿qué es eso tan importante que tienes que hablar conmigo?

—¿No vas a decirme quién es? —Insistió—. Da igual, ahora entiendo tus prisas por divorciarte, te follas a otro y ya no me necesitas.

—Sí, tienes razón, me follo a otro. Y no, no te necesito, ni te soporto, y tampoco te quiero. Te lo dije la última vez que hablamos, no has descubierto nada nuevo. Ahora que ya lo tienes claro, ¿vas a firmar de una maldita vez los papeles del divorcio?

—Ahora menos que nunca, cherié. He hablado con mi abogado, tienes una semana para volver a casa, de lo contrario lo lamentarás.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Denunciarme por abandono de hogar?

—No, denunciarte por competencia desleal.

—¿Cómo dices? —Exclamé incrédula—. Eso es absurdo, yo no...

—¿Vas a decirme que no te has llevado tu agenda personal con los datos de todos nuestros clientes?

—Sí, pero...

—La competencia desleal es un delito, cherié, le diré a la policía que tú y tu amante vais a abrir una galería en ese pueblucho de mierda y pensáis robar mis clientes. Habrá un juicio, saldrás en la portada de todos los diarios franceses... me encargaré de que no vuelvas a levantar cabeza nunca más.

—¡Dios mío! ¿Te has vuelto loco? Sabes que eso que dices es mentira, que nunca...

—Me da igual, te quiero aquí, te necesito a mi lado y haré lo que sea necesario para traerte de vuelta. Tienes una semana, Ruth, piénsalo.

El muy hijo de puta me dejó con la palabra en la boca. ¿Qué lo pensara?

¿Qué lo pensara?! ¿En serio? Lo que iba a hacer era matarlo con mis propias manos y luego dárselo de comer a las truchas del río.

¿Podía hacer algo así?

¡Claro que podía, joder! Era nada más y nada menos que Jean Paul Bessette. Tenía dinero y poder, podía aplastarme como a una hormiga si se lo proponía.

Llorando en silencio de impotencia, miré al cielo. Necesitaba un milagro para salir de esta. Un milagro de los gordos.

—¿Problemas en el paraíso matrimonial? —La voz de Unai, cargada de desdén, me llegó por la espalda. Me giré y le espeté con inquina.

—¡Vete a la mierda, gilipollas! ¡Vete a la puta mierda! —Pasé a su lado como una exhalación y eché a correr.

Corrí como una loca, como una posesa, hasta que las piernas no me dieron más de sí.

Corrí hasta desaparecer de la vista de todos, dejando atrás la casona, la finca, y a un Unai pasmado gritando mi nombre para que me detuviera. Evidentemente no lo hice.

Llegué a las ruinas del castillo con el corazón golpeándome en el pecho, desenfrenado, con la respiración agitada por el esfuerzo de la carrera, y con ganas de que la tierra me tragara para siempre. Caminé de un lado a otro de la esplanada, flexioné las rodillas y me apoyé en éstas, me costaba respirar y sentía angustia. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que pasarme esto a mí? Había creído que todo sería tan fácil... ¡Qué ilusa!

No quería volver a París, y menos bajo coacciones y amenazas. No quería tener nada que ver con Jean Paul, ahora menos que nunca. Yo tenía claros mis sentimientos, pero ¿él?

¿Qué mierda le pasaba por la cabeza? Estaba claro que querer no me quería porque, cuando se quiere a alguien no se le putea. No se le obliga a hacer algo que no quiere hacer. No se inventa una patraña para castigarle. ¿Para qué querer a tu lado a una persona que te está diciendo por activa y por pasiva que no siente nada por ti?

¿Qué sentido tenía todo aquello?

¡Ninguno!

Con lo sencillo que sería que firmara los papeles y seguir cada uno con su vida... ¡Joder, yo no me merecía aquello!

Había cometido mis errores, sí, no lo niego, no era perfecta.

Era un puto ser humano que sólo quería vivir tranquila y feliz, ¿tan grave era querer eso? Por lo visto sí.

Ya con la respiración más acompasada, me senté en una piedra, al borde de la esplanada, desde donde veía perfectamente la finca de Las Libélulas y, sollocé de impotencia y frustración.

No quería irme de allí. No quería separarme de la familia que había recuperado. Pero, sobre todo, no quería alejarme de Unai porque eso me mataría. ¿Cómo iba a decirles a todos ellos que me largaba para no volver? ¿Cómo explicarles que estaba en un aprieto planeado por mi marido, que era tan sumamente egoísta, que prefería verme en la cárcel, hundida e infeliz, con tal de salirse con la suya? No iban a entenderlo. No, no iban a hacerlo. Pensarían que era una caprichosa, que ya me había cansado del pueblo, de ellos, y de todo lo demás. Y Unai tendría razón respecto a mí porque de nuevo dejaba una promesa sin cumplir. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué leches iba a hacer? Miré al cielo y clamé: «Señor, si eres tan poderoso como dicen, ayúdame, te lo ruego».

Me quedé allí el resto del día, como una estatua, sin moverme; sin fuerzas para hacer otra cosa que no fuera llorar y, lamentarme por mi desgracia.

Dios, cuando se lo dijera a mis padres, que tarde o temprano tendría que hacerlo, se iban a quedar muertos, los pobres. Y Unai... no, mejor no pensar en él, iba destrozarlo de nuevo y mi conciencia no lo soportaría.

Tenía que haber algo que pudiera hacer, no podía desesperarme y tirar la toalla. No, no lo haría sin haber luchado antes. Una guerra no se ganaba quedándose sentada sin hacer nada viendo como el enemigo se salía con la suya.

Al día siguiente... al día siguiente buscaría una solución, al menos lo intentaría. Así que, por el momento, mantendría la boca cerrada y, sólo cuando fuera estrictamente necesario, lo contaría.

Llegué a casa cuando ya era noche cerrada. No había nadie, estaba completamente sola. Mejor así, de lo contrario tendría que enfrentarme a la mirada inquisidora de Unai y, no me apetecía nada tener que dar explicaciones, la verdad. Lo mejor era mantenerlo al margen de todo el máximo tiempo posible, que no era mucho, por cierto. Una semana, tenía una semana para ordenar el caos en el que, de repente, se había convertido mi vida. La larga ducha que me di desentumeció los músculos agarrotados de mi cuerpo. Me sentía agotada. Agotada y deprimida, muy deprimida. Pero, gracias a Dios, la angustia que sentí esa mañana al llegar a las ruinas

del castillo había desaparecido casi por completo. Mi mente estaba despejada y, empezaba a trazar planes que pudieran desbaratar la maldad de Jean Paul. Sí, no sabía cómo, pero lo lograría. Bajé a la cocina a por un vaso de agua y, cuando estaba a punto de volver a subir, se abrió la puerta de entrada.

—Llevo horas buscándote...—su cara era un poema y sentí lástima por él, pero debía mantenerme firme en mi propósito de no dar explicaciones, por el momento—. Estaba preocupado por ti.

—Estoy bien...

—Ya, desapareces llorando y corriendo y, pasas todo el día sabe Dios dónde y dices que estás bien, ¿de veras esperas que me lo crea, Pecas? —Su voz, aunque cargada de tristeza, sonaba dura, acerada.

—Te digo que estoy bien, cree lo que quieras.

—Ruth, no puedo ayudarte si no me cuentas qué pasa. Estoy aquí para ayudarte, sabes que puedes contar conmigo para lo que sea—. Dio un paso hacia adelante, y yo dos hacia atrás.

—No es asunto tuyo, pero gracias—dije lo más tranquila que pude—. Me voy a la cama, hasta mañana.

Lo dejé al pie de la escalera mirándome sin saber qué hacer. Pobre, no se lo merecía, era un daño colateral que debía sufrir hasta que solucionara lo mío con Jean Paul. Un daño colateral que podía salirme muy caro, la verdad, aun así, tenía que arriesgarme y seguir adelante con mi plan, por eso pasé de largo su habitación y me metí en la mía.

A la mañana siguiente, sin apenas haber pegado ojo, esperé a que él saliera de casa y se metiera en la casona para poder hacerlo yo.

Bajé a casa de mis padres y les pedí el coche con la excusa de hacer unos recados para la obra, cuando lo cierto era que iba a Santander a ver al abogado Carmona. No tenía cita con él, pero esperaba que el buen hombre tuviera un hueco para recibirme.

Y lo hizo, me mandó pasar a su despacho en cuanto me vio sentada en la sala de espera.

—Buenos días, señora Griera, aún no he recibido la contestación del abogado de su marido.

—Y no creo que por el momento la reciba.

—No diga eso, mujer, ya verá como entra en razón—se sentó tras su escritorio y me hizo un gesto para que hiciera lo propio. Suspiré—. Cuénteme.

—Verá, mi marido me llamó ayer y me amenazó con...—poco a poco

fui desgranando la conversación mantenida con Jean Paul mientras él iba haciendo anotaciones en una hoja en blanco—.

¿Se da cuenta? ¡Quiere hundirme! —Sollocé—. ¿Hay algo que podamos hacer para evitar todo esto?

—Bueno, él la acusa de algo bastante grave, señora Griera, ¿hay algo de cierto en la acusación?

—¡Por supuesto que no! ¿Qué clase de persona cree que soy? — Exclamé indignada.

—Dice que le dio una semana, ¿cierto?

—Sí, así es. Si en ese tiempo no he regresado me denunciará y me hundirá en la miseria.

—No lo creo, él es el menos interesado en que esto llegue tan lejos. ¿Quiere saber mi opinión?

—Para eso estoy aquí, Carmona, para que me aconseje y me oriente al respecto.

—Bien, si yo fuera usted, dejaría que pasara el tiempo estipulado por él. Como le dije anteriormente, él es el menos interesado en que sus trapos sucios se aireen en los diarios. Si cediera a su chantaje, por llamarlo de alguna forma, estaría dándole el poder sobre su persona y, no queremos eso, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. Bien, de esta manera conseguiríamos tiempo para elaborar una defensa en el caso de que siga adelante con la denuncia, que ya le digo que es poco probable.

—Pero si lo hace, tendré que regresar y no quiero, yo...

—Mire, no creo que su marido sea tonto, lo único que él quiere es que usted vuelva. Sí, podría poner una denuncia acusándola de competencia desleal. No obstante, en cuanto la investiguen se darán cuenta de que esa denuncia no tiene ni pies ni cabeza porque usted no va a abrir ninguna galería, sino una posada. A mi parecer, esto es una mera amenaza para meterle el miedo en el cuerpo.

No ceda, señora Griera, no le dé la satisfacción de salirse con la suya. No tenga miedo, déjelo que dé el primer paso, el siguiente ya lo daremos nosotros. Le aseguro que él tiene mucho más que perder que usted.

—Está bien, le haré caso, usted es el experto en estos temas.

—No se angustie y deje que el tiempo corra, si vuelve a tener noticias tuyas, llámeme.

—Lo haré—dije poniéndome en pie y estrechando su mano—. Muchas gracias por todo, la verdad es que me voy más tranquila.

Y era verdad, me iba más tranquila. En mi desesperación tras hablar con Jean Paul, no había pensado que, en realidad, él tenía mucho más que perder que yo si llevaba a cabo su amenaza. De todos modos, seguía pensando que necesitaba un milagro para deshacerme de él de una vez por todas, de lo contrario, sería yo la que interpusiera una denuncia por acoso y amenazas.

Esa noche hablé con Aina y la puse al corriente de lo acontecido en mi vida en el último mes. Hablamos de la reconciliación con mi madre, de la relación que había iniciado con Unai, y por supuesto, de las coacciones de Jean Paul para obligarme a regresar a su lado. Necesitaba desahogarme con alguien y lo hice con ella.

—Joder, Ruth, me dejas muerta con lo que me cuentas. Por lo de Unai, evidentemente te felicito, nena, tienes un gusto excelente y, estaba cantado, qué quieres que te diga. Respecto al franchute, pues... nunca me gustó ese tipo, pero opino lo mismo que tu abogado, perro ladrador, poco mordedor.

—Dime que vendrás pronto, Aina, por favor...

—El lunes estaré ahí.

—¿El lunes? Ya estás de vacaciones, jodía, vente primero—gimoteé.

—No puedo, el sábado tengo la despedida de soltero de un amigo en uno de esos bares supermegagay de la ciudad y no me la perdería por nada del mundo. Pero prometo subirme al primer avión del lunes, por la tarde me tendrás ahí dando guerra, cielo, son sólo dos días más.

—Vaaaaleeee, tendré paciencia.

Seguimos hablando un rato más y, cuando colgamos, me metí en la ducha. Echaba de menos a Unai, al que, por cierto, había esquivado todo el día.



Unai

Viernes... y Pecas y yo seguíamos igual que hacía unos días, esquivándonos. Tratándonos como si fuéramos simples conocidos y no dos personas que habían compartido, hasta hace nada, momentos preciosos de intimidad; momentos dulces y apasionados de esos que, pasara lo que pasase, se quedaban grabados en tu memoria para siempre. No negaré mi parte de culpa en la situación que estábamos viviendo, si no hubiera cogido la puta llamada sin mirar, probablemente nada de esto estaría pasando, pero lo hice y, ya no podía cambiarlo por mucho que quisiera. En un principio no le di importancia porque, si ella estaba separándose de su marido, como aseguraba, era libre para hacer o deshacer lo que le diera la gana, ¿no? Pues por lo visto no. Su reacción, a mi parecer, en aquel momento, me pareció exagerada, por eso me enfurecí tanto o más que ella, sobre todo, cuando aseguró que aún le debía respeto y que le importaba lo que él pensara.

Salí de casa con la intención de pasar la noche en cualquier otra parte que no fuera bajo su mismo techo, al final no lo hice porque no podía dejar de pensar en ella y en que el único culpable de todo era yo.

Pero el orgullo, que es muy cabrón cuando quiere, no me dejó acostarme a su lado en mi cama cuando horas más tarde regresé a casa y por eso dormí en el sofá.

Ese mismo orgullo, me llevó a ignorarla a la mañana siguiente cuando se presentó en la casona con intención de pedir perdón.

Sí, lo sé, una mirada y un poco de atención, y las cosas se hubieran resuelto en aquel instante, pero no lo hice, todo lo contrario. Cuando la escuché hablando por teléfono, con el franchute de los cojones, la bilis y la rabia se apoderaron de mí de tal manera que, quise herirla, castigarla y, me equivoqué de nuevo.

Me quedé de piedra cuando la vi salir corriendo como una posesa de la finca y desaparecer. Se me encogió el corazón al ser consciente de sus lágrimas al pasar por mi lado.

Me faltó la respiración al notar su angustia, su desasosiego, su... ¿miedo? Reaccioné demasiado tarde y, para cuando quise salir tras ella, había desaparecido de mi vista. ¿Qué mierda había hablado con él, que estaba en ese estado? Juro que, si lo hubiera tenido delante de mí en aquel momento, hoy tendría bastantes dientes menos y, puede que una nariz nueva.

Odiaba a ese tipo, lo odiaba con todo mi ser. La busqué, la busqué como un loco, sin dar con ella y, en mi cabeza, empezaron a surgir imágenes de ella haciéndose daño, conscientemente.

Me desesperé y, volví a casa con la intención de llamar a la guardia civil.

Gracias a Dios no fue necesario, ella estaba allí, sana y salva; fría y distante, indiferente a mí, igual que cuando éramos niños y me ignoraba. Quería ayudarla, pero ¿cómo hacerlo sin saber a qué me enfrentaba? ¿Cómo hacerlo cuando ella no confiaba en mí?

Muy a mi pesar, me convencí de que lo mejor era darle espacio y tiempo para que se abriera a mí y me explicara, al fin, que coño había pasado con él, no obstante, el tiempo seguía pasando y, yo, seguía sin saber.

Y ella... ella andaba como alma en pena por la finca, distraída, triste, apagada. Se sobresaltaba cada vez que su teléfono sonaba o vibraba, lloraba cuando creía estar sola y, de momento, me mantenía la margen, esperando que ella viniera a mí, buscando... no sé, consuelo o, simplemente alguien con quien poder hablar y desahogar. Pero no lo hacía y, mi paciencia empezaba a llegar al límite porque no soportaba verla así. El alma se me encogía con su sufrimiento silencioso. El alma se me encogía por su falta de confianza en mí.

—Si lo que querías era volverme loco y poner mi vida patas arriba, que sepas que lo has logrado, hermana—murmuré a la imagen de ésta en su tumba—. No dudo de que lo hicieras con buena intención, pero, joder, podías habérmelo puesto más fácil—eché agua en el enorme jarrón que estaba en el suelo y, deposité las flores en éste. Antes de marcharme, les tiré un beso a las tres mujeres que lo habían sido todo para mí y que, ahora, descansaban juntas por toda la eternidad.

Cabizbajo, me encaminé al bar de Pepe que, probablemente a esas horas estuviera vacío porque la gente estaría durmiendo la siesta o, apoltronada en el sofá viendo la televisión hasta que bajara el sol y con él, el calor abrasador que no nos daba tregua. Necesitaba hablar con alguien.

—Hola—saludé asomando la cabeza por la puerta—, ¿puedo pasar? —Minerva hizo un gesto afirmativo con la cabeza mirándome extrañada.

—¿Qué haces tú a esta hora por aquí? —Indagó—. ¿No se supone que tendrías que estar trabajando?

—Sí, eso se supone, pero necesitaba salir de allí un rato.

—¿Qué te pasa?

—Si me pones una clara con limón, te lo cuento.

—Me lo contarías de todos modos, Unai...—Cogió una jarra helada del congelador y me sirvió la cerveza y el kas de limón, luego se sentó a mi lado en la barra—. Dispara.

—¿Cuándo te vas de vacaciones? —Pregunté. Puso los ojos en blanco.

—La semana que viene, estaré fuera un mes. Ahora desembucha, chaval.

—¿Te vas muy lejos?

—Me voy a Valencia, Matías ha conseguido un apartamento a pie de playa a muy buen precio, por qué, ¿quieres acompañarnos? —Se guaseó.

—Podría... ¿me estás invitando a hacerlo?

—¿Por qué no me cuentas de una vez lo que ronda tu cabecita?

—Está bien—suspiré—, como quieras, pero luego no digas que no me intereso por tu vida...

—Ay, Unai, de verdad, suéltalo de una vez, ¿quieres? —y lo hice.

Le conté con pelos señales lo que provoqué al coger una llamada de un teléfono que no me pertenecía, sin mirar. Lo culpable que me sentía por ese hecho, y por ver a Ruth en aquel estado de vulnerabilidad que me partía el alma cuando, en realidad, ella era una mujer fuerte, decidida y con carácter que no permitía que nadie le tosiera encima.

—A ver, entiendo que te sientas mal por lo de la llamada, pero no porque ella esté así. Sí, la cagaste, no obstante, no eres culpable de lo que su marido le haya dicho. ¿No crees que estás siendo injusto contigo mismo?

—Miner, si yo no hubiera...

—Sí, ya sé que vas a decir, que, si no hubieras cogido la llamada, nada de esto estaría pasando, pero te equivocas, Unai. El franchute, como tú lo llamas, habría hablado con ella tarde o temprano.

—Sí, habría hablado con ella, pero puede que la conversación fuera diferente. No me quito de la cabeza que lo que fuera que él dijera, fue provocado involuntariamente por mí, al contestar. Imagínate, llamas a tu mujer a las diez de la noche para hablar con ella y un desconocido contesta diciéndote que ella no puede ponerse. ¿Te das cuenta por dónde voy?

—Sí, me doy cuenta, aun así, sigo pensando que estás castigándote sin

motivo. ¿Has hablado con ella? ¿Le has preguntado?

—Ese es el problema, que ella ha reculado varios pasos en nuestra relación y no confía en mí—suspiré—. Tengo la seguridad de que algo grave pasa y quiero ayudarla, pero no puedo hacerlo si ella no me detalla exactamente qué es lo que le dijo, ¿entiendes? Me siento frustrado.

—¿Por qué crees que no lo hace?

—Yo qué sé... se supone que me quiere, que tenemos algo, que estamos juntos, ¡joder! ¿Por qué no me habla? ¿Por qué me ignora? Que actúe así me hace pensar que no tiene nada claro lo que quiere de la vida, de mí.

A veces pienso que sólo soy un mero entretenimiento para ella y que está jugando a dos bandas. Que una vez que la obra de la posada finalicé, regresará a París junto a él y volverá a partirme el corazón.

—Joder, Unai, no puedo creer que aún sigas teniendo dudas respecto a ella. Eres un paranoico, ¿sabes?

—Me estoy volviendo loco, Miner, ya no sé ni qué pensar, te lo juro.

—¡Pues no pienses, coño, actúa! Sube a casa y búscala. Siéntate a su lado, apóyala en su silencio, que sepa que pase lo que pase estás ahí, junto a ella. Es mejor eso que mantenerte en la distancia esperando. Ya sabes lo que dice el refrán, el que espera, desespera. Aunque no te hable, hazle notar tu presencia, Unai, la mayoría de las veces, la sola presencia de la persona que amamos nos ayuda mucho.

—Puede que tengas razón...

—Puede no, la tengo. Soy mujer, chaval, sé de lo que hablo.

—Sí, las mujeres tenéis ese don, no lo niego.

Pasé un rato más allí con ella, dándome consejos y contándome sus planes para el mes de agosto.

También soporte que me regañara un poco porque, a no ser que la necesitara, apenas me dejaba ver por el bar y tenía toda la razón del mundo.

Minerva era mi amiga, de hecho, compartimos muchas más cosas que una simple amistad; siempre estaba allí para mí, dispuesta a escucharme sin quejarse, y en cambio yo, había dejado prácticamente de llamarla cuando mi relación con Ruth empezó a cambiar y nos hicimos más íntimos.

En fin, antes de irme, prometí cambiar eso y verla, al menos, una vez a la semana.

Antes de subir a la finca y seguir el consejo de mi amiga, decidí pasar a ver a mi padre, ya que no lo había visto en todo el día, y disfrutar un rato de

su compañía. Rodeé el bar y tomé el camino de la derecha, dejando atrás la casa de Eulogio y la tienda del pueblo. Sí, lo reconozco, estaba haciendo aquello porque, en realidad, me daba miedo, por decirlo de alguna manera, ver a Ruth, que rechazara mi presencia, y que no me dejara estar a su lado. Entré en la casa sin llamar, no era necesario, y encontré al viejo sentado en el sofá frente al televisor viendo una película del oeste de esas más viejas que el catarro.

—Hola, papá—saludé sentándome a su lado—, ¿qué ves?

—“El último forajido”, muchacho. Ya lo sé, no me mires así, la he visto cientos de veces, pero es que ya no hacen películas como las de antes, hijo—miró el reloj—. ¿No es un poco pronto para que andes por aquí?

—Hoy hemos terminado antes y he bajado al cementerio a poner unas flores. Has estado limpiando allí, ¿verdad? Porque no había ni un solo hierbajo alrededor de la tumba.

—Sí, lo hice esta mañana, a la fresca, ya sabes que soy muy madrugador. ¿Va todo bien? —Sus ojos me escudriñaron como cuando era pequeño.

—Todo bien, papá, todo bien—contesté palmeando su rodilla con cariño—. ¿Por eso no has subido hoy a la finca? ¿Por qué has estado de limpieza en el cementerio?

—Nah, apretaba mucho el calor y me dio pereza subir, uno ya no está para muchos trotes, hijo. ¿Y la muchacha? —Indagó.

—¿Qué pasa con ella?

—No sé, dímelo tú. ¿La has dejado sola allá arriba?

—Por Dios, papá, lo dices como si hubiera cometido un pecado. Ruth es mayorcita y no le pasará nada.

—No me gusta que esté sola, nunca se sabe... ¿Hay algo quieras contarme?

—Ya te lo dije, todo está bien, no te preocupes. Voy a la cocina a por una cerveza, ¿te traigo algo?

—¿Vas a quedarte a ver la película conmigo? —Arrugó la frente al preguntar. Sí, el viejo era listo, se olía algo, pero no pensaba decírselo.

—Por supuesto, “El último forajido” no se ve todos los días, ¿no?

Vimos el resto de la peli en silencio. Bueno, en realidad, él la vio, yo no podría decir lo mismo. Aunque mis ojos estaban clavados en la pantalla del televisor, miraban sin ver porque, mi mente, se empeñaba en no darme un puto respiro. Al menos no hasta que solucionara las cosas con Pecas. Dos

horas después de mi llegada, volví a salir por la puerta despidiéndome de mi padre hasta el día siguiente que, subiría a la finca para echarme una mano con unos parterres que quería preparar para poner en el patio de la posada cuando éste estuviera listo.

Mientras hacía el camino a casa, me devané los sesos buscando la mejor manera de acercarme a Ruth, sin espantarla. Últimamente era verme y escabullirse, así que, lo tenía un poco complicado, para qué mentir. Supongo que lo mejor era esperar a la noche, no abordarla ahora, de buenas a primeras... «¡Joder, Unai, menudo cacao mental tienes, macho!», me dije para mí mismo meneando la cabeza de lado a lado. La vi poco antes de llegar. Caminaba con Trueno en pos de ella en dirección al lavadero, ninguno de los dos advirtió mi presencia y seguí mi camino.

Una vez en casa, me di una ducha y me puse cómodo. Escuché los mensajes del contestador, realicé un par de llamadas urgentes a proveedores de materiales de construcción, y encendí el portátil para mirar el correo electrónico. Empecé a intranquilizarme cuando vi que comenzaba a anochecer y Pecas aún no había vuelto de su paseo con Trueno. ¿Dónde demonios estarían?

¿Debía salir a buscarlos? ¿Estaba siendo un paranoico de nuevo? «Relájate, tío, relájate. Ella estará bien», me repetí eso mismo varias veces para tranquilizarme. No lo hice. No lo haría hasta que no la viera entrar por la puerta y comprobara con mis propios ojos que, efectivamente, ella estaba bien.

Pasó una hora antes de que la angustia me venciera y saliera a buscarlos. Una hora en la que me entretuve en la cocina haciendo la cena para no darle vueltas al coco. Pelé unas patatas, descongelé unas pechugas de pollo, y saqué de la nevera los ingredientes necesarios para hacer una ensalada.

Lo dispuse todo sobre la encimera con el ojo puesto en el reloj y el oído en la puerta.

Ni rastro de ellos. Finalmente, opté por dejar la cena a medio hacer y salí en su busca.

Los encontré allí mismo, en el puente. Ambos de espaldas, sentados en el suelo y mirando al frente o al cielo, no estaba muy seguro. Los observé durante un rato y, poco a poco me fui acercando a ellos.

Trueno fue el primero en verme y se acercó a mí meneando la cola.

Ella sólo apartó la mirada un segundo de lo que fuera que estaba

mirando para posarla sobre mí.

Un segundo que me bastó para darme cuenta de que todo seguía igual. Sin decir nada me senté a su lado y apoyé la espalda en la madera. La frialdad de su mano al envolverla con la mía me extrañó porque no hacía frío, al contrario. Aunque por las noches bajaba algo la temperatura, seguía haciendo calor.

Nervioso, cerré los ojos y esperé. Pasaron los minutos, uno, dos, tres, diez... noté cómo su mano entraba en calor y se relajaba. Doce, trece, catorce, veinte... su cabeza se acomodó en el hueco entre mi clavícula y mi hombro. Veinticinco, veinti...

—Lo siento—farfulló bajito—, siento que mis problemas nos enfrenten de esta manera. Siento que mi cerebro pierda la conexión con mi lengua haciéndome soltar lo primero que se me ocurra sin medir el daño que pueda hacer.

—Chist, yo también lo siento, Pecas, yo también lo siento—susurré besando su frente.

—Supuse que todo sería más sencillo, pero me equivoqué.

—¿Quieres hablarme de ello?

—Preferiría no hacerlo, no porque no confíe en ti, sino porque esto es algo que necesito solucionar yo sola, o por lo menos intentarlo. Entiéndelo, me gustaría que tanto tú como mis padres os quedaseis al margen de esto.

—Quiero ayudarte, Ruth, y no puedo hacerlo si no confías en mí. No estoy de acuerdo con tu manera de hacer las cosas, pero lo entiendo y lo respeto. Lo único que te pido es que no me alejes de ti, por favor.

—Te lo prometo.

Unas horas más tarde, ya acostados, la contemplé mientras dormía y tuve la seguridad de que, si volvía a perderla, si volvía a desaparecer de mi vida, como antaño, me destrozaría y jamás podría superarlo.

*Ruth*

A la mañana siguiente, a pesar de haber dormido mejor que estos últimos días, arropada por los brazos de Unai, me desperté con una sensación rara en la boca del estómago.

Algo así como si presintiera que algo iba a suceder, no sabría explicarlo con exactitud. Era un cosquilleo extraño que me preocupaba, por eso agradecí estar sola en la habitación.

Unai era tan perspicaz que se hubiera dado cuenta en el acto de que algo me pasaba y, no me apetecía nada tener que analizar con él qué era aquello que sentía.

Me levanté y fui directa a la ducha, quizá el agua caliente consiguiera relajarme un poco y eliminar, junto con los restos de sueño, esa sensación.

No fue así.

Dispuesta a olvidarme del tema, me puse un pantalón corto y una camiseta, y bajé a la planta de abajo, directa a la cocina, de la que salía el delicioso olor del café y algo más que no supe descifrar.

—Buenos días—saludé al entrar.

Unai estaba de espaldas a la puerta, sacando algo del horno con Trueno sentado a su lado, vigilante.

Dios, qué hombre tan perfecto, en todos los sentidos.

Llevaba un vaquero desgastado, gris, que le marcaba perfectamente su culito prieto y sus espectaculares piernas, pero no era perfecto por eso, que también, sino porque, anoche, cuando se sentó junto a mí en el puente y medio me sinceré con él, en lugar de hacer preguntas y ponerse como un basilisco, algo que yo temía, me sorprendió al aceptar mis explicaciones y respetarlas, sin más, depositando en mí una confianza que, evidentemente, yo no había puesto en él.

Lo amé más, si cabía, por ello.

—Buenos días, preciosa—dijo con una gran sonrisa que iluminó la estancia y todo mi ser—, ¿has dormido bien? —Depositó la bandeja del

horno encima de la encimera de granito y vino a mi encuentro.

—Sí, he dormido de maravilla, ¿y tú? —Entrelacé los brazos alrededor de su cintura y lo miré con cara de boba.

—Gracias a ti, perfectamente—susurró sobre mis labios.

—¿Gracias a mí? ¿Por qué?

—Porque tenerte a mi lado es lo único que necesito para estar bien, Pecas.

¡Oh, señor! ¿No era el hombre más maravilloso del mundo? Con una frase tan sencilla, pero cargada de tanto sentimiento me tenía postrada a sus pies. ¿Cómo no amarlo?

¿Cómo no desear pasar el resto de mi vida haciéndolo? Aspiré el olor dulzón que desprendía su boca y, con lentitud, pegué mis labios a los suyos, saboreándolo, sintiéndolo; haciendo con ello que, mi deseo y mis ganas de él, se intensificaran hasta límites estratosféricos.

—Pecas...—ronroneó—, nada me apetece más que tumbarte sobre esa encimera y hacerte el amor hasta caer agotados, pero mi padre está a punto de llegar y, bueno, podríamos ocasionarle un infarto si nos viera, ya sabes...—sus cejas se alzaron en un gesto pícaro.

—Sí, ya sé, pero me debes una.

—Te debo todas las que quieras—exclamó dándome un azote en el trasero.

—Bien, así me gusta—respondí traviesa—. No dudes de que te haré pagar hasta la última. Y ¿bien? —me separé de él para no seguir tentando a la libido—, ¿tienes planes con tu padre y por eso me has dejado sola en la cama tan temprano?

—Sí, vamos a preparar los parterres que tengo en la casona, quiero restaurarlos y darles un aspecto un poco más rústico y él vendrá a ayudarme, así estará entretenido y se sentirá útil. Ven, sentémonos a desayunar.

—Hmmm, huele delicioso, ¿bizcocho? —Indagué.

—Sí, de pasas y nueces. ¿Café o chocolate?

—Sabes que soy muy cafetera, pero ese bizcocho, que de por sí no dudo de que estará delicioso, sabrá mucho mejor mojado en un buen chocolate espeso, ¿no te parece? —Dije relamiéndome.

—¿Intentas provocarme con esos gestos tan sugerentes? —Solté una carcajada.

—Para nada, tienes una mente muy cochina, Unai Morales. Muy, muy cochina.

—Ya, cómo si tú no fueras la culpable de ello—refunfuñó fingiendo estar ofendido.

El resto de la mañana la dediqué a hacer de ama de casa, algo que, por extraño que pudiera parecer, me satisfacía enormemente. Recogí aquí y allá, puse un par de lavadoras, luego tendí la ropa en la parte de atrás de la casa; preparé la comida y, por último, antes de ir a ver a cómo estaban quedando los parterres y llevarles un pisolabis, como decía mi madre, di un paseo con Trueno alrededor de la finca. En definitiva, el tiempo me pasó volando y sin que apenas reparara en la sensación esa que seguía implantada ahí, en el estómago. Esperaba de corazón que fuera una paranoia mía y no realmente el presagio de algún suceso que siguiera desbaratando mi vida.

Con una bandeja en las manos, en la cual había unas cervezas y algo de picoteo, me acerqué a la casona. Unai y su padre estaban en el patio delantero. Habían colocado los parterres de piedra encima de unos tablones y trabajaban en ellos muy concentrados. Tanto que, sólo se dieron cuenta de mi presencia cuando les acerqué las bebidas.

—Gracias, muchacha—el señor Joaquín me sonrió—. Aprieta tanto el calor que una cervecita bien fresca nos viene de maravilla.

—Pecas está en todo, papá—me tomó de la cintura y me plantó un sonoro beso en los morros, sin preocuparse de lo que pudiera pensar su padre.

—Bueno—exclamé algo azorada—, lleváis aquí toda la mañana trabajando, creo que os lo habéis ganado.

—Muchacha, estaba comentándole a mi hijo que esta noche podíamos hacer una barbacoa en casa, ¿qué dices? ¿Te apetecen unas buenas costillas y unos choricitos a la parrilla?

—Si te parece bien podemos decírselo también a tus padres, sería algo así como nuestra primera reunión familiar—dijo con sorna.

—Menuda chispa tienes hoy, Unai, ¿acaso te has tragado un mechero? —Respondí con guasa—. La idea es estupenda, señor Joaquín, por mí está bien, acepto encantada. Y, en cuanto a lo de mis padres—miré a Unai que estaba a mi derecha—, en vista de que te hace tanta ilusión que también vayan, dejaré que seas tú quien los invite, ¿qué te parece? —Se atragantó con una aceituna y tosió como un loco—. Sabía que te gustaría la idea, pero no creí que fuera para tanto.

—Pecas... a tu padre hace años que lo tengo aquí, mira—me señaló uno de los bolsillos de su pantalón—, y a tu madre, bueno, ella es más dura de pelar, no obstante, antes de que te des cuenta, la tendré comiendo de la palma

de mi mano.

—Su hijo es un chulito, señor Joaquín, ¿lo sabía?

—Ay, muchacha, no es eso, mi chico sabe lo que dice, tendrá a tu madre en el bote antes de que acabe el verano, ya lo verás.

—Claro—me crucé de brazos y miré a uno y a otro—, ahora tengo claro a quién sales tú—lo señalé—, no físicamente, pero en lo demás, no podéis negar que sois padre e hijo.

—En eso te equivocas, mi hijo es el vivo retrato de su madre, en paz descanse, es igualito a ella en todo. En cambio, mi Judith... ella sí que se parecía a mí, sobre todo en lo testaruda que era...—los tres nos quedamos callados de repente, sin saber qué decir.

—Bueno—carraspeé rompiendo el silencio—, contadme y enseñadme lo que habéis hecho toda la mañana.

Pasé un buen rato allí con ellos, prestando atención a sus explicaciones, contemplando maravillada lo bien que congeniaban y se llevaban padre e hijo; lo entusiasmados que estaban por llevar a cabo uno más de los sueños de Jud; que era llenar el patio delantero de la casona de innumerables flores que dieran vida y color a la posada. Por lo visto, ella había comprado éstos en un mercado de segunda mano con la intención de que su padre y su hermano, que tenían muy buena mano para trabajos manuales, los restauraran. Daba gusto verlos a ambos entregados a esa tarea, la verdad. ¡Eran increíbles!

Mucho más tarde, después de comer, y de que el señor Joaquín se echara la siesta y se fuera, y mientras Unai se duchaba para bajar a casa de mis padres a invitarlos a la barbacoa, cuando más a gusto y tranquila estaba yo, sin pensar en nada de nada, recibí un SMS de Jean Paul recordándome que me quedaban tres días del plazo estipulado por él, para que regresara a París, y advirtiéndome que, su denuncia, ya estaba en el despacho de su abogado firmada y sellada. Finalizaba con: «tic, tac... tic, tac... se te acaba el tiempo, chérie».

—¡Maldito cabrón de los cojones! —Exclamé entre dientes—. ¡Ojalá pudiera hacerte tragar toda esta mierda! ¡Ojalá pudiera hacerte pagar por todo lo que me estás haciendo!

—¿Con quién hablas? —Unai bajaba la escalera con el ceño fruncido.

—Al teléfono, le hablaba al teléfono—balbuceé—, se me ha bloqueado.

—Será la cobertura—dijo cogiendo las llaves de encima de la mesita del salón—. ¿Nos vamos? —Asentí sin ganas.

Mi padre aceptó encantado la invitación a cenar en casa de su buen amigo, el señor Joaquín, en cambio, mi madre, lo hizo a regañadientes, como siempre pensando en el qué dirán. Yo ya estaba acostumbrada a esa faceta suya, pero Unai, que por lo visto la desconocía, se quedó un poco alucinado cuando mi progenitora expresó el disgusto que se llevaría cuando todos pensarán que ya nos reuníamos como una feliz familia mientras yo aún seguía casada con otro hombre.

—Me mirarán mal el domingo en la iglesia y hablarán de nosotros en el bar de Pepe, ya lo veréis—aseguró con énfasis.

—Doña Emilia, ¿de verdad le importa tanto lo que los demás puedan pensar o decir?

—Por supuesto, hijo, hay que mantener una imagen...

—¿De qué hablas, mujer? —Mi padre la interrumpió.

—Ya he oído murmuraciones sobre ellos en la plazoleta porque viven juntos allí arriba, y no quiero que...

—¡Paparruchas! Siempre nos hemos llevado bien y hecho infinidad de cosas juntos, eso no va a cambiar porque cuatro cotorras se aburran e inventen.

—Pero es que lo que dicen es verdad, Aníbal.

—Sea verdad o mentira, a ninguno de nosotros nos importa, Emilia. Yo me paso las habladurías por el forro de los...

—Vale, papá, déjalo, si mamá no quiere venir está en todo su derecho. Aunque claro, los vecinos empezarán a preguntarse por qué ella se ha quedado en casa... Hagas lo que hagas hablarán igual mamá, todas lo hacéis.

—Tienes razón, hija, no había pensado en eso. En fin—dijo mirando a Unai—, dile a tu padre que nosotros llevaremos el postre.

La cena fue tranquila, divertida y maravillosa, igual que todas nuestras reuniones de antaño, cuando todos juntos íbamos a comer al río o, de excursión a la playa. Evidentemente, echamos mucho de menos a la señora Elvira y a Judith, las dos mujeres que, por desgracia, faltaban para que la familia estuviera al completo.

Ya con los cafés, mi padre y el señor Joaquín se animaron a contar anécdotas de cuando eran jóvenes y nosotros ni siquiera estábamos en este mundo. Me reí muchísimo con ellos dos y con mi madre, a la que no recordaba haber visto en mi vida carcajearse como lo hizo.

—¿Recordáis aquella noche que los niños estaban jugando al escondite y nuestra Ruth se cayó a las zarzas? —Preguntó el señor Joaquín

entre carcajadas. ¿De qué hablaba?

—¡Oh, sí, vaya que si lo recuerdo! —Mi padre se limpió las lágrimas de tanto reír—. La niña pedía socorro y no éramos capaces a verla.

—¿Cuándo fue eso? —Exclamé sin poder recordar.

—¿En serio lo has olvidado? —Unai, el muy cabrón también se descojonaba. Asentí—. Estábamos todos jugando junto a la casa de tu abuela, al escondite. Se la quedaba Delia y tú fuiste a esconderte detrás de un coche, con tan mala suerte que te caíste hacía atrás, entre las zarzas. Pedías ayuda y aunque te buscábamos, no conseguíamos verte.

—¿Por qué?

—Porque llevabas un chándal negro y era noche cerrada—respondió mi madre meneando la cabeza.

—¿En serio?

—Sí, sabíamos más o menos dónde habías caído, pero por más que mirábamos, nada. Entonces vi algo que se movía entre los matorrales, como dando patadas, eran tus zapatillas azules, aquellas que tanto te gustaban porque te las había regalado mi hermana para tu cumpleaños.

—El muchacho te cogió de los tobillos y te sacó de allí—mi padre seguía partiéndose de risa—. Tu cara era un poema, hija, igual que la de ahora.

—¡Madre mía, qué horror! No lo recordaba hasta ahora que lo habéis contado. ¡Qué mal lo pasé ese día, joder!

—Esa boca, Ruth...

—Lo siento, mamá—me disculpé—. Ahora entiendo por qué dejó de gustarme jugar a ese juego.

Después de esa anécdota, vinieron muchas más y todas tenían que ver con nosotros dos y con las chicas. Me quedé alucinada cuando Unai habló, según él, del día que le salvé la vida en el río. Recordaba aquel día a la perfección. Su pelota se había caído al agua y el pobrecillo intentaba cogerla desde el saliente de piedra.

Nosotras jugábamos a nuestro aire y no le prestábamos atención, hasta que lo oímos gritar y llorar, asustado. Mientras una se quedaba paralizada, y la otra iba a buscar a la señora Elvira que, sentada en una manta bordaba, yo me metí en el agua y lo saqué de allí.

—Eres un exagerado, Unai, no te salvé la vida.

—Sí que lo hiciste, Pecas, a partir de ese día yo...

—¿Cómo iba a salvarte la vida si el agua del río apenas me llegaba a las rodillas? —Lo interrumpí.

—De eso me di cuenta con el tiempo, pero, para mí, aquel día me salvaste de morir ahogado. Te convertiste en mi heroína—su mirada intensa hizo palpar mi corazón con fuerza, enamorándome un poco más de él, si eso podía ser.

La vibración del teléfono en mi bolsillo rompió el momento. El golpeteo del corazón cambió de ritmo, imaginando quién era la persona que llamaba. No era él, sino Aina, eso me extrañó aún más.

—Es Aina—dije poniéndome en pie y alejándome un poco para responder—, ¿Hola? —El ruido que me llegaba era...

—¿Ruth?

—Sí, ¿dónde demonios estás? Se te escucha fatal.

—Estoy en una fiesta de cumpleaños, ¿recuerdas que te lo comenté el otro día cuando hablamos? —Asentí como si pudiera verme—. Es un pub de ambiente que está muy de moda aquí en Londres—guardó silencio un minuto, quizá dos y pensé que la llamada se había cortado.

—Aina, ¿sigues ahí? —Nada—. ¿Aina?

—¡Ay, nena, no vas a creerte lo que te voy a contar! ¿Estás... estás sentada?

—No, ¿debería estarlo? Un momento, no irás a decirme que no vas a venir, ¿verdad? Porque si es así, te mato.

—¡Ojalá fuera eso! A ver cómo te explico yo esto...—se dijo, supongo que a sí misma.

—Me estás asustando.

—Vale, allá va... Bueno, a ver... Esto...

—Dilo de una puta vez, Aina, me estás poniendo de los nervios.

—¿Te he dicho que estoy en pub de ambiente?

—Sí, ya me lo has dicho...—¡Ay, Dios, que esta iba a salir del armario y a decirme que era gay y no se atrevía a hacerlo! —. Aina, tesoro, no tiene importancia...

—¡Claro que es importante! ¡Es jodidamente importante!

—Vamos a ver, nena, no me importa tu condición sexual, ¿entiendes?

—¿Quién está hablando de mi condición sexual? Hablo de la de tu marido.

—¿De qué hablas? ¿Te has vuelto loca? —Solté una carcajada.

—Está aquí, Ruth, en la misma fiesta de cumpleaños que yo, acompañado. No me ha reconocido, pero yo a él sí.

—¡Eso es imposible! Jean Paul es la persona más homófoba que

conozco, él no... ¿No te habrás confundido? Date cuenta de que hace años que no lo ves. Además, si fuera él, que esté ahí no significa que sea gay, Aina, tú también lo estás y no...

—Joder, es él, estoy completamente segura, sigue teniendo la misma cara de gilipollas, Ruth. Y no pensaría que es gay si no fuera porque le estaba metiendo la lengua hasta las amígdalas a su compañero, un tío alto, de pelo largo, moreno, con pinta de hippie, muy atractivo.

—Pierre... —farfullé.

¡Madre del amor hermoso! ¿Jean Paul estaba liado con Pierre? ¿Desde cuándo? Estaba a punto de darme un soponcio. Si Aina tenía razón, que ya no lo dudaba, aquello podía ser el milagro por el que tanto clamé.

—¿Lo conoces? —Preguntó extrañada.

—Sí, es un artista callejero que lanzó a la fama hace casi dos años.

—Lo siento, tesoro. Lo siento enormemente.

—No lo sientas, Aina, no niego que está a punto de darme algo y que esto me sorprende, pero si es así, si estás en lo cierto y es él...—¡Se iba a cagar! —. Escúchame, nena, necesito que le hagas una fotografía en plan... ya sabes, romántico y luego me la envías. A ese cabrón lo voy a hacer sudar tinta china por sus amenazas, haré que me suplique perdón por todo el daño que me hizo.

—¿Estás segura?

—Sí, necesito pruebas de lo que me dices para poder darle el golpe donde más le duela.

—Entonces voy a ello, no me costará nada hacerlo, están continuamente sobándose y...

—No me interesan los detalles, no los necesito, Aina, sólo la fotografía —colgamos y en lugar de volver a la mesa, me refugié en el baño, necesitaba calmarme porque me temblaban las piernas horrores.

¡Virgencita del camino seco! ¡Jean Paul y Pierre... juntos! Jamás hubiera imaginado algo así. Abrí el grifo y me eché agua fría en la cara. ¡Santa madre de Dios, ahora todo encajaba! La indiferencia, la nula relación sexual, el que siempre estuvieran juntos; hablando siempre de él, alabándole como si fuera un dios... ¿Cómo pude estar tan sumamente ciega para no darme cuenta de todo? Y yo pensando que era por mí, que no era lo suficientemente buena para él. ¿Significaba todo aquello que mi matrimonio había sido una tapadera para Jean Paul? ¿Me había engañado durante casi once años? Era una probabilidad muy grande, sí, muy, muy grande.



Unai

Ruth tardó bastante tiempo en volver a sentarse con nosotros a la mesa. Después de hablar por teléfono con Aina se encerró en el baño y lloró. Lo supe porque sus ojos, enrojecidos, esquivaron a los míos que buscaban su mirada con insistencia, sin conseguir ni una sola vez que esa mirada fuera correspondida. Algo pasaba y me moría de ganas de saber qué era, no obstante, me abstuve de preguntarle para que sus padres y el mío, que no parecieron percatarse de nada, se preocuparan.

No sé cómo no se dieron cuenta del cambio de su actitud, la verdad. Pasó de estar alegre, divertida y comunicativa, a parecer ausente y nerviosa, mirando cada dos por tres su teléfono.

—¿Estás bien? —Pregunté en cuanto tuve ocasión.

—Sí, lo estoy.

—¿Segura? —Asintió si ni siquiera mirarme—. Podemos irnos si quieres...

—Te he dicho que estoy bien, Unai, no insistas, por favor.

—Vale.

¡Y una mierda estaba bien! La conocía perfectamente como para saber con total seguridad que no era así. ¿A quién pretendía engañar?

«A ti, lumbreira», me respondí a mí mismo. Había prometido no insistir para que me contara “su problema”.

Un problema que también era el mío dada la relación que nos unía y del que, en cierta manera, me sentía culpable. ¿Por qué tanto misterio con los trámites de un divorcio? Joder, ni que fuera la primera pareja del mundo que decidía romper su matrimonio. Lo intentaba, pero aquella situación empezaba a impacientarme y cabrearme, demasiado.

—¿Qué quería Aina? —Indagué sin poder evitarlo.

—Nada, confirmarme el vuelo del lunes y la hora de llegada.

—¿A esta hora? —Insistí, no contestó.

La Señora Emilia, que había entrado a la casa a preparar más café, salió en

ese momento con una bandeja en las manos y se dirigió a nosotros.

—¿Alguno de vosotros puede traerme la tarta de manzana que hay en la nevera?

De mala gana me levanté y fui a la cocina. Tenía que relajarme, de lo contrario, la hermosa velada que estábamos teniendo, hasta que su teléfono sonó, se iría al garete. Bueno, en realidad ya se había ido, ¿o sólo me lo parecía a mí? Observé a Ruth a través de la ventana de la cocina.

Su madre y mi padre hablaban sin parar, el señor Aníbal se reía por lo que éstos contaban y ella... ella permanecía con la cabeza gacha y la vista fija puesta en el puto teléfono. ¿Qué coño estaba esperando? ¿Otra llamada? ¿Un mensaje?

¿Qué? Me mesé el pelo con desesperación y resoplé. «Dijiste que respetabas la decisión de que no te contara nada, tío, no la cagues», me advertí para mis adentros.

Vale, empezaba a darme cuenta de que podía ser que me estuviera obsesionando un poco con el tema porque, ¿qué tenía que ver Aina con el franchute? ¡Nada! Ella estaba en Londres y él París, ¿no?

Entonces, ¿Por qué coño me preocupaba aquella llamada? «Porque fuera lo que fuese lo que ella le dijo, había hecho mella en Ruth y ya no era la misma que hacía una hora, por eso te preocupa», pensé.

—¿Viene esa tarta o qué, muchacho? —Gritó mi padre desde el patio.

Me alejé de la ventana, cogí la dichosa tarta de la nevera y, antes de salir de nuevo, me propuse pasar por alto todo lo que me trastornaba y hacer como si nada hubiera pasado, ni siquiera la puta llamada.

Con gran esfuerzo, seguí participando de la conversación, las bromas y las risas tratando de ignorar que, Pecas, a mi lado, con cada minuto que pasaba, parecía estar más ansiosa, más nerviosa y más irritable.

—¿Qué te ocurre, hija? —Preguntó su madre, al fin—. Hace rato que no dices nada.

—Me duele la cabeza, mamá, eso es todo. ¿Qué hora es?

—Deberías de saberlo ya que no le quitas el ojo de encima a tu teléfono —respondí de malas maneras sin darme cuenta. Sus ojos me taladraron. Bueno, por lo menos había conseguido que me mirara.

—Deberíamos irnos, es tarde y se avecina tormenta—dijo el señor Aníbal poniéndose en pie.

—Qué dices de tormenta, hombre, ¿no ves que el cielo está completamente despejado? —Replicó mi padre—. Estás perdiendo

facultades, amigo mío.

—Bah, y tú como siempre sin enterarte de nada, Joaquín, no me refería a esa clase de tormenta, leches, que pareces nuevo—farfulló el señor Aníbal señalando con la cabeza en nuestra dirección como si yo no pudiera verle.

—Ahhh, ya comprendo... Pues si es así entonces tienes razón, habrá que ponerse a cubierto.

—Qué poca sutileza tenéis los dos, anda que... —la señora Emilia también se puso en pie—. Gracias por la cena, Joaquín, he disfrutado mucho de este ratito juntos. Ruth, tesoro, ¿vienes a casa y te preparó una infusión de esas milagrosas que tanto te gustan? Puede que la cena te haya sentado mal.

—Lo que le ha sentado mal es otra cosa—murmuré en voz baja para que sólo ella me oyera.

—Gracias, mamá, estoy bien, de verdad. Y no, papá, esta noche no habrá ninguna tormenta, así que, señor Joaquín, no será necesario que se pongan a cubierto. Podéis estar todos tranquilos que el huracán Ruth no tocará tierra esta noche, al menos no es esa su intención. A no ser que lo invoquen—sus ojos volvieron a posarse en mí—. Siento no estar al cien por cien, no deberíais iros a casa por mi culpa.

—Ay, hija, en realidad es tarde y nosotros ya no estamos acostumbrados a trasnochar tanto.

—Sobre todo ella, canija, que se acuesta cuando las gallinas.

—¡Aníbal!

—Vamos anda, vamos, no vaya a ser que el chaparrón ahora me caiga a mí. Bueno, Joaquín, lo dicho, gracias por todo, mañana te veo en el bar de Pepe y nos echamos una partidita al dominó.

—Cuanta con ello. ¿Qué haces, hijo?

—Recoger un poco esto antes de irme.

—No seas idiota y ve con la muchacha—susurró bajo—, y no la provoques que te conozco.

—Lo intentaré, viejo, pero no prometo nada.

Ruth, al otro lado de la portilla se despedía de sus padres. Me acerqué a ellos y, ocultando mi mala leche en algún rincón de mi cuerpo, hice lo mismo. Después, ellos se fueron por su lado y nosotros por el nuestro.

—¿Qué te pasa, Pecas? —Volví a preguntar.

—Nada.

Genial, segundo «nada» de la noche y aquello iba de mal en peor porque, como era lógico, al no obtener más que una negativa por su parte a hablar de

lo que fuera que pasaba por su mente, mi cabreo y frustración iban en aumento a pasos agigantados. Caminamos en silencio un buen trecho. Si las circunstancias fueran otras, iríamos cogidos de la mano y comentado la bonita relación que unía a nuestras familias desde años atrás; disfrutando de la hermosa noche que se había quedado, haciendo planes para el día siguiente e infinidad de cosas más. Pero, por desgracia, el caso era bastante diferente, de hecho, notaba en lo tenso de su cuerpo y en el rictus de su cara que estábamos a un paso de tener la bronca del siglo si yo seguía insistiendo en querer saber qué mierda pasaba.

Bueno, puedo que sólo me lo pareciera a mí, porque, la verdad, podría haberme abducido, en aquel mismo instante, un ovni, que ella probablemente ni se hubiera enterado, esa era la atención que me prestaba.

Cruzamos el prado y el puente, uno al lado del otro, pero sin apenas rozarnos, acompañados por el rumor del agua del río, el cri cri de los grillos, el ulular de algún búho y sus constantes resoplidos.

—Por favor, Pecas, cuéntame qué pasa—insistí una vez que llegamos a casa.

—Nada.

—Es el tercer «nada» de la noche, ¿crees que soy idiota y no me doy cuenta de las cosas?

—Déjame en paz, ¿quieres? No tengo ganas de hablar.

—Te dejaré en paz cuando me digas de una maldita vez qué es eso tan grave que le pasa a Aina para que tú te hayas desinflado como un globo y hayas permanecido el resto de la velada ausente—manifesté cansado de la situación.

—El otro día dijiste que respetabas mi decisión de manteneros al margen.

—Entonces, ¿tiene que ver con... con... tu marido? —Joder, ¡cómo odiaba pronunciar aquella palabra!

—Sí, y por favor, deja de insistir en el tema, es algo que tengo que solucionar sola, ya te lo dije. Y tú prometiste...

—¡Ya sé lo que prometí, maldita sea! Pero ponte en mi lugar por un segundo, Ruth—la miré con interés—. Si estuviera en la misma situación que tú, ¿no querrías saber de qué se trata para ayudarme?

—¡Lo que yo haría sería respetar tu silencio!

—¡Y una mierda! —Espeté dolido.

—No todos somos igual que tú, Unai, entiéndelo.

—Pues mira, no, no lo entiendo. ¿Y sabes por qué? Porque me importas y me importa todo lo que tenga que ver contigo. Y cuando veo que después de atender la llamada de una amiga vuelves del baño con los ojos hinchados y enrojecidos de llorar, me preocupo. Cuando veo que miras el teléfono una y otra vez, nerviosa, me preocupo. Y cuando te quedas muda y ausente, también me preocupo. Así que no me pidas que me mantenga al margen porque, tratándose de ti, me resulta imposible e impensable. ¿Puedes entender tú eso?

—Lo siento, yo...—cerró los ojos y suspiró con fuerza—, te lo contaré todo, juro que lo haré, pero no ahora...

—¿Sabes? —La interrumpí intuyendo el resto de sus palabras—. Empiezo a estar harto de tanto misterio, de tu silencio y de que trates de apartarme de ti cuando mi única intención es ayudarte.

—Comprendo—se miró las manos y de nuevo el teléfono—. Supongo que me equivoqué al comenzar una relación contigo sin tener resuelta mi vida anterior y, sin querer, obligarte a pasar por todo esto.

—¿Qué quieres decir? —Asustado di dos pasos hacia ella.

—No quiero seguir haciéndote daño con toda esta mierda, Unai.

—¿Y eso qué significa? —Murmuré sabiendo de antemano su respuesta.

—Significa que se acabó.

—Pecas, esa no es la solución—dije desesperado—, lo sabes...

—No, no lo sé, pero sí creo que es lo mejor. Últimamente no hacemos más que discutir, y siempre es por el mismo motivo. Mi decisión de manteneros al margen y no inmiscuirlos en mis problemas con Jean Paul. ¿Crees que a mí no me duele ver que con mi silencio te hago daño? ¡Claro que me duele, joder! Pero son mis problemas, ¡míos! —Sollozó—. No es justo para ti tener que lidiar con una mujer que es tan sumamente orgullosa como para no querer ayuda. Y, egoístamente, no es justo para mí tener que estar dando explicaciones cada vez que algo sale mal con él.

—Entiendo...

—No, no lo haces. Si lo hicieras, si me entendieras de verdad, no estarías haciéndome reproches, no insistirías para que hablara cuando es evidente que no quiero hacerlo. Sé que te resulta complicado apoyarme sin más, ¡lo sé! Tú estás harto y, sinceramente, yo también, si no terminamos con esto, si seguimos así, gritándonos, peleando... todo se irá al traste, ¿no lo ves?

—Manifestó rompiendo a llorar.

—Tienes razón, lo siento—estiré la mano y tomé la suya, lentamente, temiendo que se apartara—. Perdóname, soy un estúpido—la acerqué a mí y apoyé la frente en la suya—. El miedo a perderte es el que me hace actuar así, Pecas, yo no...

—Tienes que confiar en mí, Unai, debes hacerlo, de lo contrario, lo nuestro no irá a ninguna parte—Asentí.

—Lo sé, mi amor, lo sé.

Nos fundimos en un beso tierno, delicado. Un beso de esos que empieza muy despacio y que se va intensificando, arrasando con todo lo que pilla a su paso. De esos que hacen que el corazón te palpite de puro amor, que la cabeza te de vueltas y el aire se te colapse en los pulmones. Un beso que te lleva a hacer una caricia aquí, otra allá. Un beso al que le estorba todo lo que no sea piel, que te deja desnudo en todos los sentidos; que te atrapa, te incendia y te enloquece de tal forma que, buscas un punto de apoyo para no perder el equilibrio porque, todo a tu alrededor, gira sin parar. Un beso que te marea por el deseo acumulado en cada poro de tu piel, y que te deja en coma cuando, en completa armonía con la otra persona, dejas salir, con una especie de ruidito, el aliento que has estado conteniendo porque no quieres perderte ninguna de las maravillosas sensaciones que te está provocando para que, cuando llegue la culminación y te estallé en el centro del estómago, sientas que es ella y sólo ella, la única persona que provoca en ti todo eso y que, estarías loco si la dejaras escapar por tus inseguridades, tus miedo y tus desconfianzas.

Más tarde, no sabría decir qué hora era, me desperté solo en la improvisada cama que habíamos hecho en el suelo de salón y me incorporé. Todo estaba a oscuras y en silencio. Bueno, no exactamente en silencio. Al prestar atención para ver si oía a Pecas arriba en el baño, escuché un leve murmullo que provenía de la cocina. Supuse que era Trueno que quizá necesitara salir y, tal cual estaba, me dirigí hacia allí. Lo que escuché al otro lado de la puerta, hizo saltar todas mis alarmas.

—No me lo puedo creer, Aina, estabas en lo cierto, es él—¿de quién hablaban? —. Por supuesto que no, si me hubiera imaginado que esto estuviera pasando no....—silencio—. Exacto, tú lo has dicho. Es más que un cabrón, a saber cuánto tiempo lleva siéndome infiel, yo...—hipidos y llanto, estaba llorando desconsolada—. Puede que haya vivido engañada todos estos años echándome la culpa de infinidad de cosas, entre ellas del fracaso de nuestro matrimonio y en cambio...—de nuevo silencio—No, no voy a

llamarlo, esperaré a que él de el primer paso...

¡Joder, Jean Paul le era infiel a Ruth y ella sufría por ello...! ¿Significaba aquello que seguía enamorada de él? ¿Por eso estaba así? ¿Por eso no quería hablar conmigo de lo que pasaba? La angustia me atenazó el pecho y cerré los ojos con fuerza. No, ella no podía estar sufriendo por eso... ¿Qué se supone que debería hacer ahora? ¿Entrar en la cocina y pedir explicaciones al respecto o, dar media vuelta y, como prometí antes, confiar en ella? De repente me vi entre la espada y la pared, y deseé con todas mis fuerzas que aquello sólo fuera una puta pesadilla.

*Ruth*

Después de hablar con Aina, me quedé un rato más allí en la cocina para serenarme un poco. Mentiría si dijera que, ver con mis propios ojos a Jean Paul, en plan cariñoso, demasiado para mi gusto, con Pierre, no me había afectado porque, lo cierto, es que sí lo hizo. La impresión de ver a mi todavía marido besando a otro hombre después de haberlo oído decir auténticas sandeces sobre la homosexualidad me dejó muerta, para qué mentir.

No es que me doliera la infidelidad en sí, más bien era darme cuenta de que, en realidad, no conocía al hombre con el que me casé y del que tan enamorada estuve. Lo que me dolía, era ser consciente de lo ciega que estuve todos estos años sin sospechar en ningún momento que él, era tan gay como todos a los que se atrevía a criticar. Ojo, que yo no tenía nada en contra de los gais, al contrario, cada uno era libre de amar y querer a quien le diera la gana, faltaría más. Me jodía que él, que presumía de una educación exquisita, de un estatus muy privilegiado y, paseaba su hombría con tanta seguridad, resultara ser todo lo opuesto. Y que se hubiera atrevido a acusarme, con razón, de follarme a otro cuando él estaba haciendo exactamente lo mismo, me ponía muy muy furiosa. Ahora deseaba, con toda el alma, que su amenaza se cumpliera, que su denuncia llegara de una maldita vez a mis manos porque, iba a disfrutar como una enana. Como dije en otras ocasiones, yo no era una persona vengativa, pero, que me colgaran si no lo hacía pagar por todo lo que me había hecho. Como le dije Aina, ahora era yo la que guardaba un as bajo la manga y, ansiosa, esperaba a que él diera el siguiente paso para mostrarla.

Más tranquila y, por qué no decirlo, agradecida y casi feliz, por el giro que había dado todo el asunto, me acurruqué al lado de Unai que, con la respiración profunda y relajada, seguía dormido en la cama improvisada en el suelo del salón; o al menos eso es lo que me pareció a mí en un principio, porque, en cuanto me pegué a él, me dio la espalda y marco una pequeña distancia. Sí, estaba dolido, muy dolido y lo entendía perfectamente. Su

cabeza debía de ser una olla a presión al darse cuenta de qué algo me pasaba y no poder ayudarme porque yo así lo quería. Era consciente de que debía de dar una imagen de mujer cabezota, testaruda y orgullosa, que lo era, no lo negaba, no obstante, prefería mil veces eso a ver a Unai enfrentándose a Jean Paul.

Estaba completamente segura de que, de saber él lo de sus amenazas, en las que lo incluía gratuitamente, se hubiera desatado una hecatombe. Ya se sabe cómo son los hombres, ellos lo arreglan todo a base de hostias mientras que nosotras somos más racionales, por eso me mantenía en mis trece de no contar absolutamente nada hasta que todo estuviera solucionado, que, afortunadamente, sería muy pronto. Sólo esperaba que, hasta que llegara el momento, Unai confiara en mí, de lo contrario, todo habría sido en vano.

El domingo amaneció gris y cubierto, lloviznaba por momentos y hacía fresquito. Fue, a pesar de sentirme mucho más animada, un día raro. Quitando el momento que bajé al pueblo para acompañar a mi madre a la iglesia, como le había prometido la noche anterior, al despedirnos, el resto lo pasé en casa y sola. Unai estaba tan raro como el día, lo noté al entrar en la cocina y darme los buenos días con un gruñido tan parecido a los de Trueno que, por un momento, pensé que estaban manteniendo una conversación entre ellos dos. Lo ignoré a él, no al perro, al que acaricié con mimo, y me preparé el desayuno. No me apetecía nada empezar la mañana guerreando y por eso no pregunté qué pasaba, ya se le pasaría. Media hora después, se encerró en la casona y no volví a verlo hasta por la noche, ni siquiera vino a comer. Y no, su humor no había mejorado ni un poquito.

—¿Has estado trabajando hasta ahora en la casona? —Indagué en cuanto entró por la puerta.

—¿Tú qué crees? —Escupió pasándome de largo y yendo directo a la cocina.

—Pues no lo sé, por eso te pregunto—le seguí—. Tienes la cena en el horno.

—No tengo hambre.

—Hoy estás muy raro, ¿puedo saber qué te pasa?

—No es asunto tuyo.

—¿Estás seguro? Porque tengo la impresión de que...

—Déjalo, Ruth, no quiero hablar del tema, ahora no.

—Vale—levanté las manos en señal de rendición y retrocedí—, me voy a la cama. Buenas noches—no contestó.

Subí a la planta de arriba, me lavé los dientes, me cepillé el pelo y eché crema hidratante en la cara y las manos, luego me fui a acostar. «¿Qué narices le pasaba a éste ahora?», me pregunté, ya metida en la cama. Seguro que tenía que ver conmigo... con lo nuestro. ¿Qué otra cosa iba a ser si no? Joder, pensé que después de lo de anoche estaríamos bien, en cambio... Estaba claro que mi mierda empezaba a pasarnos factura. Cerré los ojos e intenté dormir, aunque no tenía ni pizca de sueño, la verdad. De repente, el colchón parecía tener puntas del alfiler y comenzaron las vueltas. Primero a la derecha, luego mirando el techo, a la izquierda, golpe en la almohada y vuelta a empezar. Así estuve hasta que escuché sus pasos en la escalera y a continuación en el pasillo. La puerta del baño al abrirse y al cerrarse, el sonido del agua de la ducha... Me hice la dormida cuando por fin entró en la habitación. De espaldas a él, intenté relajar lo máximo posible mi respiración. El colchón se hundió bajo su peso y sentí su mirada puesta en mí. Estuve a punto de girarme, sus palabras fueron las culpables de que no lo hiciera.

—Tengo la cabeza hecha un lío, Pecas. Me debato entre mandarlo todo a la mierda o luchar, eso es lo que me pasa—suspiró y se giró dándole la espalda a mi espalda. Un nudo del tamaño de un puño se instaló en mi garganta y, allí se quedó el resto de la noche.

A la mañana siguiente todo seguía igual. Bueno, todo no, los dos hablábamos el mismo idioma que Trueno para comunicarnos, él, porque tenía la cabeza hecha un lío y, yo, porque a pesar de todo lo comprendía perfectamente y no tenía nada que hacer al respecto, salvo tener Fe y paciencia.

Al fin y al cabo, la culpa de lo que estaba pasando era sólo mía, ¿no? Se marchó a la casona sin esperarme, por norma general lo hacía, pero saltaba a la vista que el horno no estaba para bollos y no fui tras él. Me puse unos vaqueros y una sudadera y bajé a pedirle a mi padre el coche para bajar a Santander, al aeropuerto, a buscar a Aina.

El vuelo de ésta fue puntual y, a las doce de la mañana, salía por la puerta de embarque con una sonrisa de oreja a oreja, buscándome. Nos dimos un abrazo eterno y me la comí a besos. Me alegraba tanto que por fin estuviera allí que hasta sentí un poco de alivio en el alma.

—Dios, nena, el aire de Los Sauces te sienta de maravilla—manifestó mirándome de pies a cabeza—. Mírate, has cogido color y todo, estás estupenda.

—Gracias, tú sí que estás estupenda—volví a abrazarla—. ¿Qué tal el

vuelo?

—Eterno—dijo poniendo los ojos en blanco.

—Serás exagerada, si apenas dura un par de horas.

—Es igual, para mí volar es un suplicio, créeme.

Recogimos su equipaje y entramos en la cafetería a tomar un café y ponernos al día de las cosas típicas: el tiempo, el trabajo, la familia... Una vez subidas al coche y metidas de lleno en el tráfico de la autopista, salió el gordo de la lotería. O sea, el marronazo de haber pillado a Jean Paul en paños menores, nunca mejor dicho.

—Ay, Ruth, te juro que cuando lo vi me quedé tan planchada que ni respiraba. Me dije: «¿qué mierda te han echado en la bebida que ves alucinaciones, chata?», hasta me pellizqué y todo. Fue un momento tan bochornoso para mí y, a la vez tan divertido... Imagínate, el estirado del franchute comiéndole la boca a otro tío mientras éste le sobaba el culo sin ningún recato—se descojonó recordándolo—. Te juro que me arrepentí de no haber hecho un vídeo en lugar de unas fotos.

—Aggg, quita, quita, con las fotografías tengo más que suficiente.

—¿Cómo lo llevas? ¿Has tenido noticias tuyas?

—Todavía no. El plazo que puso para que regresara a París expira el miércoles, así que, supongo que no sabré nada de él hasta entonces. O puede que todo haya sido un farol, ya sabes, para meterme el miedo en el cuerpo.

—No creo que haya sido un farol, ese tío nunca me dio buena espina. Ni a mí ni a Jud, que en paz descanse. Sobre todo, a ella, no lo podía ni ver.

—Lo sé, me lo dijo el día antes de la boda y no le hice caso. ¡Qué idiota fui! ¿Qué crees que vio en él para que le cogiera esa manía?

—Ni idea, pero fuera lo que fuese, no se equivocó ni un pelo. ¿Qué te ha dicho Unai?

—¿De qué?

—De lo de lo del franchute, ¿le has enseñado las fotos?

—¿Estás de coña? Él no sabe nada de nada.

—¿Nada de nada? —Negué con la cabeza—. Pero ¿por qué? Seguís juntos, ¿no?

—Es complicado.

—Desembucha—ordenó girándose de medio lado para mirarme.

—Estamos juntos, sí, eso creo—expresé dudosa.

—Explicate.

—Verás, todo estaba perfectamente entre nosotros hasta que Jean Paul

me llamó con el ultimátum, a raíz de ahí, todo parece irse al garete.

—No lo entiendo, si dices que él no sabe nada, entonces...

—Por eso mismo, porque me niego a contarle qué es lo que pasa, cada vez está más distante. Y con razón, ¿quién querría estar con una mujer que acarrea un matrimonio anterior de mierda?

—Vamos a ver si lo he entendido, él sabe que algo te pasa, pero tú no quieres contárselo y él está reculando, ¿es eso? —Asentí—. ¿Y puede saberse cuál es el motivo para que no le confíes algo tan importante?

—No se trata de confianza, Aina, se trata de no querer involucrarlo en esto. Qué crees que haría si lo supiera, ¿eh? Cogería el primer avión con destino París y le arrancaría la cabeza, como mínimo. Y yo no quiero llegar a esos extremos y, mucho menos que él cometa una locura que luego puede pagar muy cara, no merece la pena.

—Te entiendo, pero también lo entiendo a él, debe sentirse muy frustrado.

—Lo sé. El sábado por la noche estuvimos a un paso de romper. No me gusta verlo sufrir por mi culpa, bastante daño le he hecho ya en el pasado.

—Por aquel entonces tú no eras consciente de nada, nena, es absurdo que te reproches eso.

—Eso también lo sé, pero es igual, el daño está hecho y me siento fatal por ello.

—Al final no rompisteis, ¿no?

—No, al contrario, hicimos las paces y.... bueno, ya sabes, hicimos el amor de una manera tan especial que, me cosquillea el alma sólo de recordarlo. Luego me llamaste tú y me encerré en la cocina para hablar contigo, cuando volví a su lado, parecía estar dormido, pero no estoy segura y, ahora está muy raro. Ayer por la noche, cuando se acostó en la cama, pensando que yo estaba dormida, dijo que tenía la cabeza hecha un lío y que no sabía si seguir luchando o mandarlo todo a la mierda. Hoy apenas nos hemos dirigido la palabra, de hecho, ni siquiera sabe que he venido a buscarte.

—Ya veo... ¿Qué sientes por él, Ruth? ¿Estás enamorada o, es sólo un capricho?

—¿Te parece que si fuera un capricho lo estaría haciendo pasar por todo esto? ¿Qué clase de persona crees que soy? —Exclamé furiosa—. Lo amo con todo mi ser, Aina, es imposible no hacerlo. Unai es el hombre que toda mujer desearía tener a su lado: atento, cariñoso y tierno; me escucha

cuando hablo, me consuela, me calma y, me hace sentir muy especial. Ojalá hubiera visto todo esto en él hace unos años...

—Has olvidado decir que está muy bueno y tiene un polvazo de la hostia, algo que sería imposible ver también hace unos años dado el aspecto que presentaba el muchacho.

—Cierto—sonreí.

—Si estás tan pillada por él, quizá deberías dejar tu testarudez a un lado y contárselo todo, estás arriesgando lo mejor que te ha pasado en la vida por ese orgullo que...

—No es orgullo, Aina, es el miedo a que sea peor el remedio que la enfermedad—suspiré—. Sé que es difícil de entender y, tal cual te lo estoy diciendo a ti, se lo dije a él. Le pedí que confiara en mí y prometió hacerlo. Aunque, por lo visto, no es así.

—Tienes razón, es complicado. Afortunadamente para los dos, esta situación está a punto de resolverse.

—Sí, sólo espero que no sea demasiado tarde.

Dejamos atrás el cartel de Los Sauces y enfilé la carretera general dirección a la finca. Con todo este problemón, se me había olvidado comentarle a Unai que Aina se instalaría con nosotros estos días porque Delia ocuparía a la semana siguiente la casa de su abuela con su familia. Supongo que no le importaría, aunque, estando las cosas entre nosotros como estaban, no sé, igual había metido la pata.

—¡Ostras! ¿Quién era ese que estaba en la plazoleta hablando con Casilda y Eudosia? —Preguntó Aina muerta de curiosidad y asombro. Me reí.

—Es el padre Miguel, se hace cargo de la capilla desde hace unos años.

—Joder, con el cura, está para ponerse de rodillas y recitarle la biblia en verso.

—Estás para que te encierren, ¿lo sabías?

—Lo sé, y no me importaría que fuera en el confesionario, con él—hizo un gesto obsceno y me partí de risa. Menos mal que la tenía a ella aquí, con su presencia haría mucho más llevaderos mis días de mierda.

Después de enseñarle la casa, su habitación, y ayudarla a instalarse, bajamos a la cocina a comer algo.

Ni Unai ni Trueno andaban por allí, así que supuse que habrían bajado al pueblo y estaban en casa del señor Joaquín e imaginé que no lo vería hasta por la noche.

Me equivoqué. Mientras yo hacía unos bocatas de jamón y tomate

natural, Aina contemplaba absorta el exterior desde la ventana y, fue en ese momento cuando él decidió hacer acto de presencia abriendo la puerta con brío e irrumpiendo en la cocina como un vendaval, sin reparar en nuestra amiga.

—¡Creía que había quedado claro que el trabajo es lo primero, si no tenías pensado acudir a él, lo menos que podías hacer era advertírmelo!

—No es necesario que grites, te oigo perfectamente. He bajado a...

—Sí, venga, dime qué es eso tan importante que has tenido que hacer para no decirme nada esta mañana mientras desayunábamos. ¿O es algún secreto de esos tuyos del que no puedo enterarme? —Con las manos apoyadas en la cadera me fulminó con la mirada. Aina, que se había dado la vuelta, tenía los ojos abiertos de par en par.

—Hola, Unai—saludó ésta—, creo que yo soy la culpable de que Ruth no haya ido a trabajar, mi vuelo llegaba a las doce y bajó a buscarme.

—Joder, lo siento, no.... no te había visto—farfulló avergonzado—. Bienvenida, se me había olvidado de que venías hoy, qué cabeza la mía—se dieron un par de besos.

—No pasa nada, tendrás tantas cosas en las que pensar que es normal que no recordaras que venía. Espero que no te importe que me instale aquí estos días—él me miró sorprendido—. No sabías que iba a quedarme, ¿verdad? —Se cruzó de brazos y también clavó sus ojos en mí.

—Supongo que esta vez me toca a mí disculparme—manifesté azorada—. Supuse que no habría ningún problema en que Aina ocupara la otra habitación—me dirigí expresamente a él—. Delia llegará la próxima semana y se instalará en casa de su abuela con su familia y pensé...

—No importa, puedes quedarte sin problema, después de todo, aunque le hayas dado un poder notarial a Ruth esta también es tu casa, así que, bienvenida de nuevo, si me disculpáis, he de volver al trabajo—y sin más nos dejó otra vez solas.

—Anda que ya te vale, Ruth...—no supe que decir.

El lunes dio paso al martes y éste al miércoles y, las cosas entre Unai y yo, no parecían avanzar, al contrario, se habían estancado igual que se estanca el lodo en una ciénaga. Cuando estábamos los tres juntos, se portaba como si nada; me incluía en las conversaciones, reíamos, bromeábamos, pero una vez a solas en la habitación que compartíamos, el silencio se instalaba entre nosotros como si ya nos hubiéramos dicho todo lo que había que decir. Era horroroso y dolía. Dolía mucho, no obstante, no me quejé ni le reproché

nada, ¿cómo hacerlo si era la causante de nuestra situación? Preferí mantener la boca cerrada y no atosigarlo con preguntas que, sin querer, pudieran volverse en mi contra. Muy a mi pesar, debía tener paciencia y esperar.

La llamada que tanto deseaba recibir llegó el miércoles, fecha límite para mi regreso a París, a eso de media noche. Estaba nerviosa, no podía dormir y estaba sentada en la cocina frente a una taza humeante de tila.

Gracias a Dios estaba sola cuando el teléfono sonó.

—Jean Paul—respondí sin emoción alguna.

—Te lo advertí, chérie, te dije que, si hoy no estabas de vuelta en nuestra casa, te demandaría por competencia desleal y ya está hecho. En este mismo momento, mi abogado debe de estar enviándole al tuyo la denuncia... —guardó silencio unos segundos en los que yo tampoco dije nada—. Lo siento, pero no me has dejado otra opción. Le he facilitado a la policía tus datos y no tardará en ponerse en contacto contigo.

—Oh, tranquilo, no pasa nada—manifesté con calma.

—Estás muy tranquila, da la sensación de que no te importe que tu reputación quede en entredicho y seas portada de los diarios más importantes del País.

—Estás en lo cierto, no me importa, de hecho, estoy deseándolo. Es más, yo misma hablaré con la prensa y les explicaré cuáles son los verdaderos motivos de todo esto. Se frotarán las manos cuando les enseñe las imágenes que me han llegado tuyas de este fin de semana en un local muy conocido de Londres, junto a Pierre.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de tu relación con Pierre, ya sabes, esa que en Francia mantienes encerrada en un armario y en Londres dejas salir para airearse.

—¿Qué estás insinuando?!—Bramó.

—¿Insinuar? Nada. ¿Vas a negarme que tienes una relación con él? —Silencio—. ¿Qué crees que dirá toda esa gente importante con la que te codeas cuando vea y sepa que me eres infiel con un hombre? ¡Nada más y nada menos que Pierre, tu gran descubrimiento artístico! ¿Seguirán a tu lado o te darán la espalda? Y tu padre... pobre hombre, serás el culpable de que le dé un síncope, por no hablar del efecto que esto causará en tu querida madre. ¿Te has quedado sin palabras, chérie? —Espeté.

—No sé de qué me hablas...

—Mira, cretino, sabes también como yo de lo que hablo. Si no quieres que esas fotos vean la luz, firma los putos papeles del divorcio, retira la

denuncia y sé feliz con tu querido Pierre. De lo contrario, no me temblará la mano a la hora de enviar las imágenes a todos los diarios franceses para que sepa todo el mundo de que pie cojea Jean Paul Bessett. No quisiera hacerte daño, pero lo haré, ¿me oyes? Mis escrúpulos serán los mismos que los tuyos, ninguno—y sin nada más que decir colgué.

A continuación, para que viera que no me estaba marcando ningún farol, busqué la fotografías en la galería del móvil y se las envié con un escueto mensaje: «tic tac, tic tac».



Unai

Lo malo que tenía escuchar conversaciones a medias, era eso, que te quedas a medias y no sabes a ciencia cierta si lo que has escuchado tiene que ver con tu actual situación personal o tu cabeza, que va por libre, parece asociar todo lo que suceda a tu alrededor con esa situación. Eso era lo que, exactamente, me pasaba a mí.

Desde que el sábado anterior escuchara a Ruth, en la cocina, a puerta cerrada, hablar con Aina, mis dudas se habían magnificado de una manera asombrosa. Si antes de aquella conversación, mis miedos, esos que continuamente estaban ahí, sin darme un respiro, me impedían confiar en ella plenamente, después fue mucho peor.

No paraba de darle vueltas al tema y me estaba volviendo loco de remate.

Todo en ella me molestaba y, cuando digo todo, era todo. Si me preguntaba qué me pasaba, me molestaba, si no lo hacía también; si estaba pendiente de mí y me hacía la comida y la cena, me cabreaba, si no la hacía también; si la veía riéndose y relajada en compañía de nuestra amiga, me enfurecía, y si por el contrario ella lloraba y la notaba angustiada, también. ¿Estaba o no estaba volviéndome loco?

Reconozco que la llegada de Aina a Los Sauces, hasta cierto punto, nos dio un respiro.

Me refiero a que, si ella no estuviera instalada en casa con nosotros, probablemente, en mi caso, ya hubiera perdido los papeles en más de una ocasión provocando discusiones que lo empeorarían todo.

Ellas pasaban mucho tiempo juntas, yo, sólo el estrictamente necesario, para no parecer descortés ni maleducado con nuestra amiga, no porque tuviera ganas, la verdad sea dicha. No obstante, algún que otro rato, a parte de la hora de las comidas, coincidíamos los tres. Era, en esos escasos momentos, cuando me daba cuenta realmente hasta qué punto echaba de menos a Ruth, en todos los sentidos. ¿Cómo era posible eso si yo mismo había marcado las distancias? Me sentía, de nuevo, entre la espada y la pared,

debatíendome entre si tirar la toalla definitivamente o luchar. Sí, lo sé, tenía que tomar un camino u otro. Pensé en lo típico, poner en una balanza los pros y los contras de nuestra relación, a ver si eso me ayudaba, pero no me dio tiempo. La respuesta a mi dilema se cristalizó en mi mente tras tener una conversación con Aina y, más tarde, escuchar, otra vez, una conversación a medias entre ellas, algo que parecía haberse vuelto una costumbre para mí.

Una tarde en la que estaba solo en la casona, contemplando ensimismado el trabajo realizado por los albañiles ese día, y Ruth había bajado a casa de sus padres porque, junto a su madre, estaba elaborando el menú para el día del cumpleaños de mi hermana, en paz descansa, Aina entró por la puerta con un par de cervezas en las manos.

—¿Molesto? —Preguntó con cautela.

—Para nada, adelante, estaba admirando el buen trabajo de esta gente.

—La verdad que la casa está quedando muy bonita, Ruth me la enseñó el otro día—dijo pasándome una de las cervezas—. Pensé que te apetecería una.

—Gracias.

—Estás haciendo un gran trabajo, Unai, Judith estaría muy orgullosa de ti—asentí agradecido.

—Era su sueño, lo menos que podía hacer por ella era cumplirlo—manifesté con la voz apagada—. ¿Cómo no has bajado tú también a casa de doña Emilia?

—Bueno, aparte de que no me apetecía mucho, y que cocinar no es lo mío, pensé que este sería un buen momento para que hablásemos a solas.

—¿Hablar? ¿De qué? —Extrañado la miré.

—De ti y de Ruth, sé por ella lo vuestro, y en fin...—se encogió de hombros y bebió del botellín—. ¿Cómo estás?

—¿Que cómo estoy? —Me pasé la mano por el pelo y la dejé apoyada en la nuca—. Pues más perdido que Wally en los Sanfermines.

—Comprendo...

—¿En serio? —La interrumpí—. Pues dime cómo lo haces porque, por más que lo intento, yo no lo consigo. Demasiado complicado para mí.

—Para mí es fácil porque estoy del otro lado de la barrera, en cambio tú, ya sabes...

—No, no lo sé, ese es el puto problema. Si lo supiera, si tuviera las cosas claras, podría hacer algo al respecto.

—¿Qué sientes por Ruth?

—No puedo creer que estés haciéndome esa pregunta, sabes perfectamente que estoy loco por ella desde que era un mocoso.

—Pues perdona que te diga, pero el día que estuvimos en el abogado no me pareció tal cosa. Además, en una ocasión Judith me contó que...

—Dios, ¿las mujeres siempre os lo contáis todo?

—¡Pues claro! ¿Acaso lo dudabas?

—Bueno, siempre puede haber una excepción que rompa la regla, ¿no? En fin...—me senté sobre un palé y le hice un gesto para que hiciera lo mismo—. Si vas a analizar mis sentimientos, es mejor que nos pongamos cómodos.

—Exagerado—cogí aire lentamente.

—Supongo que lo que mi hermana te contó fue que, después de que Ruth se casara, no quise volver a saber nada de ella porque eso significaba que la promesa que me había hecho años atrás no significaba nada para ella.

—Sí, eso mismo.

—Pues no te mintió. Me propuse olvidarla costara lo que me costase y, creí que lo había conseguido y superado hasta que se presentó aquí.

—¿Te refieres al día que te vio bañándote en pelota picada en el patio? —Se guaseó la muy puñetera. Sonreí.

—Joder, pues sí que os lo contáis todo, sí.

—Ya te lo dije, colega. Sigue.

—¿Sabes? Aquel día la reconocí nada más verla y, algo se me contrajo en el pecho, asustándome. No podía ser que, después de tantos años, ella siguiera provocando eso en mí. Además, estaba lo que había pasado con mi hermana en París y yo...

—Un momento, ¿de qué leches hablas? ¿Judith estuvo en París con Ruth?

—¿No lo sabes? —Negó con la cabeza—. Vaya, eso me sorprende. Pues verás, cuando Jud se enteró de lo de su enfermedad, se empeñó en ir a verla a París. A regañadientes accedí a acompañarla para que no fuera sola y, una vez allí, nos presentamos en la galería de su marido.

—¿Y qué pasó?

—Pues que ella se negó a recibirnos. Bueno, a recibir a mi hermana, en realidad. Yo no tenía ningunas ganas de verla.

—No me puedo creer que haya hecho algo así, y menos a Judith—dijo incrédula—. ¿Estás seguro...?

—Totalmente, el caso es que... —le relate, de nuevo, cargando los

pulmones de aire, todo lo acontecido desde aquel día en que Trueno y un servidor en bolas corrimos tras ella—. Lo intenté, Aina, intenté que su presencia aquí no me afectara y, me aferré a lo acontecido en París para mantenerla alejada de mí y odiarla—cerré los ojos y suspiré—. Como ya has comprobado, no ha servido para nada. De hecho, si te digo la verdad, ya ni siquiera su desplante de París me molesta porque, lo que siento por ella pesa más que todo lo anterior.

—Entonces, si tienes tan claros tus sentimientos, ¿por qué estás así?

—Porque no sé qué esperar de ella—resoplé—. No tengo ni la más remota idea de lo que se trae entre manos. Todo lo que rodea su divorcio, si es que realmente existe, es un misterio para mí y es imposible no dudar, ¿entiendes?

—Entiendo, y sí, ese divorcio existe, te lo aseguro. Lo que pasa es que el proceso se le ha complicado un poco, pero debes confiar en ella, Unai.

—¿Qué es lo que ha pasado, Aina? Cuéntamelo y ayúdame a comprender.

—Oh, no, no puedes pedirme eso, macho, sería traicionar la confianza de Ruth y, no puedo hacer tal cosa. Yo aquí soy como Suiza, totalmente neutra. Lo siento, pero no me corresponde a mí esa tarea. Sin embargo, y para que te quedes más tranquilo, sí te diré que jamás vi a Ruth tan ilusionada con alguien como lo está contigo, ni siquiera el día de su boda con el franchute. Me consta que te quiere, Unai, sólo debes de tener un poco más de paciencia, sería muy triste que una historia como la vuestra, que lleva fraguándose tantos años, no tenga un final feliz por falta de confianza.

—Yo no estoy tan seguro de que en realidad ella me quiera, ¿sabes? A veces pienso que sólo soy un capricho y que se está divirtiendo a mi costa.

—Pues te equivocas de cabo a rabo. Mira, he hablado con ella sobre esto y, ¿sabes cuáles han sido sus palabras textuales?

—No tengo ni idea, sorpréndeme—respondí un pelín irónico.

—«Lo amo con todo mi ser, Aina, es imposible no hacerlo», esa fue su respuesta—automáticamente se me puso cara de bobo.

—¿De veras? —Sonreí como un adolescente.

—Te lo juro.

—Gracias—musité.

Aquella conversación me devolvió, de golpe, al mundo de los creyentes.

Un mundo que yo mismo abandoné porque, qué cojones, sí, tenía

miedo y me moriría si ella me engañara y me dejara en la estacada.

Lo había superado una vez siendo un muchacho, pero dos... dos sería imposible. Por eso había sido el primero en marcar las distancias. ¡Qué idiota era!

Más tarde, después de cenar y, como ellas se empeñaron en recoger la cocina, salí a dar el último paseo del día con Trueno. Al regresar, dejé al perro cómodamente instalado en la cocina, ya vacía y limpia, y subí a la planta de arriba para darme una ducha y acostarme. Oí murmullos en la habitación donde dormía Aina y, a pesar de proponerme no acercarme y pegar la oreja a la puerta, no pude evitarlo. Fue entonces cuando escuché la conversación que me obligó a tomar la decisión más importante, hasta la fecha, de mi vida.

—¿Has hablado con él? —Preguntaba Aina.

—No ha dejado de llamarme en todo el día, pero no, no he hablado con él.

—¿Por qué?

—Porque sé lo que me va a decir.

—Habla...

—Me dirá que lo siente, que no era su intención y, después, si no me equivoco, intentará convencerme para que vuelva.

—¿Y qué vas a hacer?

La mano que tenía apoyada en el marco de la puerta tembló esperando una respuesta que pareció tardar un siglo en salir de su boca.

—¿Tú qué crees? Bien sabe Dios que lo que menos me gustaría es hacerle daño y obligarlo a reconocer algo que podría hundirle la vida, aun así, yo no...

—No puedes alargar esto mucho tiempo más, nena. Y si lo haces, entonces tendrás que hablar claro con Unai y contarle lo que hay.

¿Qué cojones significaba aquello? ¿Qué es lo que iba a alargar? ¿Estaba pensando en volver con él? ¿Por qué iba a hacer tal cosa si, como me dijo Aina, ella me amaba?

—Tengo completamente claro lo que quiero, Aina, no obstante, tarde o temprano he de ir a París, casi todas mis pertenencias están allí. No sería por muchos días, sólo lo que tardara en poner en orden las cosas.

—Eso puedes hacerlo perfectamente desde aquí y lo sabes. No es necesario que vayas y tengas que verle la cara a ese cabrón después amenazarte como lo hizo y de meter a Unai en el asunto.

¡Un momento! ¿De qué asunto hablaban? ¿Y por qué el franchute ese había amenazado a Pecas y con qué? Aquella conversación estaba empezando a tomar un cariz diferente que me estaba cabreando muy mucho. ¿Ella había estado en peligro en algún momento? ¡Mierda! Cómo me jodía no tener ni puta idea de lo que estaba pasando. «Entra ahí y acaba con esta historia de una maldita vez, joder», grite en mi mente.

—No te preocupes, lo tengo controlado.

—Tú verás, luego no digas que no te lo advertí. Por cierto, muy mal por tu parte haberte negado a ver a Jud en París, ¿por qué lo hiciste?

«¿Pero qué mierda les pasaba a las mujeres? ¿No podían tener el pico cerrado? «Por Dios, Aina, qué manera de cagarla», me dije. Aun así, me pegué más a la puerta para escuchar bien la contestación de Ruth.

—¿De qué narices estás hablando?

—Venga ya, no te hagas la tonta conmigo. Lo sé todo, Unai me lo contó esta tarde—«Me cago en la sota de bastos», maldije.

—Pues ilumíname...

—Hablo de cuando fue a verte y tú te negaste a recibirla.

—¡Eso es mentira! Ella nunca estuvo allí, de lo contrario... Mira, no sé a qué viene esto, pero yo jamás me negué a ver a nadie porque nadie fue a verme a mí, ¿vale?

La rabia que sentí en ese momento al oírla negar algo que yo mismo había presenciado, me encolerizó y abrí la puerta de par en par buscándola con la mirada. Ambas se asustaron. Aina, que estaba sentada en el butacón que había junto a la ventana, se levantó de inmediato y, Ruth... bueno, ella me miró horrorizada, no obstante, no apartó sus ojos de los míos.

—¡¿Mentira?!—Bramé—. ¿Cómo puedes ser tan cínica y negar algo que yo mismo presencié?

—Oye, creo que debe de haber un error, de verdad que jamás recibí la visita de nadie en todo este tiempo.

—No se lo habías dicho y he metido la pata, ¿verdad? —Me preguntó Aina.

—No, no se lo había dicho y, sí, has metido la pata hasta el fondo, pero ya que estamos...—alcé las manos señalándola a ella, a Ruth—. Por cierto—me volví hacia Aina—, tú de Suiza tienes lo mismo que yo de monje, ¡absolutamente nada!

—Lo siento, Unai, de verás que lo siento.

—¿Quiere alguno de los dos decirme de una maldita vez que coño está

pasando?

—¿Quieres que te refresque la memoria? Está bien—dije con ironía—, como quieras. Pasa que hace un tiempo, cuando mi hermana se enteró de que estaba enferma fue a verte a París y tú, alegando que estabas demasiado ocupada, te negaste a recibirla, ¡eso pasa!

—¡Repito que eso es mentira! Jud era mi amiga, jamás le hubiera hecho algo así—espetó con los dientes apretados.

—¡No me lo puedo creer! Yo estaba allí, joder, así que no te atrevas a seguir negándolo.

—¡Maldita sea, me atrevo porque digo la verdad! —Se pasó la mano por la frente y resopló—. ¿Cuándo dices que fue eso, exactamente?

—Pues ahora mismo no estoy seguro... puede que un año, o algo más.

—¿Y dices que presenciaste cómo me negué a verla?

—¡Por supuesto que lo hice! Mi hermana y yo entramos en la galería y allí nos atendió una muchacha morena, la misma que se encargó de avisar a tu... tu marido de que estábamos allí. Tardó diez minutos en salir de su despacho, y cuando lo hizo, no reconoció a Jud, o eso dijo el muy gilipollas. Delante de mis narices te llamó por teléfono y tú, ¡tú!, dijiste que estabas demasiado ocupada y no tenías tiempo para visitas—desvió la mirada en dirección a Aina y, ésta, abrió los ojos de par en par.

—¿Estás seguro de que fue a mí a quién escuchaste decir esas palabras, Unai?

—¿Y quién iba a ser si no?

—¡¿Estás seguro o no?!—Gritó.

—¡Sí, lo estoy! —Esas tres palabras la hicieron recular unos pasos.

—Hablas en serio, ¿verdad? Estás completamente convencido de lo que dices...—afirmó—. Por eso estabas tan furioso conmigo cuando llegué, por eso te negabas a que aceptara la herencia y me quedara aquí, por eso nunca hemos hablado de Jud, ¿no es cierto? Porque pensabas que la había traicionado igual que a ti—asentí—. Llevas todo este tiempo pensando que soy lo peor y... y... ¿Cuándo iba a decírmelo, Unai? ¡¿Cuándo?!—

—No lo sé, yo...

—¡¿No lo sabes?! Llevo dos meses viviendo bajo tú mismo techo, compartiendo mi día a día contigo y, aun así, no tienes ni la más mínima duda de que lo que dices es cierto y me duele profundamente que pienses eso—apartó con rabia las lágrimas de sus mejillas—. Dijiste que confiabas en mí y, en cambio...

—No hablemos de confianza, ¿quieres?

—Tienes razón, me rindo.

—¿Qué coño significa eso? —Mascullé.

—Significa que se acabó, que estoy harta de tener que dar explicaciones. No he dejado de hacerlo desde que puse un pie en Los Sauces. Con ellas—señaló a Aina—, con mi madre y, sobre todo contigo, y ya no puedo más. Mañana recogeré mis cosas y me instalaré en casa de mis padres hasta que se cumpla la voluntad de Jud, luego me iré.

—Pero yo no quiero que te...—la puerta se cerró en mis narices con un sonoro golpe.

¿Qué había hecho? Yo no quería que se fuera, no quería perderla. Yo sólo... sólo pretendía hablar y aclarar las cosas de una santa vez, y en cambio, todo se había salido de madre dejándonos en una situación muy muy complicada.

¿Era posible que me estuviera equivocando con ella? ¿Qué en realidad, no tuviera ni idea de que una vez mi hermana fue a verla a París? En aquel preciso momento, supe con absoluta claridad lo que debía hacer. No tenía ni idea de cómo, ni cuándo, lo que sí tuve claro, fue que era la única manera de terminar de una vez por todas con el misterio, las dudas y los malentendidos.

*Ruth*

Pasaron un par de días más. Un par de días en los que fui plenamente consciente de que, mi vida, esa que, por fin, creía estar restaurando y empezaba a tener sentido, se derrumbaba como un castillo de naipes mal hecho.

Me sentía tan mal, tan horriblemente mal que, lo único que me apetecía era cerrar los ojos y dejar que el tiempo pasara sin que yo participara en él. Sé que no era un claro ejemplo de mejor persona del mundo, había cometido mis errores e imaginaba que los seguiría cometiendo en el futuro. Al fin y al cabo, no dejaba de ser un ser humano y, ya se sabe que los humanos, por desgracia, nos equivocamos continuamente. Puede que estuviera exagerando, o puede que no, pero, darte cuenta de que eso por lo que estás luchando no tiene sentido porque, la otra persona, a la que por cierto adoras, desconfía hasta de tu sombra, pues, sinceramente, me mataba.

Me hacía tantas preguntas... ¿Por qué, los que se suponía eran mis mejores amigos, tenían tan mal concepto de mí? ¿Por qué no dudaban a la hora de señalarme con el dedo y acusarme, sin más, del delito?

¿Es qué no me conocían en absoluto? ¿Por qué dejar que una relación avance guardándote algo tan importante como lo ocurrido que, más adelante, sin ninguna duda, te explotará en las narices, haciéndolo volar todos por los aires?

¿Tan difícil era ser sincero con la persona que, supuestamente amas?

Y digo supuestamente porque, a aquellas alturas del cuento, pues, no sé, igual hasta en eso había fingido el hombre.

Lo cierto es que ya no sabía ni que pensar, la verdad.

Parapetada detrás del cristal de la ventana, vi llegar a Unai caminando con Trueno a su lado y dirigirse a la casona. No eran ni las siete de la mañana y ya estaba allí, dispuesto a trabajar. No, al final no me había ido yo, sino él. A la mañana siguiente de lo ocurrido, me levanté con el firme propósito de hacer las maletas y largarme. No fue necesario.

En la cocina, pegada a la nevera, había una nota suya para mí. «Pecas, lamento muchísimo lo de esta noche, no era mi intención llegar a estos

extremos. En realidad, ni siquiera era mi intención hablar del tema. He bajado a casa de mi padre, he pensado que lo mejor era que tú te quedaras con Aina. Mañana hablaremos, ya más calmados, en la casona».

No había ido, ni al día siguiente tampoco y, evidentemente, hoy mucho menos. Estaba tan harta de todo que ya ni sus explicaciones me interesaban. Total, ¿para qué? ¿Para seguir haciéndonos reproches? No gracias, yo ya tenía más que suficiente. Me quedaría hasta cumplir con la voluntad de Jud y, después, me buscaría la vida lejos de allí. Era lo mejor. Le di un sorbo al café que tenía en las manos y suspiré. ¡Puerca vida!

Mientras esperaba a que Aina se despertara, preparé las cosas que íbamos a necesitar para hacer la limpieza en casa de la abuela de Delia. Ésta vendría en unos pocos días y queríamos dejarlo todo listo para que se instalara allí con su familia. Tenía muchas ganas de verla. A la pobre no le había contado nada de lo que aquí pasaba, y eso que hablábamos a menudo, pero, en su estado, era mejor no darle disgustos, y mucho menos que se preocupara por mí.

El teléfono vibró sobre la encimera y dudé en cogerlo. Jean Paul me llamaba constantemente y yo lo ignoraba a propósito para hacerlo sufrir, un poco más. ¡Se lo merecía, por cabrón! No obstante, hasta las narices de ver su nombre en la pantalla, y harta como estaba de todo, decidí que era un buen momento para rematar la faena con él y hacerme con las dos orejas y el rabo.

—Jean Paul—respondí indiferente.

—Chérie, por favor, déjame hablar y no cuelgues—rogó.

—¿Has firmado la demanda de divorcio?

—No, pero...

—Entonces tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Por favor... por favor, chérie, escúchame—. ¡Dios, cómo me gustaba oírlo suplicar!

—Tienes cinco minutos, aprovéchalos bien.

—Verás, siento mucho todo lo que últimamente ha pasado entre nosotros. No era mi intención hacerte daño.

—Sí, ya, por eso las amenazas y la denuncia, porque esa es tu forma de no hacer daño a las personas, ¿no? —Espeté con desdén.

—Yo sólo quería que volvieras a casa, chérie...

—¿Y para qué si puede saberse, Jean Paul? Yo no te quiero y tú estás con otra persona. ¿Por qué forzar algo que es inexistente? ¿Por qué seguir

con esta pantomima? ¡Es absurdo!

—Pero si la gente se entera de que soy homosexual me dará la espalda, ¿no lo entiendes?

—¿Te estás escuchando? ¡Joder, eres la persona más egoísta que pisa la tierra! Tienes los santos cojones, después de todo, de decirme que me necesitas para seguir aparentando. No te importa que mi vida sea una mierda a tu lado mientras que la tuya siga su curso y tengas las espaldas bien protegidas. ¡Ja, esta sí que es buena! —No daba crédito—. ¿Crees que soy idiota? ¿Por qué mierda iba a hacer algo así?

—No sería eternamente, sólo hasta que mis padres... ya sabes—se quedó callado unos segundos—. No quisiera hacerles daño. Además, me lo debes.

—¡Yo no te debo nada, cretino! —Siseé.

—Gracias a mí viviste una vida llena de privilegios, codeándote con la gente más importante de Francia. Hiciste viajes, llevas la ropa más exclusiva...

—Tienes toda la razón, pero te olvidas de la soledad, la indiferencia y el desprecio que viví a tu lado, por no nombrar otras cosas, así que date por pagado, ¡miserable! Y no, por supuesto que no voy a volver a tu lado. No lo haría ni, aunque me regalaran todo el oro del mundo. Eres un ser despreciable, Jean Paul, y algún día la vida se encargará de devolvértelo todito todo.

—Ruth...

—Se acabó tu tiempo. Un tiempo que, en lugar de aprovechar para ser humilde, dada la situación, y dejar vislumbrar, un poco, al hombre del que una vez me enamoré, desperdicias tratando de que te haga un favor alegando que te lo debo. ¿Cuándo te perdiste, Jean Paul? ¿Cuándo te volviste tan mezquino, arrogante y materialista? ¿Hasta cuándo vas a seguir con todo esto? —No le di la oportunidad de responder—. Mira, no quiero volver a hablar contigo, firma los malditos papeles del divorcio, olvídate de mí y, si tu conciencia te lo permite sé feliz—y colgué.

¿Cómo puede una persona cambiar tanto? Porque juro que no reconocía para nada al hombre con el que acababa de hablar. ¡Qué se lo debía decía el muy hijo de su madre! Si yo tuviera que ponerme a cobrarle toda la mierda que me había tragado en los últimos tres años, no tendría dinero suficiente para pagarme. Resoplé indignada y, dejando el teléfono sobre la encimera, me giré para seguir preparando cosas.

—¡Qué susto me has dado, joder! —Gruñí sintiendo el corazón en la garganta—. ¿Qué haces aquí?

Unai, apoyado en el marco de la puerta de la cocina, me observaba con el ceño fruncido y cara de malas pulgas.

—Supongo que era el franchute, ¿no? —Indagó señalando el teléfono con una mano.

—¿Qué haces aquí? —volví a preguntar.

—Ya sabes lo que dicen, si Mahoma no va a la montaña...

—Yo no soy Mahoma y no tengo ninguna montaña que escalar.

—Mahoma no era un montañero.

—Lo sé, supuestamente era un profeta y fundó el islam. ¿Qué quieres? —Me crucé de brazos.

—Esperaba poder hablar contigo... ¿Con qué te amenazó el franchute exactamente?

—¿Ahora te dedicas a escuchar conversaciones ajenas? —Chasquéé la lengua contra el paladar—. Mal asunto, no te tenía por un cotilla.

—Mira, Pecas, dejemos de jugar al gato y al ratón y hablemos, ¿quieres? —Dijo entrando en la cocina y caminando hacia mí—. Sé que ese malnacido te amenazó, te denunció, y me incluyó a mí en el lote, así que, ¿qué se supone que hemos hecho? Te advierto que más tarde o más temprano lo voy a saber, no obstante, preferiría que fueras tú la que me lo contara.

—¿Igual que me contaste lo que, según tú, le hice a Judith? ¡Ah, no, es verdad que si lo sé es gracias a Aina!

—Tienes razón y lo siento, pero si no te lo dije fue porque dejó de ser importante para mí.

—¡Sí, claro! Lo que pasa es que estás tan convencido de que en realidad le hice ese desplante a tu hermana que no se te pasó por la cabeza aclararlo conmigo. Total, para qué, si a tus ojos ya soy culpable, ¿verdad? Para ti no existe el beneficio de la duda, no, ¡qué va! Tú juzgas y sentencias, así funcionas. ¡Lo hiciste desde el minuto uno en que puse un pie en Los Sauces!

—¿Quieres que hablemos de juzgar? ¿En serio? ¿Qué me dices de todas las cosas horribles de las que me acusaste cuando no sabías quién era? —Manifestó dolido—. ¿Te crees mejor persona que yo? ¡Pues siento decirte que no lo eres!

Los dos cometimos errores, Pecas, y tenemos dos opciones: hablar de ello y seguir adelante con lo nuestro, o dejarlo estar y seguir cada uno con su vida y

permitir que las dudas nos consuman preguntándonos qué hubiera pasado— guardó silencio unos segundos, eternos—. Yo elijo la primera opción, y haré hasta lo imposible por enterrar las putas dudas y malentendidos. ¿Qué eliges tú?

—Ups, lo siento, no sabía que estabais aquí—Aina nos miró a uno y a otro—. Volveré en otro momento.

—No es necesario, yo ya me iba—hizo amago de tocarme e instintivamente me aparté—. Piénsalo y toma una decisión, Pecas. Ya sabes dónde encontrarme, estaré esperando.

—¿De qué iba eso? —Indagó una vez a solas.

—De nada, Aina, no iba de nada—respondí de la mala gana—. Voy a arriba a vestirme, avísame cuando estés lista para bajar a casa de la abuela de Delia.

Una vez en la habitación que había compartido con Unai, me tumbé sobre la cama, alicaída, y miré al techo. Tenía razón, joder, yo no era mejor persona que él. No es que yo lo creyera, al contrario, pero, no sé por qué, me había olvidado de lo dura que fui con él cuando llegué.

Ay, Dios, si hasta lo había acusado de intentar sacarme de la carretera el día de la lectura del testamento, a propósito. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? «Porque así es la vida, chata. Así es la vida», me dije apesadumbrada.

Allí estuve tirada un buen rato, preguntándome qué hacer, qué camino seguir.

Claro que podía ir a la casona, entrar en su despacho y decirle: «adelante, hablemos», pero ¿dónde leches quedaba la supuesta confianza que me había prometido?

Porque yo sí que había confiado en él. Yo sí que había respetado su silencio cuando intenté que habláramos de Judith.

Yo había aceptado, sin indagar en ello, su relación con Minerva, con la que seguía quedando y con la que, no me cabía ninguna duda, se desahogaba porque era su amiga. Si yo había sido capaz de hacerlo, ¿por qué él no?

—Estoy lista—anunció Aina asomando la cabeza por la puerta—. Cuando quieras.

Me incorporé y la seguí escaleras abajo. Allí cogimos los bártulos y sin mediar palabra, salí de casa seguida por ella que no hacía más que resoplar a mis espaldas. La conocía tan bien que, sabía que sólo hacía aquello porque se moría de ganas por saber qué había ocurrido conmigo y con Unai

en la cocina. Sonreí para mis adentros. Ella volvió a resoplar.

—¿Nos persigue alguien o estamos echando una carrera para ver quién llega primero a casa de la señora Piedad? —Preguntó irónica.

—Ni uno ni lo otro.

—Entonces, ¿por qué estamos caminando tan aprisa?

—Porque en cuanto antes lleguemos, antes nos pondremos manos a la obra y antes terminaremos.

—Joder, nena, acabas de parecer tu madre y me acabas de dar miedo— me reí—. Venga, va, te per-dono si me cuentas de qué iba lo de antes con Unai.

—Vas a estar dándome la murga hasta que lo hago, ¿verdad? —Asintió—. Está bien...—lo hice, empezando por la conversación telefónica con Jean Paul—. Y me giré cabreada, y allí estaba Unai, apoyado en la puerta y mirándome con cara de pocos amigos.

—¿Crees que escuchó lo que hablabais?

—No sé exactamente qué fue lo que escuchó, lo que sí sé, es que sabe que Jena Paul lo metió en el asunto de la denuncia e insistió para que se lo aclarara—me paré de repente y la miré—. ¿Sabes? Esta mañana no nombré a Unai para nada mientras hablaba con... con... ese gilipollas.

—Lo hablamos el otro día en la habitación poca antes de que él irrumpiera en ésta y se liara parda.

—Sí, tienes razón, tuvo que enterarse ese día...

—¿Y qué pasó?

—Qué va a pasar, pues lo de siempre—me encogí de hombros.

—Discutisteis.

—Ajá.

—No os entiendo. Os morís el uno por el otro y estáis dejando, no sé si por orgullo o porque sois idiotas, que todo se vaya a la mierda.

—Puede ser... Mira, en su momento le dije que hablaría con él de esto cuando todo terminara, que confiara en mí y, no lo ha hecho ni lo está haciendo—manifesté dolida—. Punto pelota.

—Dios, qué ganas más tremendas me dan de abofetearos hasta haceros espabilar, coño.

Pasamos la mañana y parte de la tarde, haciendo un alto para la comida, dedicadas a la tarea de dejar la casa impoluta, sin volver a sacar el tema.

No porque ella no insistiera, que lo había hecho y mucho, pero como a testaruda no me gana nadie, lo reconozco, me negué a seguir con aquello y la

ignoré por completo.

Mi decisión estaba tomada. Hablaría con él cuando tuviera los papeles del divorcio firmados en mis manos, y no porque al señorito se le agotara la paciencia y no pudiera confiar ni esperar. Aunque, de haber sabido sus intenciones... otro gallo hubiera cantado.

*Unai*

A mediados de la semana siguiente, el día que Delia llegaba con su familia, a la que no tenía el gusto de conocer y, a pesar de que Ruth sólo hablaba conmigo por cuestiones de trabajo e ignoraba el hecho de que nuestra situación personal parecía irse, literalmente, a la mierda, me ofrecí a hacer una barbacoa para darles la bienvenida a Los Sauces.

Mientras la hacía, allí en el patio de la finca, esperando a que llegaran, pensé en mi historia con Pecas.

Una historia que había comenzado siendo yo niño y ella, una pollita adolescente.

Una historia que, hasta hacía poco más de dos meses, creí tener olvidada y enterrada, al menos en mi subconsciente y que, con el fallecimiento de mi hermana, había vuelto a resurgir, dentro de mí, con más fuerza y más real que nunca, al darme cuenta, por fin, de que yo no le era tan indiferente como parecía.

Una historia que parecía sacada de una novela y que contenía los mejores ingredientes para no caer en el olvido: amistad, amor, promesas rotas, malentendidos, pasión y un sueño por cumplir, el de Judith. Un sueño del que todos conocíamos y del que, por desgracia, nos habíamos hecho cargo, a conciencia.

Un sueño que, sin querer, me había devuelto al amor de mi vida.

Un amor al que, ahora, más que nunca, y, después de haber escuchado, por casualidad, la conversación de Pecas con el franchute de los cojones no estaba dispuesto a renunciar y por el que iba a pelear con uñas y dientes.

Tenía claro qué era lo que iba a hacer para poner, de una maldita vez, las cosas en su sitio. Y, para ello, sólo tenía que hacerme con el teléfono de ella.

Por otro lado, los preparativos para llevar a cabo la última voluntad de mi hermana ya estaban listos. El próximo fin de semana serían las fiestas patronales del pueblo. Unas fiestas que, a mí, particularmente, me traían

malos recuerdos y de las que hacía mucho tiempo que no disfrutaba. En éstas, cada año, junto con todos los vecinos, se hacía un picnic a orillas del río después de lucir a la Virgen del camino seco, nuestra patrona, por Los Sauces. Se engalanaba el prado con lo típico: luces de colores, banderillas llamativas y música. Por norma general, todos participan llevando algo: comida, bebida, postres... Este año y por expreso deseo de mi hermana, Delia, Aina y Ruth, serían las encargadas de tal menester. Los demás, sólo debíamos asistir y disfrutar en honor de Judith. Cuando unos días antes, se hizo la reunión de la asociación de vecinos en la capilla y les comentamos cuáles eran los deseos de mi hermana, todos se emocionaron y aceptaron encantados. Mi padre y yo también, aunque nosotros, por razones obvias, deseábamos que aquel día pasara cuanto antes, para qué mentir.

—Hijo, estás muy pensativo...—miré por encima del hombro y allí estaban mi padre y los padres de Ruth. Estaba tan ensimismado que ni siquiera los oí llegar—. ¿Va todo bien?

Mi viejo llevaba varios días preocupado por mí. Exactamente desde que había aparecido una noche en su casa anunciando que me quedaría con él un tiempo alegando que, Aina y Pecas, necesitaban intimidad. Evidentemente no me creyó, no obstante, tampoco insistió en el porqué de mi presencia en su casa.

—Sí, papá, todo bien—le sonreí—. Estaba pensado en si poner la mesa debajo de los árboles delanteros de la casona o aquí mismo.

—Mejor aquí mismo, así no tendremos que andar de aquí para allá para servir la comida.

—Tiene razón, doña Emilia, no había caído en eso.

—Muchacho, ¿puedo llevar esto dentro de la casa? —El señor Aníbal me hizo un gesto con la cabeza—. Es el postre y tiene que estar en la nevera.

—Trae acá, hombre, ¿cómo no vas a poder entrar? Ni que fuéramos unos desconocidos—la señora Emilia le quitó lo que traía en las manos y con paso decidido se encaminó a la casa.

—Lo siento, chico, ya sabes cómo es esta mujer—dijo el pobre hombre chasqueando la lengua—. A veces se toma demasiadas libertades. Ya sabes, la confianza da asco—asentí.

—Ella tiene razón, Aníbal, están en su casa, no hay por qué pedir permiso para nada—respondí palmeando su espalda con cariño—. ¿A los caballeros les apetece un vinito?

—Eso ni se pregunta, hijo, traemos la garganta seca.

Mientras esperábamos por los demás, nos tomamos unos vinitos y dispusimos, con la ayuda de la señora Emilia, que parecía un sargento dando órdenes, la mesa.

Ay, señor, lo que me pude reír con aquellos tres con sus: «quita, quita, que esto no se pone así». «Anda, anda, tú que sabrás de poner una mesa, hombre, déjala a ella que es la que entiende de esto». «Se supone que eres mi amigo, deberías estar de mi parte, pelotero». «A callar los dos que me estáis levantando dolor de cabeza». Obedecieron en el acto. Poco después llegaron: Aina, Delia, su marido, el hijo de estos y, por último, Pecas que, con su sola presencia, hizo palpar mi corazón con fuerza, en el pecho. ¡Dios, cómo la echaba de menos!

La comida fue: amena, divertida y nostálgica. Todos teníamos muy presente por qué estábamos allí y, aun así, ninguno lo mencionamos, no hacía falta. Mi hermana se hacía sentir en cada anécdota, en cada carcajada, en cada suspiro; en cada mirada de complicidad y añoranza, en cada rincón de aquella finca y, por supuesto, en los corazones de todos los que allí estábamos. Sí, ella seguía entre nosotros, las personas que tanto la quisimos y que seguiríamos queriendo el resto de nuestras vidas. Alcé la mirada del café que removía, perdido en mis pensamientos y, me encontré con los ojos de Pecas, aquellos ojos verdes que me mataban y me robaban el aliento.

—¡Unai, hijo, no encuentro la botella de agua ardiente para el café! — gritó mi padre desde la casa.

De mala gana aparté la mirada de ella y me puse en pie. «Daría lo que fuera porque ella hiciera lo mismo y me siguiera dentro de la casa», pensé. Pero no lo hizo, claro.

Entré en la casa y busqué la botella que mi padre no encontraba y se la di. Luego, en lugar de salir y volver con el resto, subí al baño y me encerré allí. Hacía un calor de mil demonios y necesitaba refrescarme un poco.

Ojalá sólo estuviera sudando por el maldito calor, pero no, no era sólo por eso.

Pecas llevaba un pantaloncito corto, vaquero, que le sentaba como un guante, marcando su perfecto trasero y dejando a la vista sus hermosas piernas, morenas.

Una camiseta de tirantes, morada y ajustada, muy ajustada, que me hacía babear y deseársela como un loco. Hacía demasiados días que no estábamos juntos y me moría por tenerla entre mis brazos, aspirar su olor, saborearla; acariciar cada rincón de su cuerpo y sentirlo pegado a mí;

Beberme sus besos y tragarme sus gemidos... «Tío, con todo eso que te estás imaginando no ayudas», murmuré, sintiendo la tirantez del vaquero en la entrepierna. Abrí el grifo de agua fría y la dejé correr para, después, directamente, meter la cabeza debajo y enfriarme. De poco sirvió. Por lo visto, tenía la mente demasiado calenturienta.

La sobremesa se alargó hasta, más o menos, la seis de la tarde, hora en la que los vecinos decidieron subir al prado para vestirlo de gala.

Y eso que aún apretaba el calor, no obstante, allí estaban todos dispuestos a aportar su granito de arena, igual que en San Juan.

Inevitablemente, mi cabeza volvió a echar humo al evocar los preparativos de aquel día en el que, Pecas, delante de todo el mundo, consiguió ponerme como una moto sólo con la palma de su mano.

Qué manera de encenderme la piel y, lo que no era la piel, con aquella caricia. Recuerdo que hasta se me nubló la vista y casi gruñí por el esfuerzo de contenerme y no empotrarla contra la parte de atrás del tractor y fundirme en ella. ¿En serio sólo habían pasado dos meses de aquello? Porque a mí me parecía una eternidad.

¿Dónde habían quedado mis propósitos, de aquel entonces, de no permitir que volviera entrar en mi vida? ¿Dónde estaba la determinación de hacer que las pasara putas para conseguir que regresara con su flamante marido, francés? ¿Y lo de ser un cabrón con letras mayúsculas? Si hubiera sido un poco más listo y menos rencoroso, me habría dado cuenta de que, aquella guerra que me impuse enfrentar, para protegerme, estaba perdida antes siquiera de que comenzara, porque, como antaño, ella me tenía a sus pies y comiendo de la palma de su mano. Y no, no me avergonzaba admitirlo porque, en realidad, no había nada en el mundo que me apeteciera más hacer que no fuera adorarla.

—Unai, muchacho, ¿te pones tú con las luces y los banderines?

—Claro que sí, señor Aníbal, yo me encargo.

—Es que verás, hijo, eso de subirse a una escalera y quedar medio colgando en el aire, como que son demasiados malabarismos para nosotros, la mayoría ya no estamos para esos trotes.

—¡Paparruchas, Joaquín, a mí no me llames viejo! Yo soy tan capaz como el chico de subirme ahí y...

—Anda, anda, carcamal, tú y yo mejor nos dedicamos a preparar la zona del bar que se nos da de miedo. ¿O es que acaso quieres caerte y romper una cadera? Mira que a nuestra edad los huesos tardan en soldar, hombre.

—Porque Emilia me mataría, que, si no, ibas a saber tú lo que vale todavía este carcamal. Venga tira, anda, no vaya a ser que Eulogio y Pepe nos quiten el puesto—los dos soltaron una carcajada—. ¡Canija! —Gritó—. Déjate de cháchara y ven a ayudar al chico, no vaya a ser que por mirar para donde no debe, se parta los dientes—ésta puso mala cara y resopló. «Será cabrón el viejo», pensé. No se perdía una.

—Vaya...—exclamé—, cuanta guasa veo en el ambiente. A ver si voy a tener que avisar a doña Emilia para que os eche un ojo...

—Encima de que te hago un favor, ¿te atreves a amenazarnos? Joaquín, tu hijo tiene el cerebro fundido—dijo menando la cabeza de lado a lado y guiñándole un ojo a mi padre.

Los dos se alejaron cuchicheando y muertos de risa hacia el lugar donde se iba a colocar la barra del bar seguido por la curiosa mirada de doña Emilia que, al igual que yo, seguro que pensaba que aquellos dos, se habían pasado un pelín con las gotas de aguardiente en el café.

Pecas se acercó a regañadientes y sin decir una palabra, ni mirarme una sola vez, comenzó a desenrollar luces.

—Si tanto te molesta echarme una mano, vuelve con tus amigas—espeté.

—Cállate, ¿quieres? —y lo hice, aunque lo que realmente me apetecía era zarandearla, por cabezota, y luego comérmela a besos.

En vista de que parecía tanto molestarle estar a mi lado, me propuse hacerme notar un poco más y, me acerqué a ella, por la espalda, con la disculpa de coger de una de las cajas, luces para desenroscar. Se puso tensa en cuanto notó mis piernas rozarse con las suyas, pero no se movió. Me incliné y, con uno de mis hombros, toqué levemente ese trasero que parecía estar pidiendo a gritos mis caricias.

Tampoco se movió. Al incorporarme, hice como que se me caían las luces al suelo, y apoyé una de mis manos, delicadamente, en su cadera. Jadeó quedamente y yo sonreí para mis adentros. Luego, ya incorporado del todo, deje salir, lentamente, el aire retenido en mis pulmones, haciendo que éste, rebotara en la suave piel de su cuello, erizándola al instante. Otro jadeo involuntario.

—¿Te encuentras bien, Pecas? —Le susurré al oído con voz ronca. Se giró y me clavó la mirada.

—No lo sé—musitó sonrojándose—. Siento algo aquí—se posó una mano en el pecho y la deslizó con parsimonia hasta el estómago—, y aquí—

cerró los ojos y se humedeció los labios con la lengua, me estaba poniendo cardíaco—. También siento un cosquilleo aquí—su mano siguió avanzando hacia abajo—. ¿Sabes a lo que me refiero? —Asentí—. ¿Te pasa a ti lo mismo?

—Joder, pues claro que sí—farfullé.

—¡Genial! Pues ahora que ya nos hemos divertido un rato los dos, ¿qué te parece si colocamos las luces? —Solté una carcajada.

—¡Bruja! Un día de estos me vas a matar, mira cómo me has puesto, algo vas a tener que hacer para solucionarlo.

—Claro que sí, eso lo arreglo yo en un pispás.

Miró a un lado y a otro y luego, sonriendo, me dio un empujón y me tiró al río. Con tan mala suerte para ella y, buenísima para mí, que su mano se quedó enredada en las luces que yo llevaba y siguió el mismo camino que un servidor, cayéndose conmigo al agua. Chapoteamos, nos hicimos ahogadillas, nos descojonamos y, finalmente la abracé.

—Te echo de menos, Pecas—susurré sobre sus labios.

—Y yo a ti—musitó sobre los míos.

Cuando ya casi sentía la humedad de su boca, un carraspeó a mis espaldas llamó nuestra atención. Ella escondió la cabeza en mi pecho y yo miré hacia atrás.

Todos los vecinos estaban congregados a la orilla del río para no perderse nada, cuchicheando como cotorras. ¡Mierda!

—¿Os divertís? —Preguntó el señor Aníbal.

—Un poco—respondí avergonzado—. Me he... me he tropezado con esa piedra y me caí al agua. Ruth intentó ayudarme, pero ya ve...—me encogí de hombros.

—Sí, hijo, sí, lo ve él y todos los demás. Anda que... parecéis niños.

Lo ideal hubiera sido que después de aquel juego “inocente” entre ambos, los dos fuésemos juntos a cambiarnos de ropa, así podíamos rematar la faena con un aquí te pillo aquí te mato, pero, el señor Aníbal, que estaba en todo, se puso delante de mí con el ceño fruncido cuando vio mis intenciones de seguir a Pecas.

—¿Adónde te crees que vas, muchacho?

—Pues es evidente que necesito cambiarme de ropa, ¿no? Estoy pingando.

—Pues haberlo pensado antes de tropezar con esa insignificante piedra. No vas a moverte de aquí hasta que mi hija esté de regreso y...

—Pero señor Aníbal...

—Hijo, si te dejamos ir tras ella nos darán las uvas y queremos dejar puestas las luces hoy. Sé buen chico, ¿quieres? —Murmuró mi padre a mi lado para que sólo yo lo oyese.

—Están bien—acepté—, en vuestra conciencia quedará el que me muera por un enfriamiento.

—Sí, sí, enfriamiento dice. Tu hijo cree que hemos nacido ayer, Joaquín.

—¡Jóvenes! —Respondió éste poniendo los ojos en blanco.

Aún seguía recreando en mi mente la imagen de Pecas con aquellas minúsculas prendas pegadas a su cuerpo y, marcando sus generosos atributos, cuando poco más tarde entré en el baño para darme una ducha y cambiarme de ropa, mientras los demás continuaban en el prado.

Ni el bochorno, ni el agua helada del río, ni el ceño fruncido del señor Aníbal, habían conseguido que se me enfriase la zona por debajo de la cintura.

La muy puñetera seguía ardiendo cual cráter de un puto volcán a punto de empezar a soltar lava.

En cambio, sí lo hizo ver, junto al lavabo, el teléfono de ésta.

No dudé de que aquel era el momento que tanto esperaba y, respiré hondo varias veces antes de acercarme a él y cogerlo con manos temblorosas.

Era consciente de que cotillear en un teléfono ajeno no estaba bien, y menos si éste era de la persona a la que amas, pero, juro que fue lo único que se me ocurrió para salir de dudas y seguí adelante sin pensar en las consecuencias.

Unas consecuencias que tardaron en llegar, exactamente, cuarenta y ocho horas, antes del gran día de Los Sauces.

Era viernes, Pecas, Aina y Delia estaban en el salón de casa ultimando algunos detalles del menú, y yo estaba en mi habitación recogiendo algunas cosas que necesitaba, cuando escuché que llamaban a la puerta de casa, con insistencia. No le di importancia y seguí a lo mío hasta que oí la exclamación de Ruth. Entonces me asomé a la puerta de la habitación.

—¡¿Qué estás haciendo aquí?!—Rugió—. ¡¿Qué coño estás haciendo en mi casa, Jean Paul?!!

—He... he venido a buscarte, chérie.

El sonido de su voz me llenó de repugnancia y respiré con fuerza para darme valor. Había llegado el momento de la verdad.

—¡¡Madre, prometiste no volver a inmiscuirte en mi vida!!

—Y no lo he hecho, hija. Yo no.... yo no...

—He sido yo—anuncié mientras bajaba con calma la escalera.

Cinco pares de ojos se posaron en mi persona haciéndome sentir un traidor. Yo sólo tenía ojos para ella y, por la expresión horrorizada de su cara, supe que la había cagado, del todo.

*Ruth*

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies al escucharlo decir, tan tranquilo, que había sido él el causante de que Jean Paul estuviera en el quicio de la puerta, mirándome con ojos de cordero degollado. Que alguien me despertara porque aquello tenía que ser una puta pesadilla. Era tal la furia que sentía burbujear, como una pastilla efervescente, dentro de mí, que ni las palabras me salían.

—Chérie, hace dos días recibí un mensaje tuyo pidiéndome que viniera a buscarte y yo...

—¡¡Cállate!!—Vociferé sin quitarle los ojos de encima a Unai—. ¡¡Tú!! ¡¡Tú!!—Grité señalándole con un dedo—. ¡¿Por qué?! Jamás imaginé que... ¡¿Por qué lo has hecho?! ¡¿Por qué cojones lo has traído a mi casa?!

—Sabes muy bien el porqué, Pecas, te lo dije—respondió acercándose a mí—. Te dije que haría hasta lo imposible por enterrar todas las dudas. Te di la oportunidad de que fueras tú quien me lo contara todo y te negaste...

—No es cierto—lo interrumpí—, no me negué.

—¿No? Entonces, ¿por qué no hablaste conmigo?

—Prometiste confiar en mí, maldita sea... ¡lo prometiste!

—Lo siento, pero no podía quedarme de brazos cruzados mientras él te amenazaba, con no sé qué denuncia, y te ponía entre la espada y la pared para que regresaras a París.

—¡Lo tenía todo controlado, joder! Y ahora... ahora él está aquí, tú lo has hecho venir y yo no quería volver a verlo en mi vida.

—¿Con qué has amenazado a mi hija, sinvergüenza?

Mi madre se plantó delante de Jean Paul con los puños apretados y, en ese instante, fui consciente de que no éramos los únicos que estábamos en el salón. Que, para mi vergüenza, Aina, Delia y mi madre, estaban siendo testigos de aquella mierda.

—¡Contéstame o no respondo! —Amenazó con rabia.

—Mamá—cerré los ojos—, por favor...

—Dime qué es lo que te ha hecho este hijo de mala madre, Ruth, ¡exijo saberlo!

—Aina, Delia, ¿podéis llevaros a doña Emilia a su casa? —Pidió Unai.

—¡No saldré de aquí hasta que no sepa lo que...!

—Doña Emilia, es mejor que nos vayamos y los dejemos a ellos solucionar esto—Aina tiró de ella con suavidad para separarla de Jean Paul—. Venga, acompáñenos, esperaremos fuera.

—Escúchame bien, estirado de mierda...

—No pensaba eso de mí cuando me aconsejó que mantuviera a su hija alejada de este pueblucho y su gente...

—He cometido muchos errores, sí, pero el mayor de todos fue dejar que te casaras con ella—siseó fulminándolo con la mirada—. Voy a bajar a mi casa, cogeré la escopeta de mi Aníbal y te esperaré en la salida del pueblo, a ver si tienes huevos a echarme en cara algo más, valiente. Y a ti—se dirigió a Unai—, te colgaré de las pelotas como no le des su merecido, ¿me oyes?

—Esa es mi intención, doña Emilia, no lo dude.

Boquiabierta miraba a unos y a otros sin dar crédito. Aquello era tan surrealista... Mi madre amenazando, hasta el que no hacía mucho, había sido su yerno del alma, con la escopeta de mi padre. Una escopeta que, por cierto, no existía. Aina y Delia se mantenían al margen, de momento. Unai, que parecía tan calmado y sereno, pura apariencia, estaba deseando ponerle la mano encima y darle su merecido. Y, yo... yo, sintiéndome una mera espectadora sin saber qué decir ni qué hacer. ¿Dónde estaba la cámara oculta?

—Veo que no me recuerdas—le estaba diciendo Unai a Jean Paul después de quedarnos solos los tres.

—¿Debería?

—Nos vimos en París hace un tiempo.

—Veo a demasiada gente a lo largo del día, así que no, no sé de qué me hablas.

—Te refrescaré la memoria... Hace año y medio, más o menos, mi hermana y yo fuimos a tu galería porque ella quería ver a Pe... a Ruth—rectificó—. Hablamos con la chica de información y ella, a su vez, habló contigo. Saliste de tu despacho, nos presentamos, mi hermana te preguntó por ella, y tú sacaste el teléfono. Hiciste una llamada, supuestamente a Ruth, y nos dijiste que ella no podía recibirnos, que estaba demasiado ocupada.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo. Os mentí, nunca hice esa llamada—admitió tan tranquilo.

—¿Por qué me lo ocultaste, Jean Paul? —Exclamé indignada—. ¡¿Por qué nunca me lo dijiste?!

—Chérie, tú estabas reponiéndote de otro de tus abortos, necesitabas estar tranquila y yo estaba tan preocupado por ti...

Será mentiroso el tío. ¡Preocupado, decía! ¡JA! Vi que Unai apretaba las manos y los dientes con fuerza.

—Lo siento, pero no me creo nada—dije poniéndome al lado de Unai, por si las moscas—. Si tan preocupado estabas, ¿por qué no estuviste conmigo en el hospital? ¿Por qué me dejaste sola? ¡También era tu hijo, joder!

—Tenía muchas cosas que hacer, Pierre...

—¡Claro, Pierre! Cómo pude olvidarme de tu amante, él era lo más importante para ti—Unai me miró asombrado—. Por aquel entonces ya me engañabas con él, ahora lo sé, así que no me digas que estabas preocupado por mí porque no te creo una mierda.

—Les mentí porque no quería que volvieras a tener relación con ellos, ¿vale? Sólo seguía el consejo de tu madre.

—¡Ni se te ocurra mencionar a mi madre, cretino! Judith era una de mis mejores amigas y se estaba muriendo, sólo quería despedirse de mí—sollocé—, y tú no se lo permitiste, cabrón. Por tu culpa se murió pensando que yo no quería saber nada de ella.

—¿Y qué importancia puede tener todo esto ahora? ¡Ella ya está muerta, ¿no?!—El puño de Unai pasó al lado de mi cabeza a la velocidad de la luz y se estampó en su cara.

—Fils de pute—farfulló llevando las manos a ésta—. ¡Me has roto la nariz!

—Y no será lo único que te rompa este hijo de puta antes de que abandones este pueblucho, como tú lo llamas—rugió Unai cogiéndolo de las solapas de la americana—. Esa muerta era mi hermana, ¡mi hermana! Da gracias a Dios de que sólo te haya partido la nariz, pedazo de mierda.

—Mira, no sé a qué viene todo esto, tío, yo sólo he venido a buscar a mi mujer...

—Estás aquí porque yo te envié ese mensaje, imbécil. Estás aquí porque eres un miserable y has tenido los santos cojones de amenazarla para que volviera a tu lado. Estás aquí porque en esa amenaza yo estaba incluido y quería comprobar por mí mismo si tienes el mismo valor que has demostrado tener con ella para que me digas a la cara cuál es ese supuesto delito que

hemos cometido. ¡Habla! —Su grito me asustó. Era la primera vez en mi vida que veía a Unai tan furioso.

—¿Piensas que porque te la estás tirando tienes derecho a hablarme así? ¿Quién te crees que eres, el vengador? —Siseó con desprecio intentando zafarse del agarre de Unai.

—Se me está agotando la paciencia, basura.

—Unai, por favor—supliqué.

—La denuncié por competencia desleal, pero después me arrepentí y di marcha atrás. No hay ninguna denuncia, ¿vale?

—No, no la hay porque en mi poder tengo unas fotos con tu “querido” Pierre que demuestran que no sólo tenéis una relación profesional y, te has hecho caquita sólo de pensar en que pudiera sacarlas a luz. Por eso te arrepentiste, porque eres un cobarde que prefiere seguir encerrado en un armario en lugar de aceptarse y ser feliz. Eres tan sumamente egoísta que seguro que ni siquiera te has parado a preguntarle a Pierre qué quería él porque, en realidad, a ti te la suda. Vives de las apariencias y del qué dirán y me das pena, Jean Paul. Me das pena porque estás podrido por dentro y no tienes sentimientos.

—Chérie, escúchame, te lo ruego. Aún podemos ser felices, yo puedo pasar por alto que te veas con este si vuelves conmigo a casa...

—Dios, tío, ¿te estás escuchando? Eres patético.

—¿Y a ti qué te importa? Es mi vida la que estoy tratando de solucionar.

—Me importa porque al contrario que tú yo amo a esta mujer, ¿entiendes? La amé, la amo y la amaré mientras viva, algo que, por lo visto, tú no has sabido hacer en todo este tiempo—sus palabras me llegaron al alma—. A no ser que ella diga lo contrario, quiero que la dejes en paz de una puta vez y te olvides de que existe. Quiero que firmes los papeles de divorcio y desaparezcas de su vida, de lo contrario, me encargaré de que jamás asomes la cabeza de ese armario del que ahora te niegas a salir. ¿Te queda claro?

—¿Te atreves a amenazarme?

—¡Oh, sí, por supuesto que me atrevo! Me atrevo a eso y a mucho más.

—Chérie, ¿no vas a decir nada? —Cerré los ojos y suspiré frustrada. Este hombre era tonto y el pobre no tenía ni idea.

—Contéstame a una pregunta, Jean Paul, ¿alguna vez me has querido o, nuestro matrimonio siempre fue una tapadera para ti?

—Es absurdo si quiera que pienses que...

—Contesta y, por favor, sé sincero por una vez en tu vida.

—Está bien—dijo mesándose el pelo—, pero quiero que él se vaya y nos deje solos.

—Él se queda—manifesté tajante.

—Como prefieras, sólo lo decía por tu bien, pero allá tú—se encogió de hombros—. No, nunca estuve enamorado de ti, no obstante, te quería y, te quiero, como a una amiga. Nos llevábamos bien, nos gustaban las mismas cosas y tu imagen era perfecta de cara a la galería. Juntos formábamos un buen equipo. Siempre tuve clara cuál era mi condición sexual.

—Lástima que te olvidaras de hablarme de ese pequeño detalle.

—Sin embargo, me negaba a aceptarlo, principalmente por mis padres, ellos son muy importantes para mí—continuó, obviando mi comentario.

—¿Ellos o su fortuna?

—Ambos.

—Permíteme que lo dude.

—Como te iba diciendo, tú y yo formábamos un buen equipo, te conformabas que lo que yo te daba y nunca me exigiste nada. Mis padres te adoraban, mis amistades también... ¿qué más podía pedir? Éramos la pareja perfecta. Entonces apareció en mi vida Pierre y me enamoré de él como un tonto.

—Cada uno lo que es—farfulló Unai a mis espaldas.

—Aunque al principio me resistí, al final terminé cayendo y, comenzamos una relación.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —Indagué.

—Casi dos años.

—Me lo imaginaba.

—Chérie, nunca te he maltratado ni te he dicho palabras deshonestas, al contrario, siempre te di todo lo que estaba a mi alcance. Éramos felices hasta que recibiste aquella carta y regresaste aquí.

—Te equivocas, Jean Paul, yo ya no era feliz a tu lado y, sí, tienes razón, nunca me maltrataste, pero la indiferencia a veces hace más daño que un golpe o un insulto. Lo nuestro tenía fecha de caducidad, tú te encargaste de que así fuera mintiéndome desde el principio.

—Chérie, te lo ruego, vuelve conmigo...

—Deja de pedirme eso, ¿quieres? —Espeté con desdén—. Te desconozco, estás aquí delante de mí confesando que durante diez años te has

burlado de mí. Que durante todo este tiempo has fingido un amor que no sentías en absoluto. Que estabas dispuesto a ser padre para tenerme contenta. Que has sido capaz de denunciarme impunemente para obligarme a estar a tu lado.

En cambio, no te escuchado ni una sola vez pedir perdón. Y, aun así, pretendes que dé carpetazo a todo y te dé una oportunidad porque crees que podemos ser felices—me tragué un sollozo—. ¿Felices? ¿Tú y yo, juntos? En estos momentos te odio como jamás he odiado a nadie en mi vida, Jean Paul. Te miro y, de lo único que me entran ganas es de arrancarte la piel a tiras y hacerte mucho daño. Así que no me pidas nada porque, lo único que obtendrás de mí, será lo mismo que yo recibí de ti.

—Cuando recibí tu mensaje pensé que estabas arrepentida y... Es por él, ¿verdad? —¡Madre de Dios, lo de este tío no tenía nombre!

—¡Es por mí! —Grité frustrada—. ¡Por mí! ¡Entiéndelo ya de una puta vez! No te quiero, no necesito nada de ti y me das asco. Nunca podré perdonar lo que me has hecho. ¡Vete! ¡Vete de mi casa! ¡Vete de mi vida!

—Chérie...

—Ya la has oído, más claro el agua. Así que, saca tu culo pretencioso y arrogante de esta casa antes de que te lo patee y te lo deje inservible, campeón—Unai lo empujó hacia la puerta y la abrió—. Si vuelves a acercarte a ella, juro por Dios que te hundiré, ¿me oyes? No descansaré hasta acabar contigo—su mirada, clavada en la de Jean Paul, destilaba una furia que me asustaba—. ¡¡Largo!!—vociferó dándole un empujón.

Afuera, para mi asombro, junto con mi madre, Aina y Delia, estaban mi padre, con su inseparable vara de avellano, el señor Joaquín, con cara de muy malas pulgas y prácticamente todo el pueblo, armados hasta los dientes con herramientas de labranza.

—¿Qué... qué hacéis todos aquí? —Pregunté alucinada.

—Hemos oído rumores de que al pueblo había llegado una rata asquerosa y hemos venido a sacarla de aquí—respondió mi padre caminando hacia Jean Paul—. Hace diez años puse en tus manos el mayor tesoro que tengo en mi vida con la única condición de que la amaras y la hicieras feliz. Y te advertí que, si algún día le hacías daño, tendrías que vértelas conmigo—le dijo blandiendo la vara delante de sus narices.

—Tranquilo, amigo mío, creo que mi hijo ya se ha encargado de acariciarle la cara, ¿no ves cómo la tiene?

—¡En este pueblo estáis todos locos! —Gritó Jean Paul mirándolos con

desprecio.

—En este pueblo cuidamos de nuestra gente, muchacho. El que se mete con uno de sus habitantes, se mete con el resto, así somos. Y tú te has metido con la niña, y a la niña la queremos mucho por aquí, así que, si no quieres que te usemos como abono para la tierra, ¡corre!.

—Papá...—Murmuró Unai. Éste le guiñó un ojo y, Jean Paul, corrió. Corrió como un loco sin mirar atrás ni una sola vez.

—¿Estás bien, tesoro? —Mi madre me abrazó con lágrimas en los ojos.

—Sí, estoy bien, mamá. Ahora estoy bien.

—Me he quedado con las ganas de...

—Déjalo ya, mamá, olvidémonos de él, ¿sí? No merece la pena.

—Pecas, yo...

—¡No me toques! —Escupí con rabia sin dejarlo terminar de hablar—. Nunca imaginé que fueras capaz de hacerme pasar por algo así sólo por saciar tu maldita curiosidad. No me lo esperaba, de ti no—lloré—. Me has decepcionado, Unai. ¡Me has decepcionado! —su cuerpo se tensó, su semblante se crispó y, sin decir nada, se alejó de mí con Trueno pisándole los talones.

Más tarde, después de agradecerles a todos, aquella defensa masiva, que me hizo sentir orgullosa del pueblo y su gente, subí a mi habitación con intención de recoger todas mis cosas. No tenía sentido quedarme allí ni un minuto más. Cuando dije que Unai me había decepcionado, era verdad. Que hubiera hecho venir hasta aquí a Jean Paul me hacía sentirme traicionada y, estaba tan furiosa con él que, no creía que pudiera perdonarlo. Al menos no de momento.

Abrí el armario y los cajones y fui poniendo mis cosas encima de la cama con brío y llorando sin consuelo. Por más que lo intentaba, no acababa de comprender por qué mi divorcio que, debería haber sido sencillo, dada la situación, se había complicado tanto. Bueno, sí que lo comprendía, Jean Paul sólo pensaba en él y en nadie más y todo se había salido de madre. Alcé el canapé y de él saqué mis dos maletas, que puse en el suelo, abiertas, para ir metiendo dentro mis cosas.

—¿Qué... qué estás haciendo, Pecas?

Unai, con cara de horror, me miraba desde el quicio de la puerta de mi habitación. Hizo el amago de entrar, pero tras pensarlo un par de segundos, reculó.

—¿Pecas? —Susurró.

—¿Es que no lo ves? Estoy recogiendo mis cosas.

—¿Por qué? —Su voz sonaba trémula y lo miré.

—Porque me voy.

—¿Por qué? —Volvió a preguntar.

—Porque en estos momentos estoy tan cabreada contigo, por lo que has hecho, que necesito poner distancia entre nosotros, por eso—espeté apartando los ojos de él.

—Lo único que he hecho ha sido poner las cosas en su sitio y, de paso, dejarle claro al franchute que no estás sola, que por muchas amenazas que vierta sobre ti...

—Te lo dije antes y te lo repito ahora, lo tenía controlado, Unai. Lo tenía controlado desde que Aina se lo encontró en un pub de ambiente, en Londres, en actitud muy cariñosa con Pierre, y le hizo fotografías—finalmente entró en la habitación y se puso a mi lado. Me aparté—. La última vez que hablé con él le advertí que, si seguía adelante con su acoso, las publicaría en todos los diarios franceses y todo el mundo se enteraría de quién era en realidad—me limpié las lágrimas con el dorso de la mano—. Le dejé claro que estaba dispuesta a todo y...

—Escuché esa conversación.

—Entonces si la escuchaste, ¿por qué lo hiciste venir hasta aquí? Y no me digas que fue para que te demostrara lo huevos que tenía porque es absurdo, Unai.

—Lo hice porque también escuché otra conversación en la que decías que tendrías que volver a París, que todas tus cosas estaban allí y, yo...

—¡Nunca dije que me quedaría allí!

—Ya, pero no...

—Eso es lo que pasa cuando escuchas conversaciones ajenas tras una puerta, que entiendes lo que no es.

¡Y claro, como tenías prisa por saber, porque eres un puto impaciente, se te ocurrió la brillante idea de traerlo aquí!

—Escucha, Pecas...

—¡No, escúchame tú! —Grité golpeando con furia su pecho con el dedo índice—. ¡Me has traicionado! ¡Me has decepcionado! Hasta este día, hubiera puesto la mano en el fuego por ti con los ojos cerrados. En cambio, ahora...—alcé la mirada al techo y chasqué la lengua—. No confiaste en mí. Te lo pedí y aun habiéndomelo prometido, no lo hiciste. Ahora no sé si quiero estar con una persona que duda de todo lo que hago. No sé si quiero

estar contigo.

—No has entendido nada de nada, ¿verdad?

—Lo único que he entendido es que con tal de saciar tu curiosidad no pensaste en lo que provocaría en mí ver a Jean Paul. Y lo único que ahora entiendo y tengo claro, es que sin la confianza...

—¡Me cago en la puta confianza! —Rugió sobresaltándome—. ¡Lo que hice fue por miedo!

—¿Miedo?

—¡Sí, miedo! ¡Te quiero tanto que sólo pensar en perderte de nuevo, me aterra!

—Unai, yo no...

—La última vez que te fuiste de Los Sauces te casaste, te instalaste en otro país y yo perdí al amor de mi vida. Me quedé hecho polvo, sufrí, como no te puedes imaginar, y con mucho esfuerzo y el paso del tiempo, conseguí retomar mi vida lejos de ti.

Regresas diez años después y, aunque intenté que no fuera así, segundo a segundo, minuto a minuto, hora a hora y día tras día, vuelves a colarte en mi interior haciéndote dueña, otra vez, de mi corazón y de todo mi ser—suspiró y yo gimoteé—. Te quiero, Pecas. Te quiero con toda mi alma. Perdóname por haber sentido pavor al escucharte decir que debías regresar a París y que, ese miedo, me hiciera luchar con uñas y dientes por ti. Por lo nuestro. Perdóname por ser tan condenadamente estúpido como para creer que entenderías que, trayendo a Jean Paul aquí, mataríamos todos los pájaros de un tiro y por fin seríamos libres para amarnos—volvió a suspirar, esta vez con más fuerza—. Fue el miedo a perderte lo que me hizo actuar así, Pecas. Si no eres capaz de entenderlo, si no eres capaz de ver cuánto significas para mí, si a pesar de todo sigues creyendo que la confianza es la culpable de esto, entonces vete.

—Unai, por favor yo...

Salió de la habitación dejándome con la palabra en la boca. Lo último que escuché, fueron sus pasos en la escalera y, después, el sonido de la puerta al cerrarse de un golpazo. ¡Mierda! ¿Qué narices me pasaba? ¿De verdad era tan egoísta que no veía que lo único que había hecho este hombre por mí, era amarme como un loco? ¿De verdad iba a ser tan idiota de ser yo quién lo perdiera a él? No, por supuesto que no.



Unai

El domingo amaneció un día espléndido, con un cielo totalmente azul, limpio de nubes, y un sol que auguraba mucho calor. En cambio, dentro de mí se estaba librando la peor tormenta de mi vida. Me sentía hundido, derrotado y cansado; harto de luchar, harto de dar siempre el brazo a torcer, harto de todo. Quizá me había equivocado al dejarme llevar por mis sentimientos y luchar por mi relación con Pecas. Quizá ésta no me quisiera tanto como yo a ella y me había hecho ilusiones en vano. De hecho, la otra noche, cuando le confesé abiertamente lo que sentía, mi miedo a perderla, mi miedo a no volver a sentirla, ella no dijo nada.

De su boca no salió ni una sola vez una palabra que me demostrara que estaba en el camino correcto y que mis sentimientos eran correspondidos; tampoco de agradecimiento, sólo reproches y más reproches y, por supuesto, la puta confianza. Creo que, en mis treinta y cinco años de vida, jamás escuché nombrar tanto esa maldita palabra. Suspiré.

Lo superaría, haría hasta lo imposible por hacerlo, igual que la otra vez. Y, para colmo, era el gran día de Los Sauces. Era el día de cumplir con la voluntad de mi hermana.

Me había levantado de la cama, a regañadientes, antes de que amaneciera, para subir al prado y colocar lo que sería la mesa para la gran comida: unos caballetes y unos tablones de madera que albergarían un total de sesenta personas, sin contar con los vecinos de los pueblos colindantes que se sumarían a nuestra fiesta patronal.

Mi padre y el señor Aníbal, habían aparecido por el prado cerca de las ocho de la mañana; uno canturreando y portando en las manos un rollo de papel azul que pondríamos de mantel, el otro, silbando sin cesar y con una bolsa llena de cubiertos de plástico y servilletas, levantándome ambos, dolor de cabeza. Lo sé, estaba irascible y me molestaba hasta el vuelo de una mosca, pero no podía hacer nada para evitarlo, estaba jodido. Muy jodido, para qué mentir. Aun así, no dije nada. ¿Para qué? ¿Para preocuparlos? ¿Para

tenerlos encima de mí dándome la turra? ¿Para amargarles el gran día? No, ellos no se lo merecían y por eso disimulé todo lo que pude, pero, por las miradas y gestos de aquellos dos, no lo debí hacer muy bien. No obstante, ellos tampoco dijeron nada y siguieron a lo suyo, respetando mi silencio y mi malhumor.

Poco tiempo después de estar los tres allí arriba, noté movimiento en la casa que hasta hacía bien poco había compartido con Pecas y miré de reojo.

Ésta, ataviada con un minúsculo pantalón de deporte y una camiseta, cargaba el maletero del coche, del señor Aníbal, de lo que parecían ser bandejas y otras cosas que, por la distancia, no pude ver bien. Sí, allí seguía tras su amenaza de recoger todas sus pertenencias y largarse.

No sé si aquello sería una buena o mala señal, yo preferí pensar que lo primero, así de gilipollas era, para qué vamos a engañarnos. Aina también salió cargada hasta los topes y, supuse que se dirigirían a casa de la señora Emilia, lugar que habían escogido como centro de operaciones culinarias, ya que nuestra cocina era demasiado pequeña y no había sitio para tantos trastos.

Se subieron al coche, arrancaron, y las seguí con la mirada hasta perderlas de vista.

El primer volador, anunciando el día festivo, retumbó en mis oídos pasadas las diez de la mañana, haciéndome gruñir y maldecir, todo a la vez. Odiaba esa fiesta, odiaba el motivo de mi presencia en ésta y, odiaría los días siguientes, y los siguientes, y los siguientes, porque ya no tendría a Pecas a mi lado, al menos no como yo deseaba.

—Hijo—mi padre se acercó a mí y puso su mano en mi hombro, con cariño—, esto ya está listo, deberíamos bajar a casa y cambiarnos para asistir a la misa.

—Sí, nos queda poco tiempo.

—Oye, muchacho—dijo el señor Aníbal poniéndose del otro lado—, sea lo que sea que te ronda la cabeza, pasará. Mi canija es muy testaruda, pero tiene el corazón muy grande y es buena gente. Dale tiempo. Nunca llovió que no parara.

—Lo sé, don Aníbal, lo sé. Gracias.

Y lo sabía, claro que lo sabía, no tenía ninguna duda al respecto. Pero también sabía que un servidor no daría un paso más para que nuestra situación cambiase, ya había dado todos lo que se podían dar y, hasta el momento, el resultado había sido nefasto. No, no sería yo el que suplicara esta vez, lo tenía claro no, cristalino.

Bajé a casa: me duché, me vestí y, mientras esperaba al viejo en el patio, me mentalicé para afrontar el día lo mejor que pudiera y, también, a pesar de todo, intentar disfrutarlo el máximo posible. No por mí, sino por mi hermana que, al fin y al cabo, era a quien iba dedicada la celebración. Sabía que a ella no le gustaría verme hecho polvo y, por ella, sólo por ella, haría el esfuerzo.

Mi padre y yo llegamos a la plazoleta de la iglesia, que estaba prácticamente llena, en silencio; supongo que ambos pensando en el día que teníamos por delante. Saludamos a unos y otros y, en cuanto doña Emilia nos vio, nos hizo un gesto con la mano para que nos acercáramos. Ella y el señor Aníbal estaban frente al atrio que habían sacado de la iglesia, desde el cual el padre Miguel oficiaría la homilía. Pecas estaba un poco más allá, junto a la familia de Delia y acompañada de su inseparable Aina. Nuestras miradas se encontraron y, como siempre sucedía, me quedé atrapado en esos ojos felinos que me mataban. Decir que estaba preciosa, era quedarse corto. Llevaba un vestido veraniego, de tirantes anchos, en tonos lila y blanco, que la hacían parecer una muñeca. Un amago de sonrisa asomó en sus labios y le correspondí. ¡La echaba tanto de menos!

Fue el sonido de las gaitas y el tambor, que anunciaban que nuestra patrona, la Virgen del camino seco, estaba a punto de ser sacada de la capilla, el encargado de romper aquel ínfimo momento de conexión entre los dos, obligándonos a desviar la mirada y concentrarnos en el párroco.

Si alguien me preguntara de qué habló el padre Miguel, sinceramente, no sabría qué responder.

No porque no me interesara, sino porque, inevitablemente, toda mi atención estaba puesta en ella y en la chispa de esperanza que provocó dentro de mí con su media sonrisa.

—Hijo—me susurró mi padre al oído—, ¿no vas a ir a comulgar?

—No, no tengo hambre, ya sabes que a mí...

—¡Por Dios bendito, lo que tiene que escuchar una! —Doña Emilia me miraba estupefacta—. Eso que acabas de decir es una falta de respeto muy grande hacia nuestro señor, Unai, si tu abuela y tu madre levantasen la cabeza...—me reprendió meneando la suya—. ¡Qué vergüenza, Dios santo, qué vergüenza!

—No se sulfure, doña Emilia, era sólo una broma, mujer, por supuesto que iré a comulgar, ¡faltaría más! No vaya a ser que el señor me fulminé y me lleve directo al infierno—me guaseé.

—Muchacho, no es por nada, pero te estás ganando una colleja de mi esposa—me advirtió el señor Aníbal—. Estas cosas para ella son sagradas, hombre, no la busques, que la encuentras.

Seguido por la severa mirada de la mujer, me coloqué en la fila dispuesto a tomar aquella cosa redonda y blanca que llamaban hostia sagrada. Después, mientras el coro formado por, Eudosia, Casilda, Sagrario y la propia doña Emilia, cantaban algunos himnos y salmos, yo me escabullí al cementerio, buscando un poco de soledad y tranquilidad. El barullo de la gente siempre me había agobiado.

Cometí mi primer pecado después de haber comulgado, en cuanto doblé la esquina de la capilla y del pequeño jardín de ésta, robé tres rosas.

Una para cada una de las mujeres más importantes de mi vida. Qué Dios me perdonase por ser un delincuente, pero es que no lo pude evitar. Suerte que la señora Emilia no me había visto, de lo contrario, no dudaba en que me haría pagar la penitencia por el hurto. Sonreí al pensar en ello mientras caminaba entre las tumbas. Fue entonces cuando las vi.

Pecas, Aina y Delia, se encontraban frente a la tumba de mi hermana cuchicheando entre ellas. Por lo visto no era el único que había dejado plantado al coro del pueblo en plena actuación. ¿De qué estarían hablando? Con sigilo, para no ser visto, di unos pocos pasos más, me oculté detrás de unos nichos y, como ya venía siendo costumbre en mí, escuché parte de su conversación.

—La echo mucho de menos.

—Y nosotras también, Delia. Todo el mundo la extraña, y más en un día como hoy.

—Tienes razón, Aina, el quince de agosto era su día preferido del año —musitó Pecas—. ¿Os acordáis de aquella vez que fingimos no acordarnos de su cumpleaños?

—Por supuesto—Aina y Delia respondieron a la vez.

—Se enfadó tantísimo, a pesar de que por la noche tuvo su fiesta sorpresa, que estuvo sin hablarnos dos semanas, y todo por tu culpa, Ruth.

—¿Por mi culpa?

—Claro, tú fuiste la que tuvo la gran idea.

—¡Venga ya Delia, todos estábamos en el ajo!

Recordaba aquel día como si fuera ayer, y no, no todos estábamos en el ajo. Un servidor no sabía nada de la fiesta sorpresa y, para castigar a aquellas tres brujas por olvidarse de mi hermana, me dediqué a perseguirlas toda la

tarde y a tirarles petardos a los pies. ¡Lo que me divertí viéndolas saltar y aullar de miedo! Sí, esa fue mi cruel venganza.

—Unai nos tuvo corriendo de un lado a otro para vengarse—dijo Aina sonriendo.

—Cierto, yo tengo una bonita cicatriz en la espinilla por culpa de uno de sus petardos.

Sí, aquello también era verdad. La situación se me había ido de las manos y no medí las consecuencias de mis actos. Delia se llevó la peor parte de mi venganza particular, y a mí me dieron una buena tunda por ello.

—¡Qué cabronazo era! —Manifestó Aina. Yo sonreí oculto por la piedra. Sí que lo era, sí—. Por cierto, Ruth, ¿Ya has tomado una decisión?

—Sí.

—¿Y? —Indagó Delia impaciente.

—Voy a hacerlo.

—¿Estás segura, cielo?

—Nunca he estado más segura de algo en mi vida. Necesitaré vuestra ayuda si las cosas se tuercen.

—Por supuesto, cuenta con nosotras.

Estuvieron unos minutos más allí, en silencio, cada una perdida en sus pensamientos y luego se marcharon.

Cuando estuve completamente seguro de que estaba solo, salí de mi escondite y me situé justo en el mismo lugar en el que ellas habían estado.

¿De qué iba la última parte de su conversación? ¿De qué decisión hablaban? ¿Pecas finalmente iba a marcharse de Los Sauces? ¿Era eso? La mente me iba a cien por hora soltando pregunta tras pregunta sin que consiguiera dar con ninguna respuesta y me angustié. No sé cuánto tiempo estuve allí, pero debió de ser bastante.

—Hijo—la voz de mi padre me sobresaltó—, la procesión acaba de salir.

—Lo siento, papá, se me ha ido el santo al cielo. Vamos.

Subimos hasta el prado en procesión, detrás de la Virgen del camino seco. Imagino que muchos orando y suplicando que sus necesidades y enfermedades fueran atendidas por el señor y nuestra patrona. Yo en cambio, iba, para no variar, perdido en mis pensamientos y lamentando mi mala suerte en la vida. Una vez arriba y colocada la Virgen en el lugar destinado para ella, el padre Miguel pronunció un responso en honor a mi hermana y al resto de difuntos del pueblo que todos escuchamos con verdadera atención y

emoción. Después, comenzó la celebración.

La comida, a base de: tartaletas de salmón ahumado y espinacas; saladitos de atún, queso, y sobrasada ibérica; consomé de marisco, de primer plato, carne guisada con patatas, de segundo y, de postre, la típica tarta de la abuela fue exquisita de principio a fin; y el mérito era de la mujer que tenía sentada al otro extremo de la mesa y, de la cual, era incapaz de apartar los ojos. «No te vayas, por favor—rogué en silencio—. No te vayas».

El resto del día estuve muy raro. Físicamente me encontraba bien, pero nada más.

Estuve la mayor parte del tiempo ausente, batallando con esa parte de mí que me gritaba que me dejara de gilipolleces y cogiera a Pecas y la obligara a quererme.

Batallando con ese miedo que se me había incrustado en el alma, a que ella se acercara a mí y me dijera que se iba. Desilusionado porque, aquella chispa de esperanza que había brotado en mi interior, durante la homilía, se hubiera evaporado tan pronto. Y, tenerla a ella pululando tan cerca de mí y al mismo tiempo tan lejos, no ayudaba en absoluto.

Darme cuenta: al verla bailar, reírse, hablar y bromear con la gente, de que yo parecía ser el único que sufría por lo nuestro, me destrozaba por dentro y, me estrujaba los pulmones haciendo que, respirar, fuera casi imposible. ¿Qué había hecho, aparte de quererla con toda mi alma, para merecer aquello? Amar alguien con todas tus fuerzas, todo tu ser y toda tu alma no era pecado, ¿verdad? Pues lo parecía.

Con la disculpa de sacar a Trueno a dar su paseo, busqué a mi padre entre la gente para que me diera la llave de casa, necesitaba alejarme de allí y aquella era la única excusa que se me ocurría sin quedar en evidencia. No lo vi por ninguna parte. A quien sí vi, y por ello empezaron a temblarme las rodillas y a sudarme las palmas de las manos, fue a Pecas caminar en mi dirección. Automáticamente retrocedí en el tiempo y me vi a mí mismo acercándome a ella y, suplicándole, después de confesarle mis sentimientos, que me esperara. ¡Qué ridículo me parecía ahora aquello! Aina y Delia estaban en el centro del puente, pendientes de nosotros.

—¿Podemos hablar? —Preguntó con voz queda.

—Estaba a punto de ir a buscar a Trueno para darle su paseo y...

—Sólo será un momento—¿estaba nerviosa o eran figuraciones mías?

—. Ven.

Extendió su mano, tomó la mía y tiró de mí hacia los sauces, su rincón

favorito de allí arriba. ¡Joder, estaba muerto de miedo!

—Vas a decirme que te vas, ¿verdad? —Tardó lo que me pareció una eternidad en contestar.

—Verás—cerró los ojos y suspiró con lentitud—, lo cierto es que no sé por dónde empezar. En mi mente parecía mucho más fácil hacer esto. Estoy un poco nerviosa—asentí sin saber qué otra cosa hacer ni qué decir—. Siento muchísimo todos los malos momentos que te hice pasar y siento haberte hecho tanto daño.

—¿De qué estás hablando? —Tenía la mente en blanco y sólo podía pensar en su marcha.

—Hablo de que hace veinte años, en este mismo lugar, un muchacho de quince años me dijo que me quería. Hablo de que, a ese muchacho, le hice una promesa sin pensar en el daño que causaría incumplirla. Hablo de lo ciega que estuve entonces para no ver que tus sentimientos eran reales y no una tontería de adolescente. Hablo de todo lo malo que ha tenido que pasar en nuestras vidas para que hoy, veinte años después, ambos volvamos a estar aquí; la muerte de Jud, mi matrimonio con Jean Paul, el divorcio, la mala relación con mi madre...

—Entiendo—musité.

—He sido tan egoísta contigo cuando, lo único que tú has hecho en todo este tiempo ha sido quererme que... Lo siento mucho, Unai, lo siento de veras, yo... no lo hice intencionadamente—se pasó la mano por la cara, ansiosa—. Sé que ha pasado mucho de aquella promesa y, después de todo lo ocurrido, puede que sea tarde, pero, estoy aquí, a tu lado y, no pienso irme a ninguna parte si no es contigo. Te quiero, Unai. Te quiero más que a mi vida. Una vida que solo merecerá la pena si me dejas devolverte todo el amor que te debo, y hacerte feliz.

—Pecas...—murmuré: azorado, emocionado y con ganas de comérmela a besos.

—Tú eres lo único que me importa, Unai, nada tiene sentido si no estás conmigo—me miró a los ojos—. Te quiero—dio un paso hacia mí—. Te quiero—acarició con sus manos mi cara—. Te quiero—aspiré su aliento, cálido—. Te quiero—pronunció antes de que la silenciara con mis labios.

Aquel día, por fin, vi cumplido mi sueño. El único que no había variado con el paso del tiempo. Amarla y que me amase hasta que la muerte nos separase.

Ella tardó un poquito más en cumplir el suyo...

EPÍLOGO



Años después...

Cierro el cuaderno y me abrazo a él soltando un suspiro hondo y emotivo. «¡Vaya! —Pienso—. ¡Menuda historia!». Más o menos sé lo que sucedió después, he oído lo de la inauguración de “La posada de las Libélulas” infinidad de veces; pero, jamás imaginé que ellos tuvieran que pasar por tantas dificultades para ser felices. Conozco a la mayoría de las personas de las que hablan, han formado parte de mi vida desde que tengo uso de razón. En cambio, jamás oí hablar ni de ese tal Jean Paul, al que desde ya odio profundamente, ni de Minerva, ¿qué habrá sido de ellos? Siento muchísima curiosidad... Si les pregunto, ¿me responderán? ¿O los habrán enterrado en algún rincón de su memoria? Entendería perfectamente que lo hicieran con el franchute ese, pero no con ella, parecía buena chica. Me incorporo en la cama, ansiosa. Necesito hablar con ellos.

Mientras me visto, miro por la ventana. Hace unas horas que empezó a nevar copiosamente y está todo cubierto: las montañas, las ruinas del castillo, el prado, el puente...

La imagen que tengo ante mí de Los Sauces podría pasar perfectamente por una postal navideña. Me encanta estar aquí; se respira tanta paz y tranquilidad en esta época del año... Bajo las escaleras y, ya junto a la puerta principal, me calzo las botas de agua; me pongo el anorak, el gorro de lana, la bufanda, los guantes y salgo.

Respiro hondo para cargar los pulmones del aire limpio y puro que me azota la cara y me respigo. Hace un frío que pela. No obstante, me tomo con tranquilidad los dos minutos que dura el recorrido hasta la casona, dejando que los copos de nieve me empapen la ropa y, se deshagan en mi cara, igual que cuando era niña.

Antes de abrir la puerta, ya oigo ladrar a Tormenta, la última descendiente de Trueno. El pobre ya murió hace algunos años, yo sigo echándolo muchísimo de menos. Quiero a Tormenta, la adoro, pero él era muy especial para mí. Entro, me quito la ropa húmeda, la cuelgo de las perchas del recibidor y asomo la cabeza en el enorme salón. La chimenea está

encendida, desprendiendo un agradable calor; las luces del árbol de navidad titilan sobre las paredes, llenándolas de luz y color; la mesa está puesta con los típicos adornos de esta época y dispuesta a acoger a toda la familia para la gran cena de esta noche.

—¡Mamá! —Grito al no verla pululando por allí—. ¡Mamá!

—Estoy en la cocina, tesoro.

Allí está, sí, junto a la isla de la enorme cocina, concentrada, preparando lo que parecen ser los aperitivos para la cena. A sus sesenta y cinco años, mi madre sigue siendo una mujer hermosa; con sus arrugas, su cuerpo algo más rollizo y, muchas cosas vividas a sus espaldas, de las que no tenía ni zorra idea. La quiero con locura, ahora, si cabe, más. Alza la mirada y, esos ojos verdes que mataban a mi padre, cada dos por tres, me miran risueños. Me acerco y, sin que se lo espere, la abrazo con fuerza y le lleno la cara de besos.

—¡Viva la madre que me pario! —Grito con júbilo.

—Ay, hija, estás como un cencerro, ¿lo sabías?

—Sí, y ahora también sé que eso te lo debo a ti. Por lo visto, el abuelo Aníbal tenía razón cuando me decía que era igual que tú.

—A alguien tendrías que salir, ¿no? —pongo los ojos en blanco y me encojo de hombros—. ¿Y bien? —indaga—. ¿Ya has acabado de leerlo?

—Ajá—digo acercándome al fregadero para lavar las manos y ayudarla.

—¿Y?

—Me ha gustado mucho, mamá. Es absolutamente maravillosa. No tenía ni idea de todas las cosas por la que tuvisteis que pasar papá y tú.

—Así es, hija, pero gracias a Dios aquí estamos, juntos y felices.

—¿Por qué no me dijiste, cuando me diste los cuadernos, que era vuestra historia?

—No lo sé, supongo que no quería que hicieras preguntas antes de leerlo.

—¿Sabes? No me imagino a la abuela Emilia tratándote tan mal, no me lo esperaba de ella.

—Tu abuela era una arpía, canija...

Mi padre entra por la puerta de atrás, cargado hasta los topes de troncos de leña, que deposita en un gran cesto de mimbre, para la chimenea. Al igual que mi madre, él no ha perdido ni un ápice de su atractivo, es guapo por dentro y por fuera. Sobre todo, por dentro, ese corazón suyo vale oro.

—Unai, por Dios, no te pases—mi madre lo fulminó con la mirada.

—No me has dejado terminar, Pecas, también iba a decir que, afortunadamente para todo el mundo, ella cambió sorprendiéndonos a todos —me guiña un ojo y sonrío.

—Te miro y no me lo puedo creer—digo aparentando sorpresa—. ¡El mismísima Adán de Los Sauces, en persona!

—Te dije que era mala idea dejar que la niña leyera la historia, Pecas, hay cosas muy personales escritas en esos cuadernos.

—Bah, como decía mi padre, en paz descanse, ¡paparruchas! ¿Acaso crees que tu hija, con veintiocho años es nueva y se chupa el dedo?

—Por supuesto que no es una santa, pero coño, ahora le has dado munición de sobra para burlarse de mí, como si no lo hiciera ya bastante.

—Anda, papi, con lo que yo te quiero...No te enfurruñes, hombre, que estamos en Navidad—lo abrazo y me lo como a besos. Él se descojona y me hace cosquillas.

Adoro a mi padre, es un hombre increíble y, después de leer lo que leí, pienso que se merece un monumento por todo lo que tuvo que pasar. No digo que mi madre no haya sufrido, al contrario, pero es que él... él... Dios, ojalá algún día yo encuentre a alguien que me quiera con mi padre quiere a mi madre. Con ese amor tan incondicional que superó cada obstáculo, cada barrera y cada escollo en el camino.

—Canija...

—Ese mote es de mamá—digo.

—Lo era, tú lo heredaste en cuanto el abuelo Aníbal te cogió por primera vez en sus brazos.

—Entonces me lo quedo—manifiesto—. Ejem, ahora que estamos los tres solos, me gustaría haceros unas preguntas, ¿puede ser?

Mi madre mira primero el reloj y después a mi padre. Éste se hace el loco y le da una palmadita en el trasero con cariño.

—En poco más de media hora, tu abuelo Joaquín, tu abuela y, tus tías Delia y Aina, entrarán con toda la recua por esa puerta. ¿Crees que tienes tiempo suficiente para saciar tu curiosidad?

—Pues no lo sé, mamá, probemos...

—Está bien, dispara—dice mi padre sentándose en uno de los taburetes.

—¿Cuál fue el motivo de escribir vuestra historia? ¿Qué os llevó a ello? —Meto en la boca una uva pasa y mastico. Ellos se miran y sonrían.

—Tú, canija, tú fuiste el motivo.

—Anda ya, papá, qué cosas tienes.

—Es verdad, cielo, dos meses después de nuestra definitiva reconciliación, nos enteramos de que estaba embarazada de siete semanas. Imagínate, estábamos muy contentos, pero a la vez muertos de miedo, dado mi historial clínico. Lo primero que dijo el doctor, fue que tenía que guardar reposo absoluto...

—Y, como no podía hacer nada más que estar tumbada o sentada, y yo tenía que estar en la casona trabajando a contrarreloj, porque la obra ya se había alargado demasiado tiempo, y tu madre se aburría como una ostra, le propuse escribir lo nuestro...

—Para que siempre tuviéramos presente que nuestro amor había podido con todo y que ya nada, ni nadie, nos separaría.

—Pero en el segundo cuaderno está escrito también por ti, ¿no papá? Al menos eso parece.

—Así es. Una vez terminada la obra, como ya te contamos en alguna ocasión, decidimos aplazar la inauguración de la posada hasta después de tu nacimiento, así que, me pasaba las tardes tumbado con tu madre escribiendo. Fue una manera diferente de saber cómo habíamos vivido nuestra historia cada uno.

—Qué bonito—digo suspirando—. ¿Por qué nunca os casasteis?

—Porque no necesitábamos un papel que reflejara nuestra unión ni nada por el estilo.

—Tu abuela intentó convencernos varias veces porque, según ella, vivíamos en pecado, y encima con una criatura. Ya sabes cómo es. Evidentemente no la escuchamos e hicimos lo que nos dio la gana.

—¡Pobre, mujer! Lo que debe haber sufrido por vuestros pecados, hoy le preguntaré al respecto—amenazo.

—¡Ni se te ocurra! —Me advierten los dos a la vez.

—¿Volvisteis a saber algo de tu exmarido, mamá?

—Oh, sí—responde mi padre con regocijo—, nosotros y creo que el resto del mundo.

—No tienes remedio, Unai, si mi madre estuviera aquí, te diría que tu sitio está en el infierno por alegrarte de los males ajenos.

—No lo creo, es más, apuesto a que esta parte la contaría ella con pelos y señales, poniéndolo como claro ejemplo de que, el señor de los cielos siempre da el pago según la obra.

—¿Qué pasó? —Pregunto curiosa.

—Jean Paul hizo socio a Pierre en la galería de París y también en la que más tarde abrió en Londres y, por lo visto, éste fue desviando dinero de las cuentas principales de la empresa a una propia.

—¿Me estás diciendo que le robó?

—Así es, canija, pero eso no es todo. Cuando él se enteró, evidentemente lo denunció, y Pierre, que visto lo visto, no era trigo limpio, sacó a luz: fotografías, vídeos, mensajes morbosos... fue un bombazo a nivel mundial, el franchute lo perdió todo.

—Me gustaría poder decir que me da lástima, no es así—me encojo de hombros—, y estoy con la abuela, Dios es muy justo con sus pagos—cojo un puñado de nueces y lo miro—. ¿Y Minerva? ¿Sigues teniendo contacto con ella?

—Minerva se casó con Matías cuando lo destinaron a Valladolid. Siguieron viniendo al pueblo hasta que su tío Pepe falleció, desde entonces no hemos vuelto a verla. No obstante, hablo con ella por teléfono un par de veces al año, lo típico, por estas fechas y poco más.

—Me dio la sensación, al leer vuestra historia, de que era una buena persona.

—Sí, lo era y lo es. Al principio yo no podía verla—confiesa mi madre—, sin embargo, con el tiempo me demostró que estaba equivocada respecto a ella.

—¿No te importó que papá siguiera manteniendo relación con ella?

—Para nada. Si veinte años no habían servido para que dejara de quererme, ya nada lo haría. Confié en él plenamente—sus manos se unen en una caricia tierna.

—Al final de la historia, papá dice que aquel día él cumplió su sueño. ¿Cuándo cumpliste tú el tuyo, mamá? ¿Cuándo abristeis la posada y te ocupaste de la cocina? Porque tu sueño era ser cocinera, ¿no?

—Sí, siempre quise ser chef, por eso me fui a París a estudiar a una de las mejores escuelas de cocina. Sin embargo, ese sueño pasó a un segundo plano cuando confirmamos el embarazo—acaricia mis mejillas con ese amor incondicional que siempre me ha demostrado y me emociono—. Mi sueño se cumplió el día que te tuve en mis brazos por primera vez, Judith. Ese día supe que serías lo más importante para mí y que, haría todo lo que estuviera en mi mano por ayudarte a realizar los tuyos.

—Te quiero, mamá. Os quiero a los dos con toda mi alma—manifiesto

poniéndome en pie, llorando como una magdalena y abrazándolos con fuerza —. No sé qué sería de mí sin vosotros...

—Sois las dos mujeres más lloronas que pisa la tierra, ¿lo sabíais? —
Asentimos.

—Tengo una última pregunta—me limpio las lágrimas e intento sonreír —. ¿Por qué habéis querido que la leyera vuestra historia ahora y no antes?

—Bueno, nuestra intención nunca fue que la leyeras, es algo muy nuestro, íntimo y personal—responde mi madre con voz queda—. No obstante, desde que llegaste, hace ya una semana, estás triste, cabizbaja y te pasas los días encerrada en casa porque, esa editorial de Londres, en la que es tu sueño trabajar te dijo que no, que, tu padre y yo creímos que sería una buena idea que leyeras nuestra historia.

Suspira.

—Tesoro, lo único que pretendemos con ello, es que entiendas que por muy cuesta arriba que se pongas las cosas, por muchas negativas que recibas, por muchos palos que te golpeen y te derriben al suelo, te levantarás y seguirás luchando porque, la vida se trata de eso, de luchar. Y siempre, siempre, mientras sigas respirando, ¡siempre! tendrás un sueño por cumplir.

FIN



AGRADECIMIENTOS



Siempre y para no variar, a Dios, por cumplir mi anhelo y darme su respaldo. A mi familia, en especial a mis padres, por inculcarme los valores más importantes de la vida: el amor, el respeto y la lealtad. A mis hermanos, por su apoyo incondicional y por quererme como me quieren. ¡Siempre juntos!

A mi marido y mi hija, las dos personas más importantes de mi día a día. ¡Os quiero con locura!

A mis lectoras beta: Mari, Sheila, Vane, Sonia y mi mami, por vuestra implicación en todo lo que propongo, por vuestro entusiasmo, por vuestros mensajes... por todo. ¡Gracias por estar ahí!

A todos esos grupos de Facebook y Twitter que me permiten promocionar mis historias en sus muros. Hacéis una labor muy bonita al ayudarnos a los autores indi desinteresadamente. ¡Millones de gracias!

Y por último y no menos importante, a ti, sí, a ti que estás leyendo estás letras, gracias por dar una oportunidad a mis historias, siempre lo digo, pero es que la verdad, los lectores sois lo más importante, sin vosotros lo que hago no sería posible. ¡Se os quiere!

¡¡GRACIAS!!

SOBRE LA AUTORA



Virginia, nació hace 39 años en Oviedo (Asturias), donde reside desde los 14 años. Hasta esa edad, vivió en un pueblecito a las afueras de Oviedo, donde, ella misma confiesa, vivió una de las etapas más felices de su vida.

Se declara lectora empedernida, y amante de la novela romántica (Histórica, Contemporánea, Erótica, New Adult, etc.). Le gusta escribir desde niña, pero no fue hasta hace aproximadamente dos años, cuando decidió plasmar en un papel las historias que surgían en su cabeza y darles vida, consiguiendo con ello, realizar uno de sus sueños al auto publicar su primera novela: «No quería enamorarme y apareciste tú» en junio de 2015.

Su mayor debilidad, su familia.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

No quería enamorarme y apareciste tú (junio de 2015). Reeditada en agosto de 2016.

Reina de Corazones (abril de 2016)

Empezar de Cero (junio 2016)

Bienvenida al Club (diciembre 2016)

Un adiós inesperado (septiembre 2017)

Créditos de portada, maquetación: Ediciones K.

Facebook: Virginia V.B.

Twitter: @Kynkya

Instagram: @Kynkya

UN SUEÑO POR CUMPLIR



VIRGINIA V. B.